CATÓLICOS Y MASONES

LA MASONERÍA
Y
EL CATOLICISMO

ESTUDIO COMPARADO

BAJO EL ASPECTO DEL DERECHO COMÚN

LAS INSTITUCIONES

DEMOCRÁTICAS Y FILANTRÓPICAS, LA CIVILIZACIÓN

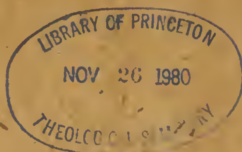
Y SU

INFLUENCIA SOCIAL

MONTEVIDEO
EDITOR: ANDRÉS RÍUS
Calle Soriano, número 157
1885

HS495
.S68

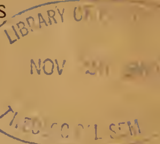

LIBRERIA "LA INCOGNITA"
CONSTANTINO CALO
SARMIENTO 1472
Buenos Aires


LIBRARY OF PRINCETON
NOV 26 1980

HS495
.S63

CATÓLICOS Y MASONES

CATÓLICOS Y MASONES



LA MASONERÍA

Y

EL CATOLICISMO

ESTUDIO COMPARADO

bajo el aspecto del derecho común, las instituciones democráticas y filantrópicas, la civilización y su influencia social

Mariano Soler

Hay católicos que parecen masones, y masones que semejan católicos.

MONTEVIDEO
EDITOR: ANDRÉS RÍUS
157 — SORIANO — 157
1884

Imprenta y Encuadernación de Ríus y Becchi
152 — soriano — 154

CATÓLICOS Y MASONES

I

Estado de la cuestión

Existe una institución que desde los tres últimos siglos ha influido inmensamente en los destinos de la sociedad. Su nombre es MASONERÍA, y más técnicamente FRANCMASONERÍA, que declara ser una asociación *universal, filantrópica* y *progresista.*

Ahora bien; en presencia de este lema y de semejante afirmación ¿puede permanecer indiferente una persona ilustrada, ni considerar como cosa baladí la investigación relativa á la verdad de tan magnas pretensiones? Quien se precie de amante del progreso y de las luces y sienta bullir en su pecho los nobles sentimientos de humanidad, ¿podrá acallar esas sublimes aspiraciones del alma con el vano pretexto de que al agitar semejante controversia quizás llegue á herir la susceptibilidad de personas amigas

y honorables y servir de ocasión para ciertos rencores y animosidades? Tales reflexiones no pueden ser hijas de una inteligencia independiente que investiga la verdad á costa de cualquier sacrificio, ni de un alma generosa que busca la satisfacción de las más puras inclinaciones de la naturaleza, ni de un noble corazón al que no intimidan ni arredran el respeto humano y la ajena malevolencia.

¿Podrá ponerse en duda el interés sumo de formarse ideas claras sobre la Masonería? Seguramente que no; ¿pues quién no desea averiguar por qué una asociación que se proclama filantrópica como la Masonería, ha sido condenada por la Iglesia, cuya caridad generosa ninguna institución ha podido emular? He aquí una duda que debe resolverse para satisfacer una aspiración legítima de la razón del creyente. Además, la Masonería llama á sus talleres *templos masónicos*, pero ¿cómo se explica la erección de un templo en cuyo frontispicio están inscriptas como lema estas augustas palabras: *libertad, igualdad* y *fraternidad*, y sin embargo sus puertas no están abiertas de par en par para todos y á la luz del día como los templos cristianos? Se responde que esto sucede así porque en el fondo de los templos masónicos domina el secreto y el misterio; mas entonces nace una gravísima sospecha. ¿Por qué se vale del secreto una institución que se proclama propagadora de la filantropía, de la fraternidad y de las luces? ¿Puede nadie avergonzarse de trabajar á la luz del día en pro de tan hermoso programa? Esto es inconcebible: la luz no se oculta; se oculta el mal; se ocultan los planes nefandos.

¿ Residirán estos planes en los antros de la Masonería? La presunción en este caso no es de mala fe; es más bien vehemente y jurídica. Hay, pues, que ir al fondo; hay que rasgar el velo del misterioso secreto á todo trance, so pena de que constituya la ignorancia nuestra ciencia sobre la Masonería y no sepamos con qué clase de hombres vivimos. Yo he rasgado el velo de ese misterio y de esa trama colosal después de prolongados estudios, y es lo que me propongo declarar.

Ocurren, pues, necesariamente las siguientes cuestiones para todo espíritu que no quiera andar á ciegas: « ¿ Qué es la Masonería y qué se propone realizar ? » Y como pertenecemos á un pueblo cristiano y civilizado, ocurre también esta otra pregunta: « ¿ Es compatible la Masonería con el derecho común, con la civilización, la democracia y el cristianismo ? Comparada con el catolicismo, del cual es antogónica, puede sufrir su paralelo en el perfeccionamiento de la humanidad? Semejantes cuestiones son evidentemente legítimas, y es de alta conveniencia y suma necesidad para todo hombre razonable y para los intereses sociales, dar una solución categórica á cada una de esas cuestiones. No puede ser discutible en época de tan amplia tolerancia el derecho de someter á un juicio crítico la institución masónica; ni mucho menos atribuirme la Masonería á malas intenciones lo que es debido á las exigencias del espíritu de investigación sincera.

Si tan alto se proclama él derecho de examinarlo todo y de darnos cuenta de la naturaleza é impor-

tancia de las instituciones que de cualquier modo se relacionan con el progreso y civilización de los pueblos, nadie puede abdicar de ese derecho, especialmente cuando se trata de la Masonería, que tan gigantescas pretensiones tiene en la dirección y porvenir de los pueblos.

Pues bien, para satisfacer tan justas exigencias, inspirado en los legítimos derechos y dictámenes de la razón, de la religión y del patriotismo, me propongo demostrar que la Masonería es por su naturaleza ilegal y contraria al derecho común humano, y que se propone realizar y realiza fines ilegítimos y altamente perjudiciales, como quiera que implican el aniquilamiento de la idea cristiana y hasta de la moral y religión naturales; que la beneficencia y la ilustración son para la asociación un mero pretexto; y más aun: que la afiliación á la Masonería no sólo es incompatible con la profesión de cristianos, sino también con la dignidad de la conciencia humana.

Todo esto lo probaré acabada y cumplidamente con demostraciones y documentos emanados de la misma Masonería, para evitar de ese modo sospechas de parcialidad y de intenciones calumniosas. Pero también me apresuro á declarar con el ilustre Dupanloup que hablaré de la Masonería como institución «y no del gran número de personas honradas y progresistas», á quienes ha engañado hábilmente la Masonería haciéndoles creer que es una asociación cuyo fin supremo es «el ideal de la humanidad» por medio de la filantropía y la propagación de las luces.

Por eso jamás seré personal, pues estoy persuadido de que *hay católicos que parecen masones* y *existen masones que semejan católicos*; la cuestión es de instituciones.

Por lo demás, pido á los espíritus rectos que lean con toda imparcialidad el presente juicio crítico sobre la Masonería, y creemos que si se deciden á rendir homenaje á los dictámenes de la sana razón, tanto el filósofo como el cristiano han de convenir en que «*no se puede ser masón* ni como hombre, ni como cristiano y ni siquiera como amante sincero del bienestar de los pueblos.»

A nadie odia mi corazón, ni á los que me han hecho mal: soy cristiano; si me he determinado á exponer los principios y doctrinas de la Masonería, no es por odio á ninguno de sus adeptos, que ante todo son mis hermanos, redimidos con la sangre de mi Dios; lo hago solamente, séame testigo mi conciencia y mi corazón, por amor á la verdad y abroquelado con el derecho que la verdad tiene de ser proclamada muy alto y sin miramientos.

¿ Cuál, pues, será el propósito que me impulsa al ratificarme en mis convicciones sobre la Masonería en el presente juicio crítico? Unica y exclusivamente la consideración de que gran número de personas honorables son víctimas de la táctica hipócrita de la Masonería: son nobles corazones que conspiran á hacer el bien, y que sólo se han decidido á formar parte de esa institución porque, infelizmente engañados, creen poder realizarlo en su seno, mientras son instrumentos inconscientes de una de las asociaciones más funestas para el progreso y felicidad de las sociedades y de los pueblos.

Esas personas honradas, esas almas generosas, en su buena fe, merecen alto respeto y consideración, y para mí, simpatías muy sinceras: naufragan porque no saben á dónde van. Y siendo esto así, ¿no es obligación de patriotismo y deber de humanidad poner todos los medios legítimos y de convicción para que esas personas, aunque ilusas, generosas, no se pierdan y dejen de prestar su contingente al verdadero progreso y bienestar de la patria?

Eso sí; declaro solemnemente que no escribo el presente juicio crítico para los masones conscientes de los fines y propósitos inicuos de la Masonería: esas pobres almas se han propuesto «el triunfo del mal», al decir del filósofo Krausse: están bien en ese lugar y en esa asociación, inspirada por el espíritu del secreto y de las tinieblas para rémora permanente de la civilización de las naciones y para quebranto de las fuerzas útiles al progreso de la humanidad.

«La Francmasonería, explotando la ligereza é inexperiencia de la juventud y la ignorancia de las gentes, disfrazada bajo la capa de una sociedad de beneficencia, engruesa lentamente sus filas y se proporciona instrumentos ciegos é inconscientes de sus planes de trastorno y corrupción . . . . No se suprimen los males disimulándolos; *es menester denunciarlos,* dar la voz de alerta para que se les combata de frente y se les evite». Estas palabras de un distinguido publicista chileno, dieron valor á mis convicciones idénticas á las suyas, sobre la naturaleza de la Masonería y la necesidad de desenmascarar sus nefandos planes, y me decidieron á publicar un

modesto folleto sobre la *Masonería Universal*, cuyas aseveraciones vuelvo á ratificar ámpliamente respondiendo al alto propósito del gran León XIII en su Encíclica sobre la Masonería del 6 de junio del presente año.

II

Los orígenes é idea general de la Masonería

Es por demás absurdo sostener que la Masonería se remonta á Salomón, á Nembrod, y á Misrhain, como se ha pretendido. Hasta es imposible descubrir la filiación que liga los francmasones á los antiguos gnósticos y maniqueos; parece que no hay de común entre ellos sino la identidad de odio al cristianismo y la táctica del secreto.

Prescindiendo, pues, de exageraciones de antiquísimo abolengo, demuestran autores eruditos y afectos á la Orden, que la Masonería en sus diversas fases responde á la evolución de un pensamiento permanente de reforma bajo el aspecto político social de todas las épocas, que ha dado origen á las veces á asociaciones en su principio benéficas, pero que maleadas después, se han refugiado en el misterio y en el secreto por perseguir fines ilegítimos. Así lo demuestra el filósofo racionalista Krausse en su imparcial y profundo estudio histórico sobre la Masonería.

Por eso se han visto en el curso de la historia del mundo, sociedades misteriosas que se proponían la dominación política y social con el monopolio de

los conocimientos humanos. Semejantes sociedades llegaron á su apogeo en los antiguos Misterios de Eleusis y de la Confederación Anficiónica en Grecia y mucho antes en Tebas y Menfis de Egipto con una doble faz ú organización, la *esotérica* ó interna y la *exotérica* ó externa, aunque siempre simbólica y misteriosa para el común de los hombres.

Sólo el cristianismo abrió una escuela pública para todas las razas, para todas las condiciones sociales y para todos los individuos, llamando la humanidad entera á una misma luz, á igual porvenir y á idéntica civilización, por más que le costara su establecimiento más de diez y ocho millones de mártires.

Sin embargo, en tiempos cristianos continuaron algunos resabios del antiguo secreto, hasta los tiempos de las Cruzadas, en cuya época tuvo lugar la institución de los «templarios», órden religioso-militar que produjo grandes beneficios en su comienzo, pero que corrompida con el transcurso de los tiempos, fué suprimida por los poderes públicos; sus miembros, sin embargo, continuaron reuniéndose ocultamente con el propósito de una venganza y un fin político-religioso, hasta que en el siglo XVII y XVIII mancomunándose con la filosofía incrédula, influyó inmensamente esa asociación en los trastornos político-sociales de los tiempos presentes. Algunos la hacen descender de la secta de los socinianos.

Créese que el nombre de «Masones», les proviene de haberse unido con el gran número de «albañiles constructores» (pues esto significa la palabra francesa «maçons»), que á fines de la edad media quedaron desocupados, después de haber edificado esas gigantescas catedrales y basílicas de Europa.

Acerca, pues, de los orígenes históricos de la Masonería, sábese solamente con certeza que salió de Inglaterra y fué introducida en el continente europeo hacia el año 1717, siendo la primer «logia» que se fundó en Alemania la de Hamburgo en 1778; abriéndose en seguida las de Brunswich, Berlín y Leipsick; y al aparecer presentóse animada de un doble espíritu: de un espíritu racionalista y deísta, expresión de la filosofía del inglés Locke; del espíritu místico del panteísmo alemán, seguido de todo un cortejo de mitos secretos, de fraseología científica y de sueños teológicos; por eso se ha mostrado esencialmente hostil al cristianismo y no ha cesado de atacarlo, y se ha servido para ello del precepto del amor fraterno, que transforma ella en un vasto sistema de corrupción; corrupción que ha propagado por el monopolio de los empleos y cargos. En todas partes se ha aplicado á rebajar y echar por tierra el Pontificado, la gerarquía eclesiástica, los dogmas, las instituciones y todo lo que forma la esencia del catolicismo. Se comprende que queriendo sustituirse á la religión universal, tenga sobre todo un odio profundo á la Iglesia católica, que es el cristianismo verdadero y positivo, y que la haya atacado con un encarnizamiento que nadie puede calmar.

León XIII, en la citada Encíclica, ha indicado el origen real de la Masonería con un criterio superior en el sentido de la filosofía de la historia: así, prescindiendo de las múltiples evoluciones históricas porque ha atravesado la existencia de la Masonería, adaptadas siempre á las circunstancias de los tiem-

pos en que vivía, pone el origen de la Orden Masónica, según las vistas del gran S. Agustín, fundador de la filosofía de la historia, en ese *antagonismo permanente* que ha existido siempre en el seno de la humanidad, entre el espíritu del bien y el espíritu del mal, entre las buenas tendencias de la naturaleza y sus malas inclinaciones, origen de esa lucha gigantesca, cuyo germen siente el hombre dentro de sí mismo, causa de esos dramas pavorosos que nos recuenta la historia al describirnos á la humanidad subiendo unas veces por cumbres altísimas y cayendo otras en profundos abismos. Por eso el filósofo incrédulo Krausse ha representado á la Masonería como la organización más apta para el triunfo del mal.

Aunque tiene una existencia pública, la Masonería es una *sociedad secreta;* pues el misterio está esparcido sobre las prácticas y deberes de las logias, y los iniciados hacen juramento de no revelar cuanto se pasa entre ellos: su táctica de graduaciones ha establecido una red de logias meramente *externas*, que á las veces no son más que reuniones de alegres vividores y de bebedores divertidos, pero que con la ayuda de sonoras frases sobre la filantropía, la humanidad, la caridad fraterna, el progreso y la ilustración, por medio de semejantes adeptos inconscientes del fin supremo de la Orden, la Masonería ha ejercido y ejerce la más desastrosa influencia.

Como se ha dicho muy bien, no ha contribuido poco á levantar esa Babel, en la que han venido á disolverse los principios, los derechos, las tradiciones de los pueblos y á producir esa gran confusión

de doctrinas y sistemas que caracteriza y deshonra el período actual. Que la Masonería ha desempeñado papel político y social en la época moderna, se desprende del hecho de haberla encontrado tomando participación por medio de sus adeptos y de su propaganda en todas las conmociones y trastornos de los tiempos presentes. Tan es así, que lo ha declarado categóricamente el Gran Consejo Masónico de Alemania: «Nuestra Orden, dice, ha convulsionado los pueblos por muchas y largas generaciones».

Mas no es este mi propósito, sino estudiar la Masonería tal cual es actualmente bajo el aspecto social-religioso, que es el fundamental y esencial, y que es lo que importa é interesa saber. Ni me ocuparé de sus ritos é iniciaciones simbólicas, ya porque sería perder tiempo en cosas ridículas casi siempre, ya porque esto varía según los Orientes y no es esencial para formarnos un juicio crítico sobre la institución. Además es sumamente obvio que la Masonería cae bajo el ridículo con sus ritos y ceremonias, sus bautismos, bodas y funerales masónicos, pues no son otra cosa que una parodia de mal gusto del culto sublime de la Iglesia Católica, cuya magnificencia tacha sin embargo de superstición y fanatismo, como si tuviese algún privilegio ó título para enmendar la plana á la religión sublime del Redentor de la humanidad.

Observación:—Nadie ignora que sería cosa muy divertida entretenerse en la descripción de las pantomimas ridículas que constituyen el ceremonial masónico, como los pases de mano, los espadines, los bendajes de ojos, los catafalcos, toques de martillo,

y los términos técnicos, usados en las logias masónicas, pero hemos creido conveniente prescindir de ello por completo, no sólo por no gastar tiempo y paciencia inútilmente, sino también por evitar un pretexto de parcialidad y falta de veracidad á que dan lugar esas descripciones entre lectores vulgares. El pretexto mencionado se funda en lo siguiente: como las ceremonias masónicas varían según el rito á que pertenece la logia y según las modificaciones locales, acontece con frecuencia que al notar un lector masón que las ceremonias descritas por el autor no son idénticas á las que se usan en su taller ó logia, tacha de calumniadora la narración que lee y saca por consecuencia que todo lo demás que refiere el libro sobre la masonería es calumnioso ó está fundado en error. Con este criterio hemos oido juzgar las obras sobre la Masonería de célebres autores como Dupanloup y Segur, perdiendo así todo el efecto que debía esperarse de parte del lector. Por tanto, hemos querido obviar semejante defecto aunque sea especioso.

III

La Masonería en su estado actual

Si es una pérdida evidente de tiempo discutir los orígenes de la Masonería, sus ritos y ceremonias, no lo es sin embargo indicar algo acerca de su estado actual en el mundo civilizado. Lo que nos interesa saber es lo que pretende realizar la Masonería contemporánea: para ello son necesarios algunos recuerdos históricos.

Nadie ignora que desde principios del siglo pasado se experimentó en el mundo cristiano un trastorno tal de las ideas en el orden moral, religioso y social, que todos los grandes pensadores pronosticaron graves males para la civilización y para los pueblos. Era el reinado del «filosofísmo» dirigido por Voltaire, doctrina y sistema el más degradante por proclamar los dos errores más indignos del hombre: el «ateismo» ó negación de Dios y el «positivismo materialista» ó negación del espíritu humano: por supuesto que ambos errores tenían por base la negación de la fé cristiana.

Con semejante sistema, invadió en todas las clases sociales la más degradante corrupción junto con

la impiedad más desvergonzada. La verdadera religión y la moral sublime de Jesucristo fué entonces perseguida cínicamente por medio de calumnias y sofismas y por una invasión espantosa de folletos y libros inmundos.

Era la obra de la impiedad encarnada en el incrédulo Voltaire, que había escogido por lema de su propaganda este mote escandaloso: «Destruyamos al infame,» aludiendo á Jesucristo y á su augusta civilización, el catolicismo. Sobre la propaganda del siglo XVIII el irrecusable H.·. Renan ha dicho lo siguiente: «El siglo XVIII no fué amante de la ciencia *seria*, *grave y libre*; aplaudióse la chocarrería, la incredulidad burlona y superficial de Voltaire. . . sus insípidas chanzas, su tono picaresco, sus hipócritas chuladas». Y el *Diario de los Debates* apreciaba de esta manera la propaganda incrédula: «Es un inmenso sumidero de basura, de indecencias, de impiedades, de mentiras y de bufonadas que carecen de atractivo para toda persona honrada . . . su filosofía volvióse excelente para trocar las fiestas en llanto, los palacios en cárceles, las artes en barbarie;» y hasta se llegó á pregonar que el degradante paganismo y el sensual mahometismo eran superiores y preferibles á la civilización y religión de Jesucristo; que en adelante la humanidad no debía tener más base ni más guía para su progreso y civilización que las fuerzas de su propia naturaleza, de donde se llamó «naturalismo» el sistema filosófico opuesto á la revelación por la incredulidad.

Pues bien, «de ese inmenso sumidero de basura,»

en que se convirtió el naturalismo incrédulo; respirando la atmósfera de aquellas «indecencias, impiedades, mentiras y bufonadas,» de aquella «ciencia superficial é incrédula» nació lo que hoy llamamos «Liberalismo, Racionalismo y Masonería:» organización universal del anti-cristianismo.

En efecto, se pretendía destruir la benéfica influencia social del cristianismo y para ello el «liberalismo» proclamó como base del orden social la abolición del elemento religioso cristiano en el estado, en la familia y en la enseñanza, volviendo al antiguo paganismo. Para obtener este resultado é inocularlo en los conocimientos humanos, se valió de la filosofía racionalista ó «racionalismo,» que proclama como único principio de conocimiento y de la verdad la razón natural, negando la revelación y divinidad de Jesucristo, que pasa á la categoría de un impostor vulgar, ó «infame», como sacrilegamente le apellidaba el volterianismo. Y por fin, ésta propaganda y sistema de incredulidad se organizó de una manera vigorosa, secreta y definitiva en la asociación llamada «Mosonería», que tomó grande auge en aquella época y cuyo objeto es realizar los principios del liberalismo por medio de las teorías racionalistas. Por eso los filósofos incrédulos del siglo pasado, como Voltaire, D'Alembert, Diderot, Condorcet, Holbac y otros eran al mismo tiempo que hermanos masones, corifeos del liberalismo y del racionalismo.

Para que no se crea que esto no pasa de una mera suposición, óiganse las palabras del H.·. Bazot, de la alta dirección del Gr.·. Or.·. de Fran-

cia en su « cuadro histórico, filosófico y moral de la franemasonería: «Ya á fines del siglo XVIII los franemasones habían preparado á los espíritus para una gran revolución moral, cuando las obras de los filósofos Helvicio, Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, Condorcet, Cabanis, etc., trajeron el contingente de su viva y potente luz. No hubo, ni podía haber antagonismo entre los masones y los hombres ilustres de la filosofía» (que eran también masones). Ahora bien, ¿qué representaban todos esos filósofos? El ateismo, el materialismo, la incredulidad, el odio á la religión católica, como se ve en sus obras filosóficas. «El fin de unos y otros era «el mismo», continúa el citado autor, y las luces de la masonería y las luces de la filosofía (incrédula) se esparcieron por todos los puntos del globo, los libros de los filósofos y las logias públicas ó secretas existen por do quiera. . . . . la gran obra se cumplirá ».

Por eso es que del seno de esa conspiración filosófico-masónica ha salido lo que llaman la «secularización» de la sociedad y de la familia por medio de la enseñanza «laica» ó sin religión, el matrimonio civíl, los funerales y entierros civiles y la separación de la Iglesia y el Estado; en una palabra, se quiere la familia, la escuela y el estado sin Dios. Hè ahí el fruto del filosofismo ó naturalismo y sus manifestaciones; y hé aquí también la razón por qué el liberalismo, el racionalismo y la masonería son aliados entre sí contra el catolicismo.

IV

Examen del principio de mutua relación entre el liberalismo, el racionalismo y la masonería

La síntesis del programa fundamental y el principio de mutua relación entre el racionalismo, el liberalismo y la masonería está contenido en estas palabras del liberal, racionalista y masón Condorcet: «Debe proclamarse altamente el derecho de «sujetar» todas las opiniones «á nuestra propia razón», es decir, de emplear para conocer la verdad «el único instrumento» que se nos dió para esto. Cada hombre debe saber con orgullo que la naturaleza no le ha destinado á creer sobre la palabra de otro; y la superstición añeja, el envilecimiento de la razón en el delirio de una «*fe sobrenatural*, deben desaparecer de *la sociedad*, como de *la filosofía*.» Hé aquí proclamado el «naturalismo»: nada de revelación, ni de cristianismo en la sociedad y en la filosofía: las opiniones de la razón natura con exclusión de las verdades reveladas y de la fé, que es añeja superstición, deben ser la base del orden social.

Vamos á indicar brevemente la refutación de este pobre sofisma. En efecto, al enunciar Condorcet el programa fundamental del naturalismo, creyó describir el triunfo de la razón incrédula sobre la revelación y la religión cristianas. Pero ¿qué entiende aquí el vano sofista por el «derecho de sujetar las opiniones á su razón»? Si entiende el derecho de no creer sino lo que nuestra razón convencida nos obliga á creer, nada de nuevo ha dicho, sino una simple perogrullada. La religión cristíana jamás dice al hombre que crea lo que su razón ilustrada le dicta que no crea; por eso se presenta el cristianismo con todo el aparato de sus pruebas y demostraciones. ¿Acaso no es principio del derecho natural y un dictámen de la recta razón, que el hombre debe acatar las verdades que Dios se ha dignado revelar al mundo con una sumisión absoluta y eminentemente racional, como quiera que Dios no puede engañarse ni engañarnos? ¿Acaso nos enseña la religión que nos sometamos á otro hombre? Jamás, sino á la autoridad de la evidencia ó á la evidencia de la autoridad divina. Por eso es un precepto formal del Apostol que nuestra fe y nuestra sumisión sea racional; que esté apoyada en todas las averiguaciones que la razón exige para convencerse de la autenticidad de la palabra de Dios: «rationabile obsequium vestrum».

Si el sofista entiende por ese derecho el de no creer nada más que lo que la razón comprende y lo que ha dejado de ser un objeto misterioso para ella, es un crasísimo error; porque entonces no debe creer en la existencia de la luz, del calor, de la

electricidad, del magnetismo, de la vida, ni de cosa alguna en la naturaleza; pues todo es para el hombre un abismo de misterios; y ¿de cuando acá se ha hecho el alcance de nuestra inteligencia la medida de las cosas, de su naturaleza, de su posibilidad ó su realidad? La razón del verdadero sabio tiene un lenguaje muy distinto: ella dice que probada una vez la existencia de los objetos, debe creerlos por misteriosos que sean, so pena de hacerse ridículo y absurdo. Luego, probada la existencia de la revelación hecha por Dios, debo creer ser verdadera aunque no la comprenda.

Proclama Condorcet el derecho de conocer la verdad por el «único instrumento» dado por la naturaleza, que es la razón. ¿Qué quiere significar con esto? ¿Que sólo por medio de la razón y de la inteligencia podemos conocer la verdad tanto natural como revelada? Entonces propone otra perogrullada: sin inteligencia no conoceríamos la verdad ni nos podrían convencer las demostraciones sobre la divinidad de la religión. Pero si quiere significar que no podemos hacer uso de la razón para demostrar verdades que no alcanzamos directamente con las solas fuerzas de la razón natural, sería lo mismo que afirmar que debemos desechar el telescopio para observar las estrellas invisibles á simple vista, porque tenemos ojos naturales.

Pero es más absurdo todavía decir que el cristianismo envilece la razón porque le enseña verdades sobrenaturales y confirma las naturales con infalibilidad divina.

¿Cómo puede Dios envilecer al hombre enseñán-

dole verdades, y sobre todo las que más nos interesa saber; como quiera que el cristianismo al decir de Jouffroy, tiene una solución para todos los problemas que más interesan á la humanidad?

Además declara Cordorcet que el cristianismo debe desaparecer de la sociedad. ¿Y qué quedaría?. La barbarie, pues que al decir de Rousseau y como lo certifica la historia, al cristianismo todo lo debemos, civilización, ciencias, artes, moral y el culto más puro y divino que ha existido sobre la tierra: pero de esto trataremos en otra ocasión.

En resúmen: el sofisma se reduce á esto: el único instrumento dado por la naturaleza para el conocimiento de la verdad y para la conducta humana es la razón: luego el cristianismo y la fe sobrenatural que se basan en la revelación, deben abolirse de las sociedades humanas. La solución es muy fácil: la razón es el único instrumento *como medio de conocimiento*, pero *nó como fuente y origen de toda verdad*; pues demostrado que el cristianismo es divino; sus principios, doctrinas y preceptos son también verdades, que el hombre no quede rechazar á no ser que se le conceda el derecho de decir á Dios: tú no puedes enseñarme ó tú mientes.

En fin: como sábiamente ha dicho el filósofo Leibnitz, no puede haber contradicción entre la razón humana, que es una revelación natural y la revelación divina que es la razón sobrenatural; pues de ambas es Dios su autor: existe armonía entre la ciencia y la fe, pues son igualmente legítimas: aquélla nace de la autoridad de la evidencia y ésta de la evidencia de la autoridad, como advierte el filó-

sofo Bonald. Más aun: jamás hemos podido comprender como en nombre del progreso se ha podido proclamar la conveniencia de prescindir de la revelación divina en el orden moral y religioso, base del ordon social y de la civilización. Pues ¿acaso no es una consecuencia de la ley del perfeccionamiento y progreso uniforme, la utilidad y conveniencia de la revelación divina? En efecto: es más perfecta la sociedad que profesa el código de principios, verdades y preceptos morales y religiosos con una garantía infalible, que aquella sociedad que careciendo de esa garantía, tuviese que andar al viento de toda doctrina sin fijeza en los principios que constituyen las bases del orden social. Esto se verifica evidentemente en la sociedad cristiana con respecto á los demás sistemas naturalistas, hasta el punto de que la civilización sólo es patrimonio de los pueblos y naciones cristianas.

Refutado el principio que podríamos llamar filosófico y que forma el vínculo de mutua relación entre el liberalismo, el racionalismo y la masonería, continuaremos ocupándonos de ésta.

V

Organización de la Masonería en su doble carácter de pública y secreta

Como toda asociación, la Masonería debía tener su organismo especial adaptado á la mejor manera de obtener la realización de sus fines.

Según documentos auténticos, la Masonería es una institución *universal*, esparcida por toda la tierra y que obedece á un centro de unidad ó dirección suprema, *desconocido* para la inmensa mayoría de adeptos masones. Esto consta del *Acta* de la Asamblea masónica celebrada en Colonia, que es la fundamental, pues constituye la era histórica de la Masonería como Sociedad universal y es el *monumento más ortodoxo* y *clásico* de la Orden, como observa el H.·. Rédáres.

Pero siendo la Masonería una asociación *universal*, su existencia debía ser y es un hecho público; más es *secreta* en cuanto su fin supremo, tendencias y medios de realizarlos son secretos. Esto es lo que significa el H.·. Fabre: «la asociación masónica es secreta solamente en los países en que es perseguida y proscrita, por lo demás es simplemente *fer-*

mée (cerrada); esto es, sus trabajos son ocultos. Esto consta también de los dos *manifiestos* de los Grandes Maestres en 1794 y 1849: en el primero se dice testualmente: «Una inmensa cadena liga todo el cuerpo (la Masonería), inmenso conjunto da grados y sistemas. No hay más quo una sola Orden universal: su *fin* y *tendencias* son su primer *secreto*, y los *medios* de realizarlo son el segundo».

Por eso la Orden universal se distingue: 1.° en *Masonería simbólica*, externa, esotérica y pública, que comprende los Masones de los tres grados de *Aprendiz*, *Compañero* y *Maestro*, gobernada por un gran Maestre; 2.° en *Alta Masonería* ó interna, esotérica, compuesta por la reunión de todos los grados superiores al de Maestro y cuya organización es invisible. Así las *logias* públicas ocultan á las retrologias, los grados á los retrogrados, la doctrina y fines confesados ocultan los secretos.

La Masonería externa está organizada del modo siguiente: los Masones de cada Estado dependen de un *Gran Oriente* (Gr.·. Or.·.), cuyo jefe se llama *Gran Maestre*. El Gr.·. Or.·. se divide en grupos parciales llamados *Logias*, cuyos jefes se llaman *venerables;* los simples miembros se llaman *Hermanos* (HH.·.), pero tienen diversos grados gerárquicos, llegando hasta el *gr.·. 33* en algunos ritos. Hay tanta variedad que se conocen más de sesenta formas en la Masonería, con diversos nombres y grados. Los masones se reconocen entre sí por medio de ciertos signos y señales que les sirven de pase. Tienen también un lenguaje particular tomado de los términos propios de la albañilería y de la ar-

quitectura, pues hasta designan á Dios con el nombre de Supremo *Arquitecto* del Universo. El símbolo de la Orden es el nivel, la escuadra, el compás y los tres puntos (.·.) que indican el triángulo misterioso.

El *Directorio Supremo*, que está sobre los Grandes Orientes de cada Nación, constituye el centro real de acción de la Masonería Universal, como se espresa en el citado Manifiesto Masónico del 24 de Junio de 1849. Para mantener constantes relaciones entre los diferentes ritos de la Masonería Universal y Potencias masónicas, hay delegados de todas las Obediencias ante el Consejo Supremo del Gran Oriente de cada Estado.

Para conservar los secretos de la Orden, en el Congreso masónico de Wilhelmsbaden, se organizó la Masonería con *dos fases*, como ya lo hemos indicado, la *Masonería simbólica* ó externa, que no posee más que revelaciones simbólicas y graduales de los secretos masónicos y hasta celebra sesiones públicas, banquetes, funerales, etc. Sus Gran-Maestres son conocidos y muchas veces son hombres inofensivos tenidos á oscuros con relación al verdadero secreto. La Masonería *externa*, por tanto, no es más que un noviciado ó vivero de reclutas para la Masonería *secreta* ó *interna*, á la cual pertenece el gobierno de la Orden y la alta dirección, hacia los fines y planes ocultos y secretos de la Masonería universal.

Nos contentaríamos con estas simples indicaciones sobre el organismo de la Masonería si no pretendiera la Orden negar que tiene *secretos* y una *or-*

ganización del secreto, que la hacen altamente sospechosa. La Masonería lo niega en documentos hechos expresamente para engañar á los pueblos, pero existen documentos masónicos que lo evidencian. Vamos, pues, á insistir sobre este punto esencial.

He aquí desde luego el juramento del aprendíz ó compañero masón adoptado por el Oriente de Berlín: «Juro en nombre del arquitecto supremo de todos los mundos no revelar jamás los *secretos*, las señales, los pases, las palabras, las doctrinas y los usos de los francmasones, y de guardar sobre ello un perpétuo silencio. Prometo y juro no traicionar nada de ello ni por la pluma, ni por palabras, ni por gestos; no hacer escribir, ni litografiar, ni grabar, ni imprimir, ni publicar nada de lo que me ha sido confiado hasta este momento y lo que en adelante se me confiare, etc.»

Y es de advertir que estos secretas aun se reservan á los mismos Gran-Maestres: así, según refiere el H.·. Fébre, en la recepción del Gran Maestre Escocés, el iniciador le dirige estas palabras: «Aunque esparcidos por toda la faz de la tierra, nuestros HH.·. no forman más que una sola comunidad. Todos están iniciados en los secretos. . . Las nociones que debéis tener, H.·., de nuestros secretos y de los geroglíficos que encontrais en nuestro templo, seárn completas cuando todos los velos sean descubiertos ante vuestros ojos y cuando veais en su realidad lo que no se os ha mostrado hasta ahora más que por medio de imágenes y figuras».

Más aun: los masones de las logias simbólicas

aunque sean Maestres y Gran Maestres no son verdaderos *iniciados* en los secretos: así *el Ritual del grado de Maestre* dice: « *ningún grado enseña y descubre* la verdad, solamente levanta una punta del velo. Los grados practicados hasta ahora hacen masones, pero no INICIADOS ». Luego, pues, las puertas de la logia visible se les abre á los masones, pero la logia invisible, que no es de piedra ni de madera, permanece cerrada para ellos. ¿Qué extraño, pues, que tantos masones, la gran mayoría, ignoren los secretos de la Orden aunque sean HH.·. si no son *iniciados?* Iniciados solamente son los masones de las traslogias, los verdaderos directores de la Orden.

Para la más estricta observancia del secreto, se tiéne iniciaciones desiguales y graduales, y no todos los masones son iniciados en los mismos secretos. Así en la iniciación del Gran Maestre Escocés, se dice al elegido: « Por este grado un muro impenetrable se levanta entre nosotros y los profanos y aun *entre muchos de nosotros mismos. . .* Debeis creer firmemente que todo lo que habeis conocido hasta ahora es nada en comparación de los secretos que os serán revelados en adelante, sino os haceis indigno de ellos. . . *el cuidado que tenemos en ocultarlos á nuestros propios HH.·.* os dará una alta idea de ellos. En cuanto á los misterios ocultos en la oscuridad de nuestro santuario, no os los puedo revelar aún; pero llegará el tiempo en que los penetrareis y descubrireis por vos mismo y bendecireis esta saludable oscuridad ».

Luego no todos los masones son iniciados igual-

mente en los secretos: entre ellos mismos existe un muro impenetrable, y aunque el masón de los altos grados sepa algo más que el masón novicio y se le haga decir como al Soberano Gran Inspector General: « Yo he subido hasta el último grado y he visto el fin de la Masonería », permanece sin embargo sin conocer los *misterios ocultos en la oscuridad del santuario masónico.*

Y ¿ aun podrá negarse que la masonería en su organización es esencialmente *secreta?*

A este respecto existe un documento muy precioso y es el manifiesto dirigido por el Congreso de Maestres, bajo la Presidencia del Duque de Brunswich; dice así: « Nosotros no sabemos lo que vuestros Maestres han querido exigir de vosotros en el acto de vuestra admisión. . . . pero ellos han debido deciros que *los secretos de la asociación* no pueden ser conocidos *sino* por *algunos Maestres, pues, ¿de qué servirían unos secretos que fuesen conocidos de un gran número de adeptos?* Vosotros demasiado sabéis que esa sabia institución del secreto en ciertas épocas fué tachada de esclavitud. Pues bien, en presencia de hombres refractarios, de Aprendices y Compañeros rebeldes, en presencia de Maestres intratables, los Gefes de la Orden han debido retirar su intervención de los Trabajos. Todo joven Aprendíz exigía la solución de todos los secretos. Entonces nos persuadimos de que los secretos no debían franquear [nuestro círculo y que los hombres no eran bastante fuertes ni asaz preparados para soportarlos, comprenderlos y .estimarlos.

«Una orgullosa presunción comenzó á comunicarse

sucesivamente á todos los adeptos. . . . . pero después, el secreto fué declarado libremente. . . . . *se negó su existencia*, porque *no se le podía conocer*, á pesar de una desenfrenada curiosidad. Nosotros guardamos silencio. . . . . emprendieron la defensa del secreto: pero, ¿cómo podrían ellos defender una cosa que no la conocían mejor que aquellos contra quienes combatían? . . . »

De este documento se deduce evidentemente que los secretos de la Masonería no pueden ser conocidos sino de unos cuantos masones, y no de cualquier grado, sino de algunos Maestres y que si se niega su existencia por la gran mayoría de masones, es porque no los conocen *ni los pueden conocer;* y, en fin, que esos secretos no pueden franquear el círculo de los pocos masones iniciados, porque los demás masones, y mucho más los profanos, *no están suficientemente preparados para soportarlos, comprenderlos y estimarlos.*

La organización del secreto es tan sagazmente concebida en las traslogias, que todos esos nombres pomposos, sino ridículos, de *Gran* Oriente, *Poderoso* y *Soberano* Gran Maestre, *Soberano Gran* Inspector y *Serenísimo Supremo* Consejo, no son más que títulos vanidosos inventados para inspirar una falsa seguridad á las naciones y engañar á los masones de órden simbólico. Los masones comunes y los altos dignatarios con el título de *Gran Soberano* y *Poderoso*, en su inmensa mayoría se parecer á los profanos por la ignorancia de los secretos masónicos, pues podemos afirmar con el célebre M.·. autor de la «Historia de las tres grandes Logias

de Masones», que tanto el Gran Oriente como el Supremo Consejo, *ninguno de ellos conoce ni el origen, ni el objeto, ni la significación* de la Masonería; piensan simplemente que es una orden de caballería. »

Tan á oscuras están los grandes Maestres de los propósitos ocultos de la Masonería universal que el tan celebrado H.·. Luis Blanc dando la razón de cómo los príncipes y nobles han podido ser Gran Maestres y miembros del Ser.·. Con.·. Sup.·. se expresa así: « La existencia de los altos grados (caballeros Kadosch, Cab.·. Rosa Cruz, Cab.·. de Oriente, etc.) les era mañosamente ocultada: ellos sabían de la Masonería lo que se les podría manifestar sin peligro, y ellos no encontraban por que alarmarse desde luego que se les retenía en los grados inferiores, donde el fondo de las doctrinas no se percibía sino confusamente al través de la alegoría, y donde muchos no veían más que una ocasión de diversiones alegres y opíparos banquetes, fórmulas sin aplicación á la vida ordinaria y, en una palabra, *una comedia de la igualdad* ». Si esto sucede con los Gran Maestres. ¿qué diremos de la ignorancia de los masones comunes con relación á las verdaderas doctrinas y planes secretos de la Masonería ?

Más aun: la inmensa mayoría de los masones es capaz de jurar que la Masonería nada tiene que ver con el *Carbonarismo*, cuyas logias se llaman *Ventas* y su Directorio *Venta Suprema;* y cuya *circular permanente* es la revelación más completa de los planes y fines nefandos de la Masonería Universal. Pues bien, el Carbonarismo es el Poder Ejecutivo

de la Orden Masónica, ó como dice el H.·. Luis Blanc: «*la parte militante de la Franc-Maso-nería*».

Así, pues, la Masonería simbólica ó externa con sus Grandes Orientes y Consejos Supremos desempeña el papel de esos regimientos de reserva que reciben los reclutas noveles, los ejercitan y disciplinan antes de enrolarlos en los regimientos beligerantes; tan es así, que el Carbonarismo ha declarado á su vez que las Logias Masónicas constituyen el *noviciado* y el *vivero* de donde sacan sus veteranos, cuando llegan á ser capaces de comprender y estimar los secretos de la Masonería Universal.

II

De lo demostrado acerca de la organización del secreto se deducen las siguientes conclusiones:

1.ª Ningún masón puede publicar cosa alguna sobre la Masonería y sus *tenidas* ó sesiones sin especial permiso del gefe de su logia ú Oriente; de donde se deduce que son auténticos para la Masonería todos los escritos de HH.·. Masones, que como los citados por nosotros, no han sido reprobados por la Masonería.

2.ª A medida que asciendén en grado los masones, reciben instrucciones más completas; pero siempre bajo la condición *jurada* del secreto, no sólo para los *profanos* al orden, sino tambien para los masones de graduación inferior.

3.ª Que el secreto ó secretos de la Masonería no consisten solamente en los pases ó manera de reconocerse entre sí según su grado, sino en lo que constituye su fin real, sus tendencias y medios de realizarlos.

4.ª Que los fines públicamente confesados por la Masonería en sus estatutos y reglamentos, como la filantropía, el progreso, la igualdad, la fraternidad, etc., no constituyen el secreto real de la Orden universal, pues como indica el manifiesto de Brunswich, sería ridículo pretender conservar un secreto que se comunique á un gran número de masones y que se publica. Hasta este grado no se puede exigir que llegue la candidez de nosotros los profanos al Orden.

5.ª Que debe distinguirse, como advierte el H.· Favre, entre *masones* é *iniciados*, pues no basta ser masón para conocer los secretos de la Orden, es necesario ser *iniciado* en ellos, y estos tales son muy pocos, los directores invisibles de las logias solamente.

6.ª Que siendo gradual y simbólica la iniciación del secreto masónico, la orden asegura la conservación del secreto y mantiene á oscuras aun á los que les dice; *hé aquí el secreto*, porque no es mas que una alegoría y un símbolo del verdadero secreto lo que se les manifiesta.

7.ª Que por medio de esa graduación simbólica son tenidos á oscuras hasta los mismos grandes Maestres, como sucedió con el anterior Gran Maestre de Bélgica, según lo manifestó él mismo, cuando logró descubrir ó sorprender el secreto que se le ocultaba.

8.ª Que la Masonería, aunque *pública* en cuanto al hecho de su existencia, es esencialmente *secreta* en su organización y como institución; pues sería ridículo pretender que la Masonería es una asociación

pública, porque se conoce el lugar donde celebra sus reuniones y sesiones; mientras mantiene bajo el velo del secreto juramentado su fin real, sus tendencias y medios de realizarlos, y esto aun para sus propios adeptos, pues son muy pocos los que los conocen, como lo hemos demostrado.

9.ª De lo manifestado acerca de la organización del secreto, se deduce la solución á la más grande dificultad que suele ponerse para justificar á la Masonería: ¿cómo puede ser reprobable la institución masónica, cuando personas honorables y distinguidas llegan hasta jurar que en las logias á que pertenecen, á excepción de algunas ridiculeces practicadas con seriedad, como martillazos, mandiles, vendajes de ojos, espadas flamíjeras, etc., no se proponen ni realizan planes nefandos?

Pues bien; la razón es obvia, el secreto se revela y confía á los masones gradual y simbólicamente, según el grado de madurez y perversión de sentimientos de cada masón: de manera que hay masones que llegan á morir sin saber los fines reales y tendencias anti-cristianas é impías de la Orden, y de cuyo número son todas las personas honorables que entran en las logias de las cuales no espera la Masonería secreta un contingente directo para sus planes, pero sí indirectamente, acreditando su institución ante el pueblo y creándole influencia para cuando sea necesario á sus fines ocultos.

VI

La Masonería como sociedad secreta bajo el aspecto del derecho común

La Masonería examinada bajo el aspecto de su naturaleza como sociedad *secreta* es una institución contraria al derecho común, esencialmente ilegal é incompatible con las exigencias sociales, sin que pueda escudarse con el derecho de la libertad de asociación, que tiene por límite el perjuicio de tercero y el desorden social.

En efecto: toda asociación debe tener un fin y un objeto que determinan su naturaleza y que deben ser lícitos conforme á las leyes del Estado en que reside: un fin ilícito no goza de las garantías del derecho de asociación; por eso no podría ser permitida por la ley una sociedad que se propusiera el comercio de la esclavatura, ni una comandita de ladrones, estafadores, etc. Ahora bien: siendo *secretos* el *fin*, las *tendencias* y los *medios* de realizarlos en la Masonería, según lo hemos probado, ¿cómo se puede constatar la licitud de los mismos ante el Estado, para que sea legal su existencia y pueda ampararse en el derecho de libre asociación?

¿Cómo puede declarar legal el Estado una institución cuyo fin es oculto?

Además: el fin que puede proponerse una sociedad tiene que ser bueno ó malo, lícito ó ilícito. ¿Es bueno ó lícito el fin de la Masonería? Entonces debe publicarlo y manifestar al pueblo los medios de su realización á fin de que los individuos y el poder público cooperen á conseguir lo que ha de redundar en bien social. Pues es evidente é innegable que un propósito conocido, con medios lícitos y legítimos, conocidos igualmente, encuentren más fácil y decidida cooperación que no un fin bueno, pero *secreto* con medios buenos y secretos. ¿Por qué, pues, si la Masonería se propone el bien de la humanidad conserva todo en secreto, el fin y los medios? ¿Qué teme? ¿Por qué se oculta á la inspección de la ley y del público? — Se escusa la Masonería alegando que la sociedad actual no está *madura* aun, para poder juzgar debidamente el fin y los medios que ella adopta, aunque en sí sean buenos y de trascendental importancia para la humanidad.

Mas esto no pasa de un ridículo é indigno subterfugio. La sociedad del siglo de las luces no es tan fanática ni tan oscurantista que carezca de la ilustración suficiente para comprender y discutir el interés y el valor real del fin, ya sea político, científico ó religioso, que se proponga realizar la Masonería. Ni ¿qué privilegio puede tener la Orden para conocer con criterio exclusivo lo que más interesa á la humanidad y lo que más conviene al porvenir de los pueblos?

Además, el sistema legal que hoy rige á las na-

ciones es tan tolerante, que permite todas las manifestaciones inclusa la propagación de teorías y sistemas tan contradictorios, que no puede temerse peligro alguno para cualquiera asociación que se proponga un intento útil al bien común.

¿Por qué, pues, la Masonería oculta la luz y el bien en las tinieblas del secreto? ¿Por qué si es una escuela de civilización y de progreso no la abre á todos los hombres, para que no aparezca ridícula en sus labios la igualdad y la fraternidad? ¿Qué significa esa astuta organización del secreto sellado con la religión del juramento, no sólo con relación á los profanos, sino también á los masones de grado inferior? ¿Por qué se oculta á los masones de las logias externas el secreto de las traslogias? ¿Por qué se guarda secreto aun para con Gran-Maestres de la Orden, cuando el interés de la Masonería reputa que no están maduros? ¿Qué significa esa Dirección Suprema de la Orden universal, *incógnita* para los mismos Gran-Maestres?

Decididamente la Masonería tiene conciencia de que su objeto nefando y su propósito no puede resistir la luz de los pueblos, siente que es criminal; pues si el fin que se propone y los medios de realizarlo fueran buenos y compatibles con la civilización de los pueblos, tendría á gloria y honor el manifestarlo públicamente. El bien no se oculta, pues sólo puede existir interés de encubrir lo que no puede resistir la crítica imparcial de las inteligencias. Los intereses sociales no pueden tolerar la presencia de una asociación que bien puede ser una comandita de estafadores y explotadores del espíritu de filantropía.

Tenemos, pues, derecho á declarar en nombre de los intereses de la sociedad y del pueblo, que la Masonería es ilegal y perniciosa. Es un reto que le lanza el sentido común en nombre del derecho de seguridad. Su existencia es ilegal; más aun: tenemos derecho á reprobarla y, sin calumniarla, afirmar que es profundamente nefanda y que se propone fines indignos de la civilización y bienestar de los pueblos. Si no lo es, que levante el secreto, que apele al juicio público, que arroje la máscara, esa hipocrita colosal de los tiempos modernos.

Mas como lo tenemos por costumbre, vamos á confirmar nuestros juicios con autoridades imparciales. El gran estadista y célebre historiador Niebuhr habla de esta manera en su escrito sobre la Masonería: «Por dos razones es reprobable la Masonería como sociedad secreta: en primer lugar porque solo los espíritus excepcionales y los caracteres inflexibles no se dejan arrastrar fácilmente á cometer lo que por temor de las leyes y por respeto á las mismas, sólo se puede hacer á escondidas.

«En segundo lugar, porque las ventajas de la sociedad son una propiedad común á la cual tienen derecho, según el propio mérito y capacidad, todos los hombres. Luego toda sociedad particular que prometa ó reserve esas ventajas á sus propios miembros forma un Estado en el Estado, y merece como *perjudicial al bien común ser extirpada por ilegal.*

El filósofo Struve se expresa enérgicamente contra el carácter secreto de la Masonería; dice así: «¿Ha

existido en el mundo alguna institución que con el tiempo no dejenere? Públicos institutos, los más dignos y más sabiamente formados, ¿no degeneraron en instituciones indignas y perjudiciales al bien común?

«Pues bien: en ninguna asociación ó corporación pueden ser mayores los peligros y perjuicios de la degeneración que en las sociedades secretas. Las asociaciones públicas están á la vista de todos, amigos y enemigos pueden observarlas, notar de infamia las iniquidades y matarlas el público con su sola desaprobación: pero sucede todo lo contrario cuando se trata de asuntos realizados secretamente y cuyo fin, plan y dirección son conocidos de algunos pocos que gobiernan la asociación y que respecto á la mayoría son venerados y silenciosamente admirados. Y entónces, ¿cuánto no puede la astuta arte de unos cuantos directores para precipitar á las ciegas turbas en un abismo de males y de inmoralidad?

«Basta: no hay cosa alguna en el mundo que por su propia naturaleza degenere y se corrompa más fácilmente como una sociedad secreta; y cuanto más secreta tanto más perfecto es su mecanismo y por consiguiente es mayor el peligro de precipitarse en el abismo de la ruína y destrucción del bien común. El fuego de la publicidad purifica el buen metal de la escoria, pero donde no existe ese fuego *todo se convierte en escoria.*»

Queda, pues, corroborado con las autoridades de ilustres escritores que la Masonería como sociedad secreta es contraria al derecho público, constituye

una amenaza permanente á los intereses sociales y merece como contraria al bien común ser extirpada por ilegal.

II

Como es de alta conveniencia que los espíritus rectos se penetren del carácter ilegal y naturaleza perjudicial de la institución masónica, insistiremos aún sobre el mismo tópico con más energía, si cabe, y basándonos siempre en autoridades imparciales.

Ningún juicio quizás es más competente á este respecto como el del muy celebrado y docto ex-jefe de la Masonería secreta, Adolfo Knigge: «Las sociedades masónicas, dice, todas sin excepción, son inútiles y peligrosas. Inútiles, porque en nuestra edad ninguna clase de conocimientos importantes pueden mantenerse bajo el secreto. . . . y en punto á ciencias, los recientes adelantos y descubrimientos realizados para bien de la humanidad, deben ser y son del dominio público, á fin de que todas las inteligencias los examinen y aprecien. La beneficencia no tiene necesidad de secretos ni de logias, la fraternidad debe ser pública y leal, y la sociabilidad no debe promoverse por vías misteriosas y ocultas.» ¿Podrá negarse la sensatez de este juicio del ex-masón Knigge?

Y en efecto, ¿no es ridícula la pretensión de la Masonería al erigirse con patente exclusiva en propagadora de las luces, de la ciencia, del progreso, de la beneficencia, y de la fraternidad, como si

tuviese todo eso como patrimonio excepcional, como si el mundo estuviese sumerjido en tinieblas y el estado social de los pueblos fuese tan atrasado que necesite de la tutela masónica para marchar hácia el ideal de la humanidad y llegar á la cumbre de la civilización con la antorcha que oculta en sus antros la Masonería ? Semejante pretensión no pasa de una simpleza y fatuidad ; pues es sabido que los masones son hijos de vecindad como todos los demás y no se sabe que hayan recibido de la Providencia que rige los destinos del mundo, ninguna revelación ó ilustración especial. Pero sobre todo excita á risa eso de fomentar las ciencias y la beneficencia por medio del misterio y del secreto, pues equivale á apagar las luces para que iluminen ; ¿ó será que las sombras agregan esplendor á la luz?

Mas la organización del secreto prueba que la Masonería oculta el crimen bajo sombras simbólicas.

Por eso continúa diciendo el citado Knigge : « Pero estas sociedades masónicas á fuer de secretas, son también perjudiciales á la sociedad. Perjudiciales, porque todo lo que se hace al amparo del secreto es *necesariamente sospechoso;* son perjudiciales, porque las autoridades civiles no pueden consentir en razón del bien público que bajo el manto del secreto se realicen planes que pueden ser nefandos, velados por una bella apariencia. Son perjudiciales porque en general, jefes *incógnitos* dirigen la marcha social y es indigno de un hombre honrado trabajar por un fin que no conoce, de cuya bondad é importancia responden personas no conocidas y con las cuales debe él obligarse sin que ellas tengan obligaciones para con él.

« Son perjudiciales, porque hombres mal intencionados sacan ventaja en constituirse jefes abusando de sus propios hermanos para intereses privados, pues que todo hijo de este mundo tiene sus pasiones que lleva consigo á la sociedad, donde á la sombra del secreto tienen más libre campo que no á la luz del día. . . son perjudiciales, porque *favorecen toda clase de iniquidades políticas y religiosas*. . . . . esta es mi profesión de fé respecto á la Masonería. ¿Hay alguna que no produzca estos males y no tenga estos defectos?

« Hay alguna que no sea criminal? Que se descubra, que rasgue el secreto. ¿Habrá alguna que haga excepción? Yo no conozco ninguna que no presente algunos de los inconvenientes señalados. »

Este juicio sobre las diversas sectas ó ramificaciones de la Masonería es enérgico, pero altamente sensato, teniendo además la ventaja de ser emitido por un personaje que, habiendo sido jefe de la Masonería secreta, recorrió todos los grados y antros de la Orden.

El célebre filósofo moderno Krausse, como refiere Tiberghien, llevado por las bellas apariencias y los programas pomposos de la Masonería, concibió una brillante idea de la Orden masónica y se hizo iniciar en ella; y con el objeto de publicar su apología, le decidieron sus simpatías á investigar en la historia la influencia del masonismo y su estado actual. Publicó, pues, al respecto una obra interesante después de diez años de investigaciones.

Pero *como hacía resaltar*, añade Tiberghien, *las aberraciones y los abusos que han degradado la*

historia del masonismo, aun antes de examinado el libro, fué condenado por las Logias, y Krausse expulsado de la masonería. Pues bien, en esta obra, Krausse se propone (son palabras textuales) *excitar á la Masonería á volver francamente á fines lejitimos..... y á abolir enteramente el secreto* COMO ILEJÍTIMO *en sí, y contrario al derecho comun humano, y sospechoso para la sociedad, pues todo lo que mira á intereses comunes humanos, es público por su naturaleza y no puede* SIN INJUSTICIA *y sin* CORRUPCIÓN *tratarse en secreto.* EL DISIMULADO Y ENCUBIERTO OBRAR ES EL TRIUNFO DEL MAL.» He aquí el dictámen de ambos filósofos, Krausse y Tiberghien, que llevan el sello de la más absoluta imparcialidad, pues además de ser racionalistas, hicieron profundos estudios históricos sobre la Masonería.

Tenemos, pues, completa razón para acusar á la Masoneria de ilegal, de contraria al derecho común, de injusta y corruptora; más aun: afirmar que su existencia en el seno de los pueblos civilizados es el triunfo del mal, aunque se la considere simplemente como sociedad *secreta*; y por consiguiente podemos indicar que las personas honradas que pertenecen á la Masonería, á pesar de su buena fé, cooperan inconscientemente al *triunfo del mal.*

VII

La Masonería es la antítesis del cristianismo

Es tal el rebajamiento de los caracteres y tal la confusión de ideas en las cuestiones más vitales, que jamás he podido contemplar sin lástima cómo personas que proclaman bien alto el timbre glorioso de cristianos, porque el cristianismo es la gloria más preciada de la humanidad y la vida de la civilización, pretendan unir dos nombres que constituyen una flagrante contradición y una antítesis inconcebible: *masón-cristiano*, idéntico á creyente-incrédulo y á cristiano apóstata.

No nos contentamos con haber demostrado hasta la evidencia que la Masonería considerada bajo el aspecto de su organización, basada en el secreto que exije á sus adeptos, es ilegal y altamente reprobable en nombre del derecho común é intereses más legítimos de las sociedades humanas; sino que vamos á dar un paso más en pro de la dignidad de la conciencia cristiana: vamos á demostrar que la asociación masónica bajo el manto del secreto se propone un fin reprobable para las sociedades cristianas, que es lo mismo que decir para las nacio-

nes civilizadas; pues cuando en las traslogias, se rasga para los masones el velo del secreto y desaparecen los emblemas y alegorías de las iniciaciones masónicas; cuando el lema de igualdad, libertad y fraternidad se explica sin equívocos, se reduce á estas palabras: *guerra á Jesucristo y á su santa Religión*, ó para decirlo con palabras textuales, uno de los fines reales de la Masonería es *el anonadamiento del catolicismo y hasta de la idea cristiana.*

Y esto es necesario demostrarlo y declararlo á voz en grito á fin de que los que tienen la gloria y la dicha de profesar la sublime religión de Jesucristo, no sean embaucados con falsas apariencias de ilustración, filantropía y progreso. Hay suma conveniencia en arrancar esa máscara hipócrita para que al menos sea leal la lucha del espíritu pagano-revolucionario contra el cristianismo y su augusta civilización; pues sería una ignominia incalificable y altamente vergonzosa para los cristianos que tengan conciencia de su propia dignidad, prestar su contingente á la Masonería para destruir su propia religión y convertirse, de heraldos del progreso, en demoledores del edificio social. Bien sé que la Masonería no oculta este plan en aquellos lugares en que ha logrado ya postrar el sentimiento religioso, pero donde aun se conserva enérgica la conciencia cristiana tiene el hipócrita atrevimiento de declarar que las doctrinas y moral de la Masonería son esencialmente cristianas.

Vamos á demostrar lo contrario, empezando por algunas observaciones que nos pondrán en disposi-

ción de descubrir el plan nefando de la Masonería con relación al Cristianismo.

Aunque en los grados y símbolos de la Masonería externa parezca todo inocente cuando no pueril, hay sin embargo en ellos muchas cosas que no se anticipan, sino para juzgar por la impresión que hagan sobre los adeptos, hasta qué punto se les puede conducir en la revelación de los fines reales de la Masonería, de otra manera sería inútil la táctica del secreto.

1.º El grande objeto á que ella nos dice que se dirige, es *edificar templos á la virtud* y *calabozos al vicio*, iniciar á los adeptos para *ver la luz*, y librarlos de las tinieblas en que están sumergidos los *profanos;* y estos profanos son *todos los demás hombres.* Esta promesa es la de todo *catecismo* masónico: no hay un solo iniciado que no convenga en ello. Sin embargo esta sola promesa anuncia ya que hay para los masones una moral y una doctrina superior á la de Jesucristo y su Evangelio.

2.º En el lenguaje de la Masonería, todas sus logias no son más que un templo hecho para representar el universo; pero en este templo se admite con igual indiferencia al judío, al cristiano, al mahometano, al idólatra y al hombre de cualquiera religión y secta. Todos ven allí la luz, aprenden las ciencias, las virtudes, y todos pueden permanecer, sin embargo, en su secta en todos los grados; ahora bien ¿no equivale esto á decir que está por encima de todas las religiones la religión y la moral masónicas, indicando así que todas las re-

ligiones son error y preocupación, incluso el cristianismo ?

Aunque los masones externos y de buena fe no vean en esta asociación más que aquella caridad general, cuyos efectos, á pesar de la diferencia de opiniones, deben extenderse al gentil, al judio, al católico y al hereje, sin embargo, el propósito de reunir tantas profesiones contradictorias, no es otra cosa que sugerir gradualmente la indiferencia en religión, hasta que llegue el momento de decirles que todas las religiones son igualmente buenas y más aun, destruirlas todas en el corazon de los adeptos, como lo demostraremos al hablar de la Masonería en sus relaciones con la moral y religión llamadas naturales.

3.º A pesar de ser la Masonería una sociedad secreta, lo que los masones ocultan no es lo que hay digno de alabanza en su asociación: no es el espíritu de fraternidad y beneficencia, que eso lo propalan en alta voz y lo enseña sublimemente el Evangelio; no son tampoco los placeres y dulzuras de su igualdad, de su unión y de sus convites fraternales.

Al contrario, alaban contínuamente su espíritu de beneficencia, y nadie ignora los placeres de los adeptos convidados. Luego en su secreto hay alguna cosa de otra naturaleza que esta fraternidad y menos inocente que la alegría de los brindis masónicos, que no se ponen en las Constituciones, ni en los Estatutos, ni en los Reglamentos que la Masonería publica de intento para embaucar á las personas honradas: esa otra cosa secreta sólo es patri-

monio de las traslogias y de los masones ya maduros. Procuremos, por tanto, descubrir el secreto, no en documentos hechos para la Masonería externa y para obtener legalidad civil y simpatías ante el pueblo, sino en los documentos qne sirven de base al desarrollo de la Masonería como sociedad secreta: pretender que la Institución revele su secreto en documentos públicos cuando tiene necesidad de ocultarlo, es simplemente una inocentada: dejaría de ser lo que es: *esencialmente secreta* con relación á su fin y medios de realizarlo.

Ahora bien, dijimos que la Masonería en su estado actual respondía á la realización de las teorías del liberalismo y del racionalismo. Y así es en efecto: el fin y objeto fundamental de la Masonería bajo sus múltiples formas no es otro que conseguir gradualmente la abolición de toda *religión positiva*, que ella llama superstición y fanatismo: así es que los célebres MM.·. Ragón, Clavel, Bazot, y Bruswich, autores clásicos de la Masonería Universal, declaran en sus Rituales y Cursos filosóficos sobre la Institución, que uno de los fines de la Orden es *obtener que los adeptos masones renuncien á toda religión positiva*, como es el cristianismo, *sustituyéndola por la religión y moral universal*, que apellidan religión natural y moral independiente, única que conviene, según ellos, á una institución universal, cual es la Masonería.

Y que ese fin sea obligatorio en su propaganda se deduce, por ejemplo del juramento del H.·. caballero de Oriente: « Juro, dice, propagar por doquiera que esté los derechos del hombre, y de no seguir

jamás otra religión que la grabada por la naturaleza en nuestros corazones».

Prescindiendo por ahora del exámen de ese comodín que llaman los apóstatas del cristianismo religión y moral universal, vamos á evidenciar el carácter esencialmente anti-cristiano de la Masonería.

En efecto: la religión cristiana como *revelada* y enseñada por Jesucristo, es *positiva* en su credo y en sus preceptos; ahora bien, como lo Masonería se propone la abolición de toda religión positiva, entra en sus planes la abolición del cristianismo, sin necesidad de que lo declare explícitamente; por eso es que la Masonería proclama oficialmente el culto del Supremo Arquitecto del Universo, que no es el culto de la Santísima Trinidad, ni el de la Encarnación del Verbo, ni el de la Redención, dogmas fundamentales del Cristianismo.

De donde se sigue evidentemente que la Masonería niega á Jesucristo el carácter de Salvador del mundo y Mediador necesario de nuestra salvación, y que la religión cristiana basada en la divinidad de Jesucristo es una *gravísima y solemne impostura*. Semejante afirmación es ignominiosa al cristianismo y á la civilizacion: contra ella protesta la dignidad del cristiano, se ultraja lo más caro para la humanidad y se hace casi imposible contener la más justa indignación de las almas redimidas por Jesucristo.

Para todo hombre que reflexione sobre la naturaleza de las instituciones, no podrá menos de ser considerada la Masonería como el mas colosal de

los sarcasmos lanzado al rostro de las naciones civilizadas y cristianas: que en la India ó en la China fuese posible la Masonería, se comprende; aquellas naciones están sentadas en las tinieblas de la ignorancia: no las ilumina la luz del Evangelio.

Pero que á pueblos cristianos pretenda enseñarles la Masonería que ella es superior á Jesucristo, sino fuera una ridiculez, sería el más intolerable de los insultos y el más insensato atrevimiento. ¿Quién es la Masonería para compararse con Jesucristo de quien la misma impiedad por boca de Renan afirma ser una personalidad de *colosales proporciones, colocado en la cumbre de la grandeza humana, en quien se ha condensado todo lo mejor y más elevado de nuestra naturaleza; que no será superado por hombre alguno, y de quien dirán y proclamarán todos los siglos que no ha nacido ni nacerá entre los hijos de los hombres otro más grande que él?* Semejante pretensión es algo que no se puede concebir y superior á todo ultraje. No! rechazamos tan soez insulto con toda la indignación de nuestra alma: *El Cristo no puede ser superado*, ha dicho el incrédulo Strauss, *ni seguido por nadie que le aventaje, ni aun que pueda llegar después de él al mismo grado absoluto de la vida religiosa; jamás en tiempo alguno será posible elevarse sobre él, ni concebir un legislador que sea ni aun su igual.* A nosotros los cristianos ¿qué nos podrá dar la Masonería en cambio de ese legislador que no tiene igual, de ese modelo en grado absoluto de la vida religiosa, colocado en la cumbre de la grandeza humana?

Pero hay más: Jesucristo, *de quien dirán y proclamarán todos los siglos, que no ha nacido ni nacerá entre los hijos de los hombres otro más grande que él*, dijo de sí mismo: *Yo soy la luz* y no como quiera, sino *la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo:* y de su divina religión ha dicho: *el que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará*: ahora bien, ó Jesucristo es un impostor, ó la Masonería cae en la más sacrílega de las ridiculeces al afirmar que ella es la luz y su culto la religión de la humanidad. Hay, pues, contradicción entre la Masonería y Jesucristo, y por consiguiente en una Masonería cristiana; y un cristiano masón es una ignominiosa inconsecuencia.

Y sépanlo bien y no lo olviden jamás los cristianos ilustrados y sinceros; la Masonería tiene la audacia de erigirse en censora y maestra del mismo Jesucristo, enseñando contra su santo Evangelio que no es necesaria la fe para salvarse, y por tanto que es inícua impostura la revelación cristiana, impostura su divinidad, impostura el augusto misterio de la Trinidad, impostura los Santos Sacramentos, impostura y superstición la divinidad de la religión cristiana, impostura, en una palabra, cuanto el cristianismo acata y venera. Para la Masonería sólo es racional el culto del S.·. A.·. D.·. U.·. (Supremo Arquitecto del Universo), culto sin embargo que va sustituyendo por el ateismo puro.

Y sin embargo, hay atrevimiento é hipocresía suficiente para afirmar que se puede ser masón sin

renunciar á su dignidad de cristiano, sin apostatar de la fe católica, divina y sobrenatural y sin degradarse hasta el punto de anteponer las doctrinas arbitrarias de una secta tenebrosa ó hipócrita al Evangelio sublime de Jesucristo y á la autoridad divina de su santa Iglesia, garantía suprema establecida por Dios sobre la tierra para escudo de la libertad de nuestra conciencia.

II

Mas como no faltan personas cándidas, si no maliciosas, que aseveran ser la Masonería una asociación que no ataca ni excluye religión alguna, es necesario insistir en la demostración del carácter anti-cristiano de la Masonería con documentos sagrados para la Orden. El libro auténtico de la Masonería, el *Manual de los Masones*, lo declara muy explícitamente: *¿Por qué*, dice, *en toda la Masonería no se encuentra un sólo símbolo cristiano? ¿Por qué figuran solamente el compás, la escuadra y el nivel? ¿Por qué el nombre de Cristo no es pronunciado ni una sola vez en los juramentos masónicos? ¿Por qué no se ve figurar la Cruz?* Y responde el mismo manual: *Porque una* MASONERÍA CRISTIANA *sería una* FLAGRANTE CONTRADICCIÓN *y un* CÍRCULO CUADRADO.

¿Se puede expresar con más energía y con más claridad el espíritu anticristiano de la Masonería? Luego no se diga que calumniamos á esa institución, porque ella misma nos releva de toda prueba. Más aun: en una *instrucción secreta* dirigida á

todas las Ventas por la Venta Suprema, se dice explícitamente: *Nuestro fin último es el de Voltaire y de la Revolución francesa:* EL ANONADAMIENTO ETERNO DEL CATOLICISMO Y HASTA DE LA IDEA CRISTIANA.

Y si se quiere saber qué entiende la Masonería por superstición, óiganse estas palabras textuales del *Ritual del grado Rosa-Cruz:* «La Religión de los cristianos, adoradores del Dios muerto en la cruz, *no es más que una superstición*».

La Masonería es la antítesis del Cristianismo aun cuando afecta alabar á Jesucristo. Así el H.·. Rédarés en los «Estudios históricos y filosóficos de la Masonería simbólica» explica de este modo la divinidad de Jesucristo: «En la época de la aparición del Hijo de María había pocos puntos de moral universal que no hubiesen sido conocidos en las academias; pero el exoterismo resaltante de la doctrina tan pura y tan sublime de este genio divino, una conducta tan rica en buenos ejemplos y tan en armonía con los preceptos que enseñaba, le valieron una reputación inmensa; y á su muerte, una parte de su nación le tomó por el Mesías, y muchos paganos poco instruidos, por un Dios...

«El Hijo de María fué considerado por ellos como el mito más extraordinario de la antigüedad; por eso fueron los primeros en llamarle *Cristo*, que en su lengua significa *Sol*».

He aquí el falso cristianismo de la Masonería, que es lo que se ha llamado cristianismo racionalista. Mas como el cristianismo verdadero es el catolicismo, que la secta llama papismo, el mundo

moderno ha visto salir de los antros de la Masonería todos los furores y persecuciones de que ha sido blanco la Iglesia en los dos últimos siglos especialmente, furores que tan cruelmente ha sintetizado el H.·. Edgar Quinet: « Es necesario, dice, que caiga el catolicismo. No haya tregua con el *injusto!* Se trata no sólo de refutar al papismo, sino de extirparlo, de deshonrarlo y de ahogarlo en el fango ».

Es por tanto evidente que el objeto real y el secreto jurado de la Masonería universal en punto á religión, es el anonadamiento del catolicismo y de la idea cristiana, y su lema, como lo proclama el H.·. Nubius: « *Es necesario descatolizar el mundo.* Quien no lo crea, es porque desea ser engañado ó es un hipócrita que desea reclutar adeptos cristianos que se distingan por su asombrosa candidez.

Mas ¿cómo se explica que la Masonería no rechaza á los católicos de su seno? Con la esperanza de *descatolizarlos* con la luz masónica: no lo afirmamos nosotros; lo declara el H.·. Golfin: « Cuando la Masonería, dice, acoje en sus templos á un judío, á un mahometano, á un *católico*, á un protestante, es á condición de que se trasformará en un hombre nuevo, que abjurará sus errores pasados, que depondrá las supersticiones y los prejuicios con que se ha mecido en su juventud. Si no es así, ¿qué vendría á hacer en nuestras asambleas masónicas? » He aquí el papel tristísimo del cristiano masón.

Mas como es tan pertinaz la Masonería en afirmar que un católico puede ser masón, vamos á

citar para los católicos una autoridad que es irrecusable en materias de religión, la del Pontífice de Roma, contentándonos con escoger algunos trozos de la Alocución de S. S. Pio IX en el Consistorio del 25 de Setiembre de 1865: Dice así: « Entre las numerosas maquinaciones y medios de que los enemigos del nombre cristiano se valen para atacar la Iglesia de Dios, y han ensayado, aunque en vano, para abatirla y destruirla, ha de contarse sin duda alguna aquella perversa sociedad llamada vulgarmente *Masonería* ». Y después de recordar las Bulas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pio VII y León XII, continúa el mismo Pontífice: « Nos, hemos desde luego creído necesario insistir sobre este punto, en atención á que como consecuencia de la ignorancia que puede haber de los designios que se agitan en esas reuniones clandestinas, podría creerse falsamente que la naturaleza de esta sociedad es inofensiva, que su institución no tiene otro objeto que socorrer á los hombres y auxiliarlos en la adversidad, y que nada hay que temer de ella para la Iglesia de Dios ».

« ¿ Quién sin embargo no ve cuán distante se halla esta idea de la verdad? ¿ Qué pretende esa asociación de hombres de todas las religiones y de todas las creencias? ¿ Qué fin bueno llevan esas reuniones clandestinas y ese juramento rigorosísimo exijido á los afiliados, con el cual se comprometen á no revelar nada de cuanto en ellas se hubiere tratado? .... Desde luego y con toda seguridad, Nos podemos decir, que impía y criminal debe ser una sociedad que así huye de la luz; porque el que obra mal, dice el Apóstol, aborrece la luz.

«¡Cuán diferentes son de las tales asociaciones las congregaciones piadosas de fieles que florecen en la Iglesia Católica! En ellas nada hay oculto, nada es secreto.... Nos experimentamos amargura y dolor al ver que cuando se trata de condenar la secta *masónica* conforme á las constituciones de nuestros predecesores, muchos de aquellos á quienes el desempeño y obligaciones de su cargo deberían hacer muy vigilantes y celosos en materia tan grave, se muestran indiferentes, y en cierto modo parecen que están dormidos... En esta situación, temiendo que hombres poco precavidos y especialmente la juventud, se dejen extraviar... Nos *reprobamos y* CONDENAMOS dicha sociedad *masónica*, y las sociedades del mismo género, que aunque distintas en la apariencia, se forman todos los dias con el mismo objeto, y conspiran ya descarada, ya clandestinadamente contra la Iglesia...

«Nos exhortamos por tanto á los fieles á mantenerse en guardia contra los pérfidos discursos de los sectarios, que bajo una aparente probidad, están poseídos de un odio inextinguible contra la religión de Jesucristo y la autoridad legítima, y que tienen un sólo pensamiento y marchan á un sólo fin; á saber, á anonadar todos los derechos divinos y humanos». Hasta aquí el augusto é inmortal Pontífice Pio IX.

El reinante Pontífice León XIII en su Encíclica del 20 de Abril de 1884 confirma á su vez todas las condenaciones emanadas de la Santa Sede contra la Masonería, después de haber expuesto admirablemente las doctrinas perniciosas y la táctica astuta

de la Orden. Dice así: «Nos entendemos rectificar de nuevo en general y en particular todos los decretos dados por los Romanos Pontífices, Nuestros Predecesores, para paralizar los esfuerzos y tentativas de la Secta Masónica, y todas las sentencias por ellos pronunciadas para apartar á los hombres de afiliarse á esta ó determinarlos á salir de ella.»

Pero es de advertir que la mencionada Encíclica de León XIII sobre la Masonería ha puesto tan de relieve y ha evidenciado con tal eficacia los principios, planes y trabajos subversivos y anticristianos de la Masonería que está vez la Orden no ha creído conveniente enmudecer como en las demás ocasiones que ha sido condenada por la Santa Sede: ha sentido que se le daba un golpe maestro y de los más certeros. Ha protestado, pues, pero para su propia condenación, para confirmar la voz augusta del Pontífice. El Gran Oriente de Italia ha dirigido una circular-protesta á *todas las ¡grandes potencias! de la familia masónica universal*, pero en este documento oficial ha sido tan poco feliz el Gran Oriente que no ha hecho más que ratificar y dar la más plena razón al documento pontificio contra el cual protesta: además de confirmar que la Masonería es la antítesis del cristianismo, descubre la táctica hipócrita de embaucamiento. En primer lugar tiene el atrevimiento de afirmar que la Iglesia católica *ha renegado* de Jesucristo, siendo la masonería quien defiende y propaga el Evangelio. Hay que contener la risa: ya no es la Iglesia fundada por Jesucristo, sino la Masonería la que nos ha de enseñar el cristianismo!!... por lo visto cree que le

hemos de creer y que hay insensatos que le creen que es ella la que recibió de Jesucristo la misión de predicar el cristianismo, cuando dijo á sus Apóstoles *id y predicad el Evangelio á toda criatura*: he aquí á la Masonería convertida en Iglesia de Jesucristo. Si se creerá que estamos en Batuecas! Aquí lo ridículo y lo cínico supera á lo impío. Pero á renglón seguido se afirma que la Masonería honra el ideal humano de la divinidad con la *negación científica* de la existencia de Dios. Vamos á trascribir un párrafo textual, porque quizás no se nos creería; dice así el G.·. O.·.:

« Pero la causa de los mayores odios contra nosotros era el vernos propagandistas y sostenedores sinceros á la par que convencidos, de esos sacrosantos principios de tolerancia, de fraternidad y de amor que *el Divino Institutor del cristianismo* había predicado, que su Evangelio consagraba y que la Iglesia de Roma *había renegado*, y de los cuales hubiera querido, si lo hubiera podido, borrar hasta el recuerdo.

« A la intolerancia del clero de Roma le parecía una enormidad que en los templos de la Libre Masonería se admitiera á todos los hombres honrados, que *honran* el gran ideal humano de la Divinidad en todas las formas y en todos los modos de la plegaria, con las obras caritativas y santas, y hasta con *la misma negación científica.* »

¿No es esto una muestra de la hipocresía inconsecuente del masonismo? Pretender que se crea que la Masonería respeta la divinidad de Jesucristo y su Evangelio, del cual *ha renegado* la Iglesia (sic)

y afirmar en seguida que en los templos de la libre masonería se honra á Dios con la negación científica de la divinidad! Para defender á la Orden masónica con semejante documento más hubiera valido al Gran Oriente de Italia callar; porque efectivamente ¿no es esto burlarse de una manera sangrienta, como ha dicho un escritor sensato, de todos esos infelices que forman en las filas de la masonería creyendo cándidamente que pueden creer en Dios y ser masones y, lo que es más, que pueden ser católicos y permanecer afiliados en la secta que oficial y solemnemente declara que la Iglesia Católica *ha* renegado de Jesucristo?

La carta, pues, del Grandísimo Oriente italiano es una ratificación de las afirmaciones contenidas en la encíclica de León XIII, emanada de la misma masonería.

Dice la Biblia que la iniquidad se traiciona y descubre á sí misma: *iniquitas mentita est sibi*: una muestra de ello es la carta-protesta del Gran Oriente de Italia contra la Encíclica del inmortal León XIII.

La condenación, por tanto, de la Masonería bajo todas sus formas, es clara y explícita; y el católico que persisticse en querer ser masón al mismo tiempo que sincero creyente, sería *una flagrante contradicción*, como lo confiesa la misma Masonería.

UNA OBSERVACIÓN IMPORTANTE nos resta por hacer: es necesario advertir que algunos masones astutos propalan que la Masonería en estos países no es como la de Europa, enemiga juramentada del cristianismo y de la Iglesia; pero esta aseveración es

falsa y á la vez hipócrita, puesto que la Masonería es una asociación *universal* é *idéntica* en todas partes por su doctrina, su fin y su carácter. No hay Masonería americana, ni europea, ni española, ni francesa, etc.; hay simplemente diversos ritos y varios Grandes Orientes que constituyen *una* sola Masonería universal, como lo declaran solemnemente los Rituales y Constituciones masónicas. Tan es así, que el artículo 2°. del Reglamento de la Masonería del rito escocés dice: «De cualquiera de los ritos establecidos que sea un masón, es hermano de todos los masones del globo.»

El H.·. Melagari dice textualmente: «Formamos *una* asociación de hermanos sobre *todos los puntos de la tierra*, que tenemos votos é intereses *comunes*».

El H.·. Ragón (curso filos.) se expresa más claramente: « La Masonería no es de pais ninguno; no es francesa, escocesa ó americana. No puede ser sueca en Stockolmo, prusiana en Berlin y turca en Constantinopla, si allá existe. Es *una y universal;* tiene muchos centros de acción, pero *un solo centro de unidad.* Si ella perdiese este carácter de unidad y universalidad, dejaría de existir.

Y poco importa que la Masonería se subdivida en mil sociedades más ó menos secretas, más ó menos impías, tomando diversos nombres, según las circunstancias de tiempo y lugar. No porque se denomine *Carbonarismo, Iluminismo, Joven Italia, Joven Alemania*, etc., deja de ser esencialmente la misma.

Una sola excusa atenuante encontramos para la ge-

neralidad de los masones y es que entre ellos pocos son los que tienen completo y exacto conocimiento de los planes siniestros de la Masonería: fácilmente se comprende que así suceda, pues que la *Instrucción secreta* de la Traslogia Suprema, por ejemplo, no puede ser comunicada sino á los adeptos que, considerados maduros y superiores á todas las ¡ supersticiones ! sólo pueden ser iniciados en los altos secretos de la Masonería.

Esto, sin embargo, de ninguna manera legitima la Masonería nacional, puesto que en la esencia, en el fin y plan social, es idéntica á la Masonería Universal, como lo declaran sus Estatutos civiles.

VIII

La Masonería es la organización del sistema que engendra en las sociedades modernas la disolución de la moral y la más espantosa corrupción de las costumbres.

El mundo marcha, se ha dicho en presencia del asombroso desarrollo material que ha invadido los pueblos y las naciones; pero genios colosales, á quienes es dado elevarse á la cumbre de los acontecimientos para ver desde esa altura la dirección de la marcha social, han lanzado tristísimos lamentos acerca del estado actual de la sociedad. Así lo han hecho los eminentes publicistas Guizot, Thiers, Rancke, Thierry, Macaulay y otros; ellos han dado la voz de alerta y han dicho después de profundas meditaciones: la sociedad actual padece tales quebrantos, que está en peligro de perecer; el malestar es creciente, y están tan enfermos los pueblos, que la sociedad moderna corre el inminente riesgo de reducirse á la nada.

Opérase la más espantosa disolución; las instituciones carecen de elementos conservadores, las turbas desenfrenadas como sus pasiones; aumenta el pau-

perismo en medio del progreso material; la miseria se abraza con la corrupción y el materialismo, y la demagogia entroniza el reinado de la fuerza bruta en vez del imperio moral de las leyes.

El lecho social está tan pútrido que causan asco sus miasmas á los hombres más depravados; por eso un escritor á quien no podrá tacharse de pesimista y ascético, el socialista Guerroult, describe así el estado actual de la sociedad: «El mundo moral, dice, está podrido hasta los huesos; ciertas corrupciones, que constituían en otro tiempo el vergonzoso privilegio de algunas clases, se han generalizado espantosamente; la temperatura moral del alma baja cada día, como baja el termómetro religioso: la crápula, el libertinaje y el egoismo invaden la sociedad; no hay más móvil que el interés y la pasión, ni más medio que el engaño y la mentira; por doquiera divisiones, discordias, traiciones, crímenes de toda clase, vicios é inmoralidades de toda especie, amargura de los espíritus y de los corazones y la sociedad es un bazar universal donde todo se vende y se compra, hasta el honor y la bajeza.

«Las poblaciones rurales han sido invadidas también por una grosera depravación: las turbas de obreros carecen generalmente de todo sentimiento de religión y moralidad; para ellos *vicio* y *virtud*, *derecho* y *deber* son vanos nombres, la mayor parte son hombres que tienen por templo la taberna, por dios el vientre y por evangelio el diario ó papelucho más á propósito para inspirar los instintos groseros y demagogos: esclavos del trabajo material, que les proporciona la subsistencia, carecen de la cultura

moral é intelectual que los harían capaces y dignos de los deberes y derechos sociales. En el bajo fondo de la sociedad se agitan comanditas de ladrones, estafadores y seres sin nombre cuya manera de subsistencia es un perpetuo misterio.

«La prostitución es espantosa, por más que se la quiera reglamentar, y las penitenciarías se multiplican como en otro tiempo los conventos: la inmoralidad y el crimen ya no admiten represión, pues no es necesario recordar cuán insuficiente é inhábil es la policía, cuán imperfectas las instrucciones criminales y cuán indulgentes son los *jurados*, víctimas de imposiciones populacheras.

«Pero lo que más desconsuela es que la mayor parte de los crímenes y atentados denotan menos una perversidad individual que una *gangrena colectiva*, y que no es por falta de *instrucción*, por ser la inmensa mayoría de los criminales de los que en la escuela han aprendido el alfabeto y la moral general.»

Por más que semejantes descripciones causen profundo dolor y desaliento, es necesario completar el cuadro para que no nos admiren los lamentos de los grandes hombres sobre el tristísimo estado de las sociedades modernas fuera del cristianismo, y comprendamos la urgente necesidad de oponernos á las doctrinas y causas que han producido tan profunda corrupción social. Las últimas pinceladas las dará otro expositor moderno de las costumbres contemporáneas, nada sospechoso de misticismo por su incredulidad.

Después de indicar que el móvil supremo de la

actual generación es el antiguo lema pagano de Horacio: *Rem! Rem! virtus post nummos!* Riquezas, riquezas! ¡La virtud después del dinero! continúa de este modo: «Las negociaciones de la Bolsa y las operaciones del comercio bajo la apariencia de transacciones regulares y libres, de realizaciones facultativas, de ejercicio legítimo de la propiedad, no tienen otra base que el agiotismo, la corrupción y la infidelidad, hasta tal punto que ya no se hacen fortunas irreprochables, pues parece que la antigua fe ha desaparecido.... Las excentricidades del lujo, la crápula suntuosa, el vicio dorado, la orgía desvergonzada, la prostitución cubierta de oro y seda, son la consecuencia de fortunas adquiridas sin trabajo á fuerza de rapiña y manejos tramposos.

«La literatura y el teatro, á pesar de algunos ridículos sermones, sudan la corrupción y la obscenidad: los premios á la virtud no encuentran á quien laurear. ¿Se pretendería que los escritores fuesen á rebuscar las pastorales de otra edad? Observan, describen y fotografían los caracteres que contemplan en la vida actual. No hay que disimularlo: la corrupción y el materialismo lo han invadido todo, todo, hasta la médula de los huesos, lo mismo en las altas regiones como en las clases más humildes. La virtud, la moral y la justicia han volado al cielo con Astrea y es obra de titanes escalar de nuevo el empíreo para que descienda á la tierra.»

Ahora bien, seamos filósofos y procuremos indagar cuál es la causa de tan profunda, vasta y permanente corrupción y perturbación social. Desde luego creemos que sería rechazada con indignación

la hipótesis que pusiera esa causa en la práctica de la moral sublime del Evangelio de Jesucristo, pues al decir de los mismos impíos la perfección de sus doctrinas bien puede producir hermanas de Caridad, pero jamás casas de prostitución. Cuál, pues, será esa causa? ¿Dónde se encuentra ese germen de disolución y corrupción general? El pueblo cree encontrarla en la corrupción administrativa de los gobiernos, sus leyes deficientes y su tiranía; los políticos en la falta de respeto al principio de autoridad. Los unos en el antagonismo de las razas y de los intereses y su centralización; los otros en la división de los Estados y la necesidad de agruparlos en una república universal; estos en la inercia y debilidad de los buenos, aquellos en el apoyo ó impunided acordada á los malvados; los ricos, en la envidia, la holgazanería y las insaciables exigencias de los obreros y de los pobres; los obreros y los pobres en la avaricia, injusticia y tiranía de los ricos, grandes propietarios y capitalistas; muchos otros, en el egoísmo, las pasiones sin freno y el lujo inmoderado de todos; los más advertidos ven esa causa en los libros, novelas, diarios, teatros y espectáculos que vierten la inmoralidad á torrentes; un número menor aun, en las doctrinas impías, materialistas y ateas. Todas estas causas han sido denunciadas, y en efecto son gérmenes y focos de desorden, de inmoralidad y degradación; pero no son la verdadera solución, pues cualquiera percibe que esas pretendidas causas no son en sí mismas sino los efectos desastrosos de una causa principal y primaria, pues queda siempre por dar la solución á esta serie de

cuestiones: la irreligión, inmoralidad, materialismo y egoísmo, ¿de dónde vienen? ¿quién los ha hecho germinar en las masas sociales, tan cristianas un tiempo? Esa corrupción administrativa y ese antagonismo de razas, de ricos y obreros ¿quién las ha pruducido? Esa envidia, esa avaricia, ese lujo de la miseria, ¿quién los ha hecho nacer?

Esos libros, esas novelas, esos diarios, esas escenas teatrales, ¿quién las inspira y compone poniéndolas al servicio del error y de la inmoralidad, pudiendo ser medios eficacísimos de la propagación del bien, de la virtud y de la verdad?

A esas pasiones desenfrenadas, ¿quién les ha quitado el freno? ¿Quién ha puesto en la vida social ese principio de disolución universal de la moral y de las costumbres? ¿Quién? Hay que decirlo bien alto, sin rodeos, y sin miedos en el corazón: esa causa suprema es la *Masonería Universal.*

Tengo de ello la más íntima convicción, y de esta convicción la prueba más apodíctica; y ojalá que los hombres sensatos, que lamentan la profunda corrupción que corroe las entrañas de la sociedad y convierte las democracias en demagogias, que desean sinceramente levantar los pueblos de esa postración moral y social en que vegetan carcomidos, pusieran sus talentos al servicio de la causa de la humanidad y de la civilización, combatiendo con energía y patriotismo esa gran rémora y más que rémora, ese coloso de infección que ha colocado la sociedad moderna próxima á perecer y anonadarse.

Sí; la Masonería es la causa y el principio de la disolución social; el sistema no es suyo, pero lo es

su organización. El liberalismo racionalista ideó el principio que justificase su apostasía del cristianismo y proclamó la *soberanía de la razón individual*, y dijo á los pueblos en nombre de su filosofía: la fe sobrenatural, basada en la revelación, es el envilecimiento de la razón humana; no más sumisión al Evangelio y á la moral revelada. La ley del pensamiento y de la conciencia es la libertad absoluta y soberana, para el bien y para el mal, para la verdad y el error; no más creencias divinas, positivas y reveladas!

Ahora bien: para ello era necesaria una institución que remedando á la Iglesia Católica, á quien pretendía sustituir, organizara esa teoría ó sistema en una asociación universal que abarcara á los hombres de todas las religiones y profesiones. Esta institución es la Masonería, que ha aceptado como principio fundamental de la moral y religión masónica *la libertad absoluta del pensamiento y la libertad absoluta de conciencia*. He aquí organizado el principio disolvente que, cual esencia deletérea y corrosiva, debía caer en medio de los pueblos, civilizados por el cristianismo á costa de tanto heroísmo hasta el martirio, para producir el desenfreno de las pasiones y la disolución de los principios conservadores del orden moral, social y religioso.

Proudhón, el gran impío de los tiempos modernos, al examinar los diversos sistemas que pretenden dirigir la marcha de la civilización, se vió obligado á hacer esta hermosísima confesión, arrastrado por la evidencia de la historia del progreso humano: al través de los sesenta siglos que lleva de existencia

el mundo y examinada la gloriosa vida de los imperios colosales de Sesostris, Semíramis, Alejandro y César, en ninguna parte, ni en Grecia ni en Roma encuentra émulo esta gloria del cristianismo, él y solamente él proclama é implanta en el mundo la base necesaria de un sistema de civilización universal y uniforme: la unidad é igualdad de un código universal é invariable de moral y religión para todos los hombres y para todos los pueblos, tan superior á las cavilaciones de los filósofos, á la veleidad de las masas y al capricho de los déspotas afortunados, que pudiera decir á todos: yo no dependo del juicio y criterio de los hombres; mi sanción está por encima de la razón humana, soy la expresión de la razón divina.

Por eso el cristianismo apareció en el mundo como un gigante colosal y basado en la unidad de su código moral y religioso, el Evangelio, acabó con la disolución moral y religiosa, la idolatría pagana y después con la idolatría de los bárbaros; y del caos informe del paganismo y de la barbarie, legó al mundo la gloria de la civilización moderna, porque sin la unidad de principios fijos en moral y religión no hay civilización.

Pues bien; la Masonería que pretende sustituirse al cristianismo en los pueblos civilizados, amenaza la existencia de la civilización inoculando de nuevo la antigua corrupción y disolución moral y religiosa. En efecto: ¿quiérese formar hombres perdularios, sin conciencia y sin dignidad; turbas desenfrenadas cuya ley moral sea el libertinaje y la satisfacción de las más bajas pasiones; pueblos esclavos del vicio,

de la corrupción y del indiferentismo, en vez de razas morigeradas y piadosas, engrandecidas con la energía del sentimiento religioso?

Arránqueseles de la conciencia las sublimes doctrinas del Evangelio y quíteseles toda ley y todo principio que distinga el bien del mal, la virtud del vicio, el deber del interés y de la pasión, el derech legítimo del atropello y de la fuerza bruta. Dígaseles que tienen derecho á pensar y á juzgar de la esencia de esas cosas y de todas las verdades y preceptos del orden moral y religioso como más cuadre á su talante, y decidir su conciencia por la práctica que mejor les plazca: que su pensamiento y su conciencia es el juez supremo y la suprema norma de obrar con un derecho superior á toda moral y á toda religión.

¿No es verdad que estas máximas son las del libertinaje y de la licencia moral y la disolución completa de las costumbres? Pues sería ridícula pretensión proponer á las sociedades un código cualquiera moral y religioso después de haberle dicho que la ley de su inteligencia y de su conciencia es la libertad absoluta, en vez de la absoluta sujeción á la verdad y al bien. Es evidente y la experiencia lo demuestra dolorosamente, que la religión y la moral para que sean eficaces y obliguen en conciencia, deben tener un valor dogmático y basarse en una sanción capaz de resistir al choque de las pasiones; pero turbas á quienes se les ha enseñado que la norma y el derecho supremo y absoluto de su pensamiento y de su conciencia es la libertad sin vínculos á ella superiores, nò pueden admitir ninguna

ley ó precepto con carácter obligatorio: su moral será el capricho individual, el propio interés, la satisfacción de sus propias pasiones, cuya inclinación tomará y tiene derecho á tomar como dictamen de su razón.

Es innegable que los preceptos y verdades morales y religiosas para que puedan servir de norma al perfeccionamiento de la actividad humana, deben tener una sanción tan alta y augusta que los haga respetables, obligatorios y comunes en la vida social y cotidiana; de otra manera serían tan ridículos como las leyes civiles y positivas, que carecieran de sanción, para el régimen social y político de los pueblos.

Pues bien: ¿cuál es en la enseñanza masónica la última sanción de las leyes morales y religiosas? ¿Es algo que obligue y haga eficaz la moral y los principios religiosos, al menos del orden natural? No: es el principio de disolución por excelencia, es la libertad absoluta colocada por encima de toda religión y de toda moral. Por eso las masas populares privadas de la enseñanza del cristianismo, ha dicho un estadista moderno, son conducidas á una corrupción sin ejemplo de las costumbres; han quedado abandonadas á sus propios instintos como en la época del paganismo, cuyas manifestaciones son feroces y nauseabundas junto con el más triste rebajamiento de los caracteres y carencia absoluta de principios fijos en moral: materialismo é impiedad es la atmósfera que respiran y el lodazal en que viven, fruto de la disolución de las costumbres y de la pérdida de las creencias dogmáticas del Evangelio.

Esto ha producido y fomentado la Masonería con su lema de la libertad absoluta del pensamiento y de la conciencia.

Es cierto que ella nos dice que enseña las virtudes y levanta calabozos al vicio; pero ¿en qué consisten esas virtudes y qué autoridad invocará la Masonería para hacer aceptar esas virtudes, si antes ha proclamado el derecho absoluto de juzgar como vicios las virtudes y como inmoral la moralidad? ¿Quién es ella para que se le oiga y atienda, cuando ha infamado á Jesucristo dándole el papel de impostor?

Más aun: ¿cómo podrá suplir la Masonería, que ha desacreditado al cristianismo, esa institución desconocida en la antigüedad, civilizadora por excelencia, la predicación del Evangelio desde la cátedra sagrada, escuela permanente de moral para todas las clases y edades?

La Masonería la llama institución de fanatismo; pero ¿qué es lo que ha conseguido al alejar á las masas populares de los templos cristianos? Hacer que los artesanos y obreros absorbidos por el trabajo material, en vez de ir á las iglesias á oir, una vez al menos en la semana, la enseñanza de la moral sublime del Evangelio, tengan por templos las tabernas, los cafés, despachos de bebidas, billares, teatros y circos, donde, además de pervertirse y corromperse, fomentan la miseria gastando en diversiones, las más veces ilícitas, lo que debiera constituir el alimento de sus miserables familias.

II

La Masonería ha declarado que se propone reunir á los hombres de todas las religiones en sus templos ó logias, donde solamente se rinde culto á la religión natural y á la moral independiente: así lo explican los autores sagrados de la Orden, los HH.·. Ragón, Clavel, Rédarés, y otros. Vamos á demostrar que semejante declaración es irrisoria y que la Masonería es la fórmula del ateismo en religión, y la negación de toda moral, aun del órden meramente natural. En efecto: ¿cuáles son las bases de esa moral independiente y de esta religión natural, proclamadas por la Masonería? Para deslumbrar á las masas con nombres retumbantes declaró que eran estas: *la libertad del pensamiento y la libertad de conciencia;* libertades que, fuera de la revelación divina, lejos de garantir la dignidad de la conciencia humana, quedan prostituidas por convertirse en germen de ateismo é impiedad en religión, y de libertinaje en moral. Jesucristo ha dicho que sólo la verdad es garantía de la libertad.

Veamos, pues, qué sentido da la Masonería á ese principio de libertad. ¿Entiende acaso por libertad esa preciosa prerogativa de no sufrir más inspiraciones que las del bien y de la verdad? ¿La considera como una condición de la imputabilidad y responsabilidad humana, dada por Dios para cumplir libremente y meritoriamente esta norma suprema de la actividad racional: «*haz el bien y evita el mal*»? No: lejos de eso, la Masonería considera la liber-

tad como un *derecho absoluto* é ilimitado tanto para el bien como para el mal, para la verdad como para el error; proclamándola anterior y superior á toda creencia religiosa y á todo vínculo moral, y no sólo como un derecho bajo el punto de vista de la ley civil, sino del fuero interno de la conciencia.

Que este sentido dé la Masonería á la libertad de pensamiento y de conciencia, nos lo declara el diario oficial de la Orden *El Mundo Masónico;* dice así: «*El libre pensamiento es* EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL *de la Masonería ;* pero no la libertad restringida por las exigencias de la verdad y del bien, *sino absoluta, universal é ilimitada en toda su extensión*», esto es, sin límites, sin sujeción á las prescripciones morales del deber y del derecho, que son superiores á toda libertad. La libertad en el orden: lo demás es licencia.

Más aun: el mismo *Mundo Masónico* añade: «*La libertad* ABSOLUTA *de conciencia es la única base de la Masonería*», y que esta base masónica sea la fórmula del indiferentismo religioso, y hasta del ateismo, lo explica á renglón seguido: «*la libertad de conciencia*, dice, *es superior á todas las creencias religiosas, cualesquiera que sean, hasta la creencia en Dios. Los masones deben, por tanto, colocarse no sólo sobre las diferentes religiones, sino sobre toda creencia en un dios cualquiera.*

No podía hablarse más explícita ni más cínicamente.

Pues bien, esa base y principio fundamental de la Masonería es un perniciosísimo error filosófico que

envuelve la negación de toda religión y moral, aun naturales.

En efecto: si, como advierte Monseñor Dupanloup, existe en el orden natural una religión y una moral, norma del desarrollo de la actividad humana, *obligan* de por sí mismas en principio y en derecho; y esta obligación es superior y anterior al hombre; *limita* su libertad y *liga* su conciencia, á no ser que se declare al hombre superior á la verdad, á la justicia y al orden natural, moral y religioso, en cuyo caso no puede haber ni deberes, ni derechos, ni sociedad, sino libertinaje, licencia, egoismo é impiedad, proclamados como un derecho sagrado.

Es innegable que, *de hecho*, ante la obligación natural, el hombre puede encontrar en su ignorancia ó en su buena fe, una *excusa* para su incredulidad y su error, mas no un *derecho* anterior y superior á la ley moral y religiosa, como afirma la Masonería. No basta nombrar su conciencia para tener derecho de hacer lo que á uno se le antoje, ni basta tener libertad de creer que la propiedad es un robo, de querer asesinar, blasfemar, etc., para tener *derecho* á robar, asesinar, etc.

Un razonamiento semejante se aplica al cristianismo: si es institución divina, *obliga* por sí misma á todos los hombres, y esta obligación es superior á los individuos y *limita* su libertad, á menos que se proclame que el hombre es superior á Dios. Es cierto que respecto al cristianismo la ignorancia y la buena fe pueden servir de *excusa*, mas de ningún modo crear un *derecho absoluto* é *ilimitado*

anterior y superior al cristianismo. Si al hombre constare que Dios ha hablado, tiene obligación absoluta de obedecerle y jamás el derecho de decirle: «yo no te obedeceré.»

En resumen: de *hecho* el hombre tiene libertad absoluta de pensamiento y de conciencia, esto es, podemos hacer, y desgraciadamente hacemos, el mal lo mismo que el bien y admitimos el error en vez de la verdad; esto es innegable. Pero lo que negamos en nombre de la razón y de la filosofía y hasta del sentido común, es que tengamos *derecho* al mal como al bien, al error como á la verdad, según afirma la Masonería. El principio fundamental de la moral natural nos dice: «Haz el bien y evita el mal». No, replica la Masonería, haz lo que quieras, pues tu libertad es absoluta, es un derecho para el bien y para el mal.

No negamos la inalienable libertad del pensamiento y de la conciencia, negamos únicamente su degradación, que consiste en afirmar que existe igual derecho para la verdad y el bien como para el error y el mal. Deducir del hecho del error y del mal el derecho, es tan absurdo como decir: existen en el hombre pasiones degradantes, luego tiene derecho á seguirlas.

Hay que distinguir entre la libertad como *derecho* y la libertad como *abuso*. Y sino, ¿qué diferencia hay entre la libertad y la licencia? Esta solamente: la libertad como derecho está limitada por la verdad, el bien y el orden; la licencia ó abuso de la libertad no tiene límite alguno para el orden y el desorden, el bien y el mal, el error y la verdad: es

la ley de los libertinos. Quede, pues, sentado que el hombre es libre en su pensamiento y en su conciencia para merecer ó desmerecer según haga el bien ó el mal; pero su obligación y deber absoluto es este: *hacer el bien y evitar el mal, investigar la verdad y repeler el error.*

Vese, por tanto, que la decantada libertad absoluta del pensamiento y de la conciencia que la Masonería planta como un *derecho* y como la base de la moral independiente, es la negación de toda obligación moral y religiosa, sin la cual no hay deberes ni derechos; se sanciona el libertinaje más subversivo, declarando un derecho absoluto la inmoralidad y la irreligión, justificándose necesariamente todos los atentados y todos los crímenes: es, por tanto, el sistema de la degradación y corrupción de las masas populares, pues abandona los pueblos y los individuos al desenfreno de las pasiones después de arrebatarles la religión y la moral sublime del Evangelio.

Mediten seriamente los espíritus rectos y consideren si en plena civilización podia proclamarse un principio de disolución moral de consecuencias más corruptoras que el enseñado por la Masonería. Se declara al hombre, no sólo lo que todos sabemos, que tiene la infeliz posibilidad de abusar de su libertad, haciendo el mal y degradándose, sino también que tiene *derecho* á ello, pues que se declara su libertad absoluta é ilimitada y superior á toda creencia y vínculo moral.

Y no se vaya á creer que estas consecuencias de irreligión é inmoralidad deducidas del principio masó-

nico de la libertad *absoluta*, las sacamos nosotros: son lógicas y naturales; las deducen los mismos masones.

En efecto: el H.·. Gaghem, en su exposición sobre los elementos religiosos de la Masonería, se expresa de esta manera escandalosa: «Es necesario que nos coloquemos, no tan solo por encima de las diferentes religiones, sino que nos hagamos también superiores á toda creencia en un dios cualquiera:.... Sólo los *imbéciles*, *ignorantes* y *débiles* de espíritu hablan y sueñan en *un Dios* y de la *inmortalidad.*» ¿Podía hablarse más soezmente del orden moral y religioso?

Y si se quiere ver como en nombre de la libertad de pensamiento se ultrajan los principios más elementales de moral natural, óigase al filósofo masón Destut Tracy: «Como ninguna autoridad, dice, seria suficiente para imponerme cuando una cosa es contraria á la evidencia, yo afirmo rotundamente que el olvido de las condiciones primordiales de nuestro sér se encuentra en el precepto tan decantado: *ama á tu prójimo como á tí mismo.* Esta máxima manifiesta la más profunda ignorancia de la naturaleza humana.»

¿Podrá impedir ni incomodarse la Masonería de que así se ultraje la moral, cuando ella ha justificado esas indecencias declarando un derecho la libertad *absoluta é ilimitada?* Para que se vean también las consecuencias de la moral independiente y el uso que del principio del pensamiento libre hacen también los hombres iliteratos, óigase la muestra que acaba de ofrecer Gante en cierto Congreso

socialista. Uno de los oradores habló de la siguiente manera: «La ciencia moderna ha demostrado que el cielo es un sueño, una mentira. Así es que es de todo punto necesario procurarnos la mayor suma de goces acá en la tierra.......... Adoptando la ciencia basada en la razón, renunciamos á nuestro sitio en el cielo; pero debemos exigir en cambio dos solas cosas, placeres y venganza.» Otra muestra de instintos groseros y blasfemos dió otro obrero orador del libre pensamiento, apóstata del cristianismo:

«El que no trabaja no debe comer, y nosotros tendremos el placer de ver la agonía de los sacerdotes, de los ricos y de los capitalistas, que tendidos en mitad de la calle, morirán de hambre, de una manera terrible, á nuestra misma presencia. Esta será nuestra venganza, la que junto con *una botella de vino de Burdeos*, preferimos al *cielo* de los católicos. ¿Qué digo al cielo? *Le despreciamos;* lo que queremos es el infierno con todas las *voluptuosidades* que le preceden, y dejamos el cielo al Dios de los papistas y á sus infames bienaventurados....;» y cuenta que más de seis mil personas oyeron alborozadas tan estúpidos y blasfemos discursos; ¡pero así civiliza las turbas el libre pensamiento!

En fin, la disolución social ha llegado al estado que indica un publicista puesto al servicio de la impiedad: «La depravación del corazón en otras épocas se extendía raras veces á la inteligencia.»

«Las palabras *virtud* y *vicio* tenían un sentido idéntico para todos. Existía un fondo común de verdades reconocidas, de derechos confesados, un orden

general que nada parecía quebrantarlo; aun cuando se le violaba parcialmente, se respetaba el conjunto... Ahora todos los vínculos están rotos, el hombre está sólo, la fe social ha desaparecido; los espíritus abandonados á sí mismos, no saben á qué atenerse, se les ve flotar sobre mil direcciones opuestas. De aquí un desorden universal, una desesperante instabilidad de opiniones y de instituciones, con igual indiferencia se acepta ó se rechaza el error y la verdad: hay en el fondo de los corazones, junto con un malestar espantoso, como un inmenso disgusto de la vida y una insaciable necesidad de destrucción.

«No se desea otra cosa que revoluciones totales en cada Estado, y en el mundo la entera abolición de todo lo que existe, sin preocuparse de lo que ha de sustituirle». Y termina con esta otra observación: «En virtud de la *soberanía* de la razón humana se sublevan contra Dios, y cada cual se declara libre é igual á él; en nombre de la *libertad* se derrumban todas las instituciones políticas y religiosas; en nombre de la *igualdad* se pretende abolir toda gerarquía, toda distinción religiosa, política ó social... Entonces sobre los esqueletos del sacerdote y del magistrado comienza el reino de la fuerza, de los odios y del terror». — ¡Qué desesperante porvenir espera á los pueblos!

Las masas están desorientadas y perdidas; la corrupción las ha hecho miserables, y el pauperismo es hijo de la inmoralidad en la industria y en el comercio; esas turbas sin moral y sin religión son los reclutas de la Internacional, de la Comuna, del Socialismo y del Nihilismo, que traen perturbados

los pueblos, y hacen necesario el cesarismo militar y despótico, que siempre sucede á la anarquía social como ley de la historia.

Producto de esa venenosa planta puesta por la Masonería, es la perturbación política y social que hoy conmueve al mundo, cuyos efectos sobre la ignorancia ó perversidad exigen prontos y enérgicos remedios, si ha de evitarse el ensayo de las utopías disolventes que amenazan destruir la moderna civilización, haciendo retroceder nuestra sociedad á la peor de las barbaries.

Y no es que temamos la muerte del catolicismo; si esto temiéramos dejaríamos de ser cristianos: la palabra de Jesucristo está muy por encima de todas las furias masónicas, y bastan para muestra diez y nueve siglos de luchas y de victorias. No tememos tampoco por que llegue á ser necesario volver al circo ó á las catacumbas: tememos por la patria y por la sociedad; porque cuando los cristianos vayan á las fieras ó se recojan en las criptas, ¿á dónde irán los paganos modernos, sino á sentarse en el cieno de la corrupción, como la antigua Roma, y á ser esclavos del César, que les hará expiar su apostasía con la vara del despotismo? O sino, irán á la guillotina, despues de haber asistido á los templos de Dios profanados á adorar una prostituta, cual diosa razón, símbolo de la degradación humana.

IX

El lema masónico «Libertad, Igualdad, Fraternidad», es un plagio hecho al cristianismo funestamente alterado.

Mientras el carácter de verdad y grandeza del catolicismo hace que, al decir de Rousseau, *sostenga perfectamente el examen de la razón, descubriéndose en él mayor grandeza cuanto más se le profundiza;* la Masonería, al revés, no puede sostener la discusión científica, sin que inmediatamente caiga en el ridículo. Por eso jamás se verá á la Masonería discutir seriamente; antes bien esquiva el examen científico de sus principios y leyes.

Tan es así, que hablando de la propaganda masónica, Mazzini dió este consejo: «las discusiones científicas no son ni *necesarias* ni *oportunas* (las tinieblas siempre huyen de la luz). Bastan ciertos *nombres regeneradores*, que lo contienen todo y que conviene *repetir* continuamente al pueblo: *libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad;* hé aquí lo que el pueblo comprenderá, sobre todo cuando se le oponen las palabras *despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud,*

fanatismo, etc.» ¿Qué significa esta organización de la propaganda masónica? Lo que estamos contemplando perpetuamente: el charlatanismo basado en palabras santas y seductoras.

La Masonería huyendo la discusión científica para que no se descubra el plagio hipócrita, se esfuerza en embaucar á los pueblos amamantados en la doctrina católica y sus dictados sublimes, remedando el lenguaje de las benéficas conquistas hechas por el catolicismo en pro de la civilización legada por él al mundo á trueque de heroicos sacrificios. Quien haya saludado siquiera las páginas de la historia de la civilización europea, no puede menos de llenarse de una santa indignación al considerar la desvergüenza plagiaria de la Masonería y del liberalismo al atribuirse lemas y conquistas que son el más bello florón de la Iglesia católica, esa mártir augusta de la libertad y redención de los pueblos. Desde luego, por honor á la verdad histórica, no podemos dejar de protestar con toda la energía de nuestra alma contra esa perfidia de lenguaje, que ha contribuido tanto á embrollar las ideas y á seducir á las masas.

La Masonería, como el liberalismo, es rea del plagio más escandaloso, por la tergiversación calculada y sistemática de las palabras más hermosas y cristianas en provecho del error y de su odio al catolicismo. La historia de la civilización demuestra que el lema «libertad, igualdad y fraternidad», tan simpático á los corazones nobles, ha sido robado al Evangelio y á la Iglesia por el liberalismo y la Masonería, para ponerlos al servicio de la incredulidad y engañar á los pueblos. Esos nombres augus-

tos, lo mismo que las grandes cosas que expresan, son del dominio del cristianismo, porque la Iglesia y sólo ella es quien ha devuelto la libertad, la igualdad y la fraternidad al género humano, esclavizado y corrompido bajo el yugo envilecedor del error, del vicio y del despotismo político, doméstico y social. Esas santas palabras jamás las conoció el mundo antiguo, son exclusivas del idioma cristiano: son la gloria, el honor y la conquista santa de la civilización católica.

En el vocabulario heterodoxo, propiedad del liberalismo y de la Masonería, las palabras libertad, igualdad y fraternidad, no significan ya lo que suenan: significan licencia, libertinaje, anarquía, odio al catolicismo y á su Iglesia.

El plagio lo han realizado tambien como advierte Monseñor Segur, en la palabra *liberal*, bella y noble expresión, que quiere decir *generoso*, *grande* y *magnánimo:* ser liberal es tener grandeza de alma, é inclinación perpetua á todas las nobles aspiraciones; y nada tan cristiano como el dulce sentimiento que esta palabra expresa, pues sólo el cristianismo ha llevado el espíritu de caridad y sacrificio hasta el heroismo encarnado en esos ángeles de la tierra, ya en forma de vírgenes, llamadas hermanas de caridad, ya en forma de misioneros, esas víctimas del amor al prójimo, padres por excelencia de la civilización de los pueblos salvajes, que sin embargo el liberalismo vilipendia y califica de víctimas del fanatismo.

Pues bien, estas santas palabras nos han sido arrebatadas á nosotros los católicos, á nuestra

augusta religión; se han apoderado de ellas poniéndolas al servicio de sus preocupaciones anticristianas, de sus errores é hipocresías y después nos las han lanzado al rostro para conseguir hacerlas sinónimas de antagonismo cristiano, antítesis del catolicismo y carácter distintivo de espíritus fuertes y libre-pensadores. A este extremo de tergiversación é iniquidad se ha llegado: se ha vuelto á realizar el misterio de la flagelación; nuevos sayones martirizan al catolicismo azotándolo con los instrumentos de su propia gloria.

Para ellos el lema de libertad, igualdad y fraternidad es el símbolo de un espíritu desprendido de lo que llaman preocupaciones religiosas, que prescinde de las santas doctrinas de la Iglesia y que desde las alturas de su mentida sabiduría y de su imparcialidad juzga á la fe y á la revelación cristianas como á cualquier otro sistema ó hipótesis vulgar, cual si no fuera lo absoluto en religión y la civilizadora del mundo. En una palabra: el liberalismo masónico, para ganarse adeptos y encubrir sus planes nefandos, ha hecho lo del grajo de la fábula, se ha cubierto con nuestras hermosas vestiduras cristianas; libertad, igualdad, fraternidad, progreso, luz, civilización! y con ese ropaje robado se presenta ante las masas incautas y les dice: seguidme y adoradme; yo he realizado las conquistas que constituyen la gloria de los pueblos civilizados.

Semejante iniquidad no puede quedar consagrada por los anales de la historia: sólo el catolicismo puede afirmar con verdad: «Yo soy la civilización.» Los católicos tenemos el derecho y el deber

de reivindicar la propiedad de esos tesoros, deponiendo ante la luz pública el plagio inícuo y desvergonzado: y esto es tanto más necesario cuanto que la Masonería se sirve de ellos hipócritamente como de pasaporte y cual timbre de gloria, y logra, merced al encanto secreto de las nobles ideas que expresan, que un crecido número de personas honradas se dejen sorprender fácilmente dando acogida aun hoy día al liberalismo masónico y á sus ideas heterodoxas, á causa de los nombres augustos y cristianos con que se las presenta. Vamos, pues, á descubrir el engaño.

Con una tenacidad digna de mejor causa, se proclama que el lema hermoso «libertad, igualdad y fraternidad» es una conquista de la revolución francesa del 89, obra del liberalismo y de la Masonería. Pues bien: esta afirmación es absolutamente falsa. El cristianismo, desde mil setecientos años antes había declarado á la faz de la tierra los supuestos principios del *ochenta y nueve*, sin ultrajar la civilización con los crímenes de la Bastilla, de la guillotina y del Terror. El Evangelio devolvió al mundo los títulos de la dignidad humana vilipendiada, y la religión del Crucificado dijo á los hombres: Vosotros sois libres en Jesucristo; sois iguales delante de Dios y todos sois hermanos en Cristo y en Adan.

De los labios sacrosantos de Jesús salieron estas dulces y sublimes palabras: nadie las había pronunciado antes de él, y trasladadas á la boca de los apóstoles, pasaron á los doctores de la Iglesia llegando hasta el último de los fieles, los concilios las trascribieron en sus actas y los apologistas de

la fe las comentaron luminosamente en presencia de los tiranos del mundo. Libertad, igualdad y fraternidad, fueron los tres rayos de la gloria que formaron la guirnalda del Hijo de María; fueron los tres puntas de la Cruz transfigurada, que el heroismo de los mártires estampó en el corazón de los pueblos.

Todos los cristianos se amaron como hermanos; los poderosos y los débiles, les ricos y los pobres, se abrazaron como iguales y la tiranía del hombre sobre el hombre fué anatematizada, poniendo como sello de esta gran reforma divina y social, el Papa Alejandro III la bula inmortal con que anulaba para siempre la esclavitud sobre la tierra. Y cuenta que el catolicismo operó esta gran transformación social por medio de la persuasión y de la idea, ahorrando la sangre de los redimidos: sólo él era el mártir de la civilización. Es verdad que todas las cláusulas del testamento de Jesucristo no pudieron realizarse de un solo golpe; las grandes conquistas para ser duraderas y progresivas deben ser lentas y no violentas, so pena de nulificarse con reacciones dolorosas y tremendas; ¿pero quién no ha contemplado realizarse la ley del progreso en los siglos cristianos desde la invasión de la barbarie hasta la formación de las nacionalidades europeas por la Iglesia?

Luego ¿cómo puede explicarse que después de diez y siete siglos de cristianismo, los políticos del 89 vengan á encontrar por vez primera esas tres verdades tan antiguas como cristianas, libertad, igualdad y fraternidad? ¿No es esto una candidez? El labriego de las campiñas sabía mejor esas verdades

que los suntuosos legisladores de la metrópoli parisiense; y la madre, la anciana madre de los mismos legisladores ¿no enseñaba acaso á sus hijos la libertad cristiana, la igualdad de los hombres, y la fraternidad universal, contenidas hasta en el más humilde de los catecismos? ¿Cómo, pues, se atreven á vender como cosa nueva principios tan antiguos como el cristianismo?

II.

A fuerza de calumnias y de mentiras se ha propagado la más deplorable de las preocupaciones: se ha pintado al catolicismo como enemigo de los pueblos y de la sociedad, y á todas las instituciones católicas, á las órdenes religiosas, al Pontificado, á toda creación de la Iglesia, se la denigra como institución de retroceso, amiga de la ignorancia, enemiga de la ciencia, de la civilización, del progreso y de la libertad. Esto es intolerable é indigno de la tan ponderada ilustración del siglo XIX. La Iglesia ¡enemiga de la libertad y de la civilización!

¿No es ella y sólo ella la que en todos los siglos ha sostenido con inquebrantable firmeza y enseñado con la inflexibilidad natural del dogma, la gran doctrina de la libertad natural del hombre, base de todas las libertades políticas y civiles?

La Iglesia no es enemiga de la libertad, ni puede serlo: pues ella y sólo ella la ha restablecido en el mundo. ¿Acaso no es ella quien la ha fijado de nuevo en el corazón del hombre quebrantando las cádenas de los vicios y de las pasiones, enseñando

la moral más pura que haya existido jamás, cual es la del Evangelio, donde se enseña sublimemente la dignidad del hombre junto con la libertad moral, que es su base?

¿No es ella la que ha restablecido la libertad de la familia, destruyendo el triple despotismo del padre, del marido y del amo?

¿No es ella la que ha introducido la libertad y la igualdad en el Estado con la abolición de las castas y razas del paganismo, negando el poder absoluto del César y proclamando en su cara que es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres?

Más aun: cualquiera que tenga la más elemental iniciación en la historia sabe que es el Pontificado y la Iglesia quien ha formado, educado y constituido á las naciones cristianas que poseen incomparablemente más libertad é igualdad social, más espíritu de fraternidad y cosmopolitismo que todas las civilizaciones antiguas: todo lo demás es barbarie y salvajismo.

La Iglesia ha dado á las naciones modernas con los principios olvidados de la justicia, del derecho y de la caridad sublime, el modelo de su propia constitución; orden maravilloso en que todos los derechos son respetados, todos los deberes definidos y que encierra tan crecida dosis de verdadera libertad como no podía soportarla ninguna otra constitución política. En fin, luchando á la vez contra el cesarismo despótico moderno y contra la omnipotencia brutal del mayor número ó la demagogia, que de un siglo á esta parte quiere erigirse en señora absoluta de todas las leyes y de todos los derechos, ¿no

es todavía por la libertad por lo que la Iglesia combate y muchas veces con peligro de su existencia?

Qué sublime es la historia del cristianismo y cuántos son sus lauros de gloria! Próxima á perecer la humanidad, el Salvador salvó la vida del género humano y lo redimió muriendo por él!

Hizo descender á las sociedades del carro de la esclavitud y con ellas á la razón, la conciencia, la autoridad, la justicia y el derecho, tan maltratados y envilecidos, y no satisfecho con haberlas librado, las confió al cuidado de la Iglesia que recibió así del divino libertador la misión soberana de libertar y civilizar el mundo, de aplicar á todos los pueblos y á todos los hombres los beneficios de la redención consumada por Jesús en el Calvario; y como Jesús, la Iglesia ha librado el mundo á sus propias expensas, y sufre y muere todos los días para resucitar la humanidad y arrancarla de la esclavitud del mal. El mundo paga con la ingratitud este beneficio; pero no es para extrañarlo: así fué correspondido su divino fundador en la cumbre del Gólgota.

La Iglesia libra al mundo por su doctrina; sólo ella es depositaria de las enseñanzas del Redentor: le libra por sus instituciones de todo género destinadas todas á hacer entrar y á mantener cada cosa en su lugar y á remover los obstáculos que impiden á los individuos y á las sociedades alcanzar pacífica y progresivamente su perfección y su fin. «Es la Iglesia cristiana la que ha salvado al mundo, dice M. Guizot, sí, la Iglesia con sus instituciones, sus magistrados y su poder.»

Ella ha devuelto la libertad y por consiguiente el honor, la dignidad y la dicha á la mujer, reducida á la humillante condición de esclava: ha devuelto la libertad y la dignidad al niño, al pobre, á todos los que sufren; ha devuelto la libertad á los pueblos agobiados en todas partes, como vil rebaño, bajo la dominación brutal de los que se llamaban sus reyes y que no eran sino sus tiranos; los ha realzado, les ha hecho comprender verdades sociales ignoradas hasta entonces: ha trocado su servidumbre vergonzosa en una santa obediencia: los ha librado del yugo del hombre, porque fuera de Jesucristo y de su Iglesia no hay más que la dominación del hombre sobre el hombre, dominación que degenera fatalmente en despotismo y arbitrariedad. Más aun: al mismo tiempo que la Iglesia libertaba á los pueblos libertaba también á los soberanos, enseñándoles lo que es realmente la autoridad, cuán santa es, y á lo que obliga: habiéndoles enseñado que todo poder viene de Dios, no podía legitimarse el despotismo y la injusticia.

En lugar de los tiranos y de los césares, ha creado los gobiernos cristianos, padres de sus pueblos, amparo de los débiles y servidores de sus súbditos Según la doctrina católica la autoridad no puede mandar obrar sino el bien y está instituida para garantía de la libertad, que á su vez sólo encuentra su perfección en obrar el bien. En fin, la Iglesia exije á todos el precepto de Jesucristo: «sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial», compendio sublime que contiene el deber de perfección, la igualdad de deberes y por consiguiente de derechos

ante Dios por la igualdad de naturaleza y de fin: la fraternidad es divinizada por ser hijos todos del mismo Padre celestial.

Vamos á embellecer estas páginas con las magníficas palabras del sabio Obispo Berthaud. «En la consagración de una iglesia, dice, pronuncia el prelado estas sublimes palabras: *Dios mio, que los fieles vengan aquí á aprender la verdadera libertad* » No puede ser más á propósito este dicho de la Iglesia, y sin embargo no es de ayer; se ha dicho esto mismo en el dilatado espacio de los siglos, por las necesidades de todos los tiempos. Luego vosotros venís aquí, á nuestras iglesias, á aprender la verdadera libertad: sí, la verdadera libertad, bajo la amplitud divina.

Dios es soberanamente libre..... El libre por excelencia. Pues bien, para nosotros como para todo sér creado, la verdadera libertad consiste en aproximarse á este Libre por excelencia. Aquí, en la iglesia, es donde se aprende la libertad verdadera. Ese niño que viene á la doctrina, viene á tomar posesión de la verdadera libertad, viene á aprender á ser libre. Aquellos que están tan locos por la libertad, no saben que la Iglesia fabrica los libres, pues que dice á los padres de familia: traedme á vuestros hijos á fin de que les enseñe la libertad; quiero hacer de ellos unos seres muy hermosos, que ninguna tiniebla los cerque, que hallen exentos de las cadenas de toda servidumbre; traedme todos esos niños, quiero enseñarles la libertad.

«Esta es la libertad, esa libertad grande que se viene á aprender á la iglesia. Nosotros no queremos

espíritus que nos conduzcan de nuevo á las humillaciones del paganismo; queremos la luz, queremos respirar libremente. Es preciso que el hombre esté constituido en el Estado de libertad; es decir, que sepa de dónde viene y á dónde va, y que conozca y pueda tomar todavía el camino que conduce al fin á que está llamado. Es preciso, por último, que sepa tomar el puesto en que debe servir á su fin.

«Lo mismo digo con respecto á las naciones. Es necesario que la humanidad, la gran familia de las naciones, esté constituida en el estado de libertad, es decir, libre de toda tiniebla y exenta de todo mal.»

Hasta aquí el elocuente Obispo, que continúa demostrando cómo la Iglesia es para las sociedades no menos que para los individuos, la madre, la única madre de la libertad verdadera; ella condena y quiere romper todas las servidumbres, todas sin excepción, y es la única que tiene el derecho de llevar de una manera absoluta esta gloriosa divisa: «Libertad, igualdad, fraternidad». Está en su esencia, porque es la esencia del Evangelio y la base de su moral sublime.

Ahora bien: ¿cómo debe reputarse, sino como un sarcasmo, la pretensión de la Masonería de venir á enseñarnos á nosotros, los católicos, como una doctrina desconocida lo que es esencialmente cristiano?

Por qué no lo van á enseñar y proclamar entre los salvajes y pueblos paganos? Yo de mí sé decir que es tal la extrañeza que me causa semejante pretensión de la Masonería que no me la he podido explicar sino bajo la hipótesis de contar de antemano

con la ignorancia más completa acerca de la historia de la civilización. ¿Dónde habeis aprendido ese santo lema vosotros los masones, sino en el Evangelio? ¿Quién os ha dado libertad, sino la Iglesia que tanto despreciais? ¿Quién os ha enseñado que erais iguales jurídicamente y que erais hermanos? ¿Quién os dió instituciones que así os reconocieran y respetaran, sino la eterna caridad de la Iglesia, que á fuerza de constantes sacrificios sacó al mundo del despotismo y esclavitud paganos?

Los masones que desconocen este inmenso beneficio debieran en castigo de su ingratitud haber nacido en la India, en la China ó en Egipto para probar cómo son capaces ellos y la razón pagana, de enseñar á la humanidad la libertad, la igualdad y la fraternidad. La razón heterodoxa sólo ha sabido degradar ese augusto lema con el liberalismo moderno que en nombre de la libertad y de la fraternidad llevó al cadalso millones de víctimas, profanó los templos adorando una prostituta cual diosa razón; saqueó el santuario, robó los bienes de la Iglesia, persiguió y suprimió las órdenes religiosas y comete la vileza en nombre de la filantropía de proteger la prostitución, mientras desprecia como víctimas del fanatismo esas vírgenes heróicas que visten el sayal de hermanas de caridad.

Sin embargo tenía algo de nuevo la proclamación de los principios del 89.

El haberlos decapitado; se les quitó la base: el principio religioso, la moral del deber y el principio de autoridad. El espíritu de irreligión pervirtió las masas populares é hizo imposibles todos los dere-

chos: á la libertad, igualdad y fraternidad del 89 se siguió la guillotina y el terror del 93 y del 96. Sin religión y sin moral no hay derechos garantidos, no hay libertad, no puede existir el orden social: con la abolición del cristianismo, el 89 no pudo sostener la proclamación de unos principios que la civilización debía á esa augusta religión. Se convirtieron en principios de disolución social, solidarismo, comunismo, internacional. Replican algunos que esos principios cristianos habían sido menoscabados con infinidad de abusos y privilegios.

Es verdad: siempre se ha abusado de las cosas más santas; pero la Iglesia jamás cambió de principios, ni de Evangelio; y no necesitó de la *Constituyente*, para lamentar y pedir la reparación de esos abusos, como no existió ningún rey más bondadoso y más dispuesto á reconocer las legítimas reformas como Luis XVI, guillotinado infamemente por la revolución anti-cristiana.

En efecto: nada está más evidentemente probado, como que en esa misma época cuanto habia de noble y generoso en las nuevas ideas lo solicitaba el clero de Francia; la prueba más concluyente está contenida en las actas de los Estados generales. He aquí el extracto de lo que pedía el clero al rey y declaraba de urgente necesidad:

1.° La supresión de las obras anti-religiosas, los grabados obscenos, etc.

2.° Garantías para la libertad y la propiedad individuales.

3.° La supresión de la esclavitud de los negros.

4.° La responsabilidad de los ministros de Estado.

5.º La supresión de los tribunales de excepción, ó de privilegio.

6.º La institución de un código civil común, y por consiguiente, la *igualdad* ante la ley, la publicidad de los actos gubernativos, la suavidad é igualdad de las penas, la abolición de las torturas, la supresión de las confiscaciones, etc.

7.º La admisión del *estado llano* á todos los cargos y empleos reservados á la nobleza.

8.º La excepción del impuesto para los jornaleros, cuyos muebles y útiles no podrían ser embargados bajo ningún pretexto.

9.º En fin, la aplicación exclusiva del impuesto de consumo sobre los objetos de lujo.

Y terminaban renunciando generosamente á todos sus privilegios. He aquí lo que reclamaba enérgicamente en 89 ese mismo clero despojado, desterrado y asesinado cruelmente en 93 por los que se llamaban *liberales*. Y cuando se considera que todas esas ideas y esos votos lo eran también del monarca cristiano, que los hubo de realizar completamente si la incredulidad no hubiese precipitado la revolución, no se sabe con qué nombre y con qué indignación debiera calificarse una revolución que tantas virtudes y víctimas llevó al cadalso y á la guillotina. El catolicismo jamás se convierte en asesino, ni corrompe las masas para operar las reformas saludables que necesariamente realiza la propagación de las santas ideas y de los santos principios. La Iglesia condena el liberalismo incrédulo, que conduce á la demagogia; pero no las instituciones de libertad que conducen á la democracia; pues es el caso de repe-

tir con Pio VII: «Sed siempre buenos cristianos y sereis buenos republicanos: los primeros cristianos eran todos demócratas».

III

Ya que en Francia el liberalismo masónico ha declarado el 14 de Julio de 1789, *toma de la Bastilla*, como la era de las conquistas del régimen de libertad, igualdad y fraternidad, vamos á patentizar el vandalismo salvaje con que se prostituyeron tan hermosos nombres y lema tan santo plagiado hipócritamente é indignamente adulterado por el liberalismo masónico, que incapacitó al pueblo para el régimen de la libertad. Hay que distinguir dos *89*, con dos aspectos en la revolución francesa que en ese año tuvo su manifestación histórica. ¿Quién no sabe cómo tuvo origen esa revolución colosal? La misma nobleza con Luis XVI al frente reconoció la necesidad de reformas políticas y civiles, como de un cambio en las prácticas de gobierno: ni ¿quién podía detener los progresos crecientes de la civilización cristiana? Pues bien, el problema fué planteado y resuelto en la reunión de los Estados generales. De esa asamblea que la historia ha inmortalizado en las reformas que la Constituyente sancionó, es de donde salieron las reformas que acabaron con los abusos del antiguo régimen, haciéndose éco del espíritu cristiano que habia formado y constituido las nacionalidades modernas. Pero existía otro elemento pernicioso en la revolución francesa que prostituyó y adulteró con escándalo inaudito las hermo-

sas reformas del nuevo régimen: era el elemento liberal, masónico, volteriano, impío, que hizo incapaz al pueblo de las instituciones libres: ese elemento hizo su manifestación solemne en la toma de la Bastilla el celebrado 14 de Julio de 1789 y fué la afrenta de la revolución francesa, aunque en su curso no careció de escenas igualmente infames: para que no se nos tilde de parciales vamos á ceder el trabajo de describir ese acontecimienao á un escritor de la escuela positivista H. Taine: «El momento fatal, dice, ha llegado; no cae un gobierno para hacer lugar á otro: cesa todo gobierno para hacer lugar al despotismo intermitente de las masas..... como un elefante doméstico que de súbito tornara á ser salvaje, el pueblo arroja con un gesto á su guía ordinario, y los nuevos guías que tolera montados sobre su cuello no van sino de muestra; en adelante, marcha á su antojo emancipado de la razón, entregado á sus sensaciones, á sus instintos y á sus apetitos.

Visiblemente, no se ha querido más prevenir sus extravíos; el rey ha prohibido toda violencia, los comandantes prohiben á las tropas hacer fuego, pero el animal sobrexcitado, feroz, toma todas las precauciones por atentados; en lo porvenir piensa guiarse á sí mismo; y, para comenzar, despedaza á sus guardianes.—El 12 de Julio, hacia medio dia, á la noticia de la despedida de Necker, se levanta un grito de furor en el Palais Royal; Camilo Desmoulins salta sobre una mesa, anuncia que la corte medita «una San Bartolomé de patriotas».

La multitud lo abraza, toma la escarapela verde

que acaba de proponer, obliga á cerrar las salas de baile y los teatros en señal de duelo, va á casa de Curtius á tomar los bustos del duque de Orleans y de Necker, y los pasea en triunfo. Entretanto, los dragones del príncipe de Lambose formados en la plaza de Luis XV, encuentran á la entrada de las Tullerías una barricada de sillas, y son recibidos con una lluvia de piedras y botellas.

En otra parte, sobre el Boulevard, delante del hotel de Montmorency, guardias franceses escapados de sus cuarteles, hacen fuego sobre un destacamento fiel del Royal Aleman.—Por todas partes resuena el somatén, las armerías son saqueadas, é invadida la casa Consistorial; quince ó diez y seis electores que se encuentran allí, deciden que se convoquen y se armen los distritos—El nuevo soberano se ha mostrado: es el pueblo armado y en la calle.

Al instante la hez de la sociedad sube á la superficie. En la noche del 12 al 13 de Julio, «todas las barreras, desde el arrabal de San Antonio hasta el de San Honorato, además de los arrabales de San Marcelo y Saint-Jacques, son forzadas é incendiadas.»

Desaparece la sisa, la ciudad queda sin rentas, precisamente en el momento en que se ve obligada á gastos más crecidos; pero poco importa al populacho, que, ante todo, quiere vino barato. «Forajidos armados de picas y palos, se esparcen por todas partes en muchas divisiones, para entregar al pillaje las casas cuyos dueños son mirados como enemigos del bien público.

«Van de puerta en puerta, gritando: armas y pan!—Durante aquella noche aterradora, la bur-

guesía permaneció encerrada, temblando cada cual en su casa, por sí y por los suyos. » — Por la mañana del 13, la capital parece entregada á la última plebe y á los bandidos. Una banda hunde á hachazos la puerta de los Lazaristas, destroza la biblioteca, los armarios, los cuadros, las ventanas, el gabinete de física, se precipita en las bodegas, desfonda sus toneles y se emborrachan: veinticuatro horas después, se encontró allí una treintena de muertos y moribundos, anegados en vino, hombres y mujeres; una de ellas próxima á alumbrar.

Delante de la casa, la calle está llena de objetos hechos pedazos y de forajidos que tienen en las manos, unos, « comestibles, otros una vasija en que « sirven vino á todos los que pasan y les obligan « á beber El vino corre en arroyos por los declives de las calles y hiere el olfato; » es una orgía kermesse. Entretanto, roban el trigo y las harinas que los religiosos estaban obligados por un edicto á tener siempre en depósito, y conducen cincuenta y dos vehículos á la Halle. Otra banda va á la Force á dar libertad á los presos por deudas; una tercera penetra en el Guardamuebles y roba las armas y las armaduras de valor.

Los grupos se amontonan delante del palacio de M. de Breteuil y el Palacio Borbón, que quieren devastar para castigo de sus propietarios. M. de Crosne, uno de los hombres más liberales y más respetables de París, pero, desgraciadamente, lugarteniente de policía, es perseguido, escapa á duras penas, y su palacio es saqueado. Durante la noche del 13 al 14, roban las panaderías y los almacenes de vinos;

« hombres del más vil populacho, armados de fusiles, « asadores y picas, se hacen abrir las puertas de las « casas, dar de beber, comer, dinero y armas. »

« Vagabundos harapientos, muchos casi desnudos, « la mayor parte armados como salvajes, con una « fisonomía espantosa, de las que no se recuerda haber « hallado jamás á la luz del día; » muchos son extranjeros, salidos quién sabe de dónde. Se dice que hay 50,000 y se han apoderado de los puestos principales.

« Durante estos dos días y estas dos noches, dice « Bailly, París corrió riesgo de ser saqueado, y no « se salvó de los bandidos sino por la guardia na- « cional. »

Ya en media calle, « las criaturas arrancaban á los ciudadanos los pendientes de las orejas y las hebillas de los zapatos, » y los ladrones comenzaron á abrirse paso. — Felizmente, la milicia se organiza; los principales vecinos, los gentiles hombres se hacen inscribir en ella; 48,000 hombres se forman en batallones y en compañías; los burgueses compran á los vagabundos sus fusiles por tres libras; su espada, sable ó pistola, por 12 sueldos. En fin, se cuelga en la plaza á algunos malhechores, se desarman á muchos otros y la insurrección se hace política. Pero, cualquiera que sea su objeto, continúa siempre loca porque es popular. Su panegirista Dussaulx confiesa que «ha creído asistir á la descomposición total de la sociedad.»

No había jefe ni dirección. Los electores que se improvisan representantes de París, parece que mandan la muchedumbre, y es ésta la que los manda á

ellos. Para salvar la Casa Consistorial, uno de ellos, Legrand, no tiene más recurso que hacer llevar seis barriles de pólvora, y declarar á los invasores que la hará saltar. El comandante que han elegido, M. de Salles, tiene por más de un cuarto de hora, veinte bayonetas al pecho, y más de una vez, todo el comité se ve á punto de ser asesinado.

Figuraos en el recinto en que se parlamenta y suplica, «una afluencia de mil quinientos hombres, «empujados por otros cien mil que se esfuerzan por entrar», los maderos que crujen, los bancos derribados unos sobre otros, la baranda de la oficina llevada hasta la silla del presidente, un tumulto capaz de hacer creer que aquél es «el día del juicio final», gritos de muerte, canciones, alaridos, «gentes fuera de sí, y, la mayor parte, sin saber dónde están ni lo que quieren.»

Cada distrito es un pequeño centro, y el Palacio Royal es el mayor de todos. Del uno al otro circulan las mociones, las acusaciones, las diputaciones, con el torrente humano que se detiene ó se precipita, sin más guía que su pendiente ó los accidentes de camino. Ni aun entran sino que son introducidos. Si penetran en los Inválidos, es gracias á la connivencia de los soldados. En la Bastilla, desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, hacen fuego á los muros de cuarenta piés de alto, de treinta de espesor y solo por azar uno de sus tiros hiere sobre las torres á un inválido.

Se les trata como á niños á quienes se quiere hacer el menor mal posible: á la primera intimación, el gobernador hace retirar sus cañones de las plazas;

hace jurar á la guarnición que no tirará si no es atacada, invita á la primera diputación á almorzar con él; permite al enviado de la Casa de Justicia que visite toda la fortaleza; sufre varias descargas sin contestar, y deja tomar el primer puente sin quemar una ceba. Si tira al fin, es en el último extremo, para defender el segundo puente, y después de haber prevenido á los asaltantes que hará fuego. En una palabra, su longanimidad, su paciencia, son excesivas, conforme á la humanidad de la época.

En cuanto á ellos, se han enloquecido con la sensación nueva del ataque y de la resistencia, con el olor de la pólvora, con el vértigo del combate; no saben más que estrellarse contra la mole de piedra, y sus expedientes están al nivel de su táctica.

Un cervecero imagina incendiar esa mole de mampostería, lanzando encima, por medio de bombas, aceite de serpientes y de amapola impregnado de fósforo. Un joven carpintero, que tiene nociones de arquitectura, propone construir una catapulta. Algunos creen haber tomado á la hija del gobernador, y quieren quemarla, para obligar al padre á rendirse. Otros ponen fuego á un arimez del edificio lleno de paja, y se cierran así el pasaje.

« La Bastilla no ha sido tomada á viva fuerza, » decía el bravo Elie, uno de los combatientes; se rindió, « aun antes de ser atacada », por capitulación, bajo la promesa de que no se haría mal á nadie. La guarnición, demasiado bien garantida, no tenía ánimo de tirar ya sin peligro sobre tantos cuerpos vivientes, y, por otra parte, estaba turbada á la vista de tan inmensa multitud. Ochocientos ó novecientos

hombres solamente atacaban, la mayor parte obreros ó almaceneros del arrabal, sastres, carreteros, merceros, vendedores de vino, mezclados con guardias franceses.

Pero la plaza de la Bastilla y todas las calles circunvecinas estaban llenas de curiosos que venían á ver el espectáculo; entre ellos, dice un testigo: « buen número de mujeres elegantes y de buen aire, que habían dejado sus carruajes á alguna distancia. » De lo alto de sus parapetos, parecía á los ciento veinte hombres de la guarnición, que todo París se desbordaba contra ellos. — Son ellos los que bajan el puente levadizo, los que introducen al enemigo: todo el mundo ha perdido la cabeza, tanto los sitiados como los sitiadores, estos aun más, porque están embriagados con la victoria.

Apenas entrados, comienzan por romperlo todo, y los últimos que llegan fusilan á los que entraron primero, al azar: « cada cual tira sin atender dónde « ni sobre quién van sus golpes.» La omnipotencia súbita y la licencia de matar son un vino demasiado fuerte para la naturaleza humana; el vértigo llega, el hombre *ve rojo*, y su delirio termina en la ferocidad.

Porque lo propio de una insurrección popular es que, no obedeciendo nadie á nadie, las malas pasiones quedan tan libres como las generosas y los héroes no pueden contener á los asesinos. Elie, que es el primero, los guardias franceses que conocen las leyes de la guerra, tratan de cumplir su palabra; pero la multitud que avanza á la retaguardia, no sabe más que herir y hiere á la ventura.

Deja libres á los suizos que dispararon sobre ella, y que, con su capote azul le parecen prisioneros. En cambio se encarniza con los inválidos que le abrieron la puerta; corta de un sablazo la mano que impidió que el gobernador hiciera saltar la fortaleza, lo atraviesan de dos estocadas, lo cuelgan, y la mano que había salvado un barrio de París, es paseada triunfalmente por las calles. Arrastran á los oficiales, matan cinco y tres soldados, en camino ó en el sitio.

Durante las largas horas del tiroteo, el instinto de la matanza se ha despertado, y la voluntad de matar, cambiada en idea fija, se ha esparcido á lo lejos hasta la multitud inactiva.

Su solo clamor basta para persuadirla; ya es demasiado para ella un grito de animación; desde que uno hiere, todos quieren herir. « Los que no tenían « armas, dice un oficial, lanzaban piedras contra mí; « las mujeres rechinaban los dientes y me amenazaban « con sus puños. Ya dos de mis soldados habían « sido asesinados detrás de mí... Llegué por fin, « bajo un grito general de que se me colgase, hasta « algunas centenas de pasos de la Casa de Justicia, « cuando trajeron ante mí una cabeza clavada en « una pica, la cual se me presentó para considerarla « diciéndome que era la de Mr. de Launay, » el gobernador.

Al salir éste, había recibido una estocada en el hombro derecho; llegado á la calle de San Antonio, « todo el mundo le arrancaba los cabellos y le daba de golpes. » Bajo la arcada de San Juan estaba ya « muy herido. » Al su derredor los unos decían:

« es preciso cortarle la cabeza, » los otros: « es preciso colgarlo,» y los otros: « es necesario atarlo de la cola de un caballo. » Entonces desesperado y queriendo abreviar su suplicio, exclama: « que me maten », y resistiéndose, da un puntapié en el bajo vientre á uno de los hombres que lo sujetaban.

Al instante es atravesado á bayonetazos, arrastrado por la calle, y golpean sobre su cadáver, gritando: « es un sarnoso y un mónstruo que nos ha traicio- « nado; *la nación* pide su cabeza para mostrarla al « público, » y se invita al hombre que recibió el puntapié para que él mismo la corte. — Este, cocinero sin colocación, que ha « ido á la Bastilla á ver lo que pasaba », juzga que, puesto que tal es la opinión general, la acción es « *patriótica* », y hasta cree merecer una medalla destruyendo un mónstruo.

Con un sable que le prestan hiere el cuello desnudo; pero, como estuviera el sable mal afilado, y no cortara, saca de su bolsillo un pequeño cuchillo de mango negro, y « como en su calidad de cocinero sabe trabajar la carne », termina felizmente la operación.

Después, poniendo la cabeza en una horquilla de tres dientes, y acompañado de más de doscientas personas armadas, « sin contar el populacho », se pone en marcha, y, en la calle de Saint-Honoré, hace atar á la cabeza dos inscripciones para indicar mejor á quien pertenecía. La alegría estalla: después de haber desfilado ante el Palais-Royal, el cortejo llega al Puente Nuevo; ante la estátua de Enrique IV, inclina tres veces la cabeza, diciéndole: « Saluda á tu amo ». Es la chanza final: la hay en

todo triunfo, y bajo el carnicero aparece el granuja.»

He aquí el gran acontecimiento cuyo aniversario celebra estrepitosamente el liberalismo masónico. Pero es acaso digno de un pueblo civilizado? No es el más grande sarcasmo que podía arrojarse á las instituciones de libertad que adoran los pueblos modernos? Así se honra la memoria y el aniversario de lo que el progreso cristiano llama sus grandes conquistas?

¡Cuán evidentemente prueba el hecho que acabamos de recordar cómo el liberalismo masónico en vez de educar los pueblos y prepararlos para el uso y goce digno de las instituciones de libertad los corrompe y los empuja al vandalismo salvaje! Y ese pueblo había perdido la fe cristiana, el virus de la impiedad volteriana lo había paganizado, más aún, lo había embrutecido. He ahí la obra del liberalismo y la gloria que disputa para sí la Masonería!

Mas, los pueblos que permanecen cristianos no conquistan así la libertad. Véase sino, qué hermosa lección nos da la conquista de la independencia americana, donde los liberales brillaron por su ausencia! Porque en efecto, ¿quiénes son los hombres de primera fila en la revolución americana, pregunta un notable historiador, sino Bolivar que testaba á la hora de su muerte recomendando su alma al Dios de los católicos, San Martín y Belgrano que deponían sus bastones de mando á los piés de la Vírgen, O'Higgins que fué amortajado con hábito de San Francisco superpuesto á su casaca de capitán general, Artigas que hacía rezar el rosario á

sus tropas. Y al lado de estos hombres, las asambleas populares presididas y alentadas por frailes que abrían las sesiones persignándose; y los ejércitos patriotas conducidos á la pelea por sus capellanes, que se mezclaban al fuego levantando la cruz como insignia suprema de la redención de un continente.

Pero por fortuna para la civilización, el fiasco dado por los enemigos del Catolicismo en sus pomposas promesas ha hecho comprender á los pueblos la gran hipocresía del lema masónico y ya todos comprenden que el liberalismo es á la libertad lo que el racionalismo á la razón y el socialismo á la sociedad, esto es, la negación de la libertad, de la razón y del orden social.

X

La Masonería y la Democracia

Por ser la Masonería la antítesis del Evangelio, es esencialmente enemiga del reinado de la libertad y de la democracia. Y esto es evidente: ya lo había dicho el filósofo Sócrates, «pueblos: ¿queréis ser libres? — sed virtuosos!» y sin que lo dijera Diderot, ya se sabía que *sin el cristianismo no hay virtud*, y mucho menos podrá existir con los principios masónicos que engendran la disolución moral más espantosa de las costumbres. «Sin la fe, ha dicho el ilustre publicista Tocqueville, no puede vivir la libertad; sin la religión sólo puede existir el despotismo.» El mismo Voltaire ha confesado que: «todas las virtudes humanas pueden encontrarse entre los paganos, las virtudes divinas se encuentran sólo entre los cristianos.»

La libertad que engendra el principio masónico es la licencia de la demagogia y de la anarquía social, que produce por compensación necesaria el cesarismo despótico y el militarismo absorbente.

Vamos, pues, á demostrar que no puede sostenerse por los adeptos de la Masonería que ésta sea

una institución de carácter democrático y popular, por más que así lo afirmen para embaucar á las gentes. Todo puede ser la Masonería menos institución democrática: ya hemos discutido el lema «igualdad, libertad, y fraternidad», robado al catolicismo y maltratado por la Masonería.

La democracia es la igualdad; la democracia supone un derecho igual ante la ley é instituciones comunes á todos los ciudadanos y para bien de todos. Bajo otro aspecto significa el *juicio público* de las ideas é instituciones que dentro de ella viven y se desarrollan y el derecho de la comunidad á conocer y apreciar las diversas fuerzas sociales y los distintos elementos que las componen.

¿Es algo de esto la Masonería? ¿Se armoniza la asociación con los principios expuestos? Sucede todo lo contrario y constituye el gran peligro de la sociedad.

Bien nos fijemos en sus relaciones con la sociedad en general, bien analicemos su íntimo organismo, es indudable que la Masonería lejos de ser una institución democrática, aparece, por el contrario, como representante del privilegio, de la desigualdad y del principio de autoridad llevado al autoritarismo más degradante: del privilegio, pues monopoliza la verdad, según su propia confesión, ocultándola á los profanos; de la desigualdad, teniendo una constitución gerárquica basada en la iniciación del secreto; y del principio de autoridad, concediendo el derecho de dirección en la Orden á una determinada clase en la cual lo vincula, á la de los iniciados en los últimos grados.

Democrática no es una sociedad que se llama *ilustre*

y *venerable Orden*, esto es, porción escogida, llamada al goce de beneficios de que no puede participar la indocta y grosera muchedumbre; que designa con el nombre de *profanos* á todos los que no tienen la inapreciable dicha de contarse en el número de sus afiliados, estableciendo así odiosas y depresivas distinciones en la sociedad; que presume, sin título ni misión sobrenatural, ser depositaria de sublimes verdades cuya manifestación *niega* al ignorante vulgo, alegando como razón suprema que la verdad ni puede ni debe comunicarse á *todos;* que huye la publicidad de sus actos y doctrinas esenciales alegando lo sagrado de un secreto; y que, al declararse superior al resto de la sociedad, como lo hace, manifestando que está en posesión de verdades que aquella perpetuamente ignorará, se cree llamada á dirigirla. Democrática, por último, no puede ser aquella sociedad ó institución en la cual la revelación de nuevos misterios ó de nuevas verdades crea una gerarquía temible, la de los distintos grados en virtud de la iniciación sucesiva, que no puede modificar ni destruir la misma asociación y que da á los supremos jefes una autoridad inviolable como el secreto en que se funda, pues se basa en el conocimiento de misterios ó secretos que ignora la inmensa mayoría de los afiliados, pudiendo dirigir la asociación según las miras de unos cuantos directores privilegiados contra la intención, intereses y dignidad de la asociación. Esto no es la libertad, eso no es la igualdad; eso no es ni puede ser la democracia: eso es el simbolismo egipcio, con sus iniciaciones y sus grados, para conservar despóticamente el predominio de

los adeptos; es el sibilismo de la antigüedad, el poder del oráculo en los pueblos primitivos, es en fin, el monopolio de la verdad, la negación de los derechos de la democracia.

Las asociaciones de iniciación, y lo que es más de iniciación sucesiva y casi indefinida, cual la Masonería, las asociaciones cuya existencia se basa en secretos de organismo, no son, no pueden ser fórmulas religiosas, sociales, ni políticas verdaderamente democráticas y populares, como lo es el catolicismo establecido para todas las gentes y para todos los hombres, hermanos é iguales por naturaleza y destino ante Dios y la ley: el soberano si quiere salvarse debe observar los mismos mandamientos que el último hijo de la plebe.

En la Masonería, según lo consignan sus rituales del rito escocés, existen treinta y tres grados, ignorando el iniciado del trigésimo segundo lo que sabe el trigésimo tercero, y como son pocos los masones que pueden llegar á la sagrada y esplendente *montaña de luz* marcada por los últimos grados, es evidente que pocos serán también los que logren conocer á fondo la asociación á que pertenecen: son hijos sumisos de una consigna agena, que van á donde los llevan, sin saber á donde llegarán.

La institución que así obra y cuya razón de ser se basa esencialmente en la desigualdad entre los diferentes grupos de afiliados, de tal modo que si éste terminase, concluyendo las iniciaciones y desapareciendo los distintos grados, dejaría ella de existir, representa todo lo contrario que la idea democrática: será una potente asociación autoritaria, el autoritarismo de la iniciación y no otra cosa

En la sociedad debe haber gerarquías, pero basadas en cargos públicos, con misión conocida de los asociados y sin basarse en el secreto. Por tanto:

LA MASONERÍA ES UN PELIGRO PARA LA DEMOCRACIA

No nos limitamos á demostrar que la Masonería no puede ser una sociedad democrática, sino que afirmamos más; sostenemos que es un verdadero peligro para la democracia, peligro que se hace hoy inminente, por lo mismo que la mayor parte de los afiliados á esa asociación aparecen en nuestra época como defensores de los principios de las escuelas políticas modernas. Todo el mundo lo está viendo: el *liberalismo* que debiera representar el sistema de la verdadera libertad en el orden, ha convertido en farsa la representación nacional, y después de tanto prometer y proclamar las instituciones de libertad á los pueblos, nos está invadiendo el más descarado *cesarismo* y las balotas del sufragio son el escarnio de la democracia.

La democracia que nos anunció la *Revolución francesa*, dirigida por los hombres de mandil, apenas nacida, fué ahogada en la guillotina y se convirtió en la igualdad del degüello y en la demagogia y terrorismo de la chusma. Para desacreditar la democracia no se pudo idear cosa mejor que el *liberalismo moderno*, que la Masonería ha confesado haber sido engendro de los políticos y gobiernos paniaguados de la Orden.

Pero es de advertir que aunque la Masonería tema á la democracia, considerando con razón que es uno

de sus más terribles enemigos, y creyendo que la publicidad que ésta busca y sus tendencias igualitarias han de perjudicarle mucho en los pueblos que adopten sus principios, no por eso la hostiliza de frente, como no hostiliza la idea católica en los paises en donde la supone poderosa, ni ninguna otra institución que represente una fuerza social inmensa: se contenta con un *modus vivendi* farisaico, que titulan *posibilismo*, esto es, vivir como mejor se pueda: cree más conveniente y sencillo seducir esas instituciones, proclamándose su principal apóstol, para dominarlas de ese modo más fácilmente, haciéndolas que se conviertan en dóciles instrumentos suyos y obligándolas á seguir el movimiento impulsivo que ella les comunique. El enemigo poderoso á quien se despierta para la lucha puede hacerse temible; el enemigo esclavo y seducido prestará por el contrario servicios útiles y ayudará á su propia ruina. Esta es la gran máxima del masonismo quo dirige su regla de conducta en sus relaciones con las demás instituciones. Con ella ha seducido á casi todos sus enemigos y hasta á muchos católicos de buen corazón y cándidos para cuanto se les propone en nombre de un progreso aparente; pero jamás ha podido seducir al catolicismo, cuyo jefe ha lanzado sobre él el estigma de la hipocresía con que pretendía dominar la Iglesia.

Ahora bien: supongamos mañana á la democracia en manos de la Masonería, dirigida por esa asociación autoritaria en que hay iniciaciones, misterios y secretos, y cuyos afiliados se hallan ligados á ella con juramento. La democracia en este caso vendría

á ser dócil instrumento de la Orden, cuyos fines ayudaría á realizar en perjuicio de sus intereses esenciales. Con una institución que se rige por el secreto existiría la impunidad y, cuando los intereses de la Masonería y los de la democracia estuviesen en lucha, los de ésta serían sacrificados indudablemente para responder así á la consigna de la esclavitud masónica: y si para mayor prestigio de la institución y para aumentar su poder convenía establecer misteriosas relaciones con elementos hóstiles á la idea democrática, pero afines del masonismo, así lo verificarían esos nuevos defensores de la libertad de los pueblos, sin escrúpulos y á despecho de la democracia, que no podría castigar aquella defección, toda vez que desconocía las tenebrosas negociaciones llevadas á cabo entre los diversos elementos masónicos que se habían confabulado para destruirla. Todo para la Masonería; nada en perjuicio de ella! Este sería el lema político de los demócratas masones.

Y no se diga que á fuer de católico no puedo invocar la democracia como forma de gobierno: el catolicismo solo proclama que todo poder viene de Dios, como efectivamente tiene que suceder, pues que sin un título divino ningun hombre puede mandar á otro hombre: no se avienen malamente el principio bien entendido de la soberanía del pueblo en el orden político, y el de la infalibilidad y supremacia del papa en el orden religioso, pues todo esto se armoniza perfectamente teniendo en cuenta la *razón de ser* de ambos poderes. Dios, de quien viene toda autoridad, ha dado á las diferentes colectividades humanas *inmediatamente*, el derecho de regirse á sí

propias, nombrando ellas las personas que han de ejercer la autoridad, porque Dios no ha designado á ningún hombre para gobernar: he aquí el origen del poder civil, con arreglo á la opinión de grandes teólogos como Suarez, el *derecho divino mediato* de los gobernantes, que no se opone á la doctrina católica: he aquí la democracia, que no se confunde con la *demagogia* de los comunistas y socialistas que colocan el origen de los deberes y derechos sociales en la simple *voluntad popular*, como si la voluntad del pueblo pudiese quitar á ningún individuo sus derechos individuales, incluso el de propiedad.

La maxima bíblica: *todo poder viene de Dios*, expresa el derecho divino inmediato de la *soberanía social* y el derecho divino mediato de los *gobernantes;* porque «*todo poder*, pero NO *todo gobernante* viene de Dios», como advierte S. Juan Crisóstomo: he aquí la *soberanía nacional*, de donde vienen los gobernantes.

Pero Dios, no como autor de la naturaleza, sino del *orden sobrenatural* ó de *gracia*, ha establecido la sociedad cristiana, confiriendo á los apóstoles y en especial á *Pedro*, primer Pontífice, y en él á sus sucesores, el supremo mando y magisterio en esa misma sociedad; he aquí el origen de la Iglesia y del Pontificado. Así la Iglesia católica ostenta ante el mundo el más augusto de los títulos de legitimidad para el ejercicio de su ministerio, no oculto, sino público, ni dado por el *Gran Maestre de la Masonería*, sino por el *Soberano Maestro*, Jesucristo, al decir á sus enviados: «Así como

mi Padre celestial me envió á Mí, con el *mismo poder* os envío á vosotros: id y enseñad á todas las gentes á observar cuanto os he mandado: el que á vosotros desprecia, á *Mí* me desprecia y el que á vosotros escucha, á *Mí* me escucha.»

XI

La filantropía y la propagación de las luces en la Masonería.

Ya está visto que la Masonería sabe y gusta echar mano de esos nombres mágicos que constituyen el honor de la civilización de los pueblos cristianos. Beneficencia, caridad, filantropía, instrucción, propagación de las luces: he aquí nombres augustos que coronan de gloria inmortal las instituciones del siglo XIX. La beneficencia y la ilustración científica realizan prodigios gigantescos en las sociedades modernas á pesar del egoismo, corrupción y doctrinas erróneas del campo heterodoxo.

La religión del divino Redentor de la humanidad es *luz* y *amor:* por eso las naciones que ella amamantó y civilizó esparcen con vívidos resplandores la ilustración y la beneficencia que se han inoculado en su vida y en su ser. ¿Qué significan, sino, esas innumerables instituciones de humanidad, caridad, educación y ciencia, como hospitales, asilos, orfanotrofios, universidades y academias, que pululan por doquiera y que por vez primera fundó la Iglesia? Es el espíritu sublime de la civilización cristia-

na, eco eterno de estas cláusulas divinas del testamento de Jesucristo: «Vosotros sois la luz del mundo: amaos los unos á los otros como yo os he amado: el que me siga no andará en tinieblas: sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial.» Tan cierto es que la beneficencia es patrimonio del catolicismo, que Voltaire ha confesado no haber podido ninguna institución *emular la caridad generosa* de la Iglesia católica; como es tan cierto que se debe la ilustración moderna al espíritu del catolicismo, que otro incrédulo, D'Alembert, lo ha declarado con esta confesión: «Si nos creemos *mucho más ilustrados* que los antiguos... *nada es más injusto* que hacer á nuestro espíritu el honor de las luces que debemos *únicamente* á la religión cristiana.»

Luego, pues, ¿qué significa esa pretensión de la Masonería al proclamarse institución de filantropía y propagadora de las luces? ¿No será un mero pretexto para embaucar á pueblos cristianos y ocultar planes nefandos con lemas seductores y plagiados al catolicismo? Así lo creemos y lo vamos á demostrar.

Desde luego se nos ofrece la siguiente observación: la Masonería afirma que la Iglesia la condena y anatematiza porque es enemiga de las instituciones humanitarias y adversa á la ilustración y á la ciencia. Pero ¿quién podrá tener asaz candidez para convencerse de que la Iglesia condena á la Masonería por ser sociedad filantrópica y propagadora de las luces?

¿Cómo podría contradecirse con su propio espíri-

tu? Más aun: ¿quién ha visto que la Iglesia prohiba y condene ninguna asociación que se proponga la beneficencia y la ilustración, como son las Asociaciones de Socorros Mutuos y las Academias literarias ó científicas, por más que muchos de sus miembros sean incrédulos? Deplora la impiedad de los individuos pero no condena la institución. Es falso, por tanto, afirmar que la Iglesia condena la ciencia y la beneficencia, ni las instituciones que sinceramente se proponen ese fin. Luego al condenar á la Masonería es porque ha visto que la filantropía y las luces son un ridículo pretexto para ocultar planes y fines ilegítimos.

En efecto: la filantropía, esa *moneda falsa* de la caridad, como la llama Chateaubriand, es el pretexto general de reclutamiento masónico, pero no es el fin de la Masonería; así lo declara el *Mundo Masónico* al decir que: «La beneficencia *no es el fin* sino tan sólo uno de los caracteres y de los *menos esenciales* de la Masonería». Más aun: la filantropía masónica es una irrisión.

El H.·. Buros, uno de los jefes de la Orden, se burlaba del espíritu filantrópico de la Masonería, exclamando: «Decidme lo que ha hecho la institución masónica desde hace medio siglo. ¿Donde están los resultados de esas grandes enseñanzas filantrópicas? Dios mío! nuestra institución es la que ha *desgastado* la palabra filantropía y ha hecho que esta palabra sea tan opuesta á su significación, que los hombres que en el día se sirven de ella *tan venalmente* no se atreven á mirarse á la cara por temor de infundirse espanto, como en otros tiempos sucedía con los augures de Roma.»

Y para que se vea cómo la filantrópica Masonería ama á los pobres y menesterosos, óigase como el H.·. Ragón tiene el valor de calificarlos: «*Los pobres son la lepra asquerosa de la Masonería:* y prosigue recomendando á todas las Logias la regla de caridad dada por el H.·. Beurnouville: *Nunca presenteis en la Orden más que hombres que puedan daros la mano y no tenderla.*»

Véase, pues, cómo la Masonería ama cordialmente al prójimo, cómo su filantropía no es más que una burla y un sarcasmo.

Pero además, ¿no es atrevimiento inaudito de parte de la Masonería pretender enseñar la caridad á los pueblos católicos? Pues ¿acaso son de creación masónica esas instituciones de beneficencia con que el Catolicismo ha honrado la civilización? Y ¿dónde están las filósofas Hermanas de la Orden Masónica que emulen la virtud y abnegación heroicas de las Hermanas de Caridad? ¿Dónde los misioneros heroicos enviados por la Masonería en nombre de la fraternidad á civilizar los pueblos salvajes? ¿Dónde ese sinnúmero de asociaciones de ambos sexos destinadas exclusivamente al socorro de las desgracias humanas en el orden moral y físico que cuenta á millares la Iglesia Católica? No; la Masonería jamás podrá remedar la abnegación sublime de la caridad cristiana.

Al espectro de esa pálida y descarnada filantropía masónica, opondremos, para no dejar hablar más á la Masonería de sentimientos humanitarios, el brillante y consolador cuadro de la caridad, que sólo el Catolicismo puede fomentar y que tan hermosamente pinta Chateaubriand:

«La religión, dice, se ha ocupado como una tierna madre de todos nuestros dolores; y en esta difícil é inmensa obra ha llamado en su ayuda y cooperación á todos sus hijos. Ha entregado á unos el cuidado de nuestros enfermos en esa multitud de religiosos y religiosas dedicados al servicio de los hospitales.

«A otros ha confiado los pobres, en las Hermanas de Caridad. Los Redentoristas se embarcan en Marsella: ¿adónde van con su báculo y su breviario...? Este conquistador marcha á libertar la humanidad y no se ven ejércitos que le acompañen. Con la bolsa de la caridad en la mano, corre exponiéndose á la peste, á la esclavitud y al martirio. Se presenta al Bey de Argelia, le habla en nombre de ese Rey Celestial, del que es embajador... El bárbaro se estremece á la vista de este hombre, que se atreve, solo, desafiando las tempestades, á venir á pedirle sus cautivos, y el heroico libertador satisfecho de haber devuelto á su patria á tantos infelices, humilde é ignorado, regresa pobremente y á pié, á su convento.» ¿Qué H.·. masón ha dado tan sublimes ejemplos de amor á la humanidad?

«En todas partes, prosigue el citado publicista, es el mismo espectáculo.

«El misionero que parte para la China encuentra en el puerto al misionero que regresa del Canadá, glorioso y mutilado. Esa joven doncella cuyo hábito grís ama el pobre, corre á buscar al indigente en su cabaña para prodigarle caritativos socorros. En las misiones el padre Capuchino lleva á todas partes su auxilio; el hermano hospitalario da posada al cami-

nante; el hermano de la buena muerte consuela al agonizante en su lecho postrimero; y cargado con el cuerpo del pobre difunto el hermano sepulturero cumple con la última buena obra.

La Hermana de la Caridad sube un sétimo piso para prodigar el oro al indigente.

« Estas vírgenes tan justamente denominadas las hijas de Dios, llevan y traen sucesivamente á los pobres enfermos las medicinas y los alimentos, la hija del Buen Pastor tiende sus brazos á la joven arrepentida.

« El huérfano encuentra un padre, el demente un médico, el ignorante un maestro. »

« Sin embargo en premio de tantos esfuerzos, estos héroes de abnegación sólo esperan la corona de la inmortalidad que les promete Jesucristo. »

¿ Si podrá la filantropía masónica presentar un ejército tan heroico de filántropos que llegan á sacrificarse por amor de su prójimo en aras del holocausto más completo, renunciando á todas las comodidades y placeres lícitos de este mundo?

Mas ya lo hemos dicho, la filantropía no es más que un pretexto para alucinar á pueblos educados en la escuela de la caridad cristiana; y sobre todo recuérdense las palabras de Knigge: « La beneficencia no tiene necesidad de secretos, la fraternidad debe ser pública y leal, y la sociabilidad no debe promoverse por vías misteriosas y ocultas », como practica la Masonería.

Respecto á la propagación de las luces, que tanto invoca la Masonería, no pasa tampoco de ser un pretexto asaz ridículo. Las ciencias están muy ade-

lantadas fuera del recinto de la Masonería. Los institutos, las universidades y academias científicas del mundo no necesitan del contingente de las Logias masónicas; y debe ser muy original manera de propagar las luces la empleada por la Masonería por sendas secretas, simbólicas y misteriosas. El siglo de León X, pontífice de la Iglesia, fué magno en luces, en letras y ciencias. Kepler, Leverrier, Descartes, Bossuet, Secchi, Pasteur, Quatrefages y otros sabios contemporáneos, son gigantes del saber humano, y por cierto que no fueron á la Masonería á pedirles sus luces á fuer de eminentes católicos.

Mas ¿á qué detenernos en refutar tan ridícula pretensión? Los mismos adeptos confiesan que eso de propagar las luces no es más que un *pretexto* para las gentes vulgares, á quienes se engaña fácilmente con nombres pomposos y relumbrantes, según el consejo de Mazzini. Oigase, sino, al H∴ Nubius: «En la imposibilidad en que se encuentran nuestros hermanos de decir su *último pensamiento* (los planes nefandos), se ha juzgado útil propagar las luces, y con este *pretexto* afiliar á nuestras Logias toda clase de gente, con tal que *domine el misterio.*»

XII

Los prodigios de la caridad en el siglo XIX comparados con la anemia filantrópica

Ya lo hemos indicado: « la filantropía no es precisamente el fin de la Masonería, sino sólo uno de sus caracteres de los *menos principales.* » Esta declaración tan explícita del órgano de la Masonería es confirmada por la experiencia.

En efecto, á la Masonería pertenecen muchos príncipes, ministros, generales, muchos hombres, en una palabra, de talento, de posicion y de influencia, y ¿qué han hecho en beneficio de la humanidad? ¿Con qué obras, con qué instituciones han manifestado su amor á los menesterosos y pobres física y moralmente. ¿Cómo han tratado de remediar las múltiples miserias humanas? Con nada absolutamente. Y lo que es más inhumano aun, han procurado destruir y en efecto han destruido, las obras é instituciones benéficas debidas á los esfuerzos del catolicismo.

Es tan evidente, por el contrario, que la Iglesia católica posee el *genio de la caridad*, que sus mismos enemigos han confesado esa verdad, aunque

con esta restricción: *el cristianismo ha realizado maravillas, ha hecho prodigios de caridad, mas esto ha sido en el tiempo pasado; hoy está muerto; y sino, ¿cuáles son sus obras en el siglo XIX?*

Pues bien: vamos á dar un mentís á esta aseveración; y ya que se concede que en los siglos pasados ha realizado prodigios, demostraremos que en el siglo presente la caridad cristiana se ha desarrollado con un esplendor que jamás se ha contemplado en el mundo.

Existe una obra titulada «La caridad cristiana y sus obras» debida á la elocuente pluma del ilustre Dupanloup; es necesario que todos los que aman la caridad la lean, porque es el más hermoso monumento erigido al genio de la caridad. De ella tomaremos lo que vamos á decir de los prodigios de la caridad del siglo XIX debidos al catolicismo, para oponerlos á la nulidad de la filantropía masónica.

LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL

¿Quiere admirar la Masonería el genio de la caridad católica?

Empecemos por la institución que representa el *apostolado laico* de esa caridad. Ocho jóvenes concibieron su pensamiento; fundaron la primera Conferencia en París y hoy está esparcida por las cinco partes del mundo y pasan de 6,000 las Conferencias contando apenas 50 años de existencia; y debe notarse que no se trata de una obra de intereses ni de placeres, sino de desprendimiento y de sacrificios.

¿Pero en qué consiste esta institución y cuál es la obra fundamental de esos hombres que se reunen bajo el patronato de San Vicente de Paul, el mayor representante de la caridad cristiana de los tiempos modernos y á quien la incredulidad erigió una estatua?

Visitan al pobre á domicilio; entran en contacto directo con él; le llevan con la mano y el corazón el doble socorro para el cuerpo y para el alma. Reúnense todas las semanas para tratar de las necesidades de los pobres; distribuyendo en seguida los bonos de pan, carne y otros alimentos, y después, durante la semana, va cada cual por su lado á visitar *sus familias* adoptadas, no contentándose con mandar de lejos y de lo alto un socorro cualquiera. Van con la limosna en la mano, pero lo que vale más todavía, es la caridad de su corazón y la palabra de consuelo que sale de sus labios. Distribuyen á los pobres los bonos de alimentos, medicinas cuando se necesitan, ropas y dinero de su propio bolsillo con frecuencia. Pero no se limitan al socorro material: saben que el hombre no vive de pan sólo, y por esto llevan á los pobres, con la palabra y el corazón el consuelo moral; y al consolarlos los fortalecen hablándoles de Jesucristo y de sus almas; inspíranles la resignación y la paciencia; les hacen ver prácticamente que no todos los ricos son insensibles é indiferentes á las necesidades de los pobres y que existen ricos que se interesan fraternalmente por los necesitados.

La visita de los pobres á domicilio: he aquí lo que sólo la caridad de Jesucristo puede realizar,

jamás la filantropía! Es evidente que sólo el dinero enviado de lejos al pobre por el rico, no es suficiente; porque el dinero no tiene ojos, ni corazón, no tiene entrañas que sientan y hagan sentir; el pobre, además de dinero, necesita una voz humana que le hable, un corazón caritativo que le ame y una mirada sensible á los males; le falta alguien que le visite y le haga comprender que no está abandonado en la tierra.

Siempre ha existido en la Iglesia el heroismo de la caridad y almas caritativas que ponían su placer en visitar á los pobres. Pero lo que todavía no se había visto, y que es realmente una novedad reservada á las Conferencias de San Vicente de Paul, es ver á mujeres y hombres y gran número de estos jóvenes del mundo rico y elegante, visitar á los pobres, no sólo enviándoles lismosnas, sino yendo personalmente á socorrerles y fortalecerles: los más dignos representantes del comercio, de la industria, del foro, de la magistratura, de todas las clases acomodadas, ocupándose de los pobres y demostrándoles con su visita personal que existen almas que los aman y se les consagran. Esta es la primera vez que Dios ha inspirado esto en el mundo y que el genio de la caridad se ha manifestado de esta manera, vulgarizando la práctica de la caridad hasta convertirla en una ocupación ordinaria y permanente. Pero esto no es todo.

MÚLTIPLES RECURSOS DE LA CARIDAD

Por más que la Sociedad de San Vicente de Paul

sea tan admirable y dilatada, no constituye ella sola el gran movimiento contemporáneo de la caridad católica.

Ni siquiera podría enumerar las instituciones modernas inspiradas por la caridad. Los sirvientes de los enfermos, niños y pobres, nacen en tropel por doquiera bajo los nombres más interesantes, y esto acontece al día siguiente de una proscripción universal instigada por la filantropía masónica. La caridad, más fuerte que todo, levanta á millares por doquiera, mujeres esforzadas que se consagran á sanar las úlceras de la sociedad y á aliviar sus más profundas miserias.

¡Cosa admirable! multiplicadas más de lo que podría preverse esas santas instituciones, más florecientes hoy que lo fueron nunca, son debidas á una fecundidad inaudita de la caridad para alentar á las vírgenes, á la mujer débil, para que se vea como gracias á la caridad tiene fortaleza suficiente para abandonar los más gratos placeres de la familia y entregarse al cuidado de lo que hay de más repugnante entre las miserias humanas. Voltaire mismo dice: «Tal vez nada haya más grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza, de la juventud, y con frecuencia de su posición, para aliviar en los hospitales las miserias humanas, cuya sola contemplación basta para humillar nuestro orgullo y conmover nuestra delicadeza.»

Y téngase en cuenta que el valor de estas vírgenes se extiende á una caridad extraordinaria, á la caridad con quienes no parecen dignos de ella: los culpables, las prostitutas, los incorregibles, los infames, los miserables. Caridad verdaderamente sobre-

natural, puesto que repugna á la naturaleza: ella recoje lo que la sociedad desprecia; ama lo que la sociedad aborrece; se consagra á aquello de que la sociedad desconfía, se libra y desembaraza: inocente, sube al cadalso donde tiembla el reo y le consuela; virgen, cura la úlcera que corroe á la hija de perdición y se consagra á su servicio.

No haré mención detallada de las órdenes religiosas é institutos de caridad de todos nombres y condiciones, como los Hermanos de la Doctrina, las Hermanas de la Cruz, las Hermanas del Buen Pastor, las Hermanitas de los Pobres y otras tan prodigiosas que sólo Francia cuenta en su seno más de ciento veinte mil religiosas que educan á los hijos del pueblo, cuidan á sus enfermos, socorren á sus indigentes, recogen á sus ancianos y hacen sentir á todas horas del día el corazón y la ternura de la Iglesia, que la Masonería tanto persigue, pretendiendo sustituirla con su glacial y raquítica filantropía.

Voy á hablar exclusivamente de las obras de caridad creadas á la vez por los hombres de mundo y por las mujeres cristianas. Sería un bello y curioso estudio indagar todas las obras que la caridad ha inspirado y promovido en el mundo entero en este siglo, que se desarrollan sin ruido, lejos de las *tenidas* de las logias y sólo á presencia de Dios, dirigidas á socorrer todas las indigencias y todas las miserias contemporáneas, siendo sumamente notable que su mayor parte han nacido de esa Francia tan dominada por la Masonería y pervertida por el espíritu anti-cristiano de la revolución. Sin embargo, no podré detallarlos todos; eso sí, advertiré que son

como una consecuencia de la práctica de la Sociedad de San Vicente de Paul, la hermosa costumbre de *la visita á domicilio de los pobres.*

En efecto, visitando á los indigentes á domicilio, la caridad no tardó en ver con sus propios ojos la pena extremada que pasaban algunas personas para comer lo poco necesario para no perecer de hambre: ha visto el excesivo precio de los alimentos más necesarios á la vida y ha dicho: ¿no sería posible que compráramos nosotros al por mayor y con los beneficios de una gran compra los alimentos de primera necesidad y preparados los distribuyésemos á esta pobre gente? De tan caritativo pensamiento nació la excelente *obra de las cocinas económicas*, en las cuales con poco gasto se alimentan multitud de pobres.

También de esas visitas á domicilio nació la caritativa *obra del ropero de los pobres*, para el cual se compran en la fábrica y en piezas, telas comunes, con las cuales se confeccionan vestidos para los pobres, y en el que se recogen vestidos, lencería y calzado viejos que se recomponen prestando todavía buenos servicios á los indigentes.

El vencimiento del inquilinato es otra desdicha para los pobres, porque es necesario pagar los cuatro ó cinco pesos de alquiler ó ser despedidos. La dificultad proviene sin duda de su miseria; mas algunas veces proviene también de la poca previsión de los pobres que no se acuerdan en los buenos días de otros más aciagos. Por eso la caridad ha tratado de hacer más previsores á los pobres ofreciéndoles una caja de depósito para sus cortos ahorros,

por mínimos que sean, y reunan poco á poco lo suficiente para pagar al vencimiento el alquiler de sus habitaciones; se les obliga á estas economías dándoles un crecido interes que ayudará su miseria y excitará su buena voluntad y sus esfuerzos. De este pensamiento nació la obra ingeniosa y fecunda de la *Caja de economías para el inquilinato de los pobres.*

¿Qué más? Los pobres son alimentados, vestidos y albergados. Qué les falta aún? Si esto bastaría á la beneficencia común, no basta á la caridad.

Visitando á los pobres la caridad no ha visto sólo sus necesidades materiales, sino algo peor aun para quien conozca la dignidad humana y el precio de las almas: ha visto la profunda miseria espiritual de estas pobres familias; miseria que corrompe y degrada lo que tiene el hombre de más noble y más grande, la parte inmortal de su ser, en la cual resplandecé la imagen de Dios. Descubrió en casa de gran número de pobres una increible ignorancia de cuanto importa al hombre saber, ninguna noción de Dios, de ellos mismos, de su alma y de sus eternos destinos, de la religión y de la ley moral del deber: conoció que esta ignorancia era de las más repugnantes plagas y la causa indirecta de casi todos los vicios de esos miserables, por la carencia de remedios que sólo la instrucción religiosa y moral puede llevar á las inclinaciones corrompidas de nuestra fragil naturaleza.

Para remediar estos males ha imaginado la caridad obras de toda clase: *las bibliotecas populares, la distribución de libritos, los almanaques de San*

Vicente y tantos otros medios para llevar á la morada del pobre alguna migaja de la palabra de Dios, que es el pan del alma, tan necesario al hombre como el pan del cuerpo.

Al visitar las familias ha visto la caridad en casa de tantos pobres la ausencia de la familia verdadera, un hombre y una mujer en lugar de dos esposos, y varios hijos expuestos al abandono y al escándalo. Este desorden inspiró la *Obra* de San Francisco de Regis, eminentemente cristiana y social para la *rehabilitación de las uniones ilícitas,* la cual ha regularizado y devuelto la honra y virtud á millares de familias. En esta visita de las familias es todavía donde han aprendido á amar á la infancia y recibido la santa inspiración de todas las obras más caritativas en favor de la juventud, de esa edad débil y tan digna del más vivo interés. Vieron pobres niños mal educados, sin instrucción, sin fe, sin virtud, cuyo padre ausente todo el día no puede vigilar su vida, y cuya madre, demasiado pobre, no puede preparar el porvenir. Entonces la caridad fundó esas *escuelas gratuitas* que se encuentran dirigidas por Hermanos ó Hermanas hasta en las más pobres aldeas; hasta *asilos* para los pilletes vendedores de diarios y otros objetos, donde se les educa y proporciona los medios de formarse un capital.

La caridad ha ido aún más lejos. Ha instituido las *salas de lactancia* y los *asilos* en general, haciendo dos buenas obras á la vez; por una parte descargando á la madre de un peso que impedía su trabajo y aumentaba su pobreza, y por otra preparando al niño un abrigo que evitase su perdición.

Hay más: había que atender al niño después de salido de las escuelas, para que no perdiese su fruto. Se ideó después del *Patronato de los estudiantes, el Patronato de los aprendices*, cuyos nombres revelan la obra.

Al dejar la escuela y después de la primera comunión, los niños se colocan de aprendices; se les busca buenos talleres y se estipula lo necesario para su salud y las reservas para que puedan cumplir los deberes religiosos. Cada aprendiz tiene una libreta en la cual el maestro apunta todas las semanas sus notas. Se les visita en sus talleres, al menos una vez al mes, informándose con sus maestros de su conducta y con ellos mismos de la manera con que son tratados. En fin, el domingo y demás días de fiesta, para sustraerles de las tabernas y otros malos lugares, se les junta en determinados sitios bajo las alas de la religión y de la caridad, y se les enseña sus deberes, se leen las notás de la semana y se les excita á la virtud con algunas recompensas y caritativos consejos y para retenerlos mejor se les procura honestas distracciones. A este género pertenece la obra de los *oratorios festivos.*

Pero no bastaría reunir así á los aprendices como á los jóvenes todos los domingos: es insuficiente para la perseverancia de un niño que se demore de un domingo á otro esta reunión, y así, para preservarlos y acabar de educarlos, la caridad ha concebido la feliz idea de reunirlos cada noche después de cerrar los talleres, á fin de continuar sus lecciones de la escuela, lecciones de escritura, lectura, aritmética, catecismo, etc., á las cuales las exigen-

cias del trabajo les habían arrancado demasiado pronto. De ahí la *Obra de las escuelas nocturnas.* Estas bellas *Obras de los aprendices* y de las *escuelas nocturnas* no sólo preservan del vicio é inclinan á la virtud á millares de niños de la clase obrera, sino que jóvenes de las clases más elevadas se sustraen á los placeres del mundo, abandonan las dulzuras del hogar doméstico para pasar largas horas entre tantos centenares de niños del pueblo, de los cuales son profesores, instructores, presidentes de sus juegos y hasta casi sus servidores. He aquí invenciones maravillosas de la caridad, espectáculos que el mundo nunca había visto! Y nótese de paso que estas son verdaderas instituciones democráticas, instituciones sostenidas por una clase del pueblo para el pueblo menesteroso. Si se extendieran cual sería de desear, si no las persiguiera la incredulidad y la Masonería, serían indudablemente el único remedio eficaz del *pauperismo*, que es la gangrena social de los tiempos modernos. Es verdad que el liberalismo con los dineros públicos, que no con los suyos propios, remeda algunas veces esas instituciones, pero las pervierte, porque sólo atiende á la miseria material sin preocuparse de la moral. ¿Qué importa, en efecto, que se establezcan talleres y escuelas de artes y oficios con ausencia completa de la educación religiosa? Salen de ellas artesanos corrompidos que pierden en las tabernas y otros malos lugares lo que han ganado durante la semana. El fundamento de la miseria material y lo que la hace miserable es ante todo la corrupción moral de los pobres.

Pero continuemos el recuento de las maravillas de la caridad católica. Gran número de jóvenes aprendices conmovidos por los cuidados que se les había prodigado durante su aprendizaje, y apreciando la importancia que para ellos tenían sus lecciones, buenos consejos y honestos pasatiempos, han rogado que se les permitiera continuar esta buena obra durante algunos años después de ser ya oficiales: de aquí nació la obra del *Patronato de los jóvenes obreros* y el de *las jóvenes obreras*, feliz continuacion y complemento del *Patronato de los aprendices* de niñas y niños.

Existe otra obra, tal vez la más bella de las descritas hasta aquí: la obra de la *Santa Familia.* Cada domingo, bien por el día, ó por la noche, una multitud de familias pobres: padres, madres y niños se reunen en un local determinado; el capellan, si es por la mañana, celebra la misa y les dirige alguna exhortación religiosa: luego, rezan y cantan juntos; después se explica alguna historia edificante y se termina con una pequeña lotería, y los favorecidos por la suerte reciben algunos objetos útiles, tales como libros, vestidos ó muebles de casa. Existen bibliotecas en esas reuniones, de las cuales pueden todos tomar libros. Si hay algún enfermo se toma el nombre y se le manda médico y medicinas. Y lo más hermoso es que los caballeros y las damas de caridad alternan en estas reuniones para alentar á los pobres que aman y socorren. ¿Qué más? El genio inventivo de la caridad hasta ha ideado la *Secretaría de los pobres:* los hombres de mundo se hacen escribientes benévolos de estas pobres

gentes para escribir sus cartas y sus cuentas; y hay además los *abogados de los pobres* para aconsejarles, asistirles en sus negocios y evitarles pleitos.

¿Qué más se podrá añadir? Baste decir relativamente á los dolientes de todas las clases que nunca la caridad se ha acordado tanto de ellos como en nuestros días, pues no solamente los enfermos, sino también los sordo-mudos, ciegos, ancianos, paralíticos, incurables, locos, jóvenes arrepentidas, mujeres abandonadas, viudas; todo ser que padece, todo el que llora, todo el que tiene necesidad de consuelos, ha encontrado en este siglo con una abundancia que pocas edades han conocido, manos para curar sus llagas y corazones para escuchar sus gemidos.

Interminable tarea sería continuar hablando de las distintas obras esparcidas por el mundo, que por su nombre, objeto especial, tendencias, y sobre todo por su alma y celo, la caridad fecunda ha imaginado en nuestros días.

Y sin embargo, á las nombradas deberíamos añadir la *Obra de los huérfanos*, la *colocación de aprendices* en casas honradas y la *colocación de sirvientes*, el *patronato especial de los niños en las manufacturas*, los *obreros de caridad*, los *amigos de la infancia;* junto á los *roperos*, la fundación de *prenderías* que prestan gratuitamente con orden y método á las familias pobres, sábanas, mantas y otras prendas semejantes: después la *obra de alojamientos*, la obra de donativos de camas y dormitorios y las *cajas de ahorros* y *economías;* la obra para facilitar *el casamiento á los pobres*, y por fin, para no ser interminable, los discípulos

de Jesucristo han querido amar hasta en la muerte á los que amaron y socorrieron durante la vida, á cuyo fin se ha creado la obra de *funerales para los pobres.*

Hé aquí algunas de las obras de la caridad católica en el siglo XIX, que demuestran no sólo su espíritu vivificador y práctico, sino también que nunca ha existido en el mundo una expansión, una explosión semejante de obras caritativas.

Sin duda esas obras no han sido creadas á la vez por todas partes y en todas las regiones; la diversidad de necesidades ha determinado el número y la clase; aumentarán á medida que cesen esos obstáculos que el espíritu de incredulidad opone al desarrollo de la fecundidad católica; y si no se han extendido más es porque se las persigue y hasta desprecia como obras del fanatismo por esa Orden que se llama *filantrópica.*

Si ahora quisiéramos constatar el raquitismo de la filantropía masónica, que pretende sustituirse á la caridad católica, no tendríamos más que preguntarle cuáles son las instituciones de beneficencia que han recibido su inspiración. Pero los mismos masones ingenuos están convencidos de la *anemia* filantrópica de su filantrópica institución; oigamos al respecto una confesión masónica que nos releva de mayores pruebas.

En el órgano oficial de la Masonería, *La Chaine d'union*, de 1884, se lee este interesante párrafo:

«Uno de nuestros H.·. más celosos, el H.·. Aubin, dice con frecuencia: «Mirad á los clericales, mirad sus obras humanitarias, sus asilos de huérfanos, etc.; esa

gente es práctica, ella muestra á las masas que sabe dar socorros palpables y materiales. Si á este fin echamos una ojeada á cuanto nosotros hacemos, *con vergüenza* encontramos *que nada hay, absolutamente nada* ».

La relación continúa diciendo que la Masonería sólo ha fundado una casa central de socorros « aun demasiado joven para hablar de lo que podrá hacer » y un asilo de huérfanos masónico.

A propósito de este asilo de huérfanos el *Monde Maçonnique*, constatando « la suma irrisoria » con que la Masonería contribuye á los gastos de la obra subvencionada por el Gobierno republicano y por el Consejo de París, escribía las siguientes palabras :

« Si nuestros adversarios, los clericales, pudiesen medir la vanidad de nuestros esfuerzos en la vía de la beneficencia práctica, encontrarían un buen argumento para cubrirnos con el *ridículo*. Parangonando las condiciones en que se encuentra el *único* establecimiento creado por nosotros, y teniendo ya veinte y dos años de vida, con el *gran número* de instituciones, por medio de las cuales la Iglesia distribuye á *todo un pueblo* socorros de *todo género*, nuestros enemigos podrían verdaderamente DESPRECIARNOS. »

No terminaremos este ya extenso capítulo sin tributar el homenaje que es debido al benéfico apostolado laico de la caridad desempeñado tan honrosamente por esos *Vicentinos*, que odia la Masonería porque no es capaz de emular su celo. La mayor parte de esos prodigios de la caridad del siglo XIX han nacido de la práctica fundamental de la *Socie-*

dad de San Vicente de Paul, la visita de los pobres á domicilio. Por eso la mayor fortuna para un pueblo y para una nación sería ver las asambleas de *damas de los pobres* y las *Conferencias Vicentinas* multiplicarse en las ciudades, villas y pueblos de todo país civilizado; sería el más bello florón del espíritu laico de beneficencia y se prepararía la disminución del pauperismo que, cual plaga horrible, amenaza á las sociedades modernas.

XIII

¡ El oscurantismo católico y su incompatibilidad con la ciencia !

La Masonería, lo mismo que la incredulidad, ha pretendido desacreditar al catolicismo calificándole de *oscurantista*, y haciéndose eco del racionalismo, ha proclamado que existe incompatibilidad entre la ciencia y la profesión de fé católica. Aunque ya hemos visto lo que significa la *propagación de las luces* para la Masonería, vamos á destruir ese espantajo de oscurantismo con que siempre pretende ajar á la religión católica esa institución de las tinieblas.

¿ Es oscurantista el católico ? Existe incompatibilidad entre la religión y la ciencia ?

Esto es absolutamente falso. Desde luego debemos declarar que no hablamos de esa ciencia mentida y anticuada con pretensiones de novedad que ha resucitado los más tristes y despreciables absurdos del antiguo paganismo, presentados, en expresión de Büchner, cual manjares añejos recalentados en la cocina filosófica, el transformismo de Heráclito, el monismo de Demócrito y el abyecto materialismo

sensualista de Epicuro: eso constituye hoy el descrédito de la ciencia con el nombre de positivismo representado por Comte, Hebert Spencer, Haeckel, Hartmann y otros profanadores de la ciencia.

Estos llamados sabios son incrédulos, es verdad, pero lo son por dos tristísimas razones: primero, porque son prodigios de ignorancia en materias religiosas; y en segundo lugar porque, al decir de Virchow, forman el mundo de los semi-sabios y han caido en las exageraciones tan vulgares como absurdas del viejo materialismo; y según ha dicho otro sabio, M. Mir, son la chusma de la ciencia, que no ha faltado en ninguna época de la humanidad; pues que de antiguo al lado de la sublime filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles, existieron las degradantes y absurdas escuelas Cínica, Cirenaica y Epicurea, que hoy se hacen renacer para mengua de la dignidad de las ciencias y de la filosofía con el título de positivismo.

Y en efecto, ¿por qué han de representar la ciencia esos semi-sabios del materialismo positivista, que para honra del Catolicismo le han declarado permanente y tenaz guerra? ¿Por ventura los padres de la ciencia moderna, como en astronomía lo son Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, Leverrier y Secchi, no eran creyentes sinceros y cristianos de piedad ejemplar? Descartes, Bacón, Mallebranche, Leibnitz y otros genios de la misma talla, restauradores de la filosofía, ¿no proclamaban la hermosísima armonía entre la ciencia y la fe? ¿No eran católicos fervorosos esos genios del mar y de la náutica, Vasco de Gama, Cabral y Colón, descubridores de nuevas regiones y de

nuevos mundos? ¿Acaso Pascal, el gran geómetra moderno, y Euler el perfeccionador del cálculo integral é infinitesimal, y Cauchy, el eminente matemático, el más profundo en álgebra superior, no profesaban altísimo respeto á la revelación? El célebre abate Spellanzani, el de los magníficos descubrimientos fisiológicos y los igualmente ilustres fisiologistas Vesale y Morgagni, ¿no entonaron himnos á la religión en nombre de la ciencia? ¿No fué por ventura el canónigo Haüy, de piadosa memoria, quien descubrió las leyes de la cristalización? Ni hay quien aventaje, porque es clásico como educacionista, al abate Renieri; y para no ser demasiado prolijo, ¿acaso en la pléyade de los sabios más eminentes, no se encuentran una muchedumbre entre los más ilustres que atestiguan por sus trabajos que las más levantadas especulaciones de la ciencia marchan á la par con el respeto debido á la religión? En Francia, Cuvier, Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampere, A. Cauchy, Quatrefages, Blainville, Elías de Baumont, Dumas, C. Dupin, Hermite, Pasteur, etc.; en Alemania, los Steffens, E. Raumer, Fusch, A. y R. Wagner, F. Pfäff, Müller, G. Bisschof, Herman Meyer, C. Leonhard, etc.; en Iglaterra y en Norte-América, T. Calmers, Faraday, Buckland, Whewell, Fleming, Hugo Miller, Davy, Show, Brewster, Owen, Dana, etc.; y en Bélgica, A. Dumont y d'Omanlius d'Halloy, y muchos otros venerados en las Academias científicas.

Pues bien, esta lista de sabios ¿no demuestra que despues del ligero quebranto sufrido en el siglo pasado por la cínica incredulidad, vuelve á aparecer de nuevo, como en el siglo XVII, en la porción más

granada de los sabios del mundo el respeto á la religión ?

Se necesitan más autoridades aún, para demostrar que el positivismo y la incredulidad no representan la ciencia ? Existe un hecho de trascendental significación: es una declaración firmada por más de doscientos sabios ilustres, de los cuales treinta son miembros de la célebre academia científica, la Sociedad Real de Lóndres, cuarenta médicos célebres y no pocos de los más distinguidos en las ciencias naturales, entre ellos Anderson, Balfour, T. Bell, Glaisher, T. Ryner Jones, Roberto Main, T. Richardson, Royers, A. Smee, en la cual expresan su sincero sentimiento al ver que la investigación de la verdad científica era desviada de su fin por algunos hombres de nuestro tiempo, pertenecientes al materialismo positivísta, sembrando dudas acerca de la veracidad de la Biblia y de la armonía entre la ciencia y la fe.

Pero lo que es más consolador, es contemplar cómo esa hermosa profesión de fe científico-religiosa de los sabios que acabamos de mencionar, ha recibido una admirable confirmación en la creación de sociedades científicas dedicadas especialmente á defender la armonía entre la ciencia y la fe; sociedades que por el número, clase y carácter especial de los individuos que las componen, son la prueba más eficaz de lo viva que se mantiene esta unión en los genios más vigorosos de nuestra época; á pesar de los estragos causados por la confusión de las ideas y la postración y debilidad de los caracteres, debidas al positivismo, absurdo indigno de la humanidad y de la cien-

cia, como quiera que se basa en los dos errores más groseros, el materialismo y el ateísmo, negación de Dios y de la dignidad humana. Pues bien; á aquel movimiento regenerador responden entre varias la ASOCIACIÓN CIENTÍFICA DE BRUSELAS y la SOCIEDAD DE GÖERRES en Alemania, contando la primera más de *seiscientos* miembros y la segunda más de *mil doscientos*, entre ellos matemáticos eminentes, físicos y químicos famosísimos, naturalistas, médicos, filósofos, anticuarios y profesores de primer orden en todos los ramos de la sabiduría; de suerte que la fuerza viva intelectual reunida en estas dos sociedades puede ser considerada como la más alta representación de la ciencia en todos sus adelantos.

Para conocer el espíritu de esas sociedades basta oir las palabras del doctísimo secretario de la ASOCIACIÓN CIENTÍFICA, Carbonelle, dirigidas á los asociados: «Vosotros sabeis que el espíritu científico y el espíritu religioso han caminado en todos los siglos estrechamente unidos y que aun lo están en el nuestro, no siendo lo contrario más que una excepción, excepción hoy día *más ruidosa y vocinglera que nunca* », debida á la ignorancia religiosa de nuestros jóvenes incrédulos, que llega á ser crasa y fomentada por la Masonería para explotarla con sus sofismas.

Y para demostrar que la ciencia incrédula no es más que una excepción vocinglera, recuérdense además de los grandes genios que hemos mencionado, lo que el ilustre director de la Revista científica LES MONDES decía al hacer constar la cristiana muerte de cuatro hombres célebres, á quienes la ciencia debe

grandes adelantos, Leverrier, Becquerel, Regnault y Claudio Bernard: « La prueba de que la luz de la fe, dice, es la luz de la ciencia, está en que los más nobles representantes de la razón, de la ciencia y del progreso en todas sus formas, los guías y conductores de la humanidad, han sido apóstoles y discípulos de Jesucristo.

« En los tiempos pasados como en los presentes, al frente de todos los ramos y departamentos de las ciencias, y entre los ingenios especialistas que son la gloria y el honor de nuestro linage, figuran cristianos sinceros y católicos fervientes. Aun en el siglo XVIII, siglo de la incredulidad, entre los setenta y nueve hombres científicos cuyos elogios hizo Fontenelle, apenas hay dos ó tres que no se distinguiesen por su piedad no menos que por su ciencia. En pleno siglo XIX no hay sección en la Academia de Ciencias, Astronomía, Geometría, Mecánica, Física, Química, Historia Natural, Mineralogía y Geología, Botánica, Medicina y Cirujía, que no posea individuos, no solamente amigos del cristianismo y de la Iglesia Católica, sino cristianos fervientes y piadosos. » ¿Y sabeis quién esto dice? Es el hombre más sabio de Europa, es el eminente Moigno, eco de la Academia más célebre del mundo y que ha llevado de frente todas las ciencias durante medio siglo con aplauso de todos los sabios

Mas siendo esto así, ante autoridades de sabios tan eminentes ¿como podrá calificarse el atrevimiento del autor de la HISTORIA DE LOS CONFLICTOS ENTRE LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA, el vulgarizador de la incredulidad moderna, Draper, que no ha temido el

anatema de la ciencia oponiendo á la Religión calumnias históricas, falsas imputaciones y absurdas teorías, rechazadas aún por otros autores incrédulos como Flammarión, Virchow y Tyndall? ¿Qué juicio podrá formarse de esa juventud racionalista que ha aceptado como verdades dogmáticas las simplezas cabalísticas de un catedrático vulgar de los Estados Unidos, calificado de esta manera hasta por sus mismos correligionarios, y que ha tenido ya más de cien refutaciones á su obra de incredulidad y de cinismo?

Y sin embargo, jóvenes y hombres que se apellidan á sí mismos *espíritus independientes*, se constituyen eco servil de las vulgaridades impías de un escritor adocenado. ¡No hay servilismo más abyecto que el de los libre-pensadores! ¿Y el servilismo católico, se nos dirá? Pero Cristo y la Biblia no son para compararlos con ningun hombre y con ningún libro. Yo tengo orgullo, como todo católico, de profesar ese credo, basado en la palabra de Dios y en la divinidad de J. C., porque en el mundo no ha existido emblema más glorioso para la civilización de los pueblos.

Los incrédulos no son la ciencia, y mucho menos los semi-sabios del positivismo. Su fama y su nombre no la cambio por el de esa lista inmortal de sabios que acabo de enumerar y que son la gloria de la ciencia. Cuando la impiedad quiera disputar á la Religión la gloria de la ciencia, y decirnos que sólo los necios son cristianos, lancémosles al rostro esta profesión de fé de un eminente sabio, que al mismo tiempo es una apología del lema glorioso que defiende el catolicismo: RELIGIÓN Y CIENCIA. «Yo soy

cristiano; esto es, creo en la divinidad de J. C. con Ticho-Brahe, Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Kepler, Grimaldi, Euler, Guldín, Boscowich, Gerdil, Bernard, en compañía de todos los grandes astrónomos, de todos los grandes matemáticos, de todos los grandes físicos, de todos los grandes geómetras de todos los siglos. Soy católico con la mayor parte de ellos, y si alguien me pidiese razón de mis creencias se la daría con mucho gusto. . . y veríase de qué manera se han grabado por siempre jamás en mi entendimiento y en mi corazón unas verdades que son más incontestables que el cuadrado de la hipotenusa y el teorema de Maclaurin. Soy católico sincero como lo fueron Dante, Petrarca, Lope de Vega, el divino Herrera, Cervantes, Corneille, Racine, Labruyere, Bossuet, Bourdalou, Fenelón y Chateaubriand; como lo han sido y lo son aún muchos hombres distinguidísimos de nuestros días que han honrado la ciencia, la filosofía y la literatura é ilustrado más que nadie nuestras Academias.

« Participo de las profundas convicciones que manifestaron con sus palabras, con su vida y con sus obras tantos hombres científicos de primer orden, los Ruffini, los Haüy, los Laënnec, los Ampère, los Pelletier, los Freycinet, los Coriolis; y si dejo de nombrar los que aun viven, lo hago temeroso de ofender su modestia. » Con esta hermosísima declaración afirmaba el sábio Barón de Cauchy sus convicciones y firmísimas creencias en la armonía admirable entre la ciencia y la Religión.

Pero si aun se replicare que existen sabios sin religión, responderé siempre que la causa fundamental

de esa excepción vocinglera es la afirmada por el Conde de Segur: « *Son prodigios de ignorancia en materias de religión* ».

Basta para confirmarlo un ejemplo clásico, capaz de hacer temblar á cualquiera que piense en los destinos de ultratumba. Estando de muerte el célebre director del Observatorio Astronómico de París, Francisco Arago, su amigo el docto Moigno le invitó á convertirse á su Dios. ¿Y sabeis lo que respondió este sabio? Causa profundo dolor su ingenua confesión. « Mi querido amigo, usted sabe que educado en el seno de la tormenta revolucionaria, no recibí ninguna especie de instrucción religiosa; *no sé nada, absolutamente nada de los dogmas de la fe;* en general habrá podido usted observar que he procurado no meterme en ninguna cuestión religiosa... Confieso que por algún tiempo me sentí inclinado á burlarme por igual manera de los clerófobos y de los devotos. Al presente me sentiría más bien inclinado á creer. Pero es tremendo el problema de lo porvenir; me espanta su profundidad, y en él se perdería mi espíritu. Así, me vuelvo, aunque con disgusto, *á mi ignorancia* ». He aquí la triste confesión de un sabio, cuya triste historia es la de muchos. Muere en su ignorancia absoluta acerca de los dogmas de la fe, y por eso, á pesar de ser un gran sabio, no es capaz de resolver el problema de ultratumba. Esto hace temblar por la suerte de los sabios que ignoran la religión. Pero al fin, el célebre astrónomo Arago al confesar su ignorancia en materias religiosas con melancólica sinceridad, nunca tuvo la osadía de calumniar al cristianismo y dió un alto ejemplo á los

sabios excepcionales, que, como él, desconocen los principios de la fe, para que si no la respetan, por lo menos no busquen querellas y conflictos que sólo tienen origen en su ignorancia. ¿Donde está, pues, el oscurantismo católico que siempre tiene en su boca la Masonería?

XIV

La Masonería en la cuestión de la enseñanza

Hay un hecho dominante en la historia de la civilización cristiana, que es una gloria para la Iglesia Católica. Este hecho es superior á todo sofisma y á toda calumnia, porque está consignado en cada página de la historia y ha sido confesado por los mismos enemigos de la Iglesia, cuando no carecen de alguna erudición histórica; este hecho consiste en haberse distinguido perpetuamente la Iglesia como sociedad docente; es su misión por excelencia: «Id y enseñad á todas las gentes», que es el mandato esencial del Salvador del mundo. Y la Iglesia lo cumplió destruyendo la ignorancia de la barbarie con la predicación del Evangelio, creando después una escuela y una biblioteca en cada parroquia, en cada convento y en cada catedral; salvó por medio de los monjes copistas, cuando no existía imprenta, los monumentos de la literatura é ilustración de la antigüedad; y por fin, para que todo lo que dice relación á la enseñanza tuviera por factor á la Iglesia, después de haber inventado la imprenta el católico Guttenberg, ideó y fundó las principales universi-

7

dades de Europa, coronando su gloria educacionista con la adaptación de la enseñanza á los ciegos y á los sordo-mudos.

Nadie, absolutamente nadie se ha preocupado por la enseñanza y educación del pueblo como la Iglesia católica, que creó un ejército permanente de maestros en las órdenes religiosas, cuya supresión por parte de la incredulidad ha sido el mayor desatino, al decir de Voltaire, aun considerada económicamente. Una educación asalariada jamás podrá competir con la abnegación del que se dedica al servicio del prójimo por amor de su Dios, como la filantropía laica jamás podrá emular el heroísmo de la Hermana de Caridad.

El mundo civilizado debe ese ardor entusiasta por la educación al espíritu del cristianismo, entusiasmo que no se contempló jamás ni en Grecia ni en Roma, aun en el apogeo de su esplendor literario. El pueblo jamás fué educado en la antigüedad: sólo podían serlo los libres, que constituían la inmensa minoría de las sociedades paganas.

Pues bien, como una calumnia soéz del liberalismo masónico se repite ser máxima cristiana que *la ignorancia es madre de la piedad.* Esto es simplemente mentira. Las máximas de los Doctores y Maestros de la Iglesia tocante á la ignorancia, son éstas: *El origen de todo mal viene de la ignorancia: ella es la madre de todos los males*, ha dicho San Clemente Papa. *La ignorancia, á semejanza de la flaqueza, es un vicio que estorba á la voluntad hacer el bien y saber abstenerse del mal,* dice San Agustín.

San Isidoro ha dicho: «Ninguno se excuse por ignorante. Nada mejor que la sabiduría, ni más suave que la ciencia; nada más torpe que la necedad. *La ignorancia es la madre de los errores y la fautora de los vicios.*»

Y para terminar con autores más modernos, además del cardenal Bona que decía: «La ignorancia es la raiz de todos los males»; S. Lorenzo Justiniano se expresaba así: «¡Oh y cuántos son los males de la ignorancia! Bajo los piés de la ignorancia yace la razón, peligra el discernimiento, piérdese la mente, huye la humildad, muere la virtud, túrbase la paz, confúndese el orden; y donde quiera que domine la ignorancia prevalece la viciosa holgazanería.»

Considérese, por tanto, cuál podrá ser el valor de la mencionada calumnia, y si la Iglesia ha tenido necesidad de la Masonería para anatematizar la ignorancia y fomentar la educación del pueblo.

Ahora bien, la Masonería, no por amor á las luces, sino para realizar sus planes de *descatolizar* las sociedades, ha puesto un especial cuidado, desde principios de este siglo, en la enseñanza de la juventud, aunque con el dinero de los católicos contribuyentes. A ella se debe la invención del sistema de la enseñanza *laica*, esto es, sin religión é independiente de las doctrinas sublimes del Evangelio; y para mayor ignominia ha declarado *obligatoria* para los católicos esa escuela anticatólica.

Y parece inconcebible que esto pudiera realizarse en plena civilización cristiana. En efecto: la Masonería, hija del antro, enemiga del cristianismo, é institución de inmoralidad y corrupción por excelencia,

se ha colocado en la cúspide de la sociedad y desde allí ha hablado de esta manera: «Escuchadme, pueblos de la tierra: en adelante el código de moral y religión para la formación de la juventud y perfeccionamiento social, no será el Evangelio de Jesucristo; eso es fanatismo y superstición. Yo realizaré la redención de la humanidad con la moral independiente: Jesucristo es un impostor. Fuera, pues, de la escuela, Jesucristo y su Evangelio.» Esto pretende la Masonería con la enseñanza *laica*. Esto proclama ante los pueblos que deben la gloria de su civilización á Jesucristo y á su Evangelio. ¿Y no es esto un insulto intolerable? ¿O será acaso que la Masonería se permite tal atrevimiento porque se ha perdido la conciencia de la dignidad cristiana á fuerza de sofismas, calumnias y preocupaciones?

Así debe suponerse, pues de otra manera la osadía masónica no llegaría á ese extremo. En efecto: ¿quiénes son masones conscientes? Los hijos apóstatas del cristianismo, que reputan á esta augusta religión como fautora de la ignorancia y enemiga del progreso y de la civilización; pero que á su vez son *prodigios de ignorancia* en cuanto á la filosofía de la religión y en erudición filosófico-histórica acerca del origen y causas de la civilización de los pueblos cristianos.

Pues si estudiaran con ánimo independiente y libre de preocupaciones la historia de la civilización en Guizot, Thiers, Ranke, Macaulay, Thierry y César Cantú, les sucedería lo que á Lord Ripón, que habiendo recibido encargo de la Masonería de demostrar en nombre de la civilización y de la historia

que el catolicismo era la suprema rémora social, al hacer un estudio concienzudo sobre la materia, se vió obligado por la evidencia de la grandeza histórica de la Iglesia católica á abjurar de la Masonería: mas esto es pedir peras al olmo; las preocupaciones continuarán, pues para ser superiores á ellas se necesita un carácter como el del que hoy es Virey de las Indias, el citado Ripón.

Mas, volvamos á la cuestión de la enseñanza según la Masonería.

Del Gran Oriente de Bélgica salió un proyecto de ley en 23 artículos, de los cuales decía el 1.º: *Supresión de toda instrucción religiosa;* y el 2.º *Obligación para el padre y para la madre viuda de conducir* POR FUERZA *sus hijos á la escuela.* Proyecto que fué recomendado á todas las logias de la obediencia y demás Grandes Orientes de la Masonería.

He aquí por qué se grita tan ardientemente por la enseñanza *obligatoria* y *laica. Laica* en cuanto, no sólo debe ser dada por seglares con exclusión de los sacerdotes y religiosos, sino con prescindencia de toda religión.

«Sobre esta cuestión deben concentrarse todos los esfuerzos de la Masonería», dice el *Mundo Masónico:* ¿y para qué? Para que el niño sea educado *á la fuerza* sin Dios y sin religión; de manera que el niño no pertenezca á sus padres en la enseñanza, obligándoles la ley á enviarle á unas escuelas de las que estarán desterrados Dios y toda religión, especialmente la cristiana.

Si existe alguna tiranía más horrible y degradan-

fe, es ésta, salida de los antros de la Masonería. Se proclama la enseñanza *obligatoria* para imponer la irreligión á la juventud; y se la declara *gratuita* para tiranizar y pervertir la conciencia humana, no con los dineros de las logias, sino del mismo pueblo contribuyente.

Es tan execrable esta tiranía, que no se comprende cómo puedan tolerarla pueblos civilizados y celosos de la libertad; y hasta tal punto, que el racionalista Ledru-Rollin se vió obligado á atacarla con estas enérgicas frases:

« ¿Hay mayor sufrimiento para el individuo que la deportación de sus hijos á las escuelas que él mira como lugares de perdición?

« ¿Hay mayor ignominia que esa conscripción de la infancia arrastrada violentamente á un campo enemigo y para servir al enemigo? »

Ojalá que el sentimiento de la propia dignidad despierte de su letargo al pueblo, para protestar en nombre de los derechos más sagrados contra esa conscripción de la juventud católica arrastrada violenta ó ignominiosamente al campo del racionalismo y de la incredulidad. Un pueblo cristiano no puede ni debe sufrir ninguna tiranía.

Consecuente con sus propósitos, la Masonería trabaja infatigable é influye de todos modos hasta en las Cámaras legislativas de todos los países para el triunfo de la enseñanza sin religión. Para ello ha fundado la *Liga de la enseñanza*, en virtud de la cual los masones se obligan á propagar la enseñanza *laica* con todos los medios lícitos é ilícitos á su alcance.

Los desvelos de la Masonería se extienden también á la perdición de la mujer con las escuelas *mixtas* y las *profesionales de maestras*, donde se les inculca la irreligión práctica, y es sabido cuán desastrosos resultados da esa ilustración irreligiosa en la mujer: se convierten en Mesalinas ó Pompadours.

Es muy sabido que la Masonería para triunfar en sus propósitos anticristianos, cuando la Iglesia reclama contra la enseñanza laica, sin religión, aturde á los pueblos con este eterno sofisma: «El catolicismo odia la enseñanza pública porque con el oscurantismo fomenta el fanatismo religioso.» La Masonería miente: ya hemos probado que la Iglesia *odia* la ignorancia, jamás la ilustración, y cuando anatematiza la enseñanza laica es porque sabe por experiencia que la simple cultura intelectual sin la enseñanza religiosa, lejos de ser una garantía de la moralidad, es la potencia magna de desmoralización y corrupción popular. Apélese, sino, á la estadística criminal y ella evidenciará esta verdad dolorosa. Así, M. Moreau, ocupándose de la influencia de la instrucción primaria laica sobre la moralidad de la población, dice en su obra sobre la criminalidad: «Resulta de las cifras comparadas de la estadística criminal y la de la instrucción primaria que allí donde existe mayor desarrollo de instrucción, allí también existe mayor aumento de crímenes de todos géneros.»

Del mismo modo examinando la influencia de la instrucción sobre la moral de los detenidos, los directores de las prisiones centrales están casi todos *unánimes* en constatar que *esta influencia es de*

desorden y desmoralización. Citaremos algunos de estos testimonios. Según el Director de la Prisión Central de Loos, «los individuos que han recibido los elementos de la instrucción primaria, antes de ser condenados, son de todos los prisioneros los menos susceptibles de enmienda, y los que han recibido un grado superior de educación, son con raras excepciones *totalmente incorregibles.*»

Según el Director de la Penitenciaria de Melún, «una observación digna de notarse es, que los condenados que poseen alguna instrucción son los más difíciles de corregir y los más criminales.»

Según el Director de la prisión central de Nimes, «los más instruidos son igualmente los más corrompidos.»

Según el Director de la Penitenciaria Ensisheim, «la instrucción en los individuos sin religión, es un arma de más que se les da contra el orden social.»

Según el Director de la prisión de Embrun, «resulta de todas las estadísticas que la criminalidad aumenta en *razón directa de la instrucción.*»

En presencia de los hechos y de la estadística, ¿se replicará aún que la enseñanza sin religión es una garantía de moralidad y que la Iglesia condena semejante sistema de enseñanza por espiritu de oscurantismo, como afirma la Masonería? El citado publicista Moreau en la obra citada no titubea en declarar que la causa de verse convertida la instrucción en instrumento de desmoralización y criminalidad, es la *irreligión.* Por tanto al reclamar la Iglesia contra tan nefando sistema de instrucción, cumple con su augusta misión sobre la tierra en pro de las buenas costumbres.

Con idéntico fin ha ideado la Masonería las *escuelas de adultos y las bibliotecas populares*, que con el *pretexto* eterno y mentido de ilustración envenenan los corazones incautos con toda clase de malos libros y novelas inmorales. Todo trabajo salido de las logias masónicas llevan el sello indeleble de su secreto jurado: *descatolizar el mundo y corromper para descatolizar.*

¡Qué ignominia para los pueblos civilizados y católicos! Con el pretexto de ilustración, ultrajando la conciencia religiosa, se obliga á los padres de familia á pagar la apostasía y corrupción de su propios hijos.

¡Hasta cuándo dejarán los cristianos pisotear y ajar su dignidad y sus derechos como ciudadanos y como fieles de Jesucristo!

¿No les asombra el resultado horrible y los frutos espantosos de la decantada enseñanza *laica?* ¿No ven cómo se está formando en esas escuelas un pueblo *feroz*, al decir de Portalis, sin Dios, ni creencias religiosas y, por tanto, sin moral? ¿No ven cómo con la enseñanza laica se organiza esa *barbarie*, que es la corrupción y degradación de las costumbres, más ignominiosa que el salvagismo, como advierte Girardin? Los que tienen ojos y no ven, los que tienen oídos y no oyen, pueden solamente dejar de confesar y comprender la verdad de lo que acabamos de indicar.

¿No se quiere poner remedio á tanto mal?... Pobre nación, pobre patria querida!.... teme dias aciagos y el más negro porvenir, como te lo anuncian desde ya esas turbas de niños, que aun no saben leer y

ya maldicen á Dios por las calles y tienen como timbre de gloria é ilustración blasfemar del catolicismo y ridiculizar á los ministros de la religión.

Oid hombres sensatos esta gran lección de un gran hombre y gran estadista de nuestros días, Disraeli:

« Tengo por cierto que un sistema de educación nacional, no basado en el conocimiento de la religión, producirá un *desastre nacional* MÁS FUNESTO *para el Estado que para la Iglesia.* » Y no basta una religión cualquiera, porque « fuera del cristianismo llegaremos á una disolución de las costumbres y de la moral, sin ejemplo en la historia de la humanidad; á una de esas disoluciones que son como el sepulcro de las naciones. »

Semejante sistema de enseñanza, debido al apoyo y aplauso de las logias masónicas, en todas partes se impone como sistema de educación nacional bajo pretexto de libertad de conciencia, siendo una verdadera tiranía, pues se impone una educación heterodoxa á hijos de padres católicos y cristianos, que constituyen la inmensa mayoría de las naciones civilizadas. ¡Quién había de creer que llegaría un tiempo en que el Redentor del mundo, el padre de la civilización y su santo Evangelio, había de ser proscripto de las escuelas en esos mismos pueblos que él había redimido y civilizado, reputándose un peligro para la libertad y la conciencia, la doctrina de aquel que restableció en el mundo la libertad y la dignidad de la conciencia humana! ¡Parece dicha para este tiempo aquella queja amorosa de las Sagradas Escrituras: « He aquí que yo crié hijos y los ennoblecí y ellos me despreciaron. »

Con semejante sistema de educación pública, la vuelta de las sociedades cristianas al degradante paganismo no será más que cuestión de tiempo. La inmoralidad y la corrupción tendrán su foco en las escuelas, y se llorará inútilmente la llegada de la disolución de las costumbres y de la moral sin ejemplo.

XV

La Masonería y el Catolicismo en sus rela ciones con la civilización y el progreso

La Masonería para captarse las simpatías de los pueblos cultos ha invocado el nombre augusto de civilización, pretendiendo hacer creer á las sociedades que ella es una institución civilizadora: vamos á demostrar, sin embargo, que es la rémora más colosal para la civilización de la humanidad.

Parece increíble! El mundo salió del caos de la corrupción, de la ignorancia, de la superstición y de la barbarie por los esfuerzos heroicos del cristianismo; llegó al apogeo de la gloria: y al contemplarse sentado en la cumbre del progreso y de la civilización, hijos desnaturalizados, desconociendo el legado paterno, juraron la muerte y el anonadamiento de la Iglesia.

He aquí el papel respectivo del Catolicismo y la Masonería ente las conquistas de la civilización.

Lo vamos á examinar á grandes rasgos.

La civilización, tomada en su significado más propio, consiste en el perfeccionamiento de la sociedad bajo el aspecto del reconocimiento y práctica de los

deberes y derechos del hombre y del ciudadano, incluyendo las instituciones político-sociales y las costumbres como garantía y manifestación de ese mismo perfeccionamiento; en una palabra, la civilización es el desarrollo progresivo y armónico de las facultades intelectuales, morales y físicas del hombre en la sociedad.

Ahora bien, su base esencial es la religión y la moral, porque un pueblo que carezca de esos principios, no se civiliza, sino que prostituye, en servicio de la corrupción y degradación, las luces de la inteligencia y el perfeccionamiento de la materia.

Ni el genio, ni la erudición, ni las artes, ni la industria, ni el comercio, civilizan cumplidamente al hombre y á los pueblos: podrán ser cultos, muy cultos, como Grecia y Roma, pero inmensamente degradados y prostituidos; la moralidad de las costumbres, la práctica de los deberes, la obediencia á las leyes que la naturaleza ha grabado en nuestros corazones, el aprecio tributado á la virtud, la detestación del vicio, y el culto religioso como garantía suprema del cumplimiento de todos los deberes, garantía á su vez de los derechos, son las condiciones necesarias y esenciales de la gran obra de la civilización; así lo indica la naturaleza del hombre y lo proclaman todos los grandes historiadores: Bosuet, Vico, Guizot, -hiers, Cantú, Macaulay, habiendo dicho ya en la antigüedad Plutarco que «sería más fácil edificar una ciudad en el aire que un Estado sin religión.»

Por tanto las bases esenciales de la civilización y su barómetro permanente es la religión y la mo-

ral; y tan es así, que la perfección del estado social de los pueblos ha dependido siempre de las doctrinas morales y religiosas que constituyen el código de sus creencias. La suma ilustración y bienestar material sin religión y sin moral, han constituido siempre la más alta degradación de los pueblos, su decadencia y su corrupción.

Pues bien, la Masonería es rémora de la civilización como fautora del ateismo y de la inmoralidad, como lo hemos demostrado al ocuparnos de la moral y de la religión profesada por la Masonería.

Y ¿quién ignora que la corrupción é inmoralidad desploma los imperios más colosales como el Asirio, el de Ciro, el de Alejandro y el Romano?

La Masonería fomenta la incredulidad: *es hasta la negociación del elemento religioso*, al decir del H.·. Proudhome, y bajo este aspecto es también rémora de la civilización; óigase sino al H.·. Voltaire: «Una sociedad sin religión no tardaría en transformarse muy pronto en un receptáculo de bestias feroces; porque tal es la debilidad del espíritu humano y tal su perversidad, que es preferible verse subyugado por todas las supersticiones posibles que vivir sin religión.» Así lo declaran también los legisladores paganos Solón, Platón, Aristóteles y Cicerón, y todos los que conocen el espíritu humano.

Y de un modo especial la Masonería es rémora de la civilización por sus trabajos en pervertir la juventud, esperanza del porvenir de las naciones, con la enseñanza sin Dios, que es, según la observación de Girardín ya citado, *la organización de la barbarie y la peor de todas las barbaries;*

no la que precede á la civilización y la prepara, sino la que la sigue, y es su decadencia y corrupción.

La Masonería es esencialmente opuesta al desarrollo de la civilización por su propia naturaleza, la organización del secreto, pues como advierte el filósofo Krausse hablando de la Masonería, *todo lo que mira á intereses comunes humanos es público por su naturaleza, y no puede sin injusticia y sin* CORRUPCIÓN *tratarse en secreto; el disimulado y encubierto obrar es el triunfo del mal*, y no de la civilización ni del progreso.

Y sobre todo, teniendo la Masonería por fin *el anonadamiento de la idea cristiana* es esencialmente rémora de la civilización, porque al impugnar el Evangelio, impugna el código sublime de la civilización de los pueblos, como quiera que en parte alguna como en él están consignados los dogmas augustos de la dignidad, perfección, deberes y derechos del hombre y destinos de la humanidad, reasumidos en esta síntesis hermosa de Lamartine: « No existe verdad moral ó política que no se encuentre germinada en un versículo del Evangelio.... la *filantropía* nació de su primer y magno precepto, la *caridad*.

« La *libertad* ha marchado en el mundo sobre sus pasos y ninguna servidumbre degradante ha podido subsistir ante su ley; la *igualdad política* ha nacido del reconocimiento que nos obligó á hacer de *nuestra igualdad* y de *nuestra fraternidad* ante Dios; las leyes se han dulcificado, las cadenas han caído y la mujer ha conquistado el respeto en el corazón del hombre.

« A medida que su palabra ha resonado en los siglos, ha hecho desplomar un error ó una tiranía, y puede decirse que el mundo actual con sus leyes, sus costumbres, sus instituciones y sus esperanzas no es otra cosa que el verbo evangélico, más ó menos encarnado en la civilización moderna. »

« Mas su obra continúa aún, porque no ha llegado á su término: la ley del progreso ó del perfeccionamiento, que es el trabajo activo y poderoso de la razón humana, debe seguir la ley del Evangelio; ésta nos prohibe contrariarla, nos impulsa siempre hacia algo mejor y nos impide que desesperemos de la humanidad, ante la cual abre sin cesar nuevos y más elevados horizontes; y cuanto más abrimos nuestros ojos á la luz de sus doctrinas, vemos en ellas más promesas en sus dogmas, más verdades en sus preceptos y más esperanzas en su porvenir. » ¿Puede haber algo más sublime y hermoso, más vasto y digno de la humanidad como código de la civilización, que el Evangelio de Jesu-Cristo? Podrá encontrarse algún código masónico digno de sustituirle? Decididamente la Masonería es indigna de las naciones cultas y civilizadas, que únicamente son las cristianas.

Pero el catolicismo no sólo es una *gran religión*, al decir de Jouffroy, porque contiene el código más sublime de todas las verdades y problemas que interesan á la humanidad, sino también porque es la palanca magna de la civilización. ¿Quieren verse sus heroicos beneficios? Ábrase la historía y se encontrará la apología de su gloria. Cuando apareció el cristianismo sobre la tierra, la humanidad parecía

próxima á sucumbir en el cieno de la corrupción y las tinieblas de la ignorancia: el despotismo de los Césares era la forma de gobierno culto y universal; la idolatría era la religión del mundo; la esclavitud, la base del orden social, junto con el imperio de la fuerza bruta; y después de todo esto, la barbarie, estado normal del resto del mundo, vino á apoderarse del agonizante y decrépito imperio romano; se produjo entonces el caos universal, las guerras de conquista desolaron el imperio y dominaron las tinieblas intelectuales y morales sobre la faz de la tierra. Todo hubiese perecido si no hubiese estado allí la Iglesia, dice el historiador Laurent. Sí; una religión y una luz guardada en el santuario existía oculta en el ámbito de las catacumbas: la filosofía pagana, el pueblo y el César la perseguían como una abominación: ella era, sin embargo, la salvación del mundo, como lo es hoy á pesar de los furores de la incredulidad.

Dios había permitido que llegase á su extremo toda clase de males para que el hombre comprendiera que con sus solas fuerzas no podía salir de aquel caos: esa luz divina salió de la oscuridad y se esparció por el mundo, la Iglesia salió de las catacumbas y la humanidad se salvó, ¡la salvó el catolicismo sólo y sin émulo en su obra colosal! Y la edad media!.... Esa noche la atravesó la Iglesia sosteniendo sola las luchas de la civilización, que podrían sintetizarse así: la barbarie afeando la religion, y la religión suavizando á la barbarie.

Pero ¿quién triunfó? La Iglesia. Nosotros somos su trofeo y la civilización que nos ha legado. Si

hoy el mundo dijera «no quiero ser cristiano», luego al pronto la barbarie sucedería á la civilización; mírese sino lo que sucedió al África y al Oriente con la retirada del catolicismo: ¿son acaso civilizados como lo eran en tiempos de los Tertulianos y Agustinos? Pero ¿quién podrá negar que la civilización es hija de la Iglesia? La historia le daría un mentís solemne.

¿Quiénes lucharon á brazo partido con la degradación romana, la ignorancia y la barbarie invasora? Solamente los pontífices, los obispos, los sacerdotes, los monjes y los misioneros: ellos solos y nadie más; por eso sólo los pueblos cristianos, y nadie más, son civilizados; y cuando aun hoy día se hace alguna conquista para la civilización entre los pueblos salvajes, es el heroísmo de algun misionero quien obtiene esa victoria, y sólo él la obtiene como sólo la Iglesia la ha obtenido durante diez y nueve generaciones.

II

Cuando el masonismo hace esfuerzos desesperados para negar á la Iglesia la eterna gloria de haber civilizado al mundo, pretende distraer la atencion de los espíritus superficiales llevando la cuestion al terreno de ciertos detalles que constituyen un borrón en la historia, como algunos abusos de personas caracterizadas en la Iglesia, que son defectos de las personas y jamás de la institución que condena todos los abusos; á este terreno no podemos ni debemos descender, porque no hay institución ni doctrina de

la cual no abusen los hombres, inclusa la santa institución de los tribunales de la justicia.

Las cuestiones deben tratarse bajo el aspecto de la filosofía de la historia, y en el presente caso sólo debemos averiguar en la historia quién proclamó el programa de la civilización y quién lo realizó.

Planteada la cuestión en este terreno, que es el verdadero, se necesita mucha dosis de fanatismo incrédulo y de parcialidad racionalista para no ver la más grande de las verdades históricas.

He aquí una serie de preguntas á las cuales responden elocuentemente los hechos, poniendo en evidencia la acción civilizadora de la Iglesia católica. Vamos á ceder el derecho de indicarlos al sabio Moigno; dice así:— « ¿ Quién arrojó en el mundo el programa de todas las ideas sanas y progresivas que han hecho de Europa lo que es? Jesucristo.

« ¿ Quién venció é hizo desaparecer poco á poco el poder absoluto y tiránico de los emperadores romanos? Los mártires de la Iglesia. « ¿ Quién destruyó la esclavitud física ó social rompiendo las cadenas de la servidumbre; la esclavitud moral, libertando la conciencia? ¿ Quién creó la dignidad humana? ¿ Quién libró la inteligencia humana sustituyendo lo verdadero, lo bueno y lo bello de los dogmas cristianos á lo falso, lo malo y lo horrible del misticismo pagano? ¿ quién ha endulzado la atrocidad y el rigor del derecho pagano? El cristianismo. Cuando las hordas de bárbaros, empujándose las unas á las otras en largas y estruendosas filas, inundaron la Europa ¿ quién fué á ellos y los civilizó? ¿ Quién se presentó como mediador entre

los brutales conquistadores y los pueblos conquistados? El episcopado y el clero católico.....

«¿Quién en la edad de las tinieblas iluminó el mundo? La Iglesia. Sólo ella sabía, sólo ella predicaba, sólo ella enseñaba, sólo ella escribía.» Y nosotros añadiremos ¿por qué no somos mahometanos? Porque los Papas levantaron las Cruzadas.

Y para que se vea que la civilización es patrimonio exclusivo del catolicismo, no se olvide esta verdad histórica, que es geográfica al mismo tiempo: separado el campo del naturalismo exclusivo (sistema racionalista-masónico) del campo de la religión cristiana ó catolicismo y puesta en medio la cruz, obsérvese lo que son los pueblos que caen á este lado y al otro lado de ese símbolo divino y veremos grabada en la historia y en la geografía este hecho culminante y visible al criterio menos observador: los pueblos que no son cristianos están sentados en las tinieblas del salvajismo, la barbarie ó semi-barbarie: Siberia, Africa Meridional, Oriental y Occidental; la India, la China, Persia, Turquía, América indígena. Pero á su vez los pueblos cristianos son todos cultos y civilizados.

En efecto: todo pueblo salvado lo ha sido por Jesucristo; todo pueblo que Jesucristo no ha salvado ha quedado sepultado en las sombras de la muerte y perdido para la civilización y el progreso: todo pueblo que se ha separado de Jesucristo ha corrido de nuevo á su perdición moral y social.

Y no se vaya á creer que Jesucristo y su iglesia ha sido la luz de la civilización en el orden moral y religioso solamente; pues además de saberse cuán-

tos esfuerzos, tiempo y trabajos costó al cristianismo corregir las costumbres, esclarecer las inteligencias, convertir las naciones y organizar la sociedad moderna; no es menos evidente que también la luz científica es resultado de la influencia cristiana y que en realidad todas las conquistas y todos los progresos de las ciencias, de la industria y de las bellas artes, son frutos del cristianismo.

La prueba sintética de esta afirmación consiste en observar que las únicas naciones sabias é industriosas son las naciones cristianas; en que la ciencia y la industria no nacen ni se desarrollan, ó se reducen á una rutina mecánica en el seno de las naciones que el cristianismo no ha iluminado, como la China, la India y el Japón, ó viven simplemente por importación ó imitación. En una palabra, al catolicismo todo le debemos, ha dicho Rousseau: artes, ciencias, costumbres, agricultura, civilización.

Pues bien, ¿quién lo había de prever? A esa institución bendita, sí, bendita por la humanidad, se la quiere expulsar de las sociedades que ella misma civilizó, por retrógrada y enemiga de la civilización. Esto es incalificable; es la suprema aberración, inexplicable fuera de la hipótesis de un delirio vertiginoso.

Y sin embargo, esto pretende la Masonería sustituyéndose al cristianismo. ¿Y lo toleran pueblos cristianos? ¿Y no se levanta indignada la sociedad civilizada para vengar tamaña osadía é ingratitud?

Quien se considere medianamente instruido en los fastos de la civilización y progreso de la humanidad no puede contemplar impasible tanta injusticia y ci-

nismo, sin reclamar á voz en grito por los fueros de la dignidad humana y los destinos de la sociedad, que se arroje al desprecio del ostracismo social, la Masonería aleve, ingrata, embaucadora y rémora colosal de la civilización.

Y sobre todo, póngase la mirada atenta en el estado actual de disolución social. « Está tan enferma nuestra sociedad, ha dicho Mr. Thiers, que temo ver á la sociedad moderna reducirse á la nada. » Y cuando la sociedad se encuentra en un estado de descomposición y de desorganización, ¿es posible poner la esperanza de regeneración en la Masonería, institución esencialmente desquiciadora y disolvente por sus principios y bases fundamentales, como lo hemos demostrado?

Sólo la Iglesia puede salvar la sociedad en los tiempos modernos, como la ha salvado en todas las épocas, porque ella *es la institución conservadora por excelencia*, como lo declara el citado publicista, y *la potencia moral más grande que se haya visto jamás*, al decir del eminente estadista Tocqueville.

Ni puede haber esperanza alguna fuera de la Iglesia, pues como observa el sabio Moigno, para gobernar y salvar la humanidad es necesario un símbolo en torno del cual se puedan agrupar las inteligencias, un código de moral indiscutible, un conjunto de medios que comprendan la humanidad toda entera, ministros legítimos, convencidos, celosos, que confíen en los medios de acción de que disponen y que lleven su heroísmo hasta el martirio.

Pues bien, sólo la Iglesia católica está en pose-

sión de estas gloriosas prerogativas, aun en presencia de una degradación tan espantosa como la del paganismo romano y tan feroz como la barbarie, mientras están desprovistas de ellas la filosofía, el libre pensamiento y la Masonería.

Sólo la Iglesia es depositaria de un símbolo que no varía; sólo ella es la fuente de los eternos heroísmos, la madre de todas las instituciones bienhechoras, la guardiana de las almas desde la cuna hasta la tumba, el refugio de todos los espíritus agitados, de todas las conciencias turbadas y de todos los corazones magullados.

La filosofía es la tela de Penélope, el eterno mudar de las opiniones y el pensamiento errante y vagabundo que arroja al hombre en la eterna indecisión y al perpétuo desaliento.

La Masonería, ya lo hemos dicho, representa la degradación de las costumbres y la disolución de la moral sin ejemplo, el anti-cristianismo y el triunfo del mal.

Sólo quedará en pie el catolicismo; porque Dios ha colocado los cimientos de su Iglesia en tan alto poderío y tan soberano amparo, que su existencia y su vida está por encima de todos los poderes y de todas las fuerzas humanas.

Mas al fin, creemos llegado el momento de suponer al lector capaz de juzgar toda la falsedad é hipocresía de los pomposos programas de que hace alarde la Masonería para embaucar á los incautos y ocultar sus fines nefandos y anti-sociales, como cuando por medio del H.·. Hacquard declara que «el objeto de la Masonería es esencialmente *pro-*

gresista y *moral:* su campo de acción es el *universo*, su base la *verdad;* su divisa *libertad*, *igualdad*, *fraternidad;* sus enemigos el *fanatismo*, la *mentira* y la *ignorancia*. Así la Masonería, añade, es la escuela de la verdadera *civilización* y por consiguiente debe estar siempre á la vanguardia de la humanidad por el camino del *progreso*. »

Pero ya hemos demostrado que semejante pretensión no pasaría de una arrogante baladronada, si no fuera, como lo es, una hipocresía y, más que todo, un impudente sarcasmo lanzado al rostro de los pueblos cristianos, ese programa sólo lo puede ostentar y lo ha ejecutado Jesucristo por medio de su Iglesia, y hasta sus mismas palabras son robadas al cristianismo.

He leído la filosofía de la historia en sus grandes maestros: Bossuet, « Discurso sobre la historia universal »; Vico, « La Ciencia Nueva »; Herder, « Ideas sobre la filosofía de la Historia » ; Schlegel, « Filosofía de la Historia »; Guizot, « Historia de la civilización »; Bouchez, « Introducción á la ciencia de la Historia » y algún otro. Pues bien: ¿qué dicen estos grandes genios acerca de los destinos de la humanidad? Que su ideal es la civilización. Pero ¿de qué manera? Teniendo por ley el progreso, y por base *realizar la idea cristiana*.

Ahora bien: el fin esencial de la Masonería es el *anonadamiento de la idea cristiana*. Luego en nombre de la filosofía de la historia y de sus más augustos representantes puedo proclamar bien alta esta verdad: « El cristianismo es la palanca y el ideal de la civilización: la Masonería es la

rémora por excelencia de la civilización de los pueblos. »

Amo la civilización y la quiero para mi patria: he aquí por qué rechazo la Masonería y amaré eternamente el catolicismo.

XVI

Táctica de la Masonería en reclutar adeptos

Nos resta ahora un problema por resolver, que puede presentarse en forma de una seria objeción ya indicada en otro lugar.

Si la institución masónica es altamente reprobable é indigna de espíritus serios, progresistas y amantes de la civilización, como queda demostrado, ¿de qué medios se vale para enrolar y engañar á tantas personas honorables y á las veces cristianas? ¿Cómo se explica que muchos masones no hayan visto absolutamente nada, en las *tenidas* de sus logias, de cuanto hemos demostrado acerca del objeto ó índole de la Masonería Universal? La respuesta es fácil: ocultando mañosa y admirablemente sus *fines reales* á las personas honradas y valiéndose de *argumentos adaptados* á todas las inclinaciones y edades.

Esta parte de la organización masónica es muy digna de atención, pues de otra manera se corre el inminente riesgo de caer sin saberlo y con la mejor intención en las arterias y redes masónicas.

Desde luego, la astucia masónica tan sagazmente concebida y dirigida, ha organizado dos *faces* en la

Orden, como hemos visto ya. La Masonería *externa*, que se ve, tiene logias públicas, celebra banquetes, tenidas fúnebres, etc., y sirve para formar reclutas de todas las clases sociales, hasta sacerdotes ilusos. Esta *faz* de la Masonería no es más que un noviciado y un vivero de donde se sacan y eligen después los que se creen aptos y maduros para formar parte de la Masonería *interna*, de los verdaderos *iniciados*, que es la minoría; posee los secretos no *simbólicos* sino reales, conoce los fines verdaderos de la Orden sin ambajes y ficciones y se ríe de la filantropía y propagación de las luces, que es el pretexto y pantalla de que se sirve únicamente para enrolar las personas honorables en la Masonería externa.

Tan es así, que el diario oficial de la Masonería, *El Mundo Masónico*, decía que de *ocho millones* de masones que constituían la Masonería Universal, *sólo medio millón* son masones activos, que trabajan por los fines reales, pero secretos, de la Orden.

Respecto de los masones inconscientes, que ignoran los planes nefandos y secretos, y entre los cuales se encuentran algunos *Gran Maestres* y muchos *Venerables* de la Orden, para poder reclutar y mantener en las logias á los que son cristianos ó católicos ilusos, no sólo es táctica ocultarles los fines inmorales sino también tolerarles sus creencias cristianas y hasta la práctica de los preceptos divinos.

Oigase, por ejemplo, al H.·. Moedeff: «Nosotros tenemos entre nuestros hermanos *muchos* (siete millones y medio) *que no saben á dónde van:* son

religiosos por un sentimiento tradicional (la religión católica trasmitida hace diez y nueve siglos); no debemos romperla con este sentimiento que es un fanatismo de infancia: así ganaremos poco á poco nuestros adeptos *aun de entre los que aman la devoción.*» Véase la astucia masónica para reclutar aun á los mismos *devotos* ocultándoles la Masonería su odio jurado al catolicismo. Verdaderamente que es triste y doloroso el papel que desempeña una persona honrada, y especialmente los católicos, en las logias masónicas!

Mas, podría preguntarse: ¿para qué sirven á la Masonería sus adeptos católicos y las personas honradas, si no conocen los planes secretos? Para dos fines; en primer lugar para acreditar la institución ante el público y poder responder á los que deponen sus planes inícuos: «Eso es calumnia; ¿no veis cuántos católicos y gente honorable engrosa nuestras filas?» Y efectivamente grande provecho saca la Masonería de esas personas para su crédito y abonar ante la sociedad la bondad fementida de sus planes. Como son tantos los masones que *no saben á dónde van*, siete millones y medio, aun de los que pertenecen á las más altas categorías, no faltan adeptos que, invocando veinte, treinta y más años de vida masónica en las logias externas, salgan como paladines á la defensa de la Orden, declarando que la Iglesia católica se engaña al reprobar y condenar la Masonería, y que son negras calumnias cuanto se dice contra una institución que es esencialmente progresista, moral y religiosa.

En segundo lugar, esas personas ilusas sirven á

la Masonería porque ella no pierde la esperanza de reformarlas en el sentido masónico, valiéndose para ello de las más astutas arterias en que difícilmente dejan de caer tarde ó temprano, sino todos, gran parte de los mismos devotos, logrando siempre por lo menos que dejen de ser católicos prácticos y que presten su cooperación para propagar los planes visiblemente inocentes de la Orden, como la liga de la enseñanza laica, que bajo el pretexto de popularizar la instrucción, inocula la incredulidad.

Pero hay más: en la Historia pintoresca de la Masonería se indica otra táctica de reclutamiento: «Para decidir á los hombres de placer, dice, *hacemos valer* los frecuentes banquetes, en que las delicadas viandas y los vinos generosos excitan la alegría y estrechan los lazos de una fraternal intimidad.

« En cuanto á los artesanos y mercaderes, les decimos que la Masonería les será provechosa, por cuanto extenderá el círculo de sus relaciones y marchantes. *De esta manera tenemos argumentos para todas las inclinaciones.* »

Además basta recordar, como hemos probado ya, que la proclamación de los programas pomposos de filantropía, ilustración, civilización, libertad, derechos del hombre, igualdad, fraternidad, odio al fanatismo y oscarantismo, no son mas que meros *pretextos* de que se vale la Masonería externa para reclutar en sus filas con nombres seductores y hermosísimos, espíritus entusiastas por las grandes ideas que esas palabras representan; palabras que tienen una seducción especial en el seno de las sociedades cató-

licas, como quiera que la Iglesia ha realizado en el mundo por medio del Evangelio lo que tienen de santo, benéfico y sublime esas instituciones y esos programas que la Masonería plagia del Evangelio adulterándolos según su ideal y planes anti-cristianos é impíos.

La Masonería todo lo explota con tal de reclutar adeptos, hasta la vanidad de las almas vulgares en aparecer progresistas ó ilustradas, que por el prurito de aparecer y ser llamadas espíritus *fuertes* se dejan pescar en la red masónica. Oigamos algo á este respecto de los mismos masones: es el H∴ Clavel el que nos habla.

«Cuando hayais imbuido en algunas almas la aversión á la religión, dejad caer algunas palabras que hagan nacer el deseo de ser afiliado á alguna lógia masónica. . . El verse miembro de una logia, el sentirse llamado á guardar un secreto lejos de su mujer é hijos, es una delicia y una ambición para ciertos hombres. Las logias (externas) son un lugar de *depósito*, una especie de *vivero*, un centro que es preciso atravesar antes de llegar á nosotros.

«La falsa filantropía de estas logias es pastoral y *gastronómica* (¡cuánto gastan en banquetes y orgías!) pero esto mismo tiene un fin, á que es preciso impulsar sin descanso. Es muy fácil hacerse dueño de la voluntad, de la inteligencia y aun de la libertad de un hombre á quien se le enseña, vaso en mano, á ser valiente y el manejo de las armas. Se dispone de él, se le revuelve, se le estudia, se adivinan sus inclinaciones y sus tendencias: cuando llega á la *madurez* que necesitamos, *se le*

dirige hacia las sociedades SECRETAS, de las que la *franc-masonería* sólo es la *antesala.* Sobre las logias contamos para engrosar nuestras filas. *Ellas forman sin saberlo nuestro noviciado preparatorio.*» He aquí la eterna táctica de la Masonería secreta: se sirve de las logias públicas y externas como de antesala y de noviciado de preparación para formar reclutas de las gentes sencillas y de los hombres de rectas intenciones.

« Hablan, continúa el mismo masón, en las logias externas de los peligros del fanatismo, sobre la dicha de la igualdad social, y sobre los grandes principios de la libertad religiosa. Lanzan entre dos orgías, tremendos anatemas contra la intolerancia y la persecución. Es más de lo que necesitamos para formarnos adeptos. Un hombre lleno de estas bellas ideas no está léjos de nosotros; ya sólo falta señalarle un puesto en nuestro regimiento. . . No os quiteis nunca la máscara; *dad vueltas al rededor del rebaño católico*, y como buenos lobos, tomad al paso el primer cordero que se os presente de las condiciones que os convengan. »

¿No es esto ignominioso, y no exige el amor á la humanidad y á la religión que hagamos todo el esfuerzo posible por arrancar esa máscara hipócrita?

He aquí también confirmada una vez más la astuta maña de la Masonería secreta de las traslogias en la dirección de la Masonería externa á los fines inícuos y secretos de la Orden.

Y esa preciosa confesión de que *la falsa filantropía de las logias externas es pastoral y gastronómica*, ¿no es digna de comentarios? Sí, ella

es el trabajo predilecto de esas solemnes *tenidas* masónicas en las recepciones de adeptos, posa de cargos y especialmente, el día de San Juan Bautista, que, bajo el manto de un recuerdo religioso, se celebra la fiesta del Sol. En vez de *Templos de la luz*, como llaman los masones á sus logias, merecen el de *templos gastronómicos*. ¡Con qué lunches y banquetes espléndidos fomenta la filantropía y el progreso de las luces!

Por lo menos es indiscutible que la Masonería externa se distingue por su lujo gastronómico y muchas de sus logias y talleres más semejan casinos y restaurants de divertidos alegres de la raza de Epicuro.

Por lo menos hay que confesar paladinamente que es mucho más cómodo proclamarse partidarios de la humanidad y de las luces sentados á la mesa de un opíparo banquete, que hacerlo bajo el tosco sayal de una Hermana de Caridad, respirando miasmas pestíferos en los hospitales, ó con el báculo del misionero recorriendo desamparado las selvas y páramos salvajes para llevar la luz de la civilización á tribus bárbaras y feroces, que pagan por lo común con el asesinato el heroísmo y abnegación del humilde evangelizador.

Pero ya está visto; tan heroica abnegación es reputada por la Masonería delirios del fanatismo: ellos han ideado otra manera más pulcra y fácil de fomentar la filantropía y la civilización con los pomposos discursos de los HH.·. Oradores, grandes y pequeños, en medio de opíparos banquetes.

XVII

El medio más eficaz de la Masonería para descatolizar es corromper sistemáticamente.

> Formad corazones viciosos y no tendreis más católicos. El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupción.
>
> *La Teología Suprema.*

Ya hemos demostrado en otro lugar que el principio moral y religioso de la Masonería Universal es la organización del sistema más corruptor que podía idearse en los tiempos modernos. Pero ahora vamos á probar cómo la Masonería se propone sistemáticamente corromper las masas para descatolizarlas.

Ya hemos visto que el fin esencial de la Masonería es guerra al catolicismo: veamos ahora sus medios, que son horrorosos. Oiga el lector palabras textuales:

« Estamos demasiado en progreso para conten-

tarnos con el asesinato. ¿De qué sirve un hombre asesinado? No individualicemos el crimen con el fin de darle proporciones de *odio contra la Iglesia;* debemos generalizarlo.

« El catolicismo no teme á un puñal bien afilado, pero puede *derrumbarse por la corrupción;* así, no nos cansemos jamás de corromper. Está decidido en nuestros consejos que no ha de haber más cristianos. *Popularicemos el vicio en las masas: éstas deben respirarlo por los cinco sentidos: que lo beban, que se harten de él.* FORMAD CORAZONES VICIOSOS Y NO TENDREIS MÁS CATÓLICOS. » He aquí la teoría de la *Traslogia Suprema*, según Vindice á Nubius. ¿Y no es ésto la propaganda horrorosa que respiran ante nosotros diarios anti-católicos y adeptos á la Masonería? Sin embargo, es un elogio sublime para el catolicismo: se confiesa la incompatibilidad de los *corazones viciosos* con la profesión de católicos! . . . Atended ilusos que aplaudís á la Masonería.

Mas ¿cómo se procurará corromper? He aquí uno de los consejos de la *Traslogia Suprema:*
« Infiltrad el veneno en los corazones escogidos. In-
« filtradlo á dosis pequeñas y como por casualidad,
« y os admirareis vosotros mismos de vuestro buen
« éxito.

« Lo esencial es *aislar al hombre de su fami-*
« *lia*, hacerle perder los usos y costumbres que en
« ella hay. Por la inclinación de su carácter está
« bastante dispuesto á huir de los cuidados de su
« casa y correr tras placeres fáciles y prohibidos.

« Son muy á propósito las largas conversaciones

del *café*, la ociosidad de los *teatros*. Arrastradlo, atraedle allí sin que se aperciba; dadle alguna importancia, sea la que fuere; enseñadle discretamente á fastidiarse de sus trabajos cotidianos. Con estas mañas después de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, después de haberle enseñado cuán penosos son los deberes, hareis nacer en él el deseo de otra manera de vivir. El hombre ha nacido rebelde. *Atizad este deseo de rebelión hasta el incendio; pero que el incendio no estalle.* Esto será una buena preparación para la grande obra que debeis principiar.»

¡Qué horrible es el evangelio de la Masonería! Pero desgraciadamente, ¡cuántos adeptos va consiguiendo! Lo que acabamos de oir de los cafés y de los teatros y del abandono de la familia ¿no es demasiadamente verdad? ¿No son esos los templos de los enemigos del catolicismo que jamás pisan las iglesias?

La *Traslogia Suprema* resume así su propaganda inmoral: «Lo que hemos emprendido es la corrupción *en grande escala... La corrupción que nos permitirá un día llevar la Iglesia al sepulcro.* Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir la mujer. Sea así: pero no pudiendo suprimirla, corrompámosla para la Iglesia. El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. El mejor puñal para herir á la Iglesia es la corrupción. Adelante, pues, hasta el fin.»

Esto es repugnante, esto es el colmo de la desvergüenza más cínica. Pero he aquí la causa y el

promotor universal de esa invasión espantosa de degradación y corrupción general que alardea sin ninguna clase de pudor y miramientos, en la prensa, en los teatros, en las bellas artes prostituidas por un indecente naturalismo; en las instituciones antes de moralidad, como la comedia y la tragedia; en las novelas esencialmente inmorales, en los cuadros, en los muebles y hasta en las cajas de fósforos, de manera que las *masas respiran la corrupción por los cinco sentidos*, como se propone la Masonería con tal de *descatolizar* á los pueblos: y mientras se desprecia y persigue á las vírgenes del santuario como gangrena social y víctimas del fanatismo, se pone en honor la prostitución y se la patrocina con tal cinismo, que se la considera como el auxiliar más poderoso de la Masonería, hasta el punto de que en el Gran Oriente de Francia se declaró solemnemente ese consorcio inmoral: « La Masonería y la *prostitución* trabajan de consuno como dos presidarios unidos por la misma cadena. »

Véase, pues, si tenía razon M. Dupín, redactor del diario poco sospechoso para la Masonería, *Los Debates*. « Una mano secreta empuja las masas á la corrupción, y la influencia masónica ha inspirado esos innumerables manejos é instrumentos de perdición y desorganización, á fin de reducir de la teoría á la práctica el desprecio de todo vínculo social, de todo deber doméstico y civil, de todo sentimiento moral y religioso. Véase á los teatros convertidos en escuela de corrupción y de libertinaje deshonrando las virtudes más santas con la *intención patente* y manifiesta de hacer amar, admirar *el*

duelo, *el suicidio*, *el asesinato*, *el parricidio*, *el envenenamiento*, *el rapto*, *la violación*, *el adulterio*, *el incesto y la impiedad* hasta el delirio; preconizando estos mismos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, como un heroísmo y un progreso de las almas grandes que se elevan por encima de las virtudes de los idiotas, de la religión de los simples y de la humanidad del común del pueblo.

« Y esta literatura envenenada, completamente masónica, nos conduce por medio de la corrupción á la barbarie. Hoy día el crimen del suicidio ha descendido hasta la clase obrera: se comete muchas veces hasta por motivos frívolos y se multiplica con una sorprendente rapidez; el contagio ha pasado del sexo fuerte al sexo débil, desde la adolescencia hasta la vejez. »

Hasta este grado ha llegado la corrupción social, tan espantoso, que el H.·. Vindice, después de declarar al H.·. Nubius que la táctica de corromper producía admirables efectos en el sentido de *descatolizar* á los pueblos, manifiesta el temor de que las iras del populacho corrompido llegasen á convertir en víctimas á los mismos masones.

¡Pobre pueblo, pobre sociedad! Los que invocan la filantropía y la ilustración para hacer guerra á la Iglesia y ganaros como adeptos, buscan vuestra corrupción y degradación. Y ¿no es verdad, hombres que aun sois sensatos, que á medida que mengua en una sociedad ó familia la influencia práctica de la religión santa de Jesucristo, aumenta la corrupción y se extinguen los sentimientos morales y

religiosos hasta no vivir sino de una vida pagana y sensualista?

¡Qué hermosa vindicación para el catolicismo! No se le puede desterrar de un corazón y de una sociedad sino sustituyéndole por la corrupción! Yo te adoro, religión bendita, porque tú no puedes vivir unida con la corrupción. Cuanto más perseguida te veo, más te amo, pues muestras más cumplidamente que eres hija del cielo y el culto más divino y más puro que existe sobre la tierra: si así no fuera, no te odiarían los que para dominar corrompen los pueblos.

Pero la táctica corruptora de la Masonería con astucia infernal se dirige especialmente á la inexperta juventud. Llama dolorosamente la atención de los que miran por el porvenir de las sociedades la espantosa corrupción que hoy existe en los jóvenes, especialmente instruidos.

Miradlos, observadlos y en la temprana edad los contemplareis ya capaces de todas las impiedades y modelos de corrupción.

Absolutamente faltos de instrucción religiosa y víctimas de la más completa ignorancia en ciencia de la religión, que sólo conocen al través del prisma de las preocupaciones más triviales leídas en folletos inmundos y en novelas inmorales, hacen gala de incredulidad invocando el timbre infausto y harto rancio de *espíritus fuertes* y *libres pensadores*, que hoy significa ser esclavo de la moda racionalista, pensando según la última producción dada á luz por autores incrédulos.

¿Decid si no es lamentable su estado? Para ellos

religión es fanatismo; el culto, groseras supersticiones: la piedad, refinada hipocresía: prescripciones de la Iglesia y del Evangelio, rancias preocupaciones y un ultraje á la razón: ministros del altar y religiosos son un sarcasmo en el siglo de las luces; moral, sólo creen admisible la llamada por antífrasis *moral independiente*, que se acomoda con todas las pasiones y goces sensuales: los templos son monumentos de fanatismo que se pueden profanar con paseos y faltas de respeto que no se tolerarían en el más infeliz teatrillo de los últimos arrabales.

En fin, se notan todos los signos de decadencia indicados por Vico: repudiada la sumisión á la legítima autoridad y endiosada la razón individual, viene la anarquía en las ideas, la irreverencia hacia toda autoridad moral y religiosa, la relajación de las costumbres; la sociedad queda sin bases ni fundamentos morales; reina el individualismo y los pueblos caen en la anarquía y el despotismo militar. Y este es el período más triste, añade Vico: es el más triste en la vida de un pueblo. Todos sus individuos se hallan aislados y divididos por el interés. No hay una idea, ni un sentimiento común: cada uno sigue su placer y su capricho invocando la independencia de su razón: es el reinado del racionalismo. Es un estado de barbarie cien veces peor que el período bárbaro de la infancia de los pueblos: porque es la barbarie que resulta de un corazón gastado y en la que sólo han quedado los cuerpos y la cultura material; no hay espíritus ni almas humanas; el sensualismo los ha muerto matando su energía, la generosidad y los esfuerzos

heroicos que serían necesarios para sacudir el despotismo de la fuerza bruta en el orden político y el orden moral y social. El alma ha abandonado esa sociedad y no hay en ella sino materia.

Ahora bien: ¿quién fomenta esa decadencia y corrupción en las almas jóvenes? ¿quién es el agente principal, descarado á las veces y solapado otras? La Masonería: ella lo declara también y lo hemos visto en el sistema de enseñanza corruptora y disolvente patrocinado y fomentado por las logias de todo el mundo. Continúo con mi método de citar textos. La instrucción secreta de la *Traslogia Suprema*, Poder Ejecutivo de la Masonería militante, al decir del H.·. Luis Blanc, nos revela ese plan y esa obra de corrupción especial y trascendental:

«A la juventud debemos dirigirnos; debemos seducirla, sin que se aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre nuestros designios; no os ocupeis de la vejez, ni de la edad madura; id á la juventud y si es posible á la infancia.»

¿Se desearía, acaso, una declaración más explícita de los trabajos inicuos y corruptores de la Masonería con relación á la juventud y hasta con la misma infancia? ¡Alerta, por tanto, padres de familia! vuestros hijos están amenazados. La Masonería nada descuida, nada deja desapercibido para realizar su propósito y plan de corrupción en grande escala.

XVIII

Medios inicuos é hipócritas usados por la Masonería para vencer los obstáculos opuestos á sus planes.

Si es altamente reprochable la táctica de reclutamiento masónico, los medios empleados por la Masonería para superar las dificultades de su propaganda son también inicuos, pues consisten: 1.º en difamar, esparciendo *el ridículo, la mentira* y *la calumnia* en el seno de las familias, verbalmente, y en el seno del pueblo por el órgano de la prensa; 2.º en disimular por medio de la *hipocresía* y hasta del *sacrilegio,* creyendo legítimos todos los medios que conducen á sus fines y planes nefandos.

He aquí palabras de la *Instrucción secreta:* «Poco podemos hacer con los viejos cardenales y prelados, cuyo carácter está bastante acentuado: es menester emplear en nuestros arsenales de popularidad las armas que hagan ridículo ó inútil el poder en sus manos. Una palabra que *se invente con habilidad* y se tiene el arte de esparcir en ciertas familias honradas y conspicuas, para que de ahí vaya á los cafés y de éstos á la calle; *una palabra puede algunas veces matar un hombre....*

«Llega de Roma un sacerdote para ejercer una función pública, *creadle una de esas reputaciones* que atemorizan á las jóvenes y á las viejas; *pintadllo cruel y sanguinario*, contad algunos hechos de crueldad que puedan fácilmente grabarse en la memoria del pueblo..... No faltarán de *esas plumas que saben aprovecharse de las mentiras útiles á la buena causa.....*

«Debilitad al hombre influyente á fuerza de *maledicencias* y de *calumnias.*

«Debeis *simular* la simplicidad de las palomas y la prudencia de las serpientes. *Si os hiciese al caso, para mejor eludir las pesquisas inquisitoriales,* ID MUCHAS VECES Á LA CONFESIÓN.

«Debeis presentaros con todas las apariencias de hombre grave y moral.»

He aquí la táctica infernal entrando en los cálculos é intereses de la Masonería, esa formidable conspiración de la imprenta moderna contra la Iglesia y sus ministros, calumniándolos y atribuyéndoles hechos horrorosos *hábilmente inventados.* De repente levántase por todas partes en la prensa un alarido aturdidor, eco de una soez calumnia; los diarios claman, alborotan, escandalizan, haciendo llegar la calumnia hasta los últimos tugurios de la sociedad. He aquí la conspiración de la gritería.

¿Conviene por el contrario callar un acontecimiento favorable al catolicismo, no hacer conocer un acto virtuoso, una virtud heroica de la Iglesia y de sus ministros? ¿No es posible negarlos ó por lo menos desfigurarlos? La prensa cae en un repentino estupor; queda muda, nada ve, nada oye, nada sien-

te, todo lo ignora. He aquí la conspiración del silencio!

Pero no es ésto todo. La secta que tan gran provecho sabe sacar de la prensa diaria, no lo saca menos de los libros, novelas, folletos y otros impresos. Posee oficinas tipográficas en diversos países para su propaganda mortífera y corruptora. Poesía, historia, literatura, filosofía, obras científicas, todo lo embebe la Masonería en el veneno de la corrupción, en la hiel de la calumnia, en la ponzoña de la difamación, contra el clero y la Iglesia católica. Para tal fin tiene escritores pagos y vendidos, como un Eugenio Sué y últimamente un Draper.

Además la Masonería, á imitación del Proteo de la fábula, toma mil formas diversas según sus conveniencias é intereses.

Unas veces finge sentimientos de humanidad que no tiene, ora frecuentando los sacramentos, asistiendo al santo sacrificio de la misa, se cubre con el manto de la religión que aborrece y jura exterminar; á las veces visita á los Obispos y Cardenales á quienes odia, pero todo con el fin de mejor engañar á los incautos y llegar á la realización de sus inicuos proyectos. Sirva de ejemplo lo que desde Roma escribía el H.·. *Nubius* á un colega: «Paso algunas veces una hora de mañana con el anciano *Cardenal della Somiglia*, secretario de Estado; paseo á caballo con el duque de Saval; voy *después de misa* á besar la mano á la princesa Doria..... después visito en sus *propias celdas* al Domínico Jabalot, procurador general del Santo Oficio, al Teatino Ventura ó al Franciscano Orioli.»

¡Esto es infame y horroroso! Esto es desempeñar el papel del traidor Judas.

Pero ¿cómo extrañarlo? La hipócrita y sacrílega secta, en los primeros años del pontificado del gran Pío IX, con el fin de engañarlo no se cansaba de aclamarlo y victorearlo calurosamente; y lo que es más nefando, sus jefes y altos personajes se *confesaban amenudo, comulgaban todos los días* DE MANOS DEL SANTO PADRE, *rezaban públicamente en las iglesias, hasta tambalear, hasta caer de síncopes.*

¡Cuánta simulación! ¡Cuánta hipocresía! Mas ¿quiérese ver hasta dónde llega la infamia de la táctica masónica? Cuando cree necesario hacer víctimas, débese usar del veneno ó de otro medio de asesinar que no dé nombre y simpatías á la víctima. Óigase un trozo de una carta del jefe de la Traslogia Suprema: «Es mal negocio hacer héroes y mártires. Si un día para eternizar nuestra victoria *tuviésemos necesidad de algunas gotas de sangre, no se debe conceder á las víctimas* designadas el derecho de morir con dignidad y firmeza. Muertes de esta clase sólo sirven para fomentar el espíritu de oposición...... ¿no hubiera sido mejor que los Césares en vez de hacer mártires de los primitivos cristianos, hubiesen aplastado la energía del alma embruteciendo el cuerpo?..... Si esos pobres Césares hubiesen tenido la honra de ser miembros de la Traslogia Suprema, yo les hubiese indicado que *mandasen administrar* simplemente á los neófitos más audaces CIERTA BEBIDA *según nuestra receta* (el veneno). En cierta y determinada circunstancia arre-

glémonos de modo que un Papa y dos ó tres Cardenales mueran como mujeres viejas, con todos los lances de la agonía y horrores de la muerte. Así paralizaremos los deseos de imitación. »

Más que humana es satánica la malicia que traspira semejante refinamiento de iniquidad. Esto es horrible! Esto no necesita comentarios y se oculta á los masones decentes.

Los emperadores paganos, dice la Masonería, cometieron el grave error de combatir á la Iglesia dándole mártires y héroes, al paso que pudieron obtener mayores resultados sin tan grande inconveniente, administrando, por ejemplo, á los cristianos *cierta bebida*, cierto veneno, que, enflaqueciéndoles el cuerpo, les quitase la energía del espíritu, los hiciera temblar, sudar y llorar ante los suplicios y así morir sin gloria; y que así debe hacer la Masonería para que no tengan admiradores, ni los honores del martirio, las víctimas que exijan las conveniencias de los planes masónicos.

No puede existir más refinada malicia! Eterno oprobio á la institución que de ella sabe hacer uso en el mundo, — la Masonería. La humanidad y la historia la cubren de eterna execración.

II

La Masonería tiene su táctica también para desautorizar la voz del Clero y de la Iglesia, cuando ésta descubre y advierte á los fieles el fin verdadero é impío de la Masonería Universal: consiste en calumniarlo é insultarlo de todos los modos posibles,

como aconsejaba el H.·. Félix á sus correligionarios: «Mostrad los sacerdotes ante el pueblo como sospechosos y pérfidos; el vulgo ha tenido siempre una gran propensión por las calumnias; engañadle, porque ama ser engañado»; práctica ignominiosa que sin embargo es consecuencia legítima de la célebre máxima del H.·. Voltaire: «Mentid mucho y desfachatadamente, que la mentira es útil cuando conduce á un fin». Desgraciadamente y para desdoro de la prensa, así lo estamos contemplando practicado por los diarios adeptos, que no cesan de inventar las más negras calumnias y proferir los insultos más soeces contra los sacerdotes, el Pontífice y la Religión.

Por eso la incredulidad de todos los grados y tonos, siguiendo la táctica masónica, hace gala de perseguir á la Iglesia y entretiene á sus lectores adeptos y papanatas con sus calumnias y libelos contra los clérigos y religiosos.

Desde el siglo pasado se propagaron por todas partes escritos calumniosos que infamaban desvergonzadamente al clero de una y otra gerarquía: el odio masónico pasó á más, pues como advierte el historiador Vélez, vistieron á mujeres prostitutas con los hábitos de varios institutos, las hicieron ir por las calles, los paseos y á los teatros, para manifestar que hasta las monjas abandonaban sus claustros porque eran mansión horrorosa de vicios.

En los cristales de las tiendas, en los libros manuables, en las casas de modas, en los relojes y abanicos, se vendían y mostraban públicamente las pinturas más obscenas de monjes indecentes, de clé-

rigos avaros, de regulares profanos, de vírgenes consagradas á Dios entregadas al libertinaje y al meretricio. En una palabra, se inventó ese cúmulo de fábulas y anécdotas que tenían por objeto desacreditar á los Pontífices y al Clero todo, para que el pueblo odiase y despreciara la augusta religión de que son ministros, y anonadar su benéfica influencia según la misión divina del Redentor y Fundador de la Iglesia, pues profesa como máxima la Masonería que *una calumnia bien inventada basta para matar moralmente á un hombre*, y ella lo sabe poner en práctica, y sobre todo no ignora que *no faltan de esas plumas que saben aprovecharse de las mentiras útiles á la buena causa* (los planes de la Orden), á la cual están consagrados.

Eco de esa táctica masónica de aprovechar las calumnias y mentiras inventadas para denigrar al catolicismo es la siguiente carta, en que un *espíritu fuerte* daba varios consejos á un amigo para que tuviera aceptación y buen éxito el periódico que iba á fundar. La transcribimos íntegra de un diario español:

Querido amigo: Con mucho placer he recibido la nueva de que vas á fundar un diario para defender los grandes ideales de la humanidad, el progreso y la civilización. Dicho se está con eso que serás ardiente propagandista del ateísmo y de todo lo que tienda á derribar la moral del cristianismo y todo lo demás que huele á cura.

« Yo, que en estas materias tengo mucha más autoridad que tú y mayor experiencia, me creo en el

deber, por la amistad que nos profesamos, de endilgarte cuatro palabritas á guisa de consejos, que no dudo te servirán muchísimo si bien los practicas.

« En primer lugar, no es un obstáculo para escribir para el público ignorar la materia ¡ cá ! ni por asomo.

« No, señor: sabes tú muy bien que en este mundo son en gran mayoría los necios, y éstos no te faltarán. Has de estar convencido que el pueblo que se llama incrédulo y despreocupado, que presume de adelantado y filosofador, más bien cree en la infalibilidad del escritor anónimo que vierte sus escritos en las páginas de un diario ateo que no en la del Papa. Creer en la infalibilidad de éste lo tiene por cosa muy retrógrada y fanática, pero en la del escritor que trata de cosas que no entiende, lo tiene por muy seguro y creíble, pues bástale verla en letras de molde para hacerse suya cualquiera sandez. Tú habrás oído, y con mucha frecuencia, á uno de estos pobres, tontos de capirote (entre nosotros ya les podemos clasificar como se merecen, puesto que tampoco lo han de oir), exclamar con la mayor naturalidad, por no decir otra cosa: — ¿ Qué ? Que lo que digo no es cierto ? ¡ Si el diario lo dice ! — y tienes que nadie les saca de ahí.

« En segundo lugar, debes siempre dirigirte al pueblo soberano, que, aunque siempre se las echa de democrático, le gusta mucho, sin embargo, oir con frecuencia eso de soberanía. Debes dirigirte á él, porque es quien consta de mayor número y se presta muy mucho á servir de lastre; á él, porque en cuanto oiga hablar de derechos que le pertenecen,

aunque eso tú no crees, ya te seguirá sin esperar á pensar bien con qué derecho tú le hablas. Si haces cuanto te digo tendrás el pueblo fuera de quicio, y lo que te conviene sobre toda ponderación, tendrás muchos suscritores que podrán ser muy tontos, pero que por la misma razón serán buenos « paganos » y les podrás engañar más fácilmente.

« En tercer lugar debes siempre atacar á los curas: es la única manera de que puedas hacer algo. Hablar mucho de fanatismo, de inquisición, de crímenes perpetrados en nombre de Dios; citar dichos, cosas, casos, hechos que puedan redundar contra la Iglesia católica, inventarlos, si es necesario, diciendo que han ocurrido en Francia ó un poco más léjos; en caso contrario, esto es, que intentes hacer creer que han sucedido en la misma localidad, válete de palabras vagas, de doble sentido, puesto que sino te podría costar caro y te promoverían una causa criminal.

« De las demás llamadas religiones, no es necesario decir nada en contra. No te harían caso los suscritores; todo el mundo ya está convencido de que no son religiones ni cosa que lo parezca, además que algo de cada una de ellas te sirve.

« Eso sí: tú habla mucho de cosas santas y sagradas. Estos adjetivos producen mucho efecto, á pesar de que no se quiere nada que tenga ribetes de algo de Iglesia. Así, pues, dirás siempre: la santa libertad, la sagrada misión del periodista, la sacrosanta civilización y otras palabras por el estilo, hasta llegar á divinizar al perro de tu vecino, si el tal ladra á algún cura, pues de fijo el animal será ateo é ilustrado.

«No es necesario decirte que no debes dar publicidad á las obras buenas que hacen todos los dias los católicos. No, amigo mio, no; eso.... (te lo diré francamente) no te conviene.

«Huye siempre de polémicas formales con algún diario católico, pues te darían un revolcón mayúsculo. ¿Sabes lo que debes hacer? Pues es muy sencillo. De una cuestión saltarás á otra; contestarás con bromas de mal género, citarás (ese es el gran recurso), crímenes y barbaridades, sobre todo los de la Inquisición. Estos ¡oh! éstos la gente los cree á pié juntillas y tendrás la gran conveniencia de que los puedes inventar á toda hora.

«Así esquivarás toda polémica formal. Puede muy bien suceder que el Prelado de tu diócesis prohiba la lectura de tu diario. Si tal sucediere, dirás todos los dias que desde que te han excomulgado aumenta la suscrición.

Eso, aunque no sea cierto, da muchos humillos y..... es la única manera de salir del paso.

«También debo manifestarte que lo que da más vida á un diario es la popularidad. Para adquirirla es bueno decir que tal noche, á tal hora, intentaron darte una paliza á lo traidor; y á renglón seguido haces uso de los registros gordos, preguntando si hemos vuelto á aquellos ominosos tiempos. Amigo mio, si llevas á cabo mi pensamiento te haces hombre de importancia. ¡No te darás tú poca! ¡Ah! se me olvidaba: produce excelente efecto una denuncia de poca monta.

«Otro recurso. También es bueno te dirijas á los revolucionarios más feroces; pues éstos como tú les

hagas creer que les tienes por unos semidioses ó libertadores de la humanidad, ya te contestarán en carta poniéndote por las nubes. ¿Tú qué haces? Las publicas, y ya eres hombre poco menos que ilustre.

«Por lo demás, todo es muy sencillo. La redacción la tendrás buscando cuatro perdidos que escriban gratis, sólo por la conveniencia de poder mañana insultar al Vicario de la parroquia, por ejemplo, ó á un honrado industrial; el director (tú has de ser el redactor en jefe) puede ser un criminal cualquiera mientras sea valiente. Este tal no ha de figurar. Para tener dinero, puede tu diario encubrir, por ejemplo, una casa de juego, y además, si sabes insultar á unos cuantos personajes, sacarás dinero.

»Amigo mio: Creo que te he puesto al tanto de lo que más te conviene para fundar el diario...... — Tuyo, *Gabriel*.

XIX

La Masonería de adopción ó femenina

Era imposible que dejase de entrar en las vistas de la Masonería el propósito de *emancipar* á la mujer del *fanatismo religioso*, esto es, de paganizarla y descatolizarla. Hay también *masonas*, como hay masones; *Masonería de adopción*, llamada *andrógina*, esto es, de señoras.

Son conocidos ciertos trabajos é insinuaciones de reclutamiento femenino y de tiernas simpatías en el sentido de que las señoras especialmente *de carácter independiente* y bastante *libres* para sacudir el yugo de la moral y de la santa modestia, capaces de trocar el pudor por la vanidad, debieran cooperar al esplendor y amenidad de las tenidas solemnes, honras fúnebres, bailes masónicos y otros actos públicos de la Masonería, para que se vayan acostumbrando á penetrar en los templos masónicos y comiencen á emanciparse del *servilismo religioso* de los templos cristianos.

La mujer está peligrosamente amenazada, y si la Masonería entre nosotros no ha podido lograr nada respecto de las señoras de la alta sociedad, ha co-

menzado á ganar adeptas por curiosidad y simpatías entre la clase media, más expuesta por su condición al engaño y á la astucia masónica; por poco empiezan las cosas y también el engaño y la corrupción.

Sin embargo, antes de proceder á la organización de las logias andróginas ó de señoras, se ha debido observar más circunspección y miramientos: se procede con más cautela y astucia, se usan más rodeos y apariencias; porque necesariamente merece más respeto de parte de la Masonería el carácter esencialmente religioso de la mujer, su delicadeza moral, como también la susceptibilidad y energía de ese mismo sentimiento, grabado más poderosamente en ella por la naturaleza y la Providencia, como quiera que es la garantía esencial de su dignidad y de su augusta misión, como ángel del hogar doméstico y agente primordial del honor y de la educación moral de los hijos; de tal manera que la familia es generalmente lo que es la madre. Las Sagradas Escrituras dicen que nada es comparable al precio de la mujer religiosa; de ella depende el honor, la paz y prosperidad de la familia, es como el ángel tutelar; el esposo la llenará de alabanzas y sus hijos se levantarán y la colmarán de bendiciones. Tan alta es su misión y su benéfica influencia en la formación de la juventud y por consiguiente en los destinos de las sociedades.

Más aún: la irreligión es intolerable en la mujer, porque la hace perder inmediatamente la grandeza moral, esa delicadeza y modestia que siempre han formado sus galas más preciosas y sin las cua-

les es despreciable, sobrepujando entonces al hombre en la influencia corruptora y licenciosa. Por el contrario, cuando en determinadas épocas aciagas de corrupción é inmoralidad, la mujer ha logrado conservarse ilesa y religiosa, hay esperanzas de regeneración, y entonces es la mujer la salvadora de la moral, no sólo doméstica, sino también pública. La perseverante y benéfica influencia de la mujer madre ó esposa, vence tarde ó temprano y llega hasta reformar las sociedades. ¿Acaso son para olvidados en la historia del cristianismo los ejemplos de la emperatriz Elena, madre de Constantino, primer emperador cristiano; ni el de la reina Clotilde, esposa de Clodoveo, convertido por ella junto con la Francia al cristianismo; ni el de Teodelinda en la conversión de los Lombardos, el de Etelreda en la de los Anglo-Sajones y de muchas otras soberanas de Europa y augustas matronas del catolicismo? La historia lo demuestra y la Masonería lo sabe: la influencia de la mujer es poderosa y decisiva en los destinos de la civilización.

¿Cómo, pues, la Masonería había de descuidar el contingente de la mujer en el propósito de paganizar y corromper la sociedad, ya que es igualmente poderosa su influencia para el bien como para el mal?

Pues bien; la Masonería ha emprendido la destrucción del cristianismo aun á costa de la corrupción de la mujer. Ya lo hemos visto y es la Traslogia Suprema la que lo ha declarado solemnemente.

«Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir la mujer. Sea así: pero

no pudiendo suprimirla, corrompámosla . . . el fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. »

He aquí el propósito de la Masonería y el peligro con que está amenazada la mujer: una mujer masona, *libre* y *de carácter independiente*, como la apellida la Masonería, es una víctima de la corrupción más ó menos sacrificada.

Es necesario que la mujer, si no quiere ser víctima de las pérfidas asechanzas de la Masonería, se prevenga contra las adulaciones y caricias con que la táctica astuta de la Orden procura reclutar adeptas para la realización de sus planes de corrupción y propaganda masónica, siquiera logre el contingente de su asistencia á los actos públicos de la Masonería. Para confirmación de lo que acabamos de decir, vamos á dar algunas indicaciones sobre la Masonería andrógina, debidas al célebre de Segur.

El primer contingente para la Masonería andrógina lo constituyen « las mujeres que los masones más estiman », y á las cuales adjudican el par de guantes que les entrega oficialmente el Venerable.

Esa Francmasonería femenina parece haber tenido principio á mediados del siglo pasado. Luis Felipe-Igualdad, entonces duque de Orleans y Gran Maestre de la Orden, ofreció su par de guantes á la señora de Genlís, y dió extraordinario impulso á la Francmasonería andrógina. La curiosidad, el atractivo de los placeres, y más aun el atractivo de lo desconocido, el espíritu de irreligión, y el mágico poder de la fruta prohibida, hicieron afluir en la Francmasonería todas las damas que rabiaban por ser *libres*.

En la Francmasonería femenina, como en la de hombres, tampoco se dejaban ver las cosas más que hasta ciertos limites, y la autoridad engañada ninguna importancia daba á una sociedad que á los ojos del vulgo se dedicaba solamente á la beneficencia y á la diversión. Pero detrás de reuniones alegres ocultábanse infames misterios: no aparecía como en la otra Francmasonería, el culto de la venganza, sino sólo el culto del deleite, tanto más peligroso, en cuanto estaba velado con ritos misteriosos, sazonado con el secreto y favorecido por el espíritu de irreligión, tan en boga en el siglo de Voltaire.

La logia de esas francmasonas ya no se llamaba logia, sino *Templo del Amor*. La puerta del mismo se llamaba (sin duda por antífrasis) la puerta de la *Virtud*, (por la cual salía ésta, si es que no se había ido antes). El H.·. francmasón que introducía las postulantes se intitulaba el *H.·. Sentimiento* (como con todas sus letras consta en el ritual), y la hermana francmasona que introducía las postulantes se llamaba *Ha.·. Discreción*. El Gran-Maestre preguntaba á la postulante: «¿Qué edad teneis?» La respuesta era no menos cándida, pero mucho más tierna que la del francmasón: «Tengo siete años»; y la paloma aspirante añadía con un precioso arrullo: «Tengo la edad de agradar y de amar.»

Los masones de este rito eran *Caballeros de la Rosa*, y las masonas *Ninfas de la Rosa*. Estos *Caballeros* y estas *Ninfas* iban siempre de dos en dos en todos los *trabajos* masónicos. El templo es-

taba encantador y lleno de flores; las reuniones eran presididas por un Gran-Maestre y una Gran-Maestra. No había allí espadas desnudas, ni aros de papel, ni caverna, ni lúgubres mascaradas. Todo eran viajes sentimentales, juramentos prestados por la aspirante con la más fina galantería. Sentábase en el sitio del Gran-Maestre, y él badulaque se arrodillaba á sus piés. Pero lo más conmovedor era el viaje á la *Isla de la Felicidad*, con lo que terminaba la iniciación: allí caía la venda que cubría los bellos ojos de la *Ninfa*, la cual se encontraba ante un altar (¡qué piedad!) y unas estátuas, ó más bien ídolos de Venus y Cupido, y ofrecía *puro* incienso á estos dos patronos del Templo.

Seguramente la señora de Lamballe y las señoras bien educadas no veían en todas esas majaderías más que divertimientos y galanterías sin consecuencia alguna; pero para el mayor número esas reuniones distaban mucho de ser inocentes, y los hombres perversos que dirigían secretamente esa rama del árbol masónico se servían de ellas para corromper á la vez las inteligencias y los corazones, para apartar más y más á las mujeres de la Religión, de la familia, del respeto á la autoridad y á las tradiciones.

La revolución francesa anegó en sangre á los *Caballeros* y á las *Ninfas de la Rosa*.

Bajo el Imperio, recobró su vuelo la Francmasonería femenina; casi todos los militares eran francmasones, y contribuyeron mucho á levantar y propagar por toda Europa una institución que tan admirablemente favorecía sus impías y depravadas inclinaciones. En 1820, nueva eflorescencia de francmasonas. La Franc-

masonería funda grandes esperanzas en el concurso de las mujeres. «¿Cuándo se querrá comprender, exclama con tono sentimental el H.·. Ragón, que para restituir á la Orden su irresistible atractivo y su antiguo esplendor, *á las costumbres públicas su pureza* (!!!) *y su verdad purgada de toda hipocresía* (!!); á la educacion doméstica, llena todavía de preocupaciones, su brillo humanitario, es necesario admitir en los trabajos masónicos aquellas mujeres que por sus virtudes (¡las *virtudes* de la mujer libre!) honran su sexo y su patria?

«Su presencia hará *más interesantes* las sesiones: sus discursos (los *discursos* de la mujer libre) excitarán la emulación; los Talleres se *purificarán*, como la naturaleza se purifica en la primavera bajo los rayos vivificantes del nuevo sol.

La Francmasonería mujeril tiene como la otra Aprendices, Compañeras y Maestras, y tampoco faltan altos grados, como: *Maestras Perfectas*, *Sublimes Escocesas*, *Elegidas*, *Señoras de la Paloma*, *Señoras de la Alegría*, *Rosa-Cruces ó Señoras de la Beneficencia*, *Princesa de la Corona ó Soberanas-Masonas*.

Tiene también sus ritos y ceremonias especiales. Es curiosa la advertencia, dura, sí, pero muy justa, que el Gran-Maestre, sentado con toda majestad al lado de la Gran-Maestra, dirige á las aspirantes, al comenzar las pruebas. «Le hace notar la *gran imprudencia* que ha cometido exponiéndose sola y sin apoyo *en medio de una sociedad cuya forma y costumbres ignora, y en la que puede correr peligro su pudor.*» Así el H.·. Ragón.

Las masonas van también ataviadas con el famoso mandil. Su contraseña *general* para reconocerse es muy sencilla: « La mano derecha sobre la izquierda, caída sobre el mandil. »

En la Masonería andrógina las sociedades secretas saben sacar excelente partido de esas mujeres necias que se afilian en los grados exteriores, impelidas por la incredulidad, el orgullo, la vanidad, el afán de placeres, y sobre todo la curiosidad. Como la de los hombres, la Francmasonería pública de mujeres no es más que un vivero en el que la Masonería secreta engorda sus truchas para pescarlas en ocasión oportuna, y ésta se presenta en la iniciación de la Maestra Masona en el grado *secreto* de *Perfecta Maestra.*

Ante todo se le exige el juramento terrible que la encadena á la secta para toda su vida. « Juro, dice, y prometo guardar fielmente en mi corazón *los secretos de los francmasones* y *de la Francmasonería.*

El Gr.·. M.·. la proclama en seguida *Perfecta Maestra*, y le dirige estas palabras: « Querida mía, ahora que os hemos iniciado en los simbólicos arcanos de la Francmasonería; ahora que la luz de la verdad ha brillado á vuestros ojos, se han disipado los errores, las supersticiones y las preocupaciones (es decir la fe y el temor de Dios) que pudiérais conservar aún en vuestro cerebro. Una tarea ardua, pero sublime, *os ha sido impuesta para en lo sucesivo* (atención). *La primera de vuestras obligaciones será la de indisponer el pueblo contra los sacerdotes.... En el café, en el teatro, en las tertulias, en todas partes, trabajad con esta intención* SACROSANTA.

Hay, pues, en esta ridícula iniciación de las mujeres en la Francmasonería algo de muy serio, no solamente con relacion á las costumbres, sino también con relación á la fe y al porvenir de la iglesia. Los sectarios saben todo el partido que pueden sacar de las mujeres; saben que la mujer, una vez lanzada en el camino de la impiedad y de la venganza, es más feroz, más tenaz que el hombre, y va más lejos que él. ¿Qué extraño es, pues, que miren satisfechos afiliarse las mujeres á su Orden, y que declaren altamente que «el fundar logias de señoras sería dar un paso de gigante en el camino del progreso humanitario?» Sabido es que su «progreso humanitario» es simplemente el anti-cristianismo, por medio de la corrupción.

Esos conciertos y tertulias que ofrecen las logias masónicas dando entrada á las señoras, con ocasión frecuentemente de algún pretexto *filantrópico* ó de *bautismos* masónicos, es una táctica disimulada para captarse la benevolencia de la mujer y persuadirla de que la Masonería es una institución inocente. Así comienza la astuta Orden la pesca de las mujeres para aprovechar la ocasión de realizar su *gran intento* de corromper la mujer para destruir el fanatismo, como apellida la Masonería á la religión cristiana. No nos cansaremos de recordar la instrucción secreta de la Traslogia Suprema: «Lo que hemos emprendido es la corrupción en grande escala.... la corrupción que nos permitirá un día llevar la Iglesia al sepulcro. Nos dicen que para echar abajo el catolicismo sería preciso antes suprimir la mujer. Sea así: pero no pudiendo suprimirla *corrompámosla*....

El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. »

Quedan prevenidas las mujeres que estiman su dignidad.

XX

El apostolado de la mujer

« El hombre es lo que la mujer lo hace

V. RAULICA.

No se equivoca la Masonería al colocar sus esperanzas en la corrupción de la mujer y la poderosa influencia de la misma, para descatolizar la familia y la sociedad; porque siempre será el hombre lo que la mujer quiere, y si ésta está corrompida, lo será el hombre. « Roma está corrompida, decía Horacio, porque lo está la mujer. »

Como complemento del capítulo anterior, vamos á exponer á grandes rasgos, siguiendo la inspiración de un célebre escritor, la decisiva influencia de la mujer en los destinos de la sociedad; esa reina del hogar doméstico y esa deidad del salón, es también la reina y la deidad del mundo; hoy más que nunca es necesario despertar en su alma la convicción de su incomparable apostolado para que se determine á emplearla en pro de la regeneración social y de su propia gloria, ya que tanta responsabilidad pesa sobre la mujer en el estado social de los pueblos.

No exageramos al hablar así de la poderosa influencia de la mujer en los destinos de la sociedad. La humanidad no se compone solamente de legisladores, de magistrados, de funcionarios públicos, de electores, de representantes y de militares; al lado de todos ellos está necesariamente la mujer, que no desempeña ninguno de los puestos públicos á que está destinado especialmente el hombre; pero no la colocó Dios en vano en el hogar y en la sociedad. ¿Por qué, pues, no desempeña también la mujer esas funciones públicas? ¿Debe ella quejarse de semejante ostracismo y habrá que dar razón á los que para ella reclaman los mismos derechos del hombre? De ninguna manera. Los que exigen esas reivindicaciones son adulones vulgares; más aún, los mayores enemigos de la influencia social y del honor de la mujer. El cetro de su imperio está colocado por encima de esos puestos públicos, que desnaturalizarían su misión y su grandeza moral. Esos declamadores no comprenden que la mujer no ha sido hecha ni para gobernar los pueblos, ni para darles leyes; porque su misión, ha dicho un hombre de genio, de Mâistre, es más grande que todo eso, puesto que sobre sus rodillas es donde se forma lo que hay de más excelente en el mundo.

Vamos, pues, á indicar de dónde emana para la mujer su poder irresistible de impulsión y movimiento en la sociedad y en el mundo; influencia tanto más segura y eficaz por lo mismo que ordinariamente es menos estrepitosa y más permanente, desde la cuna al sepulcro.

De dos fuentes proviene para la mujer la influen-

cia que ejerce en la sociedad: la naturaleza y el cristianismo.

Notaremos desde luego que por ley natural y general existen en el orden social dos fuerzas, dos poderes que ejercen su influencia decisiva en el mundo: el primero se designa con la palabra *dominación* y el segundo con el nombre de *seducción* en el sentido moral de la palabra, en cuanto significa la sabiduría del corazón con sus atracciones sentimentales, mientras la primera representa la sabiduría de la inteligencia unida á la fuerza material. La dominación y la seducción influyen de tal manera en el hombre, que ordinariamente le quitan toda voluntad y medio de resistencia: queda dominado ó seducido, pero en ambos casos igualmente vencido.

Ahora bien; en la división y distribución natural de estas influencias sociales, el hombre ha recibido la *dominación*, esto es, mayor vigor de la inteligencia y de la voluntad en su espíritu y mayor vigor de los músculos en su cuerpo. La dote de la mujer está marcada por la distinción del sexo, á pesar de ser de la misma naturaleza del hombre, y le ha tocado esa gracia maravillosa que la distingue, con una incomparable ternura y ciencia del corazón, que representan el poder de la *seducción* en la sabiduría sentimental del espíritu humano. Estos dones tan perfectos y poderosos hicieron ver en ella, hasta en el rebajamiento á que la redujo el paganismo, *un algo divino*, al decir de Tácito.

No vamos á considerar á la mujer como madre y como esposa, figuras tan augustas y de tan reconocida como poderosa influencia en la formación del

hombre, sino solamente en su acción general, en cuanto en la vida social el hombre y la mujer influyen naturalmente según sus propias prerogativas. Pues bien; si el hombre hace *las leyes* que rigen los destinos sociales, la mujer es la que forma *las costumbres.* El hombre manda; pero la mujer es la que dicta las lecciones y consejos, que representan el imperio moral. Mas ¿cuál de estas dos influencias triunfa en los destinos del hogar y de la sociedad?

Los hombres más eminentes lo han confesado, y entre ellos Cicerón, cuando preguntaba: «¿de qué sirven las leyes sin las costumbres?» Pues si es la mujer la que forma las costumbres, ¿de qué servirán las leyes que dictan los hombres?

Ah! si la mujer conociese y apreciase el don que ha recibido de Dios! — Con frecuencia se queja de la parte que le ha tocado y cree haber sido tratada menos favorablemente que el hombre. Es verdad que la naturaleza no ha dado á su sexo miembros robustos, ni la potencia colosal del genio que ha resplandecido en un Sócrates, en un Platón, en un Santo Tomás, en un Miguel Ángel, en un Newton. Pero ¿qué de compensaciones no ha recibido en esas gracias incomparables de que la ha dotado Dios?.... Y mientras que el hombre en su esfera no pasa ordinariamente la mediocridad, ella puede estar siempre á la altura de su misión y de sus obras.

Pero ¿qué digo? La mujer supera con frecuencia ese nivel y extiende su poder á más vastos horizontes. ¿Acaso la fuerza material ó la del genio es siempre la que dirige los negocios del mundo? Sucede con frecuencia que cuando se verifica un aconteci-

miento inesperado, unos lo atribuyen á la ambición de los gobernantes, otros á las pasiones del pueblo; pues bien: si se investigase la causa primera, se encontraría con frecuencia que era una mujer. Baste recordar los nombres eternamente célebres de una Helena, una Pulqueria, una Clotilde, una Eudoxia, una Mónica y los tristemente ignominiosos de una Pompadour, de una Ana Bolena y una Isabel Tudor, porque el genio de la seducción es igualmente poderoso para el bien y para el mal.

Mas sea como fuere, respecto á la mujer bajo el sólo aspecto natural, puede declararse que nada existe más poderoso que su flaqueza.

II

Veamos lo que sucede bajo la influencia del Evangelio. Desde luego, decir que la mujer ha sido rehabilitada por el cristianismo no es más que una vulgaridad; es un hecho incontestable. Pero es necesario recordar que se realizó algo más que una rehabilitación; es decir, que la mujer no fué restablecida solamente en el puesto que le asignó la naturaleza, y del cual la había precipitado el paganismo; ha sido elevada á una altura superior; el cristianismo quiso vengarla de los desdenes y desprecios antiguos, dotándola de una grandeza á la cual el orden natural no le da derecho alguno. La antigua esclava es hoy reina y heroína.

Pero ¿cómo se ha operado esta prodigiosa elevación? Se ha realizado en primer lugar por el matrimonio, elevado á la dignidad de *sacramento* por

N. S. Jesucristo. ¿Ha reflexionado seriamente la mujer acerca de las ventajas que resultan para ella del matrimonio cristiano? Es ella principalmente la que ha recogido los inmensos beneficios de esta institución divina. Ya no tiene que temer, como bajo el imperio de la ley pagana, la amenaza del divorcio y de la poligamia, verdadera afrenta de la mujer, germen de su esclavitud y degradación pasadas. Posee la seguridad de no ser separada de lo que tiene de más querido; tiene su corazón un escudo contra el más terrible sufrimiento, su frente defendida de la deshonra y están colocados sus derechos bajo la égida sagrada de la religión.

¡Cómo queda engrandecida la mujer en presencia del hombre que debe considerar en ella la imagen venerada de la Esposa de Cristo y amarla como el Verbo encarnado amó su carne sagrada!

Y estas ideas han penetrado tan profundamente en las costumbres de los pueblos civilizados por diez y nueve siglos de cristianismo, que hoy las consideramos naturales, y hasta debe afirmarse que todos los esfuerzos intentados para abolirlas por el moderno liberalismo, restableciendo el divorcio y el matrimonio civil, tan favorables á las pasiones humanas, permanecerán vanos mientras no se logre abolir el cristianismo ó corromper á la mujer.

Y note de paso la mujer cómo por su propio honor y por gratitud, debe emplear toda su influencia en la propagación y conservación del cristianismo, baluarte de su rehabilitación y paladión de su grandeza; y debe apercibirse que el intento de lo que llaman *secularización* de la sociedad representada

por la separación de la Iglesia y el Estado, la educación laica ó sin religión, y especialmente el matrimonio civil, no tienen otra tendencia que la abolición social del cristianismo y su benéfica influencia, para llegar á la supresión de los derechos y dignidad sagrada de la mujer, condición indispensable para lograr corromperla, según el intento declarado de la Masonería.

Mas prosigamos describiendo la elevación de la mujer por el cristianismo. El más bello tipo que el catolicismo propone á nuestra veneración en la humanidad, abstracción hecha de Jesucristo, con quien toda comparación es imposible, ¿no es acaso el de la *Virgen María?* ¿Pero no es ella al mismo tiempo el ideal de la perfección y grandeza de la mujer, y de esta manera, el origen de su benéfica influencia social? Esta hija de Judá ha demostrado ante el mundo lo que podía llegar á ser esa criatura pisoteada y ultrajada durante tantos siglos y cubierta con desdenes universales. Por eso todas las generaciones no sólo la han proclamado dichosa, sino también que han querido imitar su perfección. Legiones de vírgenes heroicas se han levantado y se levantan á su ejemplo en aras del valor más admirable renunciando á las riquezas, á los honores, á los placeres lícitos y la libertad, porque han colocado por encima de todo eso su vida y sus aspiraciones. Y estas legiones de vírgenes han asombrado al mundo después de honrarlo y consagrarse al servicio de la humanidad hasta en los campos de batalla como las hijas de la Caridad.

Por el desprecio á todo lo que nos seduce, esas

mujeres elevan su sexo, demostrándonos de qué sacrificios y heroísmo es capaz la mujer cristiana. El hombre la apellida *débil*, y he aquí que le da ejemplo de *sublime fortaleza*. No se la creía capaz de nada, sino en sus gracias naturales, y he aquí que ella ostenta otra fuente de poder en el desprecio de esas gracias, para convertirse en heroína.

Si el paganismo, que honraba las falsas virtudes de sus vestales, hubiese conocido á la virgen cristiana, le hubiera erigido altares y colocado en la cumbre del Olimpo.

El cristianismo, que ha sido hecho para todos, parece sin embargo tener predilección por la mujer; tantos cuidados pone en perfeccionarla, elevarla y defenderla! Un pontífice prefirió perder para la unidad de la Iglesia su querida Isla de los Santos, Inglaterra, antes que consentir en el divorcio, afrenta de la mujer. Es que la Iglesia recuerda á María, aurora y comienzo de la redención religiosa, moral y social de la humanidad.

Hasta se creería que se aproxima más á la mujer, y en efecto existe entre nuestros dogmas y las cualidades naturales de la mujer visibles relaciones simpáticas, que por instinto las comprende y deduce sus armonías. Es por el corazón que vive principalmente la mujer, colocando en él el secreto de su inmenso poder de seducción; pues bien: el cristianismo es por excelencia *ley de amor*, y á fuerza de amor á los hombres ha conquistado el mundo. El cristianismo y la mujer están destinados providencialmente á elevar al hombre, á consolarlo y á fortalecerlo. Y he aquí por qué en cierto modo es inse-

parable la una del otro, siendo como un siniestro prodigio encontrar una mujer que rechace sistemáticamente el cristianismo.

III

Después de las anteriores reflexiones procedemos á demostrar que es tan inmensa la influencia de la mujer para el bien y para el mal, que de ella dependen los destinos de la sociedad, pues que cualquiera que sea su actitud, es á su imagen que se forma la sociedad; es como una diosa de quien depende el bien y el mal social, según quiera conservar la imagen de Eva ó el tipo de María, porque siempre dispone del talismán de la seducción.

Todos los grandes estadistas deponen como causa fundamental de la espantosa corrupción de los tiempos modernos el desordenado amor á las riquezas, el espíritu de mercantilismo en todas las relaciones sociales, hasta tal punto que nada es apreciado, sino en cuanto vale dinero: gran dios del siglo, que ha materializado las almas después de haber metalizado los corazones. Mas ¿de donde proviene originariamente semejante estado de cosas? Piénselo bien el lector y me dará razón al afirmar que es el *lujo* de la mujer y las profusiones necesarias para sostener una vida fastuosa.

Piénselo bien la mujer, y que nos diga ¿qué hará el hombre en presencia de rentas limitadas y de gastos que se acrecientan diariamente? Procurar dinero, procurar oro con febril actividad. La vida toda entera se convertirá para él en un frío cálculo, y los

elevados sentimientos no tendrán cabida ni lugar, porque no puede pensar más que en el oro; todo lo debe mirar bajo el aspecto del lucro, y hasta tendrá que arrojarse á negociaciones usureras y con frecuencia poco delicadas, en la imposibilidad de satisfacer de otro modo las exigencias que le impone el lujo, hidra que jamás se sacia. Es verdad que esta conducta en el hombre es reprobable; pero también es necesario compadecer á semejantes personas, ó más bien, debe lamentarse un estado social que fuerza á las veces á conciencias honorables á desmentirse á sí mismas, para encontrar un alivio á la impotencia económica que el lujo le ha creado con sus exigencias, tan fatales que acarrean muchas veces la miseria, aun después de sacrificado el honor, arrastrando á lo que se llama *el lujo de la miseria*, ruina material y moral de tantas familias.

Con el lujo la mujer obliga al hombre á despreciar la virtud; puesto que cuando un joven intenta tomar el estado de matrimonio se ve obligado á buscar, no la virtud, sino una fuerte dote. La mujer que olvidada de su altísima misión no quiere más que vivir entregada al espectáculo de las modas y de las costosas magnificencias, convierte su vida en un suplicio y labra el desprecio de sus propias virtudes y méritos, llevando así la pena en el pecado.

Si en vez de esas deidades mundanas, que sólo aspiran á eclipsar á sus rivales, nuestro siglo admirase en la generalidad de las mujeres la noble sencillez y la modesta decencia, que tan bién le sientan, convirtiéndola en hechizo de la sociedad y ángel del hogar doméstico ¿podrá dudarse que las cosas, cam-

biarían de faz y que la sociedad sería más feliz? Persuádase la mujer que es tal su influencia, que, aun cuando ella es la causa de una ruina social, siempre es la diosa á quien los hombres tienen que pedirle la salvación.

¡Ah! qué inmensa fortuna para un pueblo son las mujeres que ponen su grandeza en ser modelos de virtud y economía en el hogar, copiando el tipo de la mujer fuerte, que describe la Escritura y de quien dice que su precio es como el de las perlas raras traídas de lejanos países!

¿Quiere, pues, la mujer reformar y salvar la sociedad? Lo tiene en sus manos: cúbrase de honor como la mujer fuerte cuya vestidura es la sencillez y la modestia, embellecida con la corona inmortal de las virtudes cristianas.

IV

No para aquí la influencia trascendental de la mujer, como quiera que ella es también la que da el tono á nuestras sociedades. El salón, el teatro, la tertulia, el baile, constituyen su imperio, porque siempre sucede que en esos lugares es la mujer la que, como en Delfos, á manera de pitonisa tiene el don de que sus palabras sean recogidas como oráculos y cuyo tono es la norma de lo que llaman alta educación, buen tono, *high-life*, *haut ton*.

Si la mujer comprende la especie de sacerdocio social que está destinada á ejercer, será como un astro brillante que ilumina y embellece cuanto la rodea. ¡Cuántos hombres no deben á mujeres de gran sen-

tido y de gran corazón los más bellos actos de su vida y sus más brillantes inspiraciones!

Por el contrario, si la mujer se deja dominar por la futilidad, todo se rebaja y cae con ella.

Su contacto en vez de ser fecundo engendra y esparce la futilidad en el círculo de su influencia deletérea; y ella convierte el salón, la tertulia y el teatro en centros de degradación y corrupción: de ella se valió la incredulidad del siglo pasado para corromper la clase alta de la sociedad y después el pueblo.

Sí; esos lugares deciden el tono social de nu pueblo; pero quien lo da es la mujer, hasta el punto de no poder nada el hombre, al menos sin la complicidad de la mujer. Pues bien; nada costaría á la mujer realizar la más completa reforma. Basta que lo quiera y para ello no necesita otra cosa que una reprobación negativa.

¿Quiere acabar con las representaciones teatrales indecorosas ó inmorales que han prostituido el teatro moderno? Como no es posible suprimir el teatro en una sociedad civilizada, siendo al mismo tiempo una de las diversiones más nobles, basta que las repruebe y ésto de la manera que menos sacrificio impone: la abstención; pues la ausencia de la mujer basta para clausurar los teatros inmorales; si no se los quiere clausurar, se harán morales por su propio interés. Dígase lo mismo de las tertulias y bailes, donde las exigencias de una moda indecorosa ordenan trajes que sólo sirven para que la mujer venda lo que constituye todo su encanto y grandeza, la modestia y el recato cristiano. Fórmese una liga de

alto tono moral y cristiano de parte de las mujeres católicas, y la mujer será de nuevo la corredentora del mundo y de la sociedad. No es cuestión de fanatismo, sino de defensa social contra la inmoralidad y la corrupción desvergonzada, que pretenden hacer bajar los ojos á la modestia y burlarse cínicamente de la virtud. Ni se diga que una sociedad culta no puede vivir sin teatros ni tertulias: es verdad; pero también es cierto que bajo ningún pretexto se puede rendir culto á la inmoralidad. Jure la mujer por su honor no asistir á representaciones inmorales, y se verá al punto convertido el teatro en escuela de costumbres, como debe serlo en toda sociedad que sabe hacerse respetar de los que pretendan afrentarla con la exhibición de *Doña Juanita*, *La hija de Madama Angot*, *Bocaccio*, *L'amico di casa* y otras del mismo género.

V

Pero la acción de la mujer no se limita á comunicarnos ese barniz exterior que brilla en las relaciones del mundo: va mucho más lejos; ella determina el grado de moralidad de todo un pueblo, sin que exista resistencia posible á la perseverante tenacidad del apostolado de la mujer.

No pretendemos afirmar que la mujer sea la causa de las pasiones del hombre, ni que el hombre carezca de culpa en la degradación moral de una sociedad, pues consta, como lo hemos indicado, que es el hombre el que ha organizado la corrupción de la mujer por todos los medios posibles, y de una

manera eficaz, por medio de la novela, que hoy día todos declaran estar prostituida.

Sin embargo, es una verdad que debe proclamarse bien alto: el mal y la inmoralidad no se realizan en el mundo sin la complicidad de la mujer; más aún, sin su triste iniciativa. Un pueblo no se corrompe en su totalidad sino por su culpa, porque ella tiene el poder de detener y neutralizar su propagación cuando se lo propone y lo quiere eficazmente.

Y en efecto, ¿qué no podría para la salvación social una vasta asociación de señoras firmemente resueltas á no transigir con la conciencia moral y religiosa? Se vería como poco á poco las costumbres se corregirían, las fiestas mundanas renunciarían á á sus excesos, el lujo cedería el puesto á la decencia de la modestia; la inmoralidad volvería á los antros tenebrosos de donde no se le debió permitir salir jamás, y las novelas inmorales quedarían inéditas por falta de compradores.

Por fortuna para el mundo, esas asociaciones existen en varias partes, señalando así la aurora del gran día de la regeneración social; pero no en todas partes se trabaja decididamente, ni todas las mujeres cristianas tienen conciencia de su misión y poderosa influencia, y sobre todo, existen muchas almas cristianas que aun no han dado su nombre ni ofrecido su cooperación. Las señoras cristianas, las matronas y jóvenes católicas, es necesario que lo comprendan: ellas tienen entre sus manos nuestros destinos morales. Dios en el orden providencial ha establecido ciertas leyes de las cuales no se aparta

jamás: fué por medio de la mujer que un día trajo la gracia de la redención á este mundo; pues bien: hoy que todo parece perdido, obrará Dios del mismo modo para salvarnos. Las Marías, las Elenas, las Clotildes, las Pulquerias de nuestros tiempos son todas las mujeres cristianas.

Sí; la mujer cristiana es la gran esperanza de regeneración y en todas partes ha comenzado á organizar su influencia en el sentido salvador. En Europa y en América cientos de millares entre ellas se han decidido á ejercer la política cristiana hasta por medio de representaciones ante las Asambleas y Poderes públicos, ya reclamando en pro de la observancia de los días festivos, ya pidiendo se respete en los padres el derecho de educar cristianamente á sus hijos, ya protestando contra los desmanes del cesarismo incrédulo contra la Iglesia de Jesucristo, ya atendiendo á las múltiples obras de propaganda cristiana, compatibles con su sexo. ¡Que sigan adelante en su empeño! ¡que nos fuercen á hacer el bien! si ellas lo quieren lo pueden, aun á despecho de las leyes impías y de los esfuerzos de la incredulidad: ellas triunfarán. ¿Y sabeis por qué? Porque si el hombre dispone del poder civil, la mujer dispone á su vez de algo que es superior, tiene en sus manos el *poder moral;* si no hace las leyes, forma las costumbres; si no tiene el poder de dominación, tiene el de seducción, y ya sabemos cuál de los dos dispone de los destinos sociales.

Terminaré este capítulo sobre el apostolado de la mujer dándole un consejo que traslado de la eminente escritora católica Livia Bianchetti: «Hay ne-

cesidad de una profunda instrucción religiosa en la mujer de nuestros tiempos; » y recomienda la cultura necesaria y correspondiente á su sexo como condición previa á la ciencia de la religión, pues dice: «lo que hace á la mujer frívola, disipada y descuidada en el cumplimiento de sus deberes, no es la ciencia, sino la ignorancia de la religión; » y da la razón con las palabras del ilustre filósofo Ventura Raulica: « *El hombre no es sino lo que la mujer lo hace;* pero la mujer *no puede* hacer hoy al hombre cristiano sin que ella una á la práctica exacta del cristiano *una ciencia completa del cristianismo.* » Si ésta es una verdad innegable, se comprende por qué la Masonería, por medio de la *Liga de la Enseñanza*, se esfuerza en todo el mundo en privar, especialmente á la mujer, de toda instrucción religiosa; y si se quiere comprender el secreto de esta táctica masónica lo declararé con las palabras de la escritora mencionada: por medio de la ciencia del cristianismo verá la mujer los inmensos beneficios que le ha prodigado la religión, comprenderá su benéfica influencia y el deber de gratitud que la inclinará á consagrarse al apostolado de las almas como hija, como esposa y como madre. La Masonería que ha jurado destruir la religión, jamás podrá consentir que la mujer se penetre de su altísima misión en la sociedad.

Decídase, pues, la mujer al ejercicio de su hermoso apostolado, que entonces la sociedad, libertada de los peligros que la amenazan, volviendo á la práctica sincera del cristianismo, y comprendiendo de dónde ha provenido su salvación, entonará en

honor de la mujer cristiana el himno de gratitud que el pueblo de Betulia cantó un día á la heroica Judith: «Tú eres la gloria de nuestras ciudades, tú el honor y la alegría de nuestro pueblo.» Sí; lo afirmamos en nombre de María, que levanta en el mundo tantas legiones de vírgenes heroicas: la mujer cristiana será la gloria de nuestras ciudades, el honor y la gloria de nuestra sociedad redimida.

XXI

La afiliación á la Masonería es incompatible con los fueros de la dignidad humana

¡Quién lo había de creer! En la época en que más alto y en todos los tonos se había proclamado la libertad de la conciencia y la dignidad del hombre, por una aberración inexplicable se contempla cundir la vanidad de afiliarse á una institución que representa la servidumbre moral más ominosa, la abdicación de la libertad y el mayor de los ultrajes que pudiera inferirse á la dignidad del hombre. Esto se verifica en la Masonería para que lleve en sí misma la mayor de las penas morales con que podía ser castigada su apostasía: sus adeptos son esclavos de una secta tenebrosa.

Sólo existe verdadera libertad de conciencia para el cristiano en el orden moral y religioso, porque sólo Dios, por medio del Evangelio y de su Iglesia, ha podido garantir la libertad y dignidad de la conciencia humana garantiendo la verdad y bondad del credo, que es base de sus convicciones morales y religiosas: el católico sabe que no puede prostituir su

conciencia ante ninguna criatura; sólo Dios puede imperar en ella é ilustrarla, y cuando obedece á la Iglesia es á Jesucristo á quien obedece, según aquellas palabras del Redentor: «El que á la Iglesia escucha, á mí me escucha, y el que á la Iglesia desprecia, á mí me desprecia»; única fórmula con que pudo ser garantida la dignidad del hombre en religión y en moral. Por eso es que el cristiano no anda como el racionalista al viento de toda doctrina, de todos los errores y de todos los sistemas: sólo la autoridad divina puede garantir la independencia y libertad de la inteligencia humana. Nada, pues, más independiente del error que la inteligencia del cristiano, y nada más libre que su conciencia moral y religiosa. Ya el filósofo pagano Cicerón había proclamado que la libertad civil consiste en la sumisión á la ley, porque fuera de ella no hay más que anarquía y despotismo.

Pero ¿qué ley religiosa para esquivar la anarquía ó el despotismo en moral y religión podía garantir la libertad de la conciencia, sino una ley divina cual es el Evangelio? Luego, pues, fuera de esa ley divina no hay más que anarquía de opiniones ó despotismo ominoso, como acontece en el campo racionalista, base de la Masonería. Luego, sólo el católico lleva estampada en su profesión de fe la libertad de su conciencia, la independencia de su razón y la dignidad humana divinamente garantida; pues que, como lo declaraban desde antiguo Sócrates y Platón, el hombre no podía aspirar á tan sublime garantía fuera de la autoridad de Dios revelándose á los hombres.

Sin embargo, la Masonería invocó hipócritamente los fueros de la dignidad humana, el derecho de independencia y la libertad de conciencia, para enrolar á los pueblos cristianos en la amplia organización de apostasía universal y secularización de la sociedad con relación á las doctrinas, instituciones y benéfica influencia del catolicismo en la obra de civilización de las naciones que él había formado.

Inspirada la Masonería en las doctrinas del liberalismo racionalista, calificó de tiranía y de yugo insoportable la sumisión del hombre y de los pueblos á las doctrinas é instituciones de Jesucristo, que había salvado al mundo. Dijo más: proclamó que la sujeción á la autoridad divina del Evangelio era una abdicación de la propia dignidad y de la libertad do conciencia.

Los pueblos engañados con nombres tan seductores como libertad é independencia del espíritu humano, no advirtieron que el programa de la Masonería no podía ser verdad sino en la hipótesis de que Jesucristo no hubiese sido más que un vulgar impostor; y sobre todo no se advirtió que la Masonería pretendía sustituirse á la Iglesia y á Jesucristo, siendo entonces el caso de preguntarle: ¿y tú quién eres, para que creamos en tí y te consideremos superior á Jesucristo? Mas, sea como fuere, logró la Masonería seducir á espíritus ilusos; sustituyó su institución á la de Jesucristo, quitando así á los pueblos la única garantía posible para la dignidad y la libertad de la conciencia humana, porque no la puede haber fuera de la autoridad divina.

Pero vamos á dar un paso más: vamos á demos-

trar que ningún hombre, de cualquier religión que sea y que tenga conciencia de su propia dignidad, puede ser masón sin ultraje de la moral natural y de la dignidad humana, aun prescindiendo del carácter divino de la revelación cristiana.

En efecto: la Masonería es una sociedad *secreta;* no una asociación invisible, sino una sociedad cuya organización se basa en el secreto y en secretos, *obligando* á sus adeptos á *guardarlos* bajo juramento aun *antes de confiárselos.*

Ahí están, sino, los rituales masónicos y estatutos generales donde se exige al iniciado en la Masonería juramento formal de guardar el *secreto* ó *secretos* que se le confiaren en adelante. A esto se llama sociedad *secreta*, aunque no invisible, porque sus adeptos no saben á dónde van; *secreta* no sólo para los profanos, sino para los mismos adeptos de las logias externas respecto á los de las traslogias: *secreta* entre los iniciados según la diversidad de graduaciones é iniciaciones simbólicas, y tan infamemente *secreta*, que se obliga á los adeptos bajo juramento á ejecutar y conservar reservados los secretos que en adelante se creyere conveniente confiarles, obligándose sin ninguna reserva antes de conocer el secreto prometido.

Esto es notorio, pero además de los HH.·. Clavel y Ragón, lo declara el H.·. Melagari en estos términos: «Formamos una Sociedad de hermanos en todos los puntos de la tierra.... queremos romper todo yugo menos uno, *el de la Masonería*.... mas de dónde viene y dónde está, nadie lo sabe.... La asociación es SECRETA aun para nosotros los veteranos.»

Ahora bien: ninguna persona puede afiliarse á asociaciones secretas, como lo es la Masonería, porque viola las reglas fundamentales de la prudencia, que aconseja no comprometerse en la ejecución de fines que ignora; porque viola lo más sagrado para todo hombre, cual es la libertad de su conciencia, empeñándose bajo juramento á la realización de un propósito completamente ignorado; ultraja las justas exigencias de la dignidad humana que prescribe no esclavizarse al cumplimiento de fines secretos é ignorados; y es altamente indecoroso é inmoral comprometer la conciencia ligándose con vínculos que no conocemos con una obediencia ciega sin ninguna salvedad.

« En verdad, exclama un escritor ilustre, *que es el último grado de humillación y* DEGRADACIÓN *que puede sufrir la dignidad de la* NATURALEZA HUMANA. Nada es la esclavitud en comparación del estado de abyección á que se reduce un adepto de la Masonería. El esclavo soporta su desgracia por la fuerza.... mas el adepto de las logias masónicas se degrada por su propio capricho; se compromete á obedecer á un desconocido y en todo lo que se le mande, bajo pena de ser un refractario perjuro. »

Por eso sin duda exclamaba el célebre H.·. conocido con el seudónimo de *Tigresito:*

« La vanidad de los hombres vulgares en afiliarse á la Masonería es tan común y universal que me hace siempre *admirar la estupidez humana* »; y adviértase que es masón el que así habla.

Sólo personas ilusas ó perversas pueden permanecer sumergidas en la tenebrosa Masonería, que por

el solo hecho de obligar bajo juramento á sus adeptos á observar secreto, manifiesta no poseer las doctrinas sublimes y regeneradoras de Jesucristo; pues el gran testimonio que el Redentor del mundo dió á su doctrina es cabalmente no haber sido secreta ni oculta, recomendando á sus Apóstoles: *lo que os dijere al oído, predicadlo desde los techos.*

Para nadie tiene secretos el catolicismo, sus templos son públicos, su Evangelio se enseña á todos igualmente, y carece de esa iniciación simbólica que oculta los fines reales.

Se ha pretendido disculpar el juramento que presta el adepto masón de guardar y ejecutar los *secretos* que se *le confiaren* asemejándolo al bautismo de los niños antes del uso de razón; pero es sumamente disparatada la comparación: la religión ó Iglesia de Jesucristo en que ingresa el bautizado no tiene secreto alguno: su doctrina es pública y notoria; es más, es una institución divina, cuya obligación ha sido divinamente establecida para todo hombre que viene á este mundo; y así como el padre de familia está obligado en el orden civil á cumplir en la persona del hijo deberes nacidos de leyes preexistentes, así puede honrarle haciéndole conferir la dignidad de cristiano y cumplir con el deber de hacerle administrar el sacramento de la regeneración.

Pero que un hombre en el pleno uso de su razón y cuando se trata de aceptar obligaciones voluntarias se comprometa á guardar y ejecutar *secretos* que aun no se le han confiado, esto es hacer previamente abdicación de su dignidad, esclavizándose de antemano con una degradante imposición; es en-

tregarse como esclavo é instrumento inconsciente y sin reserva en poder ajeno.

Por tanto, con harta y sobrada justicia, en defensa de la dignidad del hombre y de los intereses de la sana moral social y religiosa, la Iglesia católica, por medio de sus augustos Pontífices, ha fulminado la excomunión mayor contra la Masonería bajo todas sus formas, como anticristiana, ilícita é inmoral; cuyo fallo justifica la recta razón, como lo hemos demostrado.

Están, por tanto, excomulgados, esto es, separados de la Iglesia de Jesucristo, todos los que pertenecen á la Masonería, quedando privados por consiguiente de la comunión de los fieles, de los sufragios y gracias de la Iglesia, de la participación de los santos sacramentos, y si muriesen en semejante estado sin antes retractarse, privados de sepultura eclesiástica y de los sufragios religiosos; porque la Iglesia no los cuenta en el número de sus fieles; pues es notoria para los cristianos la sentencia del Santo Evangelio: *El que no escuchare la autoridad de la Iglesia sea reputado por infiel y pagano;* esto es, por separado del gremio de la Iglesia, en lo cual consiste la excomunión; derecho legítimo otorgado por Jesucristo á su Iglesia para preservarla de hijos espúreos ó hipócritas.

Hay masones que se ríen de la excomunión. ¡Desgraciados! ¡Como si el mal fuese para la Iglesia y no para ellos! Así hace el necio que se ríe de Dios: su risa es el colmo del cinismo y la sentencia de su eterna perdición.

Luego, queda demostrado que no se puede ser

masón ni como hombre libre é independiente que estima su propia dignidad, y mucho menos como cristiano. «*Ó masones ó Cristianos; escoged,*» nos dice la misma Masonería por medio del célebre H.·. Conrad.

XXII

Controversia histórica

Hemos advertido desde el principio que la Masonería no es otra cosa que la organización del liberalismo racionalista, y por consiguiente no debe extrañarse que la Orden masónica haya adoptado en su propaganda contra el catolicismo todas las calumnias y sofismas propalados en nombre de la ciencia y de la historia. Para que se forme una idea del cúmulo de mentiras históricas y científicas inventadas en virtud del precepto volteriano: *calumniad y mentid;* y para que al mismo tiempo se comprenda cuánto caudal de tiempo y paciencia ha sido necesario perder con menoscabo del progreso para refutar tanta calumnia, tanto error y tantas imputaciones contra la religión, vamos á dedicarles éste y el siguiente capítulo, convirtiéndolos en una especie de revista de las falsificaciones históricas y científicas que principalmente se oponen al catolicismo por la incredulidad.

I

IMPUTACIONES CALUMNIOSAS HECHAS AL CATOLICISMO CON OCASIÓN DE GALILEO, SAVONAROLA, VANINI, FELIPE II Y OTROS PERSONAJES HISTÓRICOS.

En la astuta táctica masónica para desacreditar á la Iglesia se enumeran ciertas objeciones históricas que eternamente repiten sus adeptos de todos los matices.

Por más que sean muy triviales, sorprenden á las gentes menos avisadas, por cuya razón es necesario tomarlas en cuenta.

Así, por ejemplo, la *Luz Masónica*, en tono de filípica histórica contra el catolicismo, no ha titubeado en lanzarle al rostro con pretensiones de defensa masónica, la siguiente andanada:

« *Nosotros los masones no hemos quemado á Savonarola, ni torturado á Galileo, ni martirizado á Vanini, ni armado el brazo parricida de Felipe II. En nuestras filas no figuran tiranos como Inocencio III y un Luis XIV.* » ¡ Qué pasmosa y original erudición !

Desde luego este género de vindicación es muy hipócrita y muy semejante al del fariseo de la parábola: « Yo, Señor, no soy como los demás hombres, usurpadores, injustos y adúlteros, así como ese publicano. » Pero es al mismo tiempo un expediente ridículo; de que la Masonería no haya intervenido en esos hechos, ¿ se deduce acaso que deje de ser lo que hemos probado que representa la organización de la Orden?

Como sistema de ataque contra el catolicismo y el pontificado, es peregrino por demás y revela la más absoluta carencia de filosofía de la historia.

Si para hacer el proceso de una gran institución que cuenta diez y ocho siglos de existencia, aceptada por pueblos de distintas razas, que ha vivido en muy diversas épocas por sus diferentes grados de civilización, que ha asistido y presidido al desenvolvimiento progresivo de la humanidad durante esa larga y fecunda etapa cristiana, que ha influido poderosamente en la solución de muchas de las supremas crisis por que han atravesado las nacionalidades cristianas en el continuado período de transición que se abre con el imperio de Constantino y concluye en el de Napoleón el Grande; si para condenar, repetimos, una idea cosmopolita y directriz cual la católica, bastase el citar al acaso hechos aislados más ó menos censurables, referidos sin crítica histórica, cuando no con marcada parcialidad y debidos á causas complejas muchas veces, que no es fácil designar, ¿qué institución por noble, humanitaria y santa que fuese, saldría bien librada y absuelta con tan irracional y superficial criterio?

Desde luego ¿con qué derecho puede afirmar la Masonería su ausencia de complicidad en esos crímenes si es antro de un impalpable y misterioso poder? Ella puede afirmar lo que quiera; pero ¿quién sabe si los enemigos de Savonarola, eran, como los *tiépidi*, afiliados de la Masonería, puesto que la misma Orden confiesa que ha tenido y tiene masones tonsurados y de altas gerarquías? Ni es tan temerario y sin fundamento el juicio de aquellos

que creen que el sistema adoptado por algunas hipócritas escuelas anti-religiosas, de introducirse en el seno del catolicismo simulando amistad, para así regular y dirigir en provecho propio y para la más fácil y rápida propagación de sus ideas é intentos, el sentimiento religioso, que con razón suponen poderosísimo elemento, ha sido de invención masónica, como lo hemos probado al hablar de la táctica de la Orden. El recuerdo de Jansenio y Quesnel, el de Tayllerand y Siéyes, son una confirmación perentoria.

Pero dejando ésto á un lado y concediendo por un momento cuanto se desee respecto á la complicidad del catolicismo en esos crímenes históricos, podemos decir á la Masonería que si no ha *torturado* á Galileo (más adelante investigaremos lo que haya de cierto en esos supuestos martirios), ni quemado á Savonarola, ni despedazado á Vanini, ni cometido los demás espantables crímenes que espeluznados de horror refieren en elegíaco y patético estilo, á nuestra vez podemos replicar á los masones: tampoco vosotros habeis civilizado el mundo, ni redimido al esclavo, ni rehabilitado á la mujer, ni impedido que la doble corrupción de los ya degenerados pueblos griego y romano inficionase el mundo entero; ni hecho surgir de en medio de los bosques de la antigua Galia, de la Germania y de América, habitados por groseras hordas, una nueva y maravillosa civilización que asombraría á las más cultas naciones de la antigüedad; ni esparcido á los cuatro vientos la santa y fecunda semilla de la moral evangélica, que ha renovado la faz de la tierra á costa de diez y ocho millones de esos héroes que la Iglesia llama mártires.

En nuestros anales, dice la Masonería, no se leen nombres como Inocencio III. Es cierto; ese vasto y potente genio de la Edad Media, defensor de la Independencia de Italia contra la ambición germánica, era demasiado grande para haber consentido que su nombre figurase entre los afiliados de la Orden masónica: como tampoco figura el del Papa S. León, que detenía á Atila á las puertas de Roma y que por medio del monje Agustín civilizaba la Gran Bretaña; ni el de Gregorio VII, ese gigante de la Edad Media, que salvó á la Europa del cesarismo alemán; ni el de los Pontífices y Obispos que, excitando noblemente el sentimiento religioso de los pueblos cristianos, detenían en su triunfante marcha á los hijos del Islam, libertando así á la Europa de la barbarie musulmana en que hoy está sumergido el Oriente: ni el de ninguno de los mártires de la propagación del Evangelio, porque la Masonería no llevó su mentida filantropía hasta el heroísmo de sacar de la barbarie á ningún pueblo salvaje; como de su Orden no han salido los religiosos Betancourt, Claver y las Casas, ángeles tutelares de los indios y negros esclavos, ni los religiosos hospitalarios, ni los de la Redención de cautivos, ni los congregacionistas de S. Vicente de Paul, ni este genio de la caridad, ni ninguna de esas innumerables familias de obreros evangélicos, hijos de la abnegación heroica, que, como el divino Maestro, han pasado por la tierra *practicando el bien.*

A la Masonería no le ha animado jamás ese sublime y creador espíritu que da vida imperecedera al Catolicismo. Distinta ha sido la misión de ambas

instituciones (si me es permitido este profano paralelo), y diferentes sus medios de acción; y he aquí por qué no ha podido la Masonería realizar los grandiosos hechos que el Catolicismo, ni ha podido mezclarse en nada grande y útil en el gran período de la civilización cristiana y formación de las nacionalidades modernas, y por esa razón no figuran en sus anales ni los nombres, que, para desprestigiar la idea católica nos cita, ni menos ninguno de esa pléyade ilustre y numerosísima de héroes cristianos á quienes debe tanto la humanidad, aun más de lo que creen sus propios amigos, como ha dicho el historiador Guizot.

Es verdad que la Masonería ha tenido el atrevimiento de afirmar que el Evangelio no es otra cosa que un anillo de la misteriosa cadena masónica! Es probable que á los mahometanos llenos de credulidad les explique el Coran como un progreso del masonismo sobre el Evangelio, á los sectarios de Brahama los Vedas y el Purana y á los Persas el Zend-Avesta cual el primitivo y puro reflejo de la decantada *luz* masónica, aunque siempre escondida bajo el celemín del más tenebroso secreto. El Proteo masónico reviste todas las formas imaginables y en ese particular es sorprendente la habilidad de la Masonería para explotar la candidez humana.

Ella dice que ha representado siempre el bien, la sabiduría y el progreso; pero ¿qué es lo que la Masonería no podrá afirmar amparada por el *secreto*, símbolo, sin embargo, de la vergüenza que cubre á todas las malas causas y acciones?

Si fuésemos á imitar el argumento de la Masone-

ría que venimos dilucidando, podríamos también decirle: en nuestros anales no se leen nombres como Voltaire, el Regente, Luis XV, Felipe Igualdad, y Robespierre. En las biografías de escritores católicos no se halla un Pignault Lebom, un Holbach, un Panat, un Eugenio Sué, un Jorge Sand, ni un Zola. Nosotros no hemos aconsejado al príncipe de Benevento sus apostasías, ni á Liborio Romano que fuese un miserable perjuro. Nosotros no hemos tenido reformadores como Luis Felipe, ni protectores como Choiseul, la Pompadour y Jerónimo Bonaparte. Nosotros no inventamos la guillotina, ni hemos rendido culto á la prostituta decorada con el homenaje de *diosa Razón.* Nosotros no hemos armado el brazo de ningún regicida, ni dejado obrar el de los asesinos de comunidades religiosas en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad, ni robado los bienes de la Iglesia á título de amortización; ni hemos cargado las bombas de Orsini, ni instigado los horrores de la Comuna y de la Internacional, ni discutido sobre el inconcuso derecho del regicidio, como Mazzini y consortes. No hemos sido nosotros, sino los afiliados de ciertas sociedades secretas, los calumniadores de los Pontífices y especialmente de los Jesuitas, ni los que influyeron para que fuesen tratados como en los países bárbaros no se trata á los mayores criminales; ni fuimos, por fin, nosotros los que inventamos la máxima más inícua y soez que se haya proclamado jamás como táctica de persecución al catolicismo: — « *calumniad y mentid* siempre, que la calumnia y la mentira dejan de ser vicios cuando sirven para algún fin. »

LA TORTURA DE GALILEO Y LA PERSECUCIÓN DE CAMPANELLA

Aunque ajeno y todo al objeto principal de nuestra polémica, vamos á ocuparnos muy ligeramente de las anteriores acusaciones.

Al formar proceso al catolicismo por enemigo de las luces, ya se sabe que se ha de acudir al gastado lugar común de la *persecución ó tortura* de Galileo, representando á aquel grande hombre sometido al tormento y exclamando, mientras el potro destrozaba sus miembros: *É pur si muove;* cosas ambas que han pasado á la categoría de patrañas y que sólo repiten los eruditos á la violeta.

Galileo, á quien permitió la Congregación del *Índice* sostener el sistema del canónigo Copérnico como *hipótesis* (y no era otra cosa en aquel tiempo), cuando ante ella le acusaron sus poderosos enemigos, partidarios de Aristóteles, no fué torturado ni aun perseguido.

La cualidad de grande hombre no ponía á Galileo á salvo de ciertas debilidades. Era sarcástico, acre y hasta *feroz* (Cantú) en la polémica: no perdonó ni aun el genio y la desgracia de Torcuato Tasso; y lo diremos aunque sintamos repugnancia, era ingrato. Admirado por el Papa Urbano VIII, que siendo Cardenal le había elogiado en sus versos; recomendado por este Pontífice al Gran Duque de Toscana; y agasajado por él mismo hasta el extremo de haberle señalado una pensión, se atrevió á ridiculizar á su egregio protector, pintándole en el grosero personaje de *Simplicio* en su *Diálogo*.

Su teoría heliocéntrica, que ya en esta obra sostiene como verdad real é inconcusa, fué sometida nuevamente á juicio, y el tribunal de la Inquisición, encargado de examinarle, confirmó lo que había acordado antes la Congregación del *Índice*, que sólo podía explicarse como hipótesis. Galileo se desentendió de esta prohibición, y entonces fué citado á Roma, en donde toda su *tortura* se redujo á vivir con el asesor Vitrici, y después en calidad de *recluso* muy poco tiempo, en el jardín de Médicis, de donde pasó por cinco meses al palacio del Arzobispo de Siena, *su mejor amigo en aquella ciudad*, como el mismo Galileo confiesa.

« Fuí sometido en Roma, dice Galileo en su carta á su discipulo el P. Renieri, á la clemencia de aquel tribunal y á la del Papa Urbano VIII, el cual me creía digno de su estimación, *aunque yo no sabía hacer epigramas y componer versos.* » Galileo se equivoca al decir que no sabía hacer epigramas: ¿ qué otra cosa son estas últimas palabras suyas sinó un, y cruel en extremo, contra aquel Pontífice que le había elogiado en sus versos ?

Por la buena memoria de Galileo debiera ser olvidada esa frase sarcástica que revela al mordaz enemigo del Tasso.

He aquí á lo que se reduce la cruel tortura y persecución de Galileo tan cacareada por los modernos filántropos.

Ni debe extrañarnos, tratándose de una época en que estaba en boga la filosofía de Aristóteles, el que no fuese aceptada por algunos en Roma (aunque defendida por varios sacerdotes) la coría heliocén-

trica, cuando de ella se burlaban hombres tan eminentes como el sabio Bacón y que al fin abandonó con ingenuidad el mismo Galileo en sus últimos años, como lo prueba el *autógrafo* suyo que se conserva en el archivo de Rinuccini en Florencia, como testifica C. Cantú, quien asegura haberlo leído. Esto prueba que la mencionada teoría no pasaba de hipótesis en el estado de la ciencia de aquella época.

Se habla también de la persecución de *Campanella* como de un estigma que pesa sobre el catolicismo; pero recuérdese que el Papa Urbano VIII al sacar de la cárcel al célebre fraile italiano, demostró á favor suyo una benevolencia que no había merecido de los tribunales civiles aquel religioso, á pesar de su glorioso título de autor de la *Ciudad del Sol,* quimérica obra calcada sobre la *Atlántida de Platón.*

Fray Tomás de Campanella, espíritu visionario y ardiente, intentó por medio de la predicación sublevar la Calabria, secundando su plan algunos bandidos del país; los conjurados para realizar su empresa habían pedido apoyo á los turcos. Descubierta la conspiración, Campanella fué sometido al tormento y después encerrado en una prisión, donde permaneció muchos años, debiendo al fin su libertad á Urbano VIII. Al apelar Campanella, aunque, en vano al juicio de la Inquisición, debieron parecer á la desgraciada víctima más imparciales y benévolos sus *terribles* ministros, que los del Tribunal ordinario del virey de Nápoles. La Iglesia, pues, no persiguió á Campanella como maliciosamente se supone.

SAVONAROLA Y VANINI

Respecto á esa otra pretendida víctima de la intolerancia católica, Fray Gerónimo *Savonarola*, es de advertirse que se mezcló demasiado en los trastornos y revueltas de su patria, Florencia, en aquella calamitosa época en que Cárlos VIII invadió la Italia, y que mostró una predilección extrema por el rey de Francia, á quien anunciaba como al enviado de Dios, impidiendo, merced á su gran prestigio entre los florentinos, que éstos se uniesen para sacudir el yugo extranjero, á las demás ciudades italianas enemigas de la dominación francesa, á pesar de haber anatematizado á los Médicis cuando entregaron Pisa y Liorna al mismo rey Carlos.

El prestigio de Savonarola, ya debilitado entre los florentinos, se disipó por completo cuando la *prueba del fuego* propuesta por Pulla y aceptada por su discípulo Domingo Pescia. Ya preparada la hoguera, Fray Savonarola exigió que Pescia, mantenedor de su causa, penetrase en el fuego llevando la hostia consagrada en sus manos, petición á que no accedieron sus contrarios.

Los habitantes de Florencia que habían acudido en tropel á presenciar aquella extraordinaria y decisiva prueba, de cuya eficacia no podían dudar, sin dejar de creer á Savonarola, que de tiempo atrás venía provocando á sus adversarios, á este *juicio de Dios* (fanatismo reprobado por los Pontífices), ofreciendo dar, como lo consignó al pié de la declaración de los frailes de Prates, *uno*, *dos*, *tres*,

cuatro, diez hermanos para la prueba del fuego, pero sin prometer él someterse á ella; los florentinos, en vista de ésto acabaron por creer que el flamante taumaturgo, era sólo un visionario, y por dar la razón á sus émulos, haciendo buenas las acusaciones que contra él dirigían. La prohibición de predicar hecha á Savonarola desde Roma y de la cual se había desentendido, no pareció ya impía ni absurda.

La *bailia*, en la que preponderaba entonces el partido oligárquico, que había combatido Savonarola, viéndole ya desarmado al faltarle el prestigio del pueblo, le encausó y juzgó, condenándole á la hoguera. Su muerte, pues, como dice un célebre historiador moderno, más fué por motivos políticos que por causa de religión, asi como por fanatismo político la revolución francesa guillotinó á tantos sabios incluso el químico Lavoisier.

No es justo olvidar que el calumniado Alejandro VI, á pesar del odio que su parentela profesaba al predicador florentino, se había limitado escribirle aconsejándole que no sembrara enemistades y que hiciese penitencia, añadiendo que sólo veía en él un celo exagerado y poca discreción. Savonarola contestó al Pontífice defendiéndose con extrema vivacidad y se cuidó poco ó nada de sus advertencias, prosiguiendo su predicación en la misma forma y contra la terminante prohibición de Roma.

Dejemos á Savonarola para ocuparnos de *Vanini*, sacerdote napolitano que recorrió la Europa á pretexto de predicar la *verdad católica* á los herejes, engañando hipócritamente á la Iglesia, pues era *ateo*

y *materialista* (he aquí la razón de sus simpatías), siendo digno predecesor del infame Voltaire.

Vanini no figuraría en el martirologio masónico, si limitándose á cultivar las *ciencias ocultas* la nigromancia, la quiromancia y la alquimia, á las que era aficionado y que enseñaban en Europa los masones *Rosa-Cruz* (R. † C.), no hubiese tomado parte activa en la lucha político-religiosa de su època, lo que desgraciadamente hizo, siendo reputado por los gobiernos como agitador sumamente peligroso.

La Iglesia habría condenado sus errores amonestándole y nada más. *De La Porta*, cuya iniciación masónica es conocida, que expuso los principios de la magia, y que formó en Nápoles la Sociedad de los *Secretos*, á la que no eran admitidos sino los muy calificados, fué denunciado en Roma, adonde se personó para disculparse, sin que nadie le molestara de allí en adelante; como tampoco lo fueron *Paracelso*, que hablaba de la cábala como de una *revelación divina;* ni *Cardano*, predilecto maestro de Vanini, que ensalzaba las singulares virtudes del mágico sello triangular (que es el de la Masonería); que recomendaba como medio seguro para encontrar tesoros ocultos el que se empleasen velas de *sebo humano*, que hacía pomposos elogios de Nerón y que fué audaz y sacrílego, lo bastante para formar el horóscopo de Cristo; ni, por último, *Pomponazzi* (otro filósofo que entusiasmaba á Vanini), que no creía en la inmortalidad del alma y que hablaba del influjo de los astros en los destinos del hombre.

He aquí los héroes y los mártires que constituyen

la gloria de los enemigos del catolicismo. ! Y si alguno observase que en su mayor parte son frailes apóstatas como lo fueron Lutero, Calvino y Zuinglio, habría que confesar que las heces de la Iglesia son la honra de sus enemigos.

LUIS XIV

Se ha caído en la irracional manía de imputar al catolicismo los crímenes ó desaciertos cometidos por príncipes católicos. Pero ¿de cuándo acá el catolicismo ha dejado de tener su inexorable *credo*, en virtud del cual declara á la faz del mundo que condena todos los crímenes, aunque sean cometidos por católicos, pues que la religión hasta ha merecido ser calificada de intolerante, porque sólo se hace responsable de las acciones y política conforme á ese *credo?* Son, pues, puras pamplinas todas esas declamaciones basadas en crímenes cometidos por algunos personajes católicos; la religión es la primera en condenarlos, á diferencia de la Masonería y de todas las sectas del *libre-pensamiento*, que al afirmar el derecho de hacer cada cual lo que mejor le plazca, sancionan todos los crímenes cometidos en virtud de ese principio que es su *credo* fundamental.

Así, es intolerable calumnia suponer que Luis XIV, el fautor del hipócrita cisma de la iglesia Galicana al estilo masónico, obraba por inspiración de los Papas. No fueron éstos los que le dijeron secretamente para que lo repitiese al Parlamento: *El Estado soy yo;* y si el gran rey combatió á los valdenses y revocó el edicto de Nantes, revocacion que ponía

á los hugonotes fuera de la ley, no fué para congraciarse con el poder pontificio. Los sectarios del protestantismo representaban la influencia de Alemania, su enemiga: fué una medida política. La religión, es verdad, entraba en su plan de gobierno como un elemento necesario; pero no la comprendía sino dependiente del poder civil, como hacen los modernos liberales, que matan la libertad con el cesarismo político.

FELIPE II

Los *misterios* del Vaticano (la Masonería todo lo ve tenebroso, acostumbrada á su íntimo organismo) obligaron á Felipe II á dar muerte á su desgraciado hijo el príncipe don Carlos, marcado antes con el estigma de la *excomunión*. ¡Cuánta necedad anda de moda á título de erudición por estos mundos!

Calumnias miserables y nada más, son á juicio de la Masonería los crímenes que se han imputado á los templarios. Ellos ni hicieron alianza con el misterioso y terrible personaje el *Anciano de la Montaña*, ni favorecieron en Oriente la causa de algunos sultanes en perjuicio de los príncipes cristianos, ni devastaron los principados de Palestina, ni profanaron el sepulcro del Salvador; y ya en Europa de vuelta de las cruzadas, ni perturbaron los países en que se estableció su Orden, ni se hicieron sospechosos con sus iniciaciones misteriosas y sus conciliábulos masónicos, ni sobre ellos cayó la pública execración por sus vicios y nefandas cos-

tumbres, principalmente en Inglaterra, donde corrían como proverbio estas palabras: *guárdate del beso del templario:* todo ésto es falso y calumnioso porque se trata de granaderos de la Masonería.

Nosotros no llamaremos calumniadores ni libelistas, con César Cantú, á los masones porque propalan que el príncipe don Carlos murió asesinado por orden de su padre; pero podremos llamarles novelistas. El don Carlos del trájico Oway y de Schiller, el personaje ideal de los dramas del poeta inglés y del poeta alemán, tipo de nobleza y de hidalguía, grande alma y gran corazón, víctima de la tiranía de un desnaturalizado padre que le roba su amor antes de arrancarle la vida, es para los masones el verdadero hijo de Felipe II; pero no aquel príncipe don Carlos de que nos habla la historia, menos bello que el ideal y novelesco que tanto ignorante ha admirado con Schiller en la cumbre del Parnaso, que es el único verdadero.

Hay calumnia, porque el príncipe Carlos no pudo amar á Isabel de Francia antes que ésta se casara con Felipe II, porque entonces era un niño.

Díscolo, cruel, envidioso y desnaturalizado, Carlos revelaba sus crueles instintos hasta en sus pasatiempos, uno de los cuales consistía en dar tortura á los animales antes de matarlos, por el solo placer de verlos sufrir. Aborrecía al Duque de Alba y á su noble tío don Juan de Austria, haciendo también público el odio que profesaba á su pabre, odio tenaz de que habla Torquevaulx, embajador francés en la corte de España por aquel tiempo, quien también refiere que proyectó asesinar al vencedor de Lepanto.

Aquel hijo rebelde y mal príncipe español estaba en tratos con los enemigos de su patria, y pensaba seriamente en pasar á Flandes, cuya corona le habían ofrecido los sublevados. Advertido el rey de todo, por conducto de su hermano don Juan de Austria, á quien parece que el príncipe había revelado su plan, constituyó á don Carlos en prisión, interviniendo todos sus papeles; y el tribunal que entendió en el proceso, compuesto del Presidente del Consejo de Castilla, de un consejero y de Rui Gómez, ayo del príncipe, pidieron contra él la pena de muerte, que Felipe no mandó ejecutar: gravísimos cargos, pues, resultaban contra el heredero de la corona.

El joven príncipe murió de despecho y de ira en la prisión: ya había intentado suicidarse la noche que el rey confió su custodia al duque de Feria.

Pero aun concediendo que Felipe II hubiese ordenado la muerte de su hijo, como lo afirman los mismos que ensalzan la ferocidad del antigno Bruto que ordenó y presenció la ejecución de su hijo conspirador, ¿qué es lo que autoriza para suponer culpable de ello á la Iglesia, presentándola como instigadora de aquel crimen? El desdeñoso y altivo Felipe II que recibió con friaidad y desagrado al Cardenal Aquaviva, enviado por Pío V para darle el pésame á la muerte de ese mismo príncipe don Carlos, sobre cuya catástrofe había dado orden que nadie le hablase, *príncipe ni súbdito*, probaba con su desdén que no había recibido órdenes de nadie ni del Vaticano.

Todo, pues, se reduce á puras calumnias, hijas

del odio al gran rey, cuyo crimen imperdonable era defender con su cetro, bajo el cual se encorvaba la Europa, al catolicismo vilmente calumniado y perseguido en aquella época.

No consta, como afirman los incrédulos, que la Iglesia castigase con la excomunión la ignominiosa conducta del príncipe rebelde. Pero si se hizo acreedor á esa pena canónica, pena puramente espiritual, contra lo que muchos masones propalan maliciosamente, justo fué que la Iglesia se la impusiese.

La Masonería se horripila al hablar de la excomunión, sin recordar que ella la aplica también, como toda sociedad constituida. ¿No ha expulsado entre muchos otros al filósofo Kraussc? Y ¿qué es eso más que la *excomunión*, pena en virtud de la cual una asociación ó comunidad cualquiera excluye de su seno á aquellos miembros que han infringido gravemente las leyes de la misma sociedad?

LOS CRÍMENES DE LOS BORGIA Y ALEJANDRO VI

No queremos terminar esta controversia histórica sin mencionar la que entre las calumnias más escandalosas está indicada en este título; siendo de notarse que hasta muchos católicos la creyeron de buena fe. Y lo más admirable es que los amigos son los acusadores y los enemigos sus defensores. Son los *protestantes* los que han rehabilitado la infamada memoria de los Borgia y del Pontífice Alejandro VI, que en vez de un escandaloso y un malvado resulta ser, como individuo, como soberano y como pontífice, uno de los caracteres más notables de los tiempos

modernos y el digno predecesor de Leon X. Es lo que ha sucedido con respecto á Gregorio VII y á la pretendida Juana la papisa, cuyas calumnias han deshecho historiadores protestantes como Voigt, Ranke, Macaulay y otros. Voltaire es el que ha indicado las causas de ese prejuicio vulgar contra los Borgia y especialmente contra Alejandro VI, reprochando al historiador Guichardín el haber *engañado á la Europa* sobre la muerte de Alejandro VI en particular y el *haberse dejado arrastrar por su odio.* En efecto: el historiador protestante Roscoë rehabilita plenamente la memoria del tan indignamente calumniado Pontífice, indicando á la vez el origen de la calumnia nacida de acusaciones emanadas de escritores notoriamente enemigos de Alejandro VI, y por consiguiente parciales. También el famoso César Borgia, hijo de Alejandro VI, á quien tantos crímenes se le imputan en connivencia con su padre, ha sido rehabilitado por La Rochelle, historiador enemigo de los Papas, demostrando que César Borgia se hizo amar de los pueblos que libró de sus tiranos, quienes pagaron historiadores contemporáneos para vengarse de Alejandro VI y de César Borgia, por quienes fueron desposeídos como vasallos de la Santa Sede.

Hasta resulta de la crítica imparcial que la tan famosa Lucrecia Borgia, hermana de César, calumniada como la Mesalina del siglo XV y que tanto crédulo la considera histórica en el drama que lleva su nombre, ha sido la más pura y honrada de las mujeres de su tiempo, así como Alejandro VI fué un digno Pontífice y un gran rey y César Borgia

el defensor de las libertades de Italia contra los tiranuelos que la infestaban en el siglo XV.

« Mentid, mentid desfachatadamente (hardiment,) que algo siempre queda. » Este lema de Voltaire es una verdadera profecía. Aun hoy día, en presencia de la odiosa conspiración de calumnias de que fueron víctima los Borgia, se oye decir á buenos católicos que algo de verdadero debe existir entre tantas acusaciones. Sin duda los sectarios del siglo XVI y los sofistas del XVIII no han tenido escrúpulo de usar la mentira y las más audaces invenciones; pero cómo admitir que historiadores como Guichardín, Paul Jove, Tomasi, Maquiavelo y Burchard, familiar de Alejandro VI, que murió Obispo de Cittá di Castello, hayan podido acumular tantas calumnias? Basta demostrar para ello que su autoridad no tiene ningun valor, como lo demuestran historiadores imparciales, entre otros Roscoë, La Rochelle, Favé, la protestante *Revista de Dublin* en el artículo « La historia de una ficción » y otros historiadores, como Rohrbacher, Dandolo, Audin y Chantrel. Las calumnias de aquellas historias primitivas formaron el arsenal para los *crédulos* enemigos de los Borgia.

En efecto: en cuanto á Maquiavelo, puede desde luego ser excepcionado, es muy conocido; debiendo advertirse que no es de este autor de donde se han sacado las calumnias más monstruosas con que se infama á Alejandro VI.

Por lo que respecta á Guichardín, para juzgar de su parcialidad, cuando se trata de los Papas, basta recordar que representa á Gregorio VII como el amante de la inmortal condesa Matilde y que ca-

lifica de bastardos los hijos legítimos que tuvo Inocencio VIII antes de entrar en las órdenes sagradas.

Es tal la mala fe de Guichardín, que el incrédulo Byle ha dicho en su *Diccionario filosófico*: « Guichardín merece el desprecio; es culpable de la falta de los libelistas » : y el mismo Voltaire lo acusa de haber *engañado á la Europa*. Pero sobre todo, él mismo se juzgó dictando al notario su última voluntad: « Que se queme mi *Historia de Italia*,» pues aun estaba en manuscrito.

Paul Jove no merece más crédito que Guichardín, pues él mismo declara que era venal y apasionado. Segun *Vossius*, había creado una especie de banca y prometía antiguas genealogías y elogios inmortales á todos los bandidos que pagasen bien su trabajo, y calumniaba infamemente á los que no querían comprar sus mentiras. »

Tomaso Tomasi, dice Favé, se propuso hacer la corte á la duquesa de Florencia, princesa de la familia de la Rovere, denigrando á los Borgia.

¿Y quién puede creer en la autoridad del *Diario* de Burchard? Desde luego, el supuesto diario fué encontrado dos siglos después de su muerte por un calvinista, en fragmentos, y un siglo más tarde otro ejemplar en una biblioteca protestante, la de Berlín: tiene todos los caracteres de falsificación, porque las diversas ediciones difieren entre sí y son amenudo contradictorias.

Por consiguiente, siendo tal la falta de autoridad de los historiadores originarios enemigos de los Borgia, los autores independientes que más arriba he-

mos mencionado concluyen que es menester rechazar absolutamentes semejantes imposturas. Respecto á la tan difamada Lucrecia Borgia, envuelta en el odio á su familia, prueba el protestante Roscoë, basado en la autoridad de historiadores contemporáneos, que era una mujer perfecta y la princesa más adornada de todas las virtudes.

En cuanto á los hijos de Alejandro VI, convienen historiadores imparciales que los tuvo del matrimonio legítimo con la princesa Julia Farnese, más de veinte años antes de ser papa y antes de ingresar en las órdenes sagradas, lo cual tuvo lugar en 1478, cuando fué nombrado Obispo de Alba.

« Las acusaciones de inmoralidad hechas contra Alejandro VI, dice la *Revista* de Dublín, recuerdan las que se han hecho á los Gregorio VII, los Bonifacio VIII ó los Sixto IV; es fácil deducir que provienen del espíritu de venganza de una enemistad de partido; quedan refutadas por su misma inverosimilitud, por su atrocidad y por la ausencia de todo testimonio imparcial. »

Por fin, hacen constar los autores protestantes que han rehabilitado plenamente la memoria de los Borgia, que el motivo principal de las acusaciones lanzadas contra ellos y especialmente contra Alejandro VI, es porque se sirvió de César Borgia para defender los dominios pontificios con la fuerza de las armas contra los príncipes italianos y sus aliados extranjeros é impuso el orden á la multitud de tiranuelos que infestaban á Roma y los Estados Pontificios. Y no es admirable que sus enemigos contemporáneos, cegados por la pasión, le hayan ca-

lumniado; sino, como dice Voltaire, que hayan engañado á toda la Europa y haya existido tanta credulidad para admitir acusaciones tan absurdas, como las inmoralidades, crímenes y envenenamientos que se le atribuyen.

XXIII

Controversia científica

I

FALSEDAD DE LOS SUPUESTOS CONFLICTOS ENTRE LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

La Masonería todo lo explota, y haciéndose eco del racionalismo, repite triunfalmente y en todos los tonos, que en los descubrimientos de la ciencia moderna, la fe del creyente se hace de todo punto imposible; que, por consiguiente, toda persona razonable y algo instruida, ya no puede *creer*, por exigirlo así el progreso de las luces y de la civilización, que ha constatado conflictos y contradicciones evidentes entre la religión católica y la ciencia. Ya hemos hecho mención de haberse escrito una obra titulada *Conflictos entre la religión y la ciencia*, escándalo magno de cínico atrevimiento, por no ser otra cosa en realidad que los conflictos de la razón incrédula con la ciencia, las teorías que la incredulidad se atreve á engalanar con el augusto nombre de ciencia y que la desacreditarían si la ciencia pudiese ser desacreditada. Las oposiciones hechas al catolicismo en nombre de la ciencia

siempre han representado el elemento retrógrado de la incredulidad, que ha hecho consumir gran parte de la actividad intelectual en sostener errores que han retardado el progreso de la ciencia. No hay rémora más colosal que la impiedad!

Alguien ha dicho que después que la ciencia logró emanciparse, la fe se ve obligada á excusar humildemente sus temeridades ante el tribunal de la razón; pero está demostrado, y yo lo voy á indicar, que esas temeridades insensatas han sido cometidas por pretendidos sabios para desdoro, atraso y calamidad de la ciencia, que al decir de un ilustre escritor, hacen la guerra al catolicismo con el espantajo de su falsa ciencia, á la manera de los chinos, de quienes se cuenta que para meter miedo á sus enemigos colocan en la vanguardia de sus tropas grandes figuras de dragones y de mónstruos espantosos, pero que no asustan sino de lejos: esos chinos de la ciencia heterodoxa son Vogt, Leroux, Bory de Saint-Vicent, Lamark, Quinet, Michelet, Comte, Littré, Renán, Vacherot, Draper, Hebert Spencer y otros que nos hablan de descubrimientos científicos incompatibles con la fe, pero que examinados de cerca se reducen á hipótesis quiméricas, á ignorancias del dogma ó á calumnias contra la religión.

Al llamar á examen los pretendidos conflictos, creo no podrá imputársenos á achaque de autoritarismo, el que desechemos del terreno científico el materialismo, el positivismo y el panteísmo en sus múltiples formas, como quiera que por confesión de los mismos adversarios carecen del carácter de verdades científicas, á no ser que imitásemos la arro-

gante simplicidad de Draper que, dándose ínfulas de maestro de la ciencia, declara verdadero el panteísmo emanatista y condena á la religión por admitir el espiritualismo.

Se ha dicho también que para conocer á Dios y á la creación, al mundo y á la humanidad, á la tierra y á los astros, es necesario consultar á la *razón* y no á las *revelaciones* de Moisés y de los Evangelistas. Es verdad que hay que consultar á la razón, y ésto es lo que constituye la ciencia; pero la razón no puede contradecir á la revelación, ni dejar de escuchar á Moisés y á los Evangelistas, como escucha á Euclides y á Tácito. La fe y la ciencia son dos campos distintos, pero no opuestos, como pretende el racionalismo, y vamos á demostrarlo reduciendo á su valor los mentidos conflictos.

II

Empezando por la cosmogonía ó ciencia de la formación y origen del universo, ¿en qué se opone á la fe católica la teoría de Laplace que explica el sistema del mundo por medio de una nebulosa primitiva trasformada *en la armonía de las esferas* en virtud de las leyes mecánicas, físicas y químicas de la materia? No excluye la creación, pues es evidente que la ciencia pregunta: ¿quién creó esa nebulosa y quién ordenó esa máquina de los mundos? Si no hay reloj sin relojero, decía Voltaire, no hay mundo sin Dios: *es preciso ser estúpido para no reconocer á su autor, y es preciso estar loco para no adorarle.*

Según Moisés, la luz fué creada antes que el sol y las estrellas: y este aserto, que dió lugar á las impías bufonadas del autor de la Henriada, lejos de ser un conflicto, no es otra cosa que la teoría científica moderna de Delitsch y Humboldt de la emisión lumínica.

En cuanto á los días ó períodos cosmogónicos de la Biblia, el racionalismo los calumnia de esta manera. La depresión de las capas carboníferas de Nueva-Escocia, colocándolas á cuatro pies por siglo, no puede menos de computarse en unos 400,000 años: por consiguiente la flora primitiva había aparecido antes de ese inmenso período de tiempo; las concreciones madrepóricas que forman los inmensos cantiles de la isla de Clermont-Tonnerre han debido ir aglomerándose por espacio de 200,000 años para elevar aquellas gigantescas moles; y ésto sólo, sin mencionar el remotísimo período de los infusorios que forman el *trípoli*, revela el asombroso cúmulo de siglos que separa la época genesíaca de los organismos zoológicos actuales, de aquella otra en que vivió la fauna primitiva. ¿Cómo es, pues, que Moisés nos habla de seis ó siete mil años, una fecha de ayer, y de días naturales? Pues bien: este conflicto es también quimérico y está resuelto desde Orígenes y San Agustín, cuando aun la ciencia no pensaba en ello: la palabra hebrea *yom*, día, así puede significar el día natural como un período indefinido: « En estos días, dice San Agustín, comentando el Génesis, me parece que por la palabra *tarde*, debe entenderse el hecho de una creación ya ejecutada, y por la palabra *mañana* el principio de otra creación distinta. »

Pero la objeción propuesta confunde lamentablemente en la cosmogonía católica el período cosmogénico en que aparecieron y vivieron los organismos vegetales y animales, con el *antropogénico*, de la creación del hombre, que no puede hacerse subir á más de 8,000 años y que es lo único que sostienen los católicos. Sin embargo, el libre-pensamiento aun reduciendo la cuestión á la época de la aparición de la especie humana, afirma que es millares de años anterior á la fijada, y con aire de triunfo nos dice: el hombre era contemporáneo del *mammouth*, del *felix* y del *ursus spelœus*, época remotísima separada de la historia por un cúmulo de siglos, pues se han hallado restos humanos mezclados con los de esos animales en las célebres cavernas del Brasil, en las de Aurignac, Moulin-Quignon y otras.

Pero ¿qué dice la paleontología? Que no existe tal conflicto, porque esa edad atribuida es ilusoria, desde que está constatado que esos restos fósiles sólo existen en terrenos de *transporte;* por consiguiente, los restos paleontológicos contenidos en los estratos más antiguos se confundieron al ser arrastrados por las aguas con los de especies más recientes, depositados en terrenos de nueva formación; y, como confiesa el mismo Darwin, el *registro é inspección de las capas fosilíferas es al presente imperfecto en extremo,* no se les puede asignar duración determinada (1).

(1) Hasta la aplicación de las matemáticas ha contribuido á demostrar la reciente edad del hombre sobre la tierra de una manera matemática y palpable. El cálculo es debido al eminente profesor de la Universidad de Turín, M. Faá de Bruno.

En efecto: la población del globo asciende actualmente á

La geología auxiliada por la paleontología vindica también la génesis mosaica en cuanto al orden de creación de los seres. Así, los primeros ejemplares del reino vegetal encontrados en los antiguos sedimentos pertenecen á los celulares, encontrándose en los estratos *devonianos* varias criptógamas, como las licopodiáceas, entre las que descuellan los gigantescos helechos arborescentes; pero las monocotiledóneas más perfectas y las dicotiledóneas no se presentan hasta el terreno hullero, por cima del calcáreo de montaña; pues bien, este es exactamente el orden indicado en el texto bíblico con las palabras *yerba*, *arbusto* y *árbol*.

Lo mismo sucede con la *fauna fósil;* después de los diversos órdenes de moluscos y de los crustáceos, se hallan en las más recientes capas *silúricas*, los cefaláspides ó primeros peces, que siguen

cerca de mil trescientos millones de hombres: además, según las estadísticas más acreditadas, el aumento anual de la población humana es de ($\frac{1}{200}$) un dos centésimo aproximadamente. Si partiendo de tales datos, nos preguntamos cuántos años se requieren para que un par único, que supondremos ser Adán y Eva, haya podido producir la cifra actual de la población de la tierra, será, según la teoria bien conocida de las progresiones, resolver la ecuación.

$$2\,(1 + 1|200)\, x = 1.300,000$$

Pues bien: resuelta en relación á x dicha ecuación arroja:

$$x = 4,068 \text{ años.}$$

Teniendo en cuenta el diluvio que á los 2000 años suspendió bruscamente la marcha creciente de la población humana, dicha cifra 4,068 es verdaderamente extraordinaria; ella puede ser considerada como la expresión de la verdad. La aparición del hombre sobre la tierra no se remonta, pues, más allá de seis mil años.

presentándose en sus innumerables familias en los estratos siguientes.

Los saurios, los *reptiles de agua*, de que nos habla el verso 20 del capítulo I del Génesis, ó los *dragones* del verso 21, en el texto hebreo (que tanto dieron que reir á Voltaire), con sus variedades de ipsiosaurios ó lagartos-peces, y pterodáctilos ó saurios voladores, se encuentran en el calcáreo magnésico y con más abundancia en el *conchífero*, formación perteneciente al *trías* superior, apareciendo las primeras aves en los terrenos *cretáceos*, muy por cima de los estratos que contienen los restos fósiles de los primeros peces y saurios. En los estratos siguientes se encuentran los reptiles geofilidos y los mamíferos, revelándose así que con ellos terminó la creación sucesiva de los seres orgánicos que precedió á la del hombre, todo según enseña el texto bíblico, gráficamente descrito en los estratos geológicos. No es, pues, de extrañar que en presencia de esta sorprendente comprobación del Génesis haya exclamado el sabio Ampére: «O Moisés teñía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestros tiempos, ó estaba divinamente inspirado.» He aquí en qué vienen á parar los conflictos científicos!

Pero la incredulidad racionalista persiste en falsificar la ciencia y apela á la astronomía y á los monumentos de los pueblos antiguos, insistiendo en el remoto origen del hombre.

Las tablas astronómicas de los indios aparecen en primer lugar, y sus libros sagrados, el Surya-Siddanta y el Ramayana. En ellos se apoyó Bailly para afirmar que el pueblo del Ganges es anterior

á la época antropogénica que indica Moisés; mas Bentley ha demostrado matemáticamente que las observaciones del Surya-Siddanta se verificaron en el siglo XV antes de J. C., á cuya época corresponde la data astronómica allí consignada respecto á las líneas equinocciales y solsticiales.

Pero la incredulidad siempre ha sido crédula y atrevida: derrotado Bailly y echados por tierra sus famosos cálculos astronómicos, Volney y Dupuís fraguaron un sistema que llamaron *histórico* y que reducía á polvo (según ellos) la Bíblia, la fe y la Iglesia, fundándose en el descubrimiento de los zodíacos egipcios de los templos de Denderah y de Latópolis. Díjose con pasmosa ligereza que representaban el ciclo sideral que abarca un período de 1461 años, para cuya consignación se necesitaban observaciones repetidas que suponían millares de años de atenta observación: pregonaron airosos la confusión del Génesis.

Pero los atrevidos críticos que así impugnaban la religión no podían esperar que Champollión, hallado que fué por este sabio el alfabeto geroglífico egipcio, descubriese, al descifrar las inscripciones grabadas en las paredes de aquellos templos y en las mismas fajas de los zodíacos, que éstos habían sido construidos, el uno, en los reinados de Tiberio y de Nerón, y el otro en el del emperador Antonino, posteriores á Jesucristo.

Así son los conflictos! En vez de ser con la religión, son con la incredulidad. Da lástima la supina credulidad de los sabios impíos!

Por lo demás, no tengo necesidad de recordar

para confusión de los pretendidos sabios orientalistas, estar demostrado que ningún documento semítico se puede hacer subir más allá del siglo X antes de la era cristiana; está probado que los *Vedas*, libros sagrados de los indios y atribuidos á Brahma, datan del siglo IX antes de J. C.; el *Zend-Avesta*, libro sagrado de los persas, atribuido á Zoroastro, apenas data del siglo VI, y los *Kings*, libros sagrados de los chinos, redactados por Confucio, datan del siglo II antes de J. C.

Muy ligeramente voy á ocuparme de lo que llaman error *geocéntrico* y *antropocéntrico* de la Biblia y de la condenación de Galileo, pues ya han pasado á la categoría de vulgaridades.

El error geocéntrico que supone á la tierra centro del mundo é inmóvil, es de la antigüedad científica, á quien dió su nombre Ptolomeo, pero no es de la Biblia ni de la Iglesia; pues el sistema heliocéntrico moderno, se debe á eclesiásticos, al Cardenal Nicolás de Cusa y al canonigo Copérnico, de quien fué continuador el *católico* Galileo. La Iglesia sabe que su misión no es la de enseñar ciencias físico-naturales, ni cómo van los cielos, sino cómo se va á los cielos, según advierte San Gerónimo; por eso jamás ha declarado contrario ó conforme á la fe ninguno de los sistemas astronómicos, sin que por ésto quiera decir que dejen de ser ciertas las verdades meramente científicas que contenga la revelación. Si se nos recuerda la condenación de Galileo, contestaremos que no fué condenado por la Iglesia, cuyo único juez infalible es el Papa, sino por el Tribunal de la Suprema, en quien es de fe la

falibilidad y de cuya sentencia debió apelar Galileo para ante el Papa, y no cometer la debilidad de abjurar de lo que creía verdad, como advierte el sabio Moigno, quien nota de paso ser una mera invención la célebre expresión que se atribuye á Galileo: *E pur si muove*, repetida por todo erudito vulgar.

Sin embargo, debe advertirse como anteriormente he notado, que Galileo jamás fué atormentado, sino considerado de una manera distinguida; que la causa de su condenación fué principalmente su petulancia y pretensión de dogmatizar ó convertir en dogma su teoría que en aquella época no pasaba de hipótesis muy controvertible; que la condenación de su doctrina no implicaba el no poderse defender como hipótesis, puesto que había sido defendida antes que él lo hiciera y continuó siéndolo después por eclesiásticos; y nótese, por último, que el sistema de Galileo era falso absolutamente considerado, por suponer al sol *centro del mundo*, mientras sólo lo es del sistema planetario, afirmando además que las mareas no tenían otra explicación que la rotación de la tierra, mientras este fenómeno se debe á la atracción combinada del sol y de la luna.

Es por demás ridícula la objeción basada en el pasaje de Josué: « se *detuvo* el sol », pues habló, ni más ni menos, como los astrónomos módernos, que dicen: « el sol *sale* y se *pone* », á pesar de saberse que el sol no se mueve.

En cuanto al llamado error *antropocéntrico*, que supone al hombre centro final de la creación y parece negar la pluralidad de mundos habitados, es-

falsamente atribuido á la Biblia, pues ésta, concretándose al hombre descendiente de Adán, prescinde de los habitantes de otros mundos y afirma que todo en el universo ha sido hecho para bien del hombre, como en efecto lo es, como criatura racional. Así es que católicos eminentes creen muy razonable la hipótesis de la habitabilidad de los mundos que se encuentran en condiciones de adaptación para la vida. Es una libre opinión de la ciencia, é independiente de la fe.

Creo supérfluo añadir que semejante hipótesis no se opone al dogma de la Redención, ya porque el sacrificio del Calvario pudo servir para todos los mundos que tuviesen necesidad de los méritos infinitos de Jesucristo, ya porque los demás mundos habitados no tenían necesidad de los méritos del Salvador por no haber prevaricado como el nuestro, por la caída original.

IV

La ciencia heterodoxa ha proclamado un nuevo y ruidoso conflicto contra la fe: ha ideado la teoría de la transformación de las especies para negar las creaciones independientes, que parece enseñar el Génesis. Darwin es el santo del positivismo transformista. Él cree que los orígenes de las especies son muy pocos (tres tipos primitivos), si no es uno solamente y que aquellos se han formado por la adaptación de modificaciones que, si mejoran el organismo del ser, supuestos los medios en que ha de desarrollarse, se perpetúan por generación, y cons-

tituyen, unidas á otras que en el porvenir se presenten, la variedad específica. A ésto llama *selección* y en virtud de ella, sólo se propagan los seres más *aptos*, con esa actitud *relativa* de vida que nace de las condiciones exteriores necesarias á su desarrollo.

En *la lucha por la existencia*, según Darwin, la adaptación de modificaciones favorables es el todo para la propagación de las especies: ella hace que una organización más elevada *retroceda* cuando la *especificación* ó nueva variedad de un orden no es conveniente al ser para la competencia por la vida ó *concurrencia vital*. En el desarrollo paulatino de los prototipos del organismo, las desviaciones que marcan menos variación de un ser á otro, son las que primero aparecen, acentuándose éstas lentamente cada vez más, y uniéndose á otras nuevas, hasta constituir los cambios específicos.

Aunque no tenemos espacio para impugnar todo el sistema evolucionista sobre el origen de la vida y sus múltiples manifestaciones en las diversas etapas genesíacas, indicaremos al menos que la teoría transformista ha recibido el golpe de gracia con la demostración científica de la imposibilidad de la heterogenia ó *generación espontánea*, hecha por el sabio Pasteur ante la Academia de Ciencias de París aprobada por ésta (1).

(1) Los experimentos de sabios ilustres han demostrado que los animalillos nacidos en el vinagre ó licor corrompido no son el resultado de la pretendida generación espontánea, pues nacen de gérmenes imperceptibles, de especies de huevos que se hallan en suspensión en el aire y se desarrollan en los medios que les son favorables. La prueba de este hecho es de las más sencillas, la química orgánica ha adquirido la

Además el hecho del *hibridismo* ó infecundidad de los individuos, producto del cruzamiento de dos especies, es un argumento insalvable para la transformación específica.

Pero vamos á preocuparnos del origen del hombre, que es lo importante para la verdad católica. El hombre no es una derivación del *cuadrumano* como afirma el transformismo heterodoxo. En este punto la ridiculez ha sido suma: viajeros ingleses llegaron hasta el punto de decir que en Abisinia existían aun hombres con cola llamados Niams-Niams, término medio entre el negro y el mono; á este descubrimiento se le dió grande importancia. El sabio Mariette abordó de frente la cuestión y descubrió que los tales negros con cola eran ni más ni menos que negros revestidos con la piel de animales muertos

certeza de que la vida animal es absolutamente imposible en una atmósfera cuya temperatura exceda de 80°.

Debajo de dos campanas de vidrio se han colocado dos palanganas que contenían vinagre: la primera campana encerraba aire respirable; la segunda, de que se extrajo el aire por medio de una máquina neumática, había sido seguidamente henchida del aire atmosférico que pasaba á través de un tubo enrojecido por el fuego. Debajo de la primera campana aparecieron los animalillos, y se efectuó, como de costumbre, el pretendido fenómeno de la generación espontánea y heterogénea: debajo de la segunda no apareció animal alguno, porque al pasar por la atmósfera abrasadora se habían quemado los gérmenes, y la albúmina que en gran parte constituye toda sustancia animal, se había desecado lentamente. Idéntico resultado dieron múltiples experimentos verificados con líquidos fermentables. Se empleó el frío como antes se había empleado el calor, y siempre con el mismo resultado. Luego, no hay generación espontánea: luego el hombre y los animales no han podido aparecer por vía de transformación específica. Luego las creaciones específicas provienen de actos independientes de la voluntad divina.

por ellos y cuya cola llevaban pendiente en la parte posterior. ¡En qué ridiculeces cae la crédula impiedad que no cree en la Bíblia!

Y sobre todo, los sabios demuestran que existen entre el mono más humano y el hombre más salvaje diferencias anatómicas y fisiológicas esenciales, aun prescindiendo de la inteligencia y de la libertad. Según el sabio Quatrefages, existe un orden inverso en el desarrollo de la masa encefálica del hombre y la del mono. La región esfenoidal ó base del cráneo, que tanto influye en las funciones del cerebro, se modifica con la edad de un modo *contrario* en ambas especies, especialmente por la amplitud del ángulo de Wirchow, notándose por lo mismo un desarrollo inverso en los lóbulos: asimismo el mono es *trepador* y el hombre *andador*.

Ahora bien: cuando existe desarrollo orgánico contrario que determina un orden inverso respecto al término final de sus funciones, una especie no puede proceder de otra por vía de *evolucion;* que es el error gravísimo cometido por el naturalista Hackel al pretender que el hombre desciende del cuadrumano.

A más: los restos paleontológicos de los organismos intermedios que debieron formar los eslabones de la cadena que, á ser verdadera la teoría de Darwin, uniría á las especies entre sí y al hombre con el simiaco, no aparecen en los terrenos fosilíferos y geológicos.

Los más antiguos restos humanos pertenecientes á la época antidiluviana, revelan organismos idénticos por su estructura y por la adaptación muscular

que suponen las depresiones y apófosis óseas, á los del hombre de la edad presente. La mandíbula humana encontrada en los antiquísimos terrenos de Moulin-Quignon, era de un individuo de raza caucásica, y los cráneos de la gruta de Solutré, de Cro-Magnon y de Bruniquel, recuerdan, por su faz romboidal, el actual tipo mongólico.

¿Dónde, pues, están los conflictos entre la religión y la ciencia sobre el origen del hombre? La teoría evolucionista tan cacareada es un nuevo absurdo opuesto á la ciencia y que sólo ha conseguido demostrar que para combatir á la religion era necesario *bestializar* al hombre.

He delineado esta rápida controversia para demostrar, aunque más no fuera someramente, que no son antitéticas la ciencia y la verdad cristiana, ya que así lo asevera imprudentemente la incredulidad masónica, y para que se note de paso cuán retrógrada es la impiedad dorando con el nombre de ciencia, sólo en odio á la religión, tantos errores para afrenta y rémora del progreso científico.

Lo repito bien alto: la Iglesia no es ni puede ser enemiga de la ciencia, ni del desarrollo del espíritu humano. ¿Cómo había de condenar el catolicismo el progreso de las ciencias, si son católicos sus más grandes representantes, como lo hemos indicado en otro lugar, y cuando ellas son su más brillante apología, añadiendo nuevas pruebas á las de su origen divino?

XXIV

La Revolución francesa de 1789

La Masonería ha declarado que su *fin es el de Voltaire y el de la Revolución francesa: el anonadamiento eterno del catolicismo y hasta de la idea cristiana.* Esta profesión de fe masónica manifiesta evidentemente que el espíritu anticristiano del volterianismo incrédulo es característico tanto de la Masonería como de la decantada *Revolución francesa de 1789*, que tantos elogios ha merecido de los enemigos del catolicismo, reputándosela como la era de la regeneración humana, de las libertades político-sociales y de los derechos del hombre; revolución que hoy anatematizan los verdaderos demócratas por haberse basado en el *Contrato Social* de Rousseau, que *es el evangelio de todas las tiranías*, al decir del publicista Laboulaye; en vez de basarse como *la revolución norteamericana*, en el Evangelio de Jesucristo, que es el código de todas las libertades santas y verdaderas, que no se confunden con la licencia demagógica del liberalismo incrédulo.

Como existen tantos ilusos que al mentar la revolución francesa y la célebre *Convención*, creen citar la era más gloriosa de la civilización; y la misma Masonería se precia de haber contribuido á su realización, mientras, como la califica La Harpe, *es el escándalo de la razón humana*, nos vamos á permitir algunas observaciones como complemento á lo dicho en el C. IX, para demostrar el fanatismo ignorante de los que tanto elogio prodigan á la más grande de las infamias de los tiempos modernos.

Desde luego puede afirmarse que nada de bueno se debe á esa mentada revolución; pues como ha dicho el publicista Tocqueville: «Todo lo que la Revolución francesa ha hecho, estoy persuadido que se habría hecho sin ella.» Pero ésto es poco; es más verdadero afirmar con Garnier de Cassagne: «La revolución, lejos de haber impulsado la civilización, no ha sido otra cosa que una estúpida y sangrienta inutilidad.» Mejor aun y con más exactitud la califica el citado Tocqueville: «La Convención que ha hecho tanto mal momentáneo á los contemporáneos por sus furores, ha hecho un mal eterno por sus ejemplos... la Convención ha creado la política de lo *imposible*, la teoría de la locura furiosa, el culto de la audacia ciega.»

Si investigamos las causas fundamentales de las aberraciones y fracaso de la Revolución francesa, convirtiéndose en el más nefando ejemplo de anarquía, escándalo furioso y despotismo sanguinario, se sabe que fué la perversión de la verdadera reforma político-social debida al espíritu de incredulidad del

filosofismo del siglo XVIII y del *Contrato social*, que al proclamar el derecho del *mayor número* y la libertad ilimitada sin el contrapeso de la moral cristiana, hizo al pueblo incapaz de la libertad política y civil y de gobernarse democráticamente, pues que inoculó la irreligión y legitimó la licencia, convirtiendo las masas en un populacho ingobernable, feroz y salvaje. Se dijo al pueblo: repeled las creencias cistianas; eres libre para hacer lo que tu soberana voluntad quiera y tienes derecho á ello; en vez de decirle: cumple siempre con tu deber si deseas conservar la libertad y el respeto á todos los derechos que constituye la verdadera democracia.

Así es que si se pregunta por qué después de un siglo no ha logrado la revolución implantar el reinado de las instituciones libres, mientras es libre y modelo de constitucionalismo democrático la República de Norte-América, no existe otra respuesta que la dada por dos grandes publicistas:

« La religión ha hecho de la América del Norte lo que es », dice Laboulaye. Y Roger-Collard á su vez dice: « La revolución francesa ha sido impía hasta el fanatismo, hasta la crueldad; y no lo olvidemos, este crimen es, sobre todo, lo que *la ha perdido.* »

Pues es muy cierto y dolorosamente constatado por la historia que en el seno de pueblos que se dejan sin religión, se verifica irremisiblemente que *la libertad ilimitada es,* como dice Thiers, *la sociedad salvaje;* y que *la libertad sin límite, ni regla, cambia de nombre y se llama anarquía,* como afirma Julio Simón. Por eso la Convención

fué una Asamblea de bandidos feroces que ultrajaron la libertad y la dignidad humana de la manera más escandalosa que se haya visto jamás en los tiempos antiguos y modernos. « La filosofía de la Convención, ha dicho el citado Julio Simón, es muy liberal y su política muy opresora; opresora á tal punto, que de todas las tiranías, ella sola ha conservado en la historia el nombre que conviene á las tiranías, y se ha llamado *el terror.* »

Porque era aborto de la incredulidad, ha podido decir Laboulaye de la república francesa: « Hay repúblicas como la de 1793 que no han sido más que *detestables tiranías.* »

II

Vamos ahora á indicar cómo la revolución francesa no hizo más que imposibilitar la reforma pacífica que se venía operando bajo el reinado del mejor de los reyes, Luis XVI. Cederemos el puesto á A. Nicolás, quien se apoya en Quinet, Tocqueville, Raudot, Odilón Barrot y otros, para confirmar lo que vamos á exponer.

En efecto: Luis XVI, más liberal y más reformador antes de 1789 que ninguno de los gobiernos revolucionarios que se han sucedido lo han sido después, se había anticipado ya á los deseos y votos de Francia, hasta tal punto, que un espíritu independiente, Juan Reynaud, ha deducido de aquí, que *nos sería más conveniente hallarnos todavía en vísperas de 1789.* Se llega hasta preguntar si serían necesarios los Estados generales para bien de

la libertad y de todas las reformas con que se honra á la revolución y si no hubiera valido más recibir estas ventajas de la autoridad real.

Pero no sólo es permitido hacer esta pregunta, sino que no es dudosa la contestación afirmativa, como quiera que M. de Tocqueville ha llegado á decir: «Me inclino á creer que, verificada por un déspota la revolución, nos habría dejado tal vez menos mal dispuestos para llegar á ser algún día una nación libre, que no verificada en nombre de la soberanía del pueblo y por éste», pues se convirtió en una anarquía sanguinaria é impía que hizo tan funestas las reformas y ventajas que constituían el ideal de Luis XVI y de los gobiernos constitucionales.

El sufragio universal en manos del liberalismo incrédulo es aun hoy día el más grande de los sarcasmos é hipocrecías políticas; pues bien: Luís XVI, que no era un déspota, y que tenía tan buena fe en sus reformas que jamás se arrepintió de ellas, aun en los tiempos más desfavorables, convidó á la Francia á emitir libremente sus votos, á expresar sus deseos y á realizarlos en los Estados generales. El mismo soberano dió y practicó, cual nunca lo fueron, la libertad de la prensa, de reunion y de libertad electoral. De este libre trabajo salieron las actas ó poderes conferidos á los *Diputados*.

«Cuando vuelvo á leer estas actas de 1789, y veo en ellas cuánto bello y verdaderamente noble, dice Quinet, puso la naturaleza originariamente en el alma de los franceses, desearía que se hiciese una nueva coleccion de estos votos. Los franceses

compararían lo que han llegado á ser con lo que habían prometido ser. ¡Cómo se admirarían de ello! Si alguna vez se suscitara una regeneración verdadera, sería preciso principiar por estos monumentos, que deberían constituir el manual de todo amigo de la libertad.

«¡Cuántos votos que hoy aparecerían demagógicos emanaban de la nobleza y del clero! Un amor verdadero de las clases inferiores no deja al Tercer Estado el cuidado de desear lo más mínimo. No solamente es el impuesto igual, sino que hasta el privilegio se convierte en beneficio del pobre, en el impuesto proporcional y progresivo. Y ¿la enseñanza? El Tercer Estado habla poco de ella, la nobleza se ocupa algo más; pero sobre todo el clero es quien en nombre de la moral, de la civilización y de la patria, solicita el establecimiento en todas las parroquias del reino de una *enseñanza gratuita*. Todas las libertades políticas, gobierno constitucional, reuniones periódicas, leyes hechas por la nacion y sancionadas por el rey, la nacion sola votando el impuesto, descentralización y libertades municipales; todas las libertades civiles: la igualdad de todos ante la ley, la unidad de legislación, la supresión de la jurisdicción de los intendentes, la libertad de defensa, la publicidad en los tribunales, mitigación en las penas, la admisión de todos á los empleos públicos, la libertad religiosa; no hay uno solo de los nuevos principios que no se halle casi en los mismos términos, establecido respecto del sacerdote, del noble ó del plebeyo de 1789.»

Ahora bien: con semejante programa y con el

más generoso de los reyes al frente ¿por qué la revolución se convirtió en una estúpida y sangrienta inutilidad? ¿Por qué tomó un carácter tan despótico, salvaje y sangriento que ha constituido el escándalo de los tiempos modernos? ¿Por qué fracasaron tan hermosos preludios? Porque los principios del 89 eran cristianos y no inspiración de la revolución francesa, que es cosa muy distinta, hija del espíritu de impiedad é irreligión que había inoculado en las masas el volterianismo. Vamos á demostrarlo indicando los hechos más culminantes que evidencian haberse propuesto como fin, el de Voltaire, el anonadamiento del cristianismo, que fué sobre todo lo que la perdió, al decir de Roger-Collard.

Ya desde la borrascosa sesión de la Asamblea constituyente del 4 de agosto se principió por poner los bienes del clero á disposición de la nación, despojándolo de todas sus posesiones para colocarlo en completa dependencia de sus enemigos; y esta medida fué tanto más odiosa cuanto que la generosidad del clero no tuvo émulo; se suscribió á las cantidades erogadas para pagar las deudas del Estado; ofreció el impuesto sobre los bienes de la Iglesia, la extinción de los diezmos que se le debían y la supresión de los censos y de los emolumentos del servicio parroquial. El arzobispo de París, apoyándose en ejemplos anteriores, propuso fundir todos los vasos sagrados que no fuesen necesarios, destinando el producto al aligeramiento de las cargas públicas: nadie ostentó más generosidad que el clero para salvar las penurias del Estado y sin embargo la impiedad consumó el crimen de despojarlo en

nombre de los derechos del hombre y del ciudadano, que acababa de proclamar hipócritamente.

Después en nombre de la libertad se declararon abolidos los votos monásticos, se suprimieron las órdenes religiosas y los revolucionarios se apoderaron de más de dos mil abadías, conventos, prioratos y otros monasterios de religiosos, fundados como asilos abiertos á la virtud y á las ciencias, y lo que es más, se cometieron actos de vandalismo destruyendo al golpe del martillo revolucionario los monumentos antiguos contenidos en ellos, depósitos literarios y otros objetos preciosos. Se dictó la *Constitución civil* del clero, que era cismática, obligando á los sacerdotes jurar su observancia con una tiranía vil y liberticida. Las Breves en que Pío VI la reprobaba y la efigie del Papa paseada por París sobre un asno, fueron quemados públicamente.

Con el objeto de desprestigiar á los sacerdotes y religiosos, ciertos hombres soeces revestidos con ornamentos sacerdotales pronunciaban discursos groseros é impíos en la barra de la Convención, siendo calurosamente aplaudidos. Se permitió el matrimonio á los sacerdotes penando á los Obispos que á ello se opusiesen.

Se hizo aparecer á las monjas de costumbres corrompidas, se pagó á una mujer desvergonzada para que se presentase en la barra de la Asamblea á representar el papel de la *monja libre.* «El furor impío é imprudente de los filósofos jacobinos revolucionarios llegó hasta vestir á unas prostitutas con hábito de religiosas y derramarlas por las calles y paseos públicos, para que con sus ademanes lúbri-

cos denigrasen al estado religioso; pero ¡hay Dios en el cielo! dice de Maistre, ellas mismas se abochornaron, y movidas de no sé qué impulso interior confesaron públicamente que habían sido pagas para aquella farsa.»

La Constitución estableció la libertad de cultos, pero para demostrar que era una medida hipócrita en odio al catolicismo, á pesar de existir templos públicos para los calvinistas y sinagogas para los judíos, se prohibió á los católicos asistir á las iglesias, azotando cruelmente á los que iban; hasta se cometió la barbarie de azotar á tres Hermanas de Caridad que asistieron á la Iglesia de Santa Margarita, muriendo de sus resultas. Se suprimieron las fiestas católicas sustituyéndolas por otras dedicadas á la naturaleza, al género humano, á la libertad, al amor conyugal y otras cosas semejantes: la fiesta de Navidad fué sustituida por la del *perro*, la de San Agustín por la de la *sandía*, la de San Francisco Xavier por la del *rábano* y otras impiedades.

Fué proscrito el culto católico, despedazadas las estátuas é imágenes de los santos, quemadas las reliquias, destruidos y profanados los vasos sagrados, saqueadas y profanadas más de *cincuenta mil* iglesias, capillas y oratorios.

Al decretar la Asamblea la abolición del catolicismo, declaró oficial el culto de la Razón; se negó públicamente la existencia de Dios y el 10 de Noviembre de 1793 se celebró en Nuestra Señora de París la fiesta de la *Razón:* como emblema de esta divinidad se llevó en procesión á una actriz prostituta, adornada con guirnaldas de encina, una pica

en la mano, un gorro encarnado en la cabeza y *un crucifijo á sus pies*, rodeada de los legisladores de la Convención con su presidente á la cabeza y seguida del pueblo. Llegada la procesión á la catedral, la prostituta fué colocada *desnuda* sobre el altar mayor en el lugar del Santísimo. Allí fué incensada, se pronunciaron discursos blasfemos, se cantó la Marsellesa y « los asistentes llenaron el templo con inmundicias, hasta el punto de que por todas partes se marchaba sobre escorias » según refiere Rivaux.

Los más fanáticos enemigos del culto de los Santos, fueron los más ardientes prosélitos del nuevo culto, y veneraron como preciosas reliquias la peluca de Rousseau, la espada de Mirabeau y las pieles del vestido de Voltaire. La catedral fué dedicada á la diosa *Razón* y se mandó que su culto se celebrase en todas las ciudades, villas y lugares de Francia.

Al inmundo y sanguinario Marat se le erigió un altar en Luxemburgo. Ante este altar iba todo París á hincarse: el corazón de Marat estuvo expuesto allí mucho tiempo en medio de flores y de incienso en un vaso de ágata. Allí se cantaban letanías impías que contenían motes como el siguiente:

« Sagrado corazón de Jesús — Sagrado corazón de Marat — Teneis el mismo derecho á nuestros homenajes. »

III

De este inmenso sumidero de basura, de errores, sacrilegios y de crímenes, debía nacer el terror y la guillotina para expiar tanta impiedad, pues jamás

se trastorna impunemente el orden moral, religioso y social.

Los mismos legisladores revolucionarios que habían destruido la Bastilla por ser una prisión, establecieron en Francia más de *cincuenta mil* cárceles y otras tantas Comisiones de seguridad pública para juzgar á los sospechosos en cumplimiento de la ley de 21 de Setiembre de 1793. Proclamaban el respeto á las opiniones ajenas, y hacían dar muerte á los que opinaban por la monarquía y aun á los meramente *sospechosos* porque no salían de sus casas, que allanaban para arrancar las víctimas.

Esos hipócritas, que detestaban á la Inquisición que condenaba después de la discusión jurídica de los delitos, condenaban sin forma de proceso y sin permitir siquiera defensores, invocando la libertad, igualdad y fraternidad. Sólo en París existían *sesenta* Comisiones encargadas de matar con facultades discrecionales y absolutas.

El girondino Riouffe, en las *Memorias de un detenido*, dice: «Era aquello la actividad del infierno: día y noche estaban los cerrojos en movimiento; por la noche llegaban hasta sesenta personas condenadas al suplicio, y al día siguiente eran reemplazadas por otras ciento, á quienes esperaba la misma suerte. . .. Se había cavado un cauce bastante capaz en la plaza de San Antonio, para que diese salida á la sangre. Digámoslo, por horrible que sea: todos los días se sacaba la sangre á cubos, y estaban ocupados cuatro hombres durante las ejecuciones en darle curso por el canal.»

En los solos 18 meses del *terror*, advierte el no-

table escritor Saavedra, de quien hemos tomado la mayor parte de estos detalles, se guillotinaron en París 18,613 personas, entre las cuales hubo 1,135 sacerdotes y 350 religiosos, por el solo delito de ser ministros de la religión.

En Lyón, Callot d'Herbois hacía poner en fila á los ciudadanos á la boca de un cañón, y su placer era ver caer de un solo tiro á cien ó doscientos realistas, aristócratas, moderados ó *sospechosos.* Así mató él sólo *treinta mil* personas.

En Nantes, Carrier inmoló *treinta y dos mil*, entre los cuales hubo trescientos sacerdotes inmolados.

Este Carrier se divertía más bárbaramente en los asesinatos. Al principio, como el fusilar no le proporcionaba bastante placer, ideó el colocar las víctimas en unos botes con válvulas, que abiertas á una señal en el río Loire, las víctimas fuesen sumergidas en el agua, y si trataban de salir, había en ambas orillas del río personas que los obligaban á sumergirse de nuevo; el gusto era verlos batallar contra la muerte. Todavía refinó más su placer, haciendo amarrar por las espaldas á un joven con una señorita y así arrojarlos al agua, á cuyo acto de barbarie llamaban *matrimonio republicano.* Se guillotinaban niños y mujeres en cinta y para apresurar las ejecuciones se incendiaban las cárceles.

Por fin, para no fatigar al lector con tanta barbarie, el barón d'Henrión dice que en esos diez y ocho meses solamente perecieron *más de dos millones* de personas por las armas y los suplicios.

Para confirmarnos en la verdad de que la impiedad perdió á la revolución francesa, convirtiéndola

en el escándalo magno de la humanidad y engendró la más brutal ferocidad en los revolucionarios, véase lo que Garnier de Cassagnac en su *Historia de los girondinos* dice de la sublevación del 10 de Agosto y entrada del pueblo al palacio de las Tullerías, donde estaba el Rey con su familia: «Se pasó todo á cuchillo, soldados, guardias, criados, friegasuelos, cocineros, marmitones. Cuando no quedó ninguna criatura humana, se degollaron los perros. . . . cuando se hubo concluido de matar, robar y romper, los más refinados de aquellos vencedores quisieron llevar más lejos los refinamientos de la infamia y ferocidad humanas: *asaron diez y siete Suizos con el fuego de las grandes chimeneas*, llenas de restos de sillas y muebles: pusieron el corazón de uno en aguardiente y se lo *comieron*;» César Cantú dice también que las mujeres de esa revolución fueron «*leones* en la batalla, *hienas* después de la victoria; mutilaban los cadáveres, les abrían el vientre y se los *comían*. Estaba espantosa Thervigne de Maricourt cuando precedía como capitana á su tropa de mujeres caníbales.»

Con razón, dice César Cantú, esas escenas en que la ferocidad se llevó más allá de lo que podría temerse de los caníbales, y aun de las fieras, *nos harían avergonzar de ser hombres.*

Y esa es la gran revolución que según el liberalismo masónico constituye la más espléndida gloria de la civilización y se la opone por los enemigos de la Inquisición como la era gloriosa de la proclamación de los derechos del hombre, de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad!...

Aprendan los ilusos á conocer la hipocresía de los pomposos programas de la incredulidad liberal.

Aquellos filósofos y legisladores, todos aquellos revolucionarios parece que en la embriaguez de sus vicios, no sólo se habían embrutecido, sino que se habían convertido en monstruos infernales. Así preparó la revolución impía á los pueblos para la reivindicación de sus derechos!

Por eso Burke, coetáneo de la revolución francesa, la califica de delirio de una embriaguez causada por aquel espíritu de fuego destilado en el alambique del infierno»; y como dice de Maistre, también comtemporáneo: «La revolución francesa no se parece á nada de cuanto se ha visto en los tiempos anteriores: *es diabólica por esencia.*» Y no podía ser de otro modo si se recuerda lo que eran sus prohombres. Voltaire y Rousseau, sus predecesores ¿no eran unos pillastres impíos, como se califican ellos mismos mutuamente? Qué era Mirabeau sino un raptor de jóvenes, adúltero, seductor de inocentes, libertino empedernido hasta la muerte, que le vino después de una noche de crápula y de excesos? Los girondinos que constituían el partido más moderado de los dos que se disputaron la dirección de los negocios públicos ¿no fueron unos materialistas ateos, muriendo casi todos en la impiedad, después de una orgía y cantando la *Marsellesa*? Y los jacobinos ¿no eran una jauría de furiosos y corrompidos como Robespierre y Marat, que inundaron de sangre la Francia?

Y esta cloaca de inmoralidad, si hemos de copiar célebres palabras, esos legisladores sin prin-

cipios ni pudor, esas asambleas gobernadas por turbas de asesinos, ese pueblo entregado al mismo tiempo á la tiranía de los demagogos y al desenfreno de ignominiosas pasiones, esa sociedad deslumbrada donde se habían apagado á la vez la luz de la fe y la luz de la razón, ese pueblo delirante y convulso, todo bañado en sangre de inocentes y en el vino de las orgías, ese escándalo de la impiedad más salvaje y de la más ignominiosa corrupción, ¿es ésto lo que se tiene el cinismo de proclamar como la jornada redentora de la libertad de las naciones y del reinado de los derechos del hombre? ¿Es esa la santa revolución ante cuyo recuerdo deben postrarse los pueblos que aspiran al ideal del constitucionalismo y de la grandeza política y civil con que se ha de coronar el progreso de la humanidad?

Por fortuna la Europa de la reacción contra el desorden y el espíritu revolucionario, la Francia de Guizot, de Thiers, de Tocqueville y de Odilón Barrot repudian á la de Rousseau, á la de la Convención, á la de 1793.

IV

Para terminar estas reminiscencias sobre la revolucion francesa, observaremos que anden muy equivocados los que afirman que la revolución norteamericana, verificada poco antes de la francesa, obedece á los principios del *Contrato Social* de Rousseau y al espíritu de liberalismo incrédulo, que desgraciadamente ha cundido en la América latina.

La democracia francesa representó por la ausencia del espíritu religioso, la barbarie cruel y la demagogia, mientras la democracia americana respetó la religión como el primer principio del orden social, fundándose así en las verdaderas instituciones de libertad. A este propósito es sumamente exacto el paralelo hecho por el célebre orador domínico Lacordaire, entre las dos democracias:

« Mientras el americano reconoce la existencia de su propia alma, adora á Dios que le dió el ser, se confiesa deudor á Jesucristo que le ha redimido y reverencia el Evangelio que une al hombre con su Dios; el demócrata europeo (salvas justas excepciones) reduce su fe á creer en la humanidad, y aun esa ha de ser tal cual él se la ha forjado en su cerebro en momentos de ensueño. Este ensueño es su alma, su Dios, su Cristo, su Evangelio. No da cabida en su mente á otra religión por antigua y autorizada que ella sea, sino para perseguirla con encarnizamiento y reducirla á polvo si posible fuere. El americano desciende de unos padres que llevaron la fe hasta la intolerancia, conserva la fe de aquellos y da de mano á su intolerancia. El demócrata europeo tuvo padres faltos de fe, que predicaban la intolerancia; él ha olvidado su intolerancia y recuerda sólo su incredulidad (que nunca es del todo tolerante). El americano no acierta á figurarse un hombre sin una religión íntima, ni un ciudadano sin su correspondiente religión pública. Al demócrata europeo no le cabe la idea de un hombre que ora en el silencio de su corazón y quema incienso en presencia de la multitud.

« La misma diferencia se advierte en lo que concierne á la ley. El americano que tributa respeto á la ley de Dios, acata las leyes humanas, y si alguna de éstas le parece injusta, se contenta con esperar que llegará un día en que será derogada, que cederá al impulso de la persuasión y de los otros medios poderosos que posee la inteligencia humana, de que él echará mano, sin dejar por eso de tributar homenaje á la causa de la justicia. . . . Para el demócrata europeo (salvas las necesarias excepciones) la ley no es más que la voz del pregonero sancionada por la fuerza y que la fuerza puede derrocar. En vano se le dirá que lleva la sanción de todo un pueblo; él está en que cualquier fracción del pueblo y hasta un solo individuo puede oponerle su protesta y hacer trizas por medio de una asonada una hoja de papel, cuya autoridad estriba únicamente en la accidental impotencia en que él se halla de poderla reemplazar por otra más de su gusto.....

Si comparamos, en fin, los resultados, la democracia americana ha fundado un gran pueblo religioso, poderoso, respetado, libre por fin, aunque no sin tachas ni peligros; la democracia europea ha roto los lazos del presente con el pasado, ha sepultado los abusos en medio de las ruinas, ha edificado aquí y allá una libertad precaria, ha agitado al mundo con grandes acontecimientos en vez de renovarlo con sus instituciones; y señora incontestable del porvenir, ella nos prepara, si no se la instruye y se la somete á regla, la infausta alternativa de una demagogia sin fondo ó de un despotismo sin freno. »

¡ Cuánta lección y cuánta verdad en el paralelo

que precede! El liberalismo de la revolución francesa, del cual es una ciega imitación el de las repúblicas latino-americanas, da muerte á la libertad por ser irreligioso. Ese odio al catolicismo como incompatible con las verdaderas instituciones democráticas, es injustificable: es la preocupación de los discípulos de Rousseau y de Mazzini, que piensan se puede ser partidario á la vez de Garibaldi y de Washington.

Julio Simón, que es racionalista, ha dicho con razón: «Dista mucho de ser cierto que el cristianismo sea incompatible con las ideas de emancipación y de igualdad. Basta abrir el Evangelio para hallar en él la carta de la fraternidad universal y la historia de la más grande y de la más bella de las revoluciones sociales. Los nuevos reformadores podían triunfar de la sociedad feudal con las mismas doctrinas y los mismos preceptos que habían vencido al mundo romano.

« Esta grande y sublime religión, que no puede uno cansarse de admirar, cuando *es capaz de c mprenderla*, bastaba para todos los progresos, para todas las legítimas aspiraciones de la humanidad. » Esto es tan verdadero que Tocqueville pinta á los católicos como la porción más adelantada y democrática de la República de los Estados-Unidos.

¿ Cuál es, pues, la causa de que no tomen definitivo asiento las instituciones de libertad en Europa y en la América latina? La incredulidad del liberalismo masónico.

XXV

Epílogo — Conclusión

Vamos á terminar el estudio comparado de la Masonería y el Catolicismo con el presente epílogo; y en virtud de todo lo que hemos expuesto en el presente juicio crítico, basados, no en meras aseveraciones, sino en documentos auténticos de la misma Masonería, podemos afirmar sin que podamos ser desmentidos, que la Institución masónica no es hoy día otra cosa que una asociación escéptica, que admite hasta la *negación científica de la divinidad* y de fines utilitarios; que aparenta respetarlo todo en sus logias, hasta las ideas más contradictorias, por lo mismo que todo le es indiferente siempre que no se oponga á su aspiración, que evidentemente no es *propagar la luz*; puesto que la esconde en el misterio; ni la filantropía, que es meramente *pastoral* y *gastronómica*, sino *la dominación universal* impuesta por la organización del secreto y de las iniciaciones graduales, como *medio de medrar* logrando el monopolio de los puestos públicos.

Sí; la Masonería no es, ni representa otra cosa

que un poder egoísta y absorbente, que se alza contra todos los demás poderes legítimos para dominarlos en su provecho; así en nombre de la tolerancia engendra el indiferentismo y el odio á todas las religiones positivas y, sobre todo, al catolicismo, que no se deja esclavizar por ningun Gran Oriente; y en política representa la aspiración á calzar todos los puestos lucrativos, amoldándose á todos los partidos. ¿Hará propaganda de prosélitos?

Atravesamos una época de egoísmo positivista y de descreímiento universal, y ésto, por lo pronto, debe facilitar mucho la propaganda masónica.

Todos los egoístas vividores y descreídos, buscando su medro personal, se agruparán al rededor de su bandera, pues adivinan con admirable instinto que esa decantada y cacareada Institución no es otra cosa que una *sociedad universal de seguros mutuos*, aunque para medro de los menos, á costa de los más cándidos.

Pero el triunfo de la Masonería tiene que ser efímero: porque no es posible el predominio de asociaciones análogas en épocas de universal progreso, de libertad y de publicidad; y esos tiempos no deben estar muy lejanos: estamos en época de transición. La humanidad ha llegado ya á su mayor edad y con grandes escarmientos para que necesite de los tutores oficiosos de la Masonería que le custodien la verdad: ella sabrá hallarla en sus propios esfuerzos, desenvolviéndose en plena luz. Sólo en el orden sobrenatural, tratándose del conocimiento de verdades superiores, necesitamos de ese supremo magisterio é infalible autoridad que sólo Dios puede conferir,

pero público y popular; y ya sabemos que el divino Salvador Jesús la delegó, no á la secta masónica, sino á la Iglesia Católica.

Lo vuelvo á repetir, si creyendo cumplir un deber sagrado de amor á la Patria y á la Religión, he combatido la institución masónica, no por eso combato ni odio á los masones, me limito á lamentar su deplorable error y nada más, reconociendo que la inmensa mayoría están en él de buena fe, debido á las grandes artimañas de la Orden para ocultar sus fines reales.

Si á algunos de los afiliados han podido ofenderles mis reflexiones sobre la Masonería, ingenuamente les declaro que lo deploro en extremo; pero debo añadir con la misma franqueza, que su aspecto displicente y altivo desdice grandemente de la cacareada tolerancia masónica, y que no me intimida hoy, como no me intimidó ayer, ni me intimidará mañana si nuevamente tuviese que combatir tan funesta asociación para los destinos de la humanidad.

Eso sí, no admitimos que se nos tache de *calumniadores;* el que ésto afirme es un *infame,* porque miente á sabiendas: cabalmente nuestro cuidado permanente al escribir la presente obra ha sido no aseverar cosa alguna sin basarla en algún documento masónico. Lo que he escrito, queda escrito de una manera irrefutable, sin temor de que se levante ninguna de mis afirmaciones.

Por eso debo confesar que termino el presente juicio crítico sobre la Masonería Universal, con profundo sentimiento, no de haberlo escrito, sino por haber tenido ocasión de contemplar cuán astuto es

el espíritu del mal para ocultar nefandos planes, y cuánta corrupción é incredulidad se propaga bajo nombres tan augustos como *ilustración*, *beneficencia y progreso*, enseña de la civilización de los pueblos, prostituida por las innumerables sectas masónicas para *triunfo del mal.*

Como hombre, como católico, como ciudadano, siento profundamente, más de lo que podría manifestarlo, ver y contemplar cómo tantos hombres, perversos unos, engañados otros, cooperan tan eficazmente á la ruina de las costumbres, de la moralidad, de los nobles sentimientos y de la religión, égida sublime de las instituciones sociales y de la felicidad de los pueblos, retardando y gangrenando tan dolorosamente la marcha augusta de la civilización y del progreso.

Esto desconsuela á todo espíritu recto y que sueña en el bien y perfeccionamiento de la sociedad ; y no se vaya á creer que en presencia de tantos esfuerzos y trabajos anticristianos y corruptores, organizados por la Masonería con el propósito deliberado de dar muerte á la Iglesia de Jesucristo, tememos por el porvenir del catolicismo : de ninguna manera; pues si en algún caso ha de servir de algo la inducción histórica, aun prescindiendo de las promesas divinas, diez y nueve siglos de victorias contra los esfuerzos constantes del mal, de la incredulidad y de las pasiones, representados por la coalición de todos los medios humanos atacando á la Iglesia de todos mo os y en todos sentidos, demuestran inconcusamente que el catolicismo es invencible por haber superado todas las clases de pruebas ma-

teriales y morales. Entre los mismos masones más ardientes en la lucha contra la religión, se confiesa la impotencia final de los ataques dirigidos contra la Iglesia.

Voltaire en nombre del filiosofismo del siglo pasado, dominante en la Europa civilizada, prometió la próxima realización del eterno anatema de la incredulidad: « El catolicismo se muere; destruiremos al *infame*, como apellidaban á Jesuscristo; y lo prometió para muy breve plazo, como lo anuncian continuamente los racionalistas plagiarios de nuestros días. Pues bien ¿qué sucedió?

Óigase al *Venerable* de la logia *Fidelidad* de Gante: « En vano con el siglo XVIII nos lisonjeábamos de haber *aplastado al Infame*..... El infame *renace* cada vez *más vigoroso* ». He aquí una blasfemia junto con la afirmación más solemne é imparcial de la indestructibilidad del reinado de Jesucristo en las almas y en el mundo; más aún, de la pujanza creciente del catolicismo.

No teme, por tanto, la Iglesia católica, ni puede temer las amenazas y conjuros de la Masonería. ¿Qué lamentamos, pues? ¿cuál es la causa de nuestro profundo dolor? La degradación de la patria, el desquicio social, el rebajamiento de los caracteres, el retardo de los progresos de la humanidad, el malestar general de los pueblos, perdidos y desorientados por el espíritu de la incredulidad, la corrupción de las masas populares y especialmente la postración de la juventud extraviada é inutilizada como contingente para la civilización por el vértigo racionalista. Al catolicismo no le duele tanto ir á

las catacumbas, al potro, á la hoguera ó á la guillotina, como la pérdida de las almas y la corrupción de las costumbres, porque al fin y al cabo, como ya desde antiguo advertía Tertuliano, la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

El catolicismo no teme ser herido de muerte, pues la misma incredulidad, que califica de *infame* á Jesucristo, se encarga de declarar ante el mundo que *el infame renace cada vez más vigoroso.* El catolicismo no teme las persecuciones: ya las había predicho Jesucristo junto con la promesa de la victoria: «En el mundo padeceréis persecuciones; pero no temáis; yo he vencido al mundo.»

Además la reacción es ley histórica, esa reacción que el exceso del mal produce en las almas y que cual fuego sagrado prende también en los espíritus apáticos é indiferentes. No es aquí el lugar de detenerme en indicar el movimiento colosal que en el sentido católico se está operando en todo el mundo y especialmente en los pueblos más trabajados por la masonería y el racionalismo protestante, Alemania, Inglaterra y Estados-Unidos de Norte-América. El mundo marcha y el Catolicismo triunfa.

Por otra parte, la Masonería decae notablemente y por eso se ha hecho más vocinglera: los hombres notables de la ciencia no le pertenecen, y para las personas verdaderamente serias y sensatas es objeto de risa por su ridiculez extravagante y su pueril ritualismo.

Los masones ya dan compasión. Pretender que se crea seriamente por quien no desea ser engañado que la Masonería se propone la propagación de las

luces, del progreso y de la filantropía!... ¿Cómo?... ¿Para cosas tan santas y simpáticas se había de escoger las tinieblas del secreto, cerrar las logias y envolverse entre misterios y ritos simbólicos? Esto es exigir demasiada candidez en los espíritus pensadores.

Nó; vuestro fin no son las bases ni los destinos de la civilización; vuestro fin es la irreligión, la iniquidad y la perversión social. Y tengo el deber de decíroslo en nombre del derecho y de la sociedad, porque la táctica del secreto no se hermana con la propagación del bien, sino que es y ha sido siempre el manto de las instituciones y planes inmorales y subversivos.

Vosotros decís que la Iglesia es enemiga de las luces y de la civilización y vosotros los amigos; mas ¿por qué es que á pesar de su mala causa la Iglesia no se oculta, y la masonería se cubre en el secreto para fomentar la civilización en el seno de los pueblos civilizados, que no bárbaros?

Mas esperad y no tardará la hora de la vindicta pública y del sentido común. Ya no es época de oscurantismo: vuestro tiempo ya pasa de moda; esa táctica ya es ridícula y sólo podrá engañar á los poco cautos y avisados.

¿Quiere verse hasta dónde llega la farsa hipócrita del liberalismo masónico?

El ex-seminarista y hoy H.·. Renán, jefe de los incrédulos modernos, trata de reunir en un pequeño libro, varios pasajes de sus obras impías y darle e título de *Lecturas piadosas.*

El formato y la encuadernación serán los mismos

que los de los *devocionarios* y su fin es engañar á la gente sencilla y ponerle en manos un libro que poco á poco vaya arrancándole la fe al mismo tiempo que aparente fomentarla.

La idea es verdaderamente diabólica y digna de un dejado de la mano de Dios (como se dice vulgarmente,) cual lo es el infeliz Renán.

Pero pocos serán los que caigan en la trampa. La misma publicación que se ha dado á esta idea del maestro de los incrédulos servirá para poner en guardia á los católicos y no dejarse engañar por las apariencias del nuevo *devocionario* diabólico.

El creciente esplendor de la civilización romperá vuestras tinieblas y secretos. Luz! Luz! Toda institución de oscurantismo debe morir ante las exigencias esplendorosas de la civilización y del progreso: si queréis vivir tendréis que imitar á la Iglesia, salir de vuestros antros y secretos y predicar desde los techos, en la montaña y en el valle, á campo raso y en las selvas.

Por lo demás, sobre el resultado de la lucha que habeis emprendido contra el catolicismo, recordad que el inmortal como el Dios que es su autor, según lo advierte el H.·. Voltaire, que tuvo de ello experiencia. El catolicismo no morirá y continuará su gloriosa existencia contemplando la muerte de los que le preparaban la mortaja; *regni ejus non erit finis:* su reinado no tendrá fin: y si no quereis creer á los profetas de la Biblia, escuchad á un profeta de la ciencia, al filósofo racionalista Jouffroy: «Bien ciegos están los que creen que el cristianismo ha terminado su curso, cuando tantas cosas le resta

por hacer: el cristianismo verá morir la muchedumbre de sistemas que tienen la pretensión de sustituirle. Todo lo que se ha predicho de él se cumplirá, la conquista del mundo le está reservada y será la última de las religiones en el último de los días de la existencia de la humanidad.»

Diciembre 11 de 1881.

M. Soler.

APÉNDICE

APÉNDICE

Dos artículos constituirán el presente Apéndice: el primero dará una idea de la Encíclica del Pontífice León XIII, sobre la Masonería, transcribiendo al efecto casi íntegra la *instrucción* del Ilmo. Sr. Obispo de Martirópolis, Vicario capitular de Santiago de Chile: lo hacemos para honrar con ella nuestro juicio crítico sobre la Masonería y porque contiene una exposición breve y exacta de la Encíclica *Humanum genus*, cuyo texto omitimos para acortar la extensión del presente opúsculo.

El segundo es la transcripción de un artículo que vió la luz pública en un diario de Madrid: es un justísimo reproche á los católicos indiferentes y pusilánimes que nada hacen y nada desean hacer, en presencia del peligro que amenaza con la propagación de tanta doctrina subversiva y de los esfuerzos de la impiedad contra el catolicismo. Reclamamos la atención sobre ambos documentos.

Instrucción sobre la Encíclica «Humanum genus»

I

Dios, dicen nuestros libros santos, *entregó el mundo á las disputas de los hombres.* Pero al propio tiempo, *quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad.* Su infinita sabiduría y su bondad soberana exijían que proporcionase á los mortales medios fáciles y seguros para llegar al conocimiento de las verdades necesarias para alcanzar su inmortal y glorioso destino, y de hecho se los ofreció á todos. En los tiempos antíguos, Dios les reveló esas preciosas verdades. Cuando llegó la venturosa era de gracia, el mismo Hijo de Dios *vino al mundo para dar testimonio de la verdad,* y anunciarle la feliz nueva de su redención. *Dios,* decía San Pablo, *que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien crió tambien los siglos.*

Mas el Redentor del humano linaje no vino á salvar solamente á sus contemporáneos y á sus com-

patriotas, sino á todos los hombres que hubieran de habitar nuestro planeta hasta el fin del mundo. Por lo cual, antes de volver al seno de su Padre, Jesús fundó la Iglesia, en la cual instituyó un magisterio divino, un sacerdocio divino y un gobierno divino. De esta suerte perpetuó en la tierra la enseñanza de la doctrina salvadora y puso al alcance de todos los hombres los altísimos bienes espirituales que nos obtuvo al precio de su sangre adorable.

Los redimidos con ella debemos tener muy presentes las solemnes palabras con que Nuestro Señor trasmitió su poder y su misión á los pastores de la Iglesia. *A mí*, dijo á sus apóstoles y á todos sus legítimos sucesores, « se me ha dado toda potestad « en el cielo y en la tierra: id pues é instruid á « todas las naciones.... enseñándolas á observar « todas las cosas que yo os he mandado: y estad « ciertos que yo estaré continuamente con vosotros « hasta la consumación de los siglos. » En otra ocasión les dijo Jesús: « Como mi Padre me envió, así « os envío también á vosotros; el que os escucha á « vosotros me escucha á mí; y el que os desprecia « á vosotros, á mí me desprecia: y quien á mí « me desprecia, desprecia á Aquel que me ha en- « viado. »

Estas explícitas declaraciones del Fundador divino del cristianismo, por las cuales identifica con su propia autoridad y enseña la autoridad y enseñanza de la Iglesia, dicen elocuentemente que Nuestro Señor Jesucristo no realizó el ideal de su religión sino por medio de la Iglesia, *que ha ganado con su propia sangre.* De suerte que no puede separarse una de

la otra, ni concebirse el cristianismo sin la Iglesia, ni es dado á los hombres profesar el verdadero cristianismo, sin pertenecer y obedecer á la Iglesia de Cristo, á la cual confió la enseñanza de su celestial doctrina, la santificación y salvación de todos los hombres, con la dispensación de todas las gracias y bienes del órden espiritual.

Esa misión benéfica la ha desempeñado fielmente hasta ahora la Iglesia; pero especialmente ha cabido la gloria de realizarla á los jefes de ella, á los sucesores del Príncipe de los Apóstoles: como que á ellos en una manera eminente la confió Nuestro Señor. *Pedro*, ó la cátedra apostólica, fué la *piedra* fundamental sobre la cual *Cristo edificó su Iglesia, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno.* En la persona de San Pedro confirió la plenitud de la potestad espiritual y la plenitud del cargo pastoral á todos los soberanos Pontífices; así como á todos ellos los tuvo presentes cuando dijo á su primer Vicario: *Yo he rogado por tí á fin de que tu fe no perezca.*

Desde el glorioso San Pedro que estableció la cátedra capital del nuevo magisterio en aquella Roma que era el centro del poder, de la ciencia y de la superstición del paganismo, á la cual, como dice San León, « convirtió de maestra del error en discípula de la verdad », hasta el Pontífice que hoy ocupa con tanto honor aquella sede inmortal, la historia dice que los Papas han correspondido noblemente á la misión augusta que les encomendó el Hijo de Dios. Ella es un testimonio perenne y palpitante de los esfuerzos de los Pontífices ora para llevar á las na-

cendientes procura amotinar especialmente contra Jesucristo, quien, con su muerte, « canceló la cédula « del decreto firmado contra nosotros, enclavándola « en la cruz, y despojando » con esto á « los prin« cipados y potestades » infernales, « los sacó vale« rosamente en público, y llevólos delante de Sí, « triunfando de ellos en su propia persona. »

En todos tiempos el infierno ha suscitado enemigos á la Iglesia de Jesucristo. No son otra cosa las herejías. Pero éstas no atacaban sino uno ú otro dogma, esta ó aquella institución del cristianismo. La Francmasonería tiene de particular que amenaza toda la obra de Jesucristo. « En nuestra época, dice la Encíclica, los fautores del mal parece que se han unido en estrecho y poderosísimo esfuerzo, bajo la dirección y auxilio de la sociedad esparcida por todas partes y fuertemente organizada, la sociedad conocida con el nombre de Francmasonería.

Estos, en efecto, sin disimular ya sus intenciones, se excitan entre sí audazmente contra la Majestad de Dios; pública y abiertamente maquinan la ruina de la Santa Iglesia, con el propósito de despojar por completo, si posible fuera, á las naciones cristianas de los beneficios que les mereció Jesucristo Salvador. »

El punto de partida de las doctrinas que apadrina, y trabaja con ardor en hacer prevalecer por todas partes la Francmasonería, es la absoluta negación del órden sobrenatural, el desconocimiento de la revelación divina, de esa fe quo ha salvado y regenerado al mundo.

Esas doctrinas falaces, que se presentan como la

última expresión de la ciencia, están lejos de encontrar su fundamento en la naturaleza y la razón humana, como vanamente pretenden sus partidarios.

Por eso no tienen ideas exactas los Francmasones de la naturaleza de Dios, y aun para pertenecer á las logias no es necesario creer en la existencia del Sér supremo. Desconocen asimismo los fundamentos de la moral y de la diferencia de lo justo y de lo injusto, la Providencia de Dios que gobierna y ha impuesto una ley al hombre, de cuyo cumplimiento depende la consecución de su feliz y eterno destino.

« Así la moralidad, dice el Papa, única cosa que aprueba la Francmasonería y en que pretende educar á la juventud, es la que llaman *cívica*, *independiente*, *libre*, es decir, que no dejan ningun lugar á la religión.

« Ahora bien: cuán insuficiente, cuán falta de solidez y cuán sujeta á todos los caprichos de las pasiones se halla esta moralidad, es fácil verlo por los tristes frutos que ya en parte se conocen. En efecto, donde ha comenzado á reinar con gran libertad y arrancando de su lugar la moral cristiana, al punto se han visto desaparecer la probidad ó integridad de costumbres, fortalecerse las opiniones más monstruosas y correr desbordados los crímenes más audaces. »

En lo tocante á las bases de la sociedad doméstica, segun el Sumo Pontífice, la doctrina de los naturalistas puede resumirse del modo siguiente: « El matrimonio no es sino una especie del género de los contratos, y puede por lo tanto legítimamente disolverse á voluntad de los contratantes: los jefes del

cendientes procura amotinar especialmente contra Jesucristo, quien, con su muerte, « canceló la cédula « del decreto firmado contra nosotros, enclavándola « en la cruz, y despojando » con esto á « los prin- « cipados y potestades » infernales, « los sacó vale- « rosamente en público, y llevólos delante de Sí, « triunfando de ellos en su propia persona. »

En todos tiempos el infierno ha suscitado enemigos á la Iglesia de Jesucristo. No son otra cosa las herejías. Pero éstas no atacaban sino uno ú otro dogma, esta ó aquella institución del cristianismo. La Francmasonería tiene de particular que amenaza toda la obra de Jesucristo. « En nuestra época, dice la Encíclica, los fautores del mal parece que se han unido en estrecho y poderosísimo esfuerzo, bajo la dirección y auxilio de la sociedad esparcida por todas partes y fuertemente organizada, la sociedad conocida con el nombre de Francmasonería.

Estos, en efecto, sin disimular ya sus intenciones, se excitan entre sí audazmente contra la Majestad de Dios ; pública y abiertamente maquinan la ruina de la Santa Iglesia, con el propósito de despojar por completo, si posible fuera, á las naciones cristianas de los beneficios que les mereció Jesucristo Salvador. »

El punto de partida de las doctrinas que apadrina, y trabaja con ardor en hacer prevalecer por todas partes la Francmasonería, es la absoluta negación del órden sobrenatural, el desconocimiento de la revelación divina, de esa fe que ha salvado y regenerado al mundo.

Esas doctrinas falaces, que se presentan como la

última expresión de la ciencia, están lejos de encontrar su fundamento en la naturaleza y la razón humana, como vanamente pretenden sus partidarios.

Por eso no tienen ideas exactas los Francmasones de la naturaleza de Dios, y aun para pertenecer á las logias no es necesario creer en la existencia del Sér supremo. Desconocen asimismo los fundamentos de la moral y de la diferencia de lo justo y do lo injusto, la Providencia de Dios que gobierna y ha impuesto una ley al hombre, de cuyo cumplimiento depende la consecución de su feliz y eterno destino.

« Así la moralidad, dice el Papa, única cosa que aprueba la Francmasonería y en que pretende educar á la juventud, es la que llaman *cívica*, *independiente*, *libre*, es decir, que no dejan ningun lugar á la religión.

« Ahora bien: cuán insuficiente, cuán falta de solidez y cuán sujeta á todos los caprichos de las pasiones se halla esta moralidad, es fácil verlo por los tristes frutos que ya en parte se conocen. En efecto, donde ha comenzado á reinar con gran libertad y arrancando de su lugar la moral cristiana, al punto se han visto desaparecer la probidad é integridad de costumbres, fortalecerse las opiniones más monstruosas y correr desbordados los crímenes más audaces. »

En lo tocante á las bases de la sociedad doméstica, segun el Sumo Pontífice, la doctrina de los naturalistas puede resumirse del modo siguiente: « El matrimonio no es sino una especie del género de los contratos, y puede por lo tanto legítimamente disolverse á voluntad de los contratantes: los jefes del

Estado tienen poder sobre el vínculo conyugal: en la educación no se debe enseñar á los niños una religión especial y determinada.» De esta suerte la Francmasonería es promovedora del matrimonio civil y de la educación atea.

Por lo que hace á la religión, el Vicario de Cristo dice que la Masonería con «largo y tenaz trabajo se esfuerza por reducir á la nada en la sociedad civil el magisterio y autoridad de la Iglesia; y por eso en todas partes pregonan que es del todo necesario separar la Iglesia del Estado. Con esto excluyen de las leyes y de la administración civil la influencia tan saludable de la religión católica; y así es consiguiente que quieran constituir el Estado separado de las instituciones y preceptos de la Iglesia. Y no les basta excluir á la Iglesia que es el mejor guía, sino que también la tratan hostilmente y la ofenden. Por eso se permiten impunemente atacar los fundamentos mismos de la religión católica por la palabra, la pluma y la enseñanza; no perdonan los derechos de la Iglesia ni las prerrogativas con que Dios la ha dotado.»

Con estas y otras pestilenciales doctrinas la Francmasonería socava los fundamentos de la vida moral del hombre, de la vida de familia y de la vida de la sociedad civil. Propagados con habilidad y tesón durante largo tiempo, por diferentes órganos, merced á la especial organización de la secta y al influjo que ha logrado alcanzar entre los que dirijen los negocios públicos, á ellas deben atribuirse las profundas perturbaciones que de un siglo á esta parte vienen experimentando las naciones cristianas, así

como el malestar agudo que ahora generalmente más ó menos las aqueja.

« En el espacio de siglo y medio, dice Leon XIII' la secta de los masones ha hecho progresos mayores que los que se esperaban; é introduciéndose por la audacia y el engaño en todas las clases de la sociedad, ha llegado á ser tan poderosa que ya parece casi dominar en todos los Estados. De esta extensión tan rápida y formidable se han seguido cabalmente para la Iglesia, para la autoridad de los príncipes y para el bien público los males que mucho antes habían previsto nuestros predecesores. Se ha llegado á un estado tal que hay que concebir para lo futuro gravísimos temores, no ciertamente por parte de la Iglesia, que tiene fundamentos demasiado firmes para que la acción de los hombres pueda destruirlos, sino por el estado de aquellas naciones en que tienen un gran poder la secta de que hablamos ú otras asociaciones semejantes, que la ayudan como cooperadoras ó satélites. »

Justamente alarmado el corazón paternal de Su Santidad en vista de los *perniciosos y en extremo amargos frutos* que ha producido el árbol pestífero de la Francmasonería, ratifica y confirma todos los decretos y sentencias de los Papas sus predecesores, para contener sus avances y para alejar ó hacer salir de ella á los cristianos. Y agrega estas sentidas palabras: « Llenos de gran confianza en su buena voluntad, les pedimos y suplicamos por su salvación eterna que se impongan como obligación sagrada no separarse nunca, en una sola línea, de la prescripciones promulgadas á este respecto por la Sede Apostólica. »

Dirigiéndose en seguida á los pastores de la Iglesia, agrega: « En cuanto á Vosotros, Venerables Hermanos, os rogamos y os conjuramos á que uniendo vuestros esfuerzos á los nuestros, empleeis todo vuestro celo en hacer desaparecer este impuro contagio que circula por las venas de la sociedad. Se trata para vosotros de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo; y combatiendo por tan noble causa no os faltarán ni el valor ni las fuerzas. Vuestra misma prudencia sabrá determinar por qué medio podreis triunfar principalmente de todos los obstáculos é impedimentos. Más, ya que Nuestra Autoridad Nos impone por oficio el deber de trazar la línea de conducta que estimamos la mejor, os diremos que en primer lugar, procureis arrancar á la Francmasonería su falsa máscara y hacerla ver tal cual es: que con discursos y cartas pastorales consagradas á esta cuestión, instruyais á vuestros pueblos, dándoles á conocer los artificios que emplea esta secta para seducir y atraer, cuál es la perversidad de sus doctrinas y cuál la infamia de sus acciones. Recordadles que en virtud de muchas sentencias dadas por Nuestros Antecesores, ningún católico si quiere ser digno de este nombre y tener de su salvación el precio que debe, puede bajo ningún pretesto afiliarse á la secta de la Francmasonería. Nadie se deje angañar por sus falsas apariencias de honradez; porque algunos, en efecto, pueden creer que los Francmasones no exigen nada que sea abiertamente contraria á la santidad de la religión y de las costumbres; pero, como todo el principio fundamental de la secta es vicioso y cri-

minal, de ninguna manera es lícito afiliarse á ella ni auxiliarla de modo alguno. »

. . . .

. . . .

IV

El filial afecto y religiosa obediencia del clero y de los fieles al augusto Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, excusan encarecerles el respeto y docilidad con que deben recibir las sabias enseñanzas y los paternales encargos de la Encíclica *Humanum genus*. Es gran felicidad para los católicos el tener, en medio de la Babel de opiniones y sistemas que agitan al mundo, un Maestro infalible que le diga en dónde se encuentra la verdad, cuál es el camino que lleva rectamente á la felicidad y al bien, y sobre qué bases constituyó el legislador soberano de los mortales así la sociedad doméstica como la sociedad civil.

La luminosa exposición de la doctrina católica sobre estas importantes materias que contiene la Encíclica, pone en clarísima luz lo erróneo, funesto y odioso de los sistemas que se afana por implantar la Francmasonería en las naciones cristianas.

Por desgracia la propaganda de esos detestables sistemas es activa en nuestra amada patria. Ignoramos si todos los que los sostienen están afiliados en las logias masónicas; pero indubitablemente sirven á sus designios los hombres públicos, los periodistas y las personas privadas que propalan las doctrinas que, según la Encíclica *Humanum genus*, apadrina la

Francmasonería y son como el *Credo*, el ideal y desideratum social de las logias.

Rogamos á nuestros amados compatriotas, cuyas almas nos están encomendadas, que si quieren poner á salvo el tesoro de su fe, huyan del contagio de las perversas ideas que propaga la Francmasonería en odio á Jesucristo y su Iglesia. Para ello deben evitar especialmente la lectura de los periódicos irreligiosos y el trato frecuente con las personas sin religión.

Entre nosotros, las ideas que apadrina la Francmasonería se vienen propagando por medio de los diarios hostiles á la religión, los cuales no desperdician coyuntura para atacar su doctrina, sus instituciones, sus intereses. La lectura habitual de semejantes escritos debilita insensiblemente el respecto, el amor y la fidelidad á la Iglesia, deja en el entendimiento errores ó dudas peligrosas, y en la voluntad simpatía ó tolerancia por las falsas ideas; todo lo cual trae consigo no pocas veces el naufragio total en la fe.

Porque de ordinario es reducido el número de lectores que tienen la instrucción, el criterio y la disposición de espíritu que se requieren para no contaminarse con un veneno propinado en bajas dosis, por largo tiempo, bajo variadas y seductoras formas.

Por esta razón son responsables ante Dios, ante la Iglesia y ante su propia conciencia, los que haciendo caso omiso de las prohibiciones y encargos de esa solícita madre se alimentan de tales lecturas, así como los que fomentan con sus dineros ese linaje de publicaciones.

No es menos peligroso para la fe el trato con per-

sonas que no la tienen, ó la tienen débil y mezclada de preocupaciones ó errores contra la religión, sobre todo si tienen cierta seriedad de carácter, amenidad de trato, ú otras prendas que les den especial ascendiente.

Los cristianos tenemos en esta materia los altos documentos que legaron á la Iglesia los Apóstoles. El discípulo amado de Jesús y el más ilustre maestro de la caridad escribió esta notable sentencia: « Todo « el que no persevera en la doctrina de Cristo, sino « que se aparta de ella, no tiene á Dios: el que per« severa en ella, ese tiene al Padre ó al Hijo. Si « viene alguno á vosotros y no trae esta docrina, « no le recibais en casa, ni le saludeis. Porque quien « le saluda comunica con sus acciones perversas. »

El Apóstol de las gentes que tenía tanto interés en acreditar entre ellas y hacer simpática la doctrina del cristianismo, decía á los Colosenses: « Estad so« bre aviso para que nadie os seduzca por medio de « una filosofía inútil ó falaz y con varias sutilezas. »

A su discípulo San Tito, á pesar de que por el cargo episcopal parece que podía tratar sin mayor inconveniente con toda suerte de personas, le escribía: *Huye del hombre hereje, después de haberle corregido una ó más veces.* A su otro discípulo el Obispo San Timoteo, le encarga *que evite los discursos vanos y profanos, porque contribuyen mucho á la impiedad*, y en seguida le anuncia que en « los días postreros sobrenvendrán tiempos peli« grosos y se levantarán hombres amadores de sí « mismos, codiciosos, altaneros, blasfemos, desobe« dientes á sus padres, ingratos ... disolutos ... trai-

« dores, protervos, hinchados, más amadores de de- « leites que de Dios; mostrando, sí, apariencias de « piedad, pero renunciando á su espíritu »; y termina mandándole *que se aparte de los tales.*

El Príncipe de los Apóstoles trazaba con pinceladas maestras en su tiempo, el cuadro de los hombres artificiosos que se ocuparían en pervertir la fe de los cristianos.

« Se verán entre nosotros », decía á los fieles, « maestros embusteros, que introducirán con disimulo « sectas de perdición, y renegarán al Señor que los « rescató, acarreándose á sí mismos una pronta ven- « ganza. Muchas gentes los seguirán en sus disolu- « ciones, por cuya causa el camino de la verdad será « infamado; y usando de palabras fingidas harán « tráfico de vosotros por avaricia. Como brutos ani- « males, blasfeman de las cosas que ignoran, pere- « cerán en los vergonzosos desórdenes en que están « sumergidos, recibiendo la paga de su iniquidad, ya « que ponen su felicidad en pasar cada día entre « placeres; siendo la misma horrura y suciedad, re- « goldando deleites, mostrando su disolución en los « convites que tienen con vosotros, como que tienen « los ojos llenos de adulterio y de un continuo pecar.

« Ellos atraen con halagos las almas ligeras é in- « constantes, teniendo el corazón ejercitado en todas « las mañas que supone la avaricia, son hijos de « perdición. Estos tales son fuentes pero sin agua y « nieblas agitadas por torbellinos, para los cuales « está reservado el abismo de las tinieblas. » Esto escribía San Pedro en el capítulo II de su segunda Epístola. En el tercero, penetrando en los misterios

de lo porvenir, decía á los discípulos de Jesucristo: « Estad ciertos ante todas cosas, de que en los últi- « mos tiempos vendrán impostores artificiosos, arras- « trados de sus propias pasiones. Así que vosotros « ¡oh hermanos! avisados ya, estad alerta; no sea « que seducidos de los insensatos vengais á caer de « vuestra firmeza. »

Este lenguaje de los Apóstoles está en armonía con el de Jesús, que también anunció lo que había de suceder en su Iglesia. El Divino Maestro decía: « Aparecerá un gran número de falsos profetas que « pervertirán mucha gente »: y por la inundación « de los vicios se resfriará la caridad de muchos ». « guardaos de los falsos profetas, que vienen á vo- « sotros disfrazados con pieles de ovejas, más por « dentro son lobos rapaces; guardaos de la levadura « de los fariseos, que es la hipocresía ».

En estos nuestros tiempos, en que el indiferentismo religioso tiene tantos apóstoles y prosélitos, y es servido fervorosamente por el respeto humano y el apego á los placeres, honores é intereses mundanales, los cristianos que quieren aprovechar el beneficio de su vocación á la fe, á la Iglesia y al cielo, deben meditar seriamente las precedentes máximas y grabar en lo íntimo del pecho estas declaraciones solemnes de su Creador, su Redentor y su Juez: « nadie puede « servir á dos señores: el que no está conmigo, está « contra mí: el que se avergonzare de mí ó de mi « Evangelio, y no me confesare delante de los hom- « bres, tampoco será reconocido por mí delante de « mi Padre y de sus Angeles. »

Dado en Santiago, el día quince de Octubre, fiesta de Santa Teresa de Jesús, del año mil ochocientos ochenta y cuatro.

JOAQUIN,
Obispo de Martirópolis.

Reproche á los católicos indiferentes

En medio de los elementos disolventes que desgraciadamente se conjuran á favor de la propaganda anti-católica, en el seno de la trabajada sociedad, existe un centro de hombres inactivos, que miran y no ven, que oyen y no escuchan, y que doblegados por la inercia, víctimas de su apatía, de siu 'njustificable abandono, vegetan encerrados en el estrecho círculo de su egoismo sin ocuparse de sus deberes para con Dios, para con su patria, para con su familia, para con sus semejantes: estos hombres se llaman *indiferentes*, y son en realidad miserables *egoistas*.

El indiferente vive aislado entre la multitud, y divorciado de todos los deberes que la religión y la sociedad le imponen: no se ocupa de otra cosa que de sus intereses particulares, y deja marchar impasible los acontecimientos cuando están en armonía con sus cálculos y combinaciones mercantiles. ¿ Qué le importa lo demás? ¿ Qué son la familia, la patria, la religion, los deberes que todos tenemos que cumplir para con nuestros prójimos? ¿ qué son nuestras prácticas piadosas, ni qué esos actos llenos de uncion, de humildad, de fe, en que el pecador deposita en el seno de la religión el enorme

peso de la conciencia para prepararse á recibir arrepentido el Sagrado Cuerpo de Aquel que vertió su preciosa sangre para redimirnos? ¿Qué, ese venerable anciano, Vicario de Jesucristo, Cabeza visible de su Santa Iglesia, augusto representante de Aquel á quien deben esos indolentes católicos el más precioso de los dones, el de la religion de sus mayores, en que han nacido, en que viven, en que sin duda morirán? ¡Nada les dice ver á ese Monarca destronado, pobre, abandonado en medio del torbellino revolucionario, dirigiendo palabras de amor y caridad, de perdon y consuelo hasta los mismos enemigos que con tanta saña le combaten! ¡Su corazón no se conmueve, cuando Europa se agita llena de admiración en torno de esa inalterable calma, de esa abnegación suprema, que hace vacilar á los encarnizados adversarios del Pontificado para descubrirse reverentes ante el noble objeto de sus iras!

¿Qué es para el egoista esa patria que le sostiene, segunda madre cuyo amor debe ocupar también, porque así lo ha dispuesto la sabiduría del Hacedor Supremo, un lugar preferente en el corazón del hombre? ¡La ve saturada de mortal veneno, y no vuela para alistarse en las filas de los sostenedores del órden, propagando las sanas doctrinas, el respeto y obediencia á la autoridad, estrechando los lazos que unen al católico con sus deberes, al hombre con sus semejantes y al súbdito con el monarca! ¿Qué es para el egoista la familia, hermoso centro donde depositamos los más puros afectos del corazón, de donde brotan los tier-

nos y lozanos vástagos que han de formar otra generación heredera de las virtudes ó los vicios de sus antecesores?

¿Qué es esa serie de obligaciones contraídas para con nuestros hijos, obligaciones tan respetables, tan sagradas, que forman los mas sólidos escalones de nuestra cadena social? ¿Qué corazones católicos, qué padres, qué ciudadanos saldrán de tanto abandono? Pero ¿qué significa la educación religiosa, moral é intelectual, para quien sumergido en letargo, en ese indiferentismo tan pernicioso como punible, deja circular sin contradicción todo lo nocivo, todo lo malo, todo lo que corroe y desgraciadamente mina el principio de conservación, de orden, en que se funda la sociedad?

¡Oh egoistas! ¿Qué guardais para el día que arrastrados por el torrente de esa misma propaganda, ante cuyos gritos cerrais los oídos; propaganda impía que todos los lazos relaja, propaganda sacrílega que ataca la más sagrada de todas las instituciones, propaganda maquiavélica que marcha derecha á su objeto sembrando la desmoralizacion, la confusión, el desorden; qué aguardais; decimos, para cuando, como un torrente impetuoso, veais que ha producido el desbordamiento, arrastrando vuestros hijos, destruyendo el equilibrio social, introduciendo la duda y el error donde, gracias á la Divina Providencia, sólo ha resplandecido la verdad, y precipitándoos á vosotros mismos en el abismo?

¿Por qué habeis de dormir descansadamente en la justicia de la causa que reconoceis en el fondo de vuestro corazón cuando veis que las doctrinas

ponzoñosas han cundido, y estas ideas, por extrañas, por anti-católicas, por repugnantes, por extravagantes que sean, han tomado forma, se han *materializado*, á favor de vuestra apatía, de vuestro abandono, de vuestra cobarde indiferencia?

¿Por qué lo dejais todo para mañana, cuando entonces tendreis que luchar uno contra ciento?

Dejais que el error se propague y os admirais de que crezca, se multiplique, se agrupe, formando un todo fuerte, compacto, en el seno mismo de la sociedad; contemplais que se infiltra hasta en el seno de vuestras familias sembrando su funestísima semilla á favor de la novela, del drama, del periódico; comprendeis todo el daño que hace, todo el veneno que vierte en el corazon del pueblo, y no os aprestais á proclamar y defender la verdad.

No se concibe que hombres dotados de una inteligeacia clara, vean tranquila é indiferentemente pasar ese cúmulo de males sin prepararse para combatirlos: no; ¡porque suponer en todos los hombres las cualidades de que uno mismo carece, el cumplimiento de unos deberes que no sabemos acatar y cumplir, la fuerza de voluntad de que, acaso, carecemos, es vivir en el más lamentable de los errores, en la más injustificable de las ilusiones! Para cada nuevo error, se dice, hay un libro, un periódico, un folleto, que sostiene las buenas doctrinas, atrayendo prosélitos.

Pero aun dado caso de que así fuera, ¿qué es para el egoista ese libro, ese periódico, ese folleto, sino lo compra, ni lo propaga, ni lo maneja?

Desengañaos, egoistas; dejar que el error, al pa-

recer pequeño, se convierta en monstruo colosal que todo lo mine, que todo lo corroa, que todo lo destruya, es favorecerlo, es ayudarlo, es servirlo, es mostrarse húmilde, servil, ciego instrumento del mal.

El trastorno que ideas tan perniciosas como impracticables han causado, es notorio: la sed devoradora de placeres, de nuestra generación, la espectativa del opíparo banquete que ofrece á sus adeptos, el prodigioso número de ofertas con que se les halaga, son demasiado incitantes para el que ignora, para el que no prevé, parà aquellos, en fin, que no tienen fortalecido su espíritu con el dulcísimo elixir de la moral cristiana. Por eso debemos reunirnos; por eso debemos verter en todos los corazones ese gratísimo bálsamo de la Religion que todo lo cura: que fortalece el espíritu á pesar de todas las vicisitudes humanas.

Si los hombres del error se unen para propagarlo, unámonos, pues, todos los católicos para combatirlo: si ellos á favor de las tinieblas forman sus asociaciones, asociémonos también, bajo el dulcísimo nombre de Jesús, pero á la clara luz del día, para destruir el tenebroso influjo de sus imaginaciones: si á la prensa apelan, apelemos á la prensa: si la baratura de sus libros es el medio de que se sirven para ponerlos al alcance de todas las fortunas, demos gratis los nuestros, ó á precio tan reducido que á todos alcance, que á todas las manos lleguen. Esa es nuestra misión, ese el apostolado que en nuestro siglo de combates nos toca cumplir; ese es el camino más corto para destruir los errores que, propagados por el celo satánico de unos y favore-

cidos por la apatía de otros, se han arraigado en nuestro suelo.

Desaparezcan el egoismo y la indiferencia; los hombres que ayer dormían, despierten hoy; los que se aislaban agrúpense llenos de celo y religiosa abnegacion para combatir con valor y recobrar el terreno perdido; el tiempo vuela, el mal se propaga en Europa, la civilización moderna adolece de grandes extravíos, el libre exámen extiende sus rebeldes teorías, el racionalismo empieza á invadir una considerable parte de nuestra sociedad; los que á la sombra de sus falsas doctrinas pretenden medrar sobre las ruinas de lo más respetable, de lo más augusto, de lo más sagrado: los que pretenden el triunfo de la razón sobre Dios, los que impíamente establecen cátedra sobre el más repugnante materialismo, ¿creeis que desperdiciarán el tiempo que les dejais libre?

¿Considerais suficientemente ilustrados en la verdad católica á vuestros hijos, para resistir con éxito la perniciosa influencia que les rodea, cuando los habeis abandonado, al mismo tiempo que sois frios espectadores de los sucesos? Dejad que nuestra generación exclame con un escritor socialista: «que los hijos no están sugetos por ningun lazo natural á sus padres sino mientras tienen necesidad de ellos para su conservación», y vereis cuán pronto desaparecen los vínculos de la familia; dejad que la juventud blasfeme públicamente de Dios y de sus Santos, y vereis entronizado el más impío racionalismo; dejad, en fin, que el libre exámen pasee insolente su bandera por nuestros pueblos, y vereis como desaparece la unidad social y la civilización.

APÉNDICE SEGUNDO

APÉNDICE SEGUNDO

El H.·. Bertrand y Napoleón Bonaparte. — Reflexiones sobre la Divinidad Jesu-cristo.

Nadie ignora los esfuerzos supremos hechos por la Masonería para quitar á Jesucristo la aureola de la divinidad y desprestigiar el cristianismo considerándole como una de las múltiples creaciones religiosas del fanatismo de las edades. El H.·. Voltaire no titubeó en apellidar á Jesucristo con el más sacrílego mote *el infame*; el H.·. Strauss le calificó de *mito* y el H.·. Renan pretendió reducirle á las simples proporciones de un *genio incomparable* negando empero que fuese el Verbo encarnado, el *Hombre-Dios*. Y de tal manera se ha extraviado el criterio de la mayor parte de los eruditos á la violeta, escritores y críticos improvisados, filósofos racionalistas y doctrinarios liberales, que se hace necesario insistir aunque más no sea someramente sobre las pruebas de la divinidad de Jesucristo; y ya que la Masonería se esfuerza en confundir al cristianismo con las demás religiones falsas colocándole en la misma categoría del Brahamanismo, Buddismo, Mazdeismo y demás religiones antiguas, indicaremos las consideraciones

que hacen resaltar la divinidad del cristianismo por poco que se reflexione con espíritu levantado: están al alcance de todo el mundo: basta que se haga uso de un poco de buena fe.

La obra que escribimos no es un tratado teológico, por eso preferiremos exponer esas pruebas de la manera más adaptada á las personas de simple buen sentido, cediendo la palabra al gran Napoleón en sus reflexiones sobre esta materia con ocasión de las objecciones del H.·. Bertrand: le preferimos para honra de la memoria del prisionero de Santa Elena y porque dilucida con naturalidad y destreza suma las objecciones que vulgarmente oponen los racionalistas contra la divinidad de Jesucristo: estamos ciertos de que se leerán con gusto, por ser un rasgo sublime de ese genio colosal.

La relación que vamos á insertar (1) es una prueba más del hecho de que ningún hombro de genio que haya meditando concienzudamente sobre sobre el *Hijo del hombre* ha dejado de caer á sus piés y decirle con el hijo de Jonas ó con el Centurion: « *Tu eres verdaderamente el hijo de Dios.* »

Se hablaba bastante á menudo en Santa Elena de religión.

Un dia, se trataba de un tema muy elevado; se disertaba sobre la divinidad del Cristo. Napoleón defendía la veracidad de este dogma con los argumentos y la elocuencia de un hombre de genio.

(1) Tomada de la obra: *Sentimientos de Napoleón sobre el cristianismo, conversaciones religiosas recojidas en Santa Elena.*

El general Bertrand era entonces su antagonista y el que le llevaba la contra.

—«No concibo, Sir, dijo, que un gran hombre como vos pueda admitir que el Ser Supremo se haya mostrado jamás á los hombres bajo una forma humana, con un cuerpo, una cara, una boca y ojos, en fin, semejante á nosotros. Que Jesús sea todo lo que se quiera, la más vasta inteligencia, el corazón más moral, el legislador más profundo, y sobre todo el más original que haya jamás existido, lo concedo; pero es simplemente un hombre que ha adoctrinado discípulos, seducido gentes crédulas, como Orfeo, Confucio, Brama. El Dios judío ha renovado el prodigio de los tiempos fabulosos; ha destronado, reemplazando, las divinidades griegas y egipcias.

Un gran hombre sucediendo á otros grandes hombres, Jesús se ha hecho adorar, porque, antes que él, sus predecesores, Isis y Osiris, Júpiter y tantos otros, tuvieron el orgullo de hacerse adorar.

Tal ha sido el ascendiente de Jesús sobre su época, el ascendiente de esos dioses, de esos héroes de la fábula. Si Jesucristo ha apasionado y uncido á su carro las muchedumbres, si ha revolucionado el mundo, no veo en ello sino el poder del genio y la acción de una gran alma que invadió el mundo por la inteligencia, como han hecho tantos conquistadores, Alejandro, César, como vos, Sir, ó Mahoma lo hizo con la espada.»

Napoleón respondió:

—Conozco á los hombres; y os digo que Jesús no es un hombre.

Los espiritus *superficiales* ven una semejanza entre el Cristo y los fundadores de Imperios, los conquistadores y los dioses de otras religiones. Esta semejanza *nó existe.* Hay entre el cristianismo y cualquier otra religion una distancia infinita.

Cualquiera individuo resolvería la cuestión como yo, con tal que tenga un verdadero conocimiento de las cosas y la experiencia de los hombres.

Quién de nosotros, al encarar con ese espíritu de análisis y de crítica que poseemos, los diferentes cultos de las naciones, no podrá decir á sus autores:

Nó, vosotros no sois ni dioses, ni agentes de la divinidad: nó, vosotros no tenéis ninguna misión del cielo. Vosotros sois más bien los misioneros de la mentira; de seguro que vosotros habéis sido formados con la misma arcilla que el resto de los mortales. Vosotros poseeis vicios y pasiones que os son inseparables, á tal punto que ha sido necesario deificarlos con vosotros. Vuestros templos y vuestros sacerdotes proclaman vuestro orijen. Vuestra historia es la de los inventores del despotismo. Si exigisteis de vuestros súbditos el culto y los honores que no son debidos sino á Dios, fuisteis inspirados por el orgullo inherente al rango supremo. Y ciertamente que no fue ni la libertad ni la conciencia que os obedecieron entonces, sino la bajeza y la superstición; hé ahí vuestros primeros adoradores.

Este será el juicio, el grito de la conciencia, de cualquiera que interrogue á los dioses ó los templos del paganismo.

Reconocer la verdad es un don del cielo y el carácter propio de un espíritu superior; pero no hay persona que no pueda rechazar desde el primer momento la mentira. Lo que es falso y repugna se conoce á simple vista.

Pues bien! se levanta un cúmulo, creciendo sin cesar, de objecciones contra la verdadera religión. Sea así. ¿De dónde proviene que no se hace ninguna contra las falsas? Es que, sin titubear, todo el mundo las cree falsas.

Jamás el paganismo fué aceptado como verdad absoluta por los sabios de la Grecia, por Pitágoras ó por Sócrates, por Platón, por Anaxágoras ó por Pericles. Estos grandes hombres se recreaban con los relatos del buen Homero, como con las visibles imaginaciones de la fábula, pero no los adoraban.

Acontece todo lo contrario, después de la aparición del cristianismo, los espíritus más elevados han tenido fe, y una fe viva, una fe práctica en los misterios y en los dogmas del Evangelio, no solamente Bossuet y Fenelón, quiénes se encontraban en las condiciones de los predicadores, sino Descartes y Newton, Leibnitz y Pascal, Corneille y Racine, Carlo Magno y Luis XIV. De donde proviene esta singularidad, que un símbolo tan misterioso y oscuro como el símbolo de los apóstoles haya sido aceptado con un profundo respeto por nuestros más grandes hombres, mientras que las teogonías desenterradas de las leyes de la naturaleza y que no eran sino esplicaciones sistemáticas del mundo, no han podido imponerse á ningun hombre instruido? Quié-

nes son los que han maldecido más al Olimpo pagano, sino los mismos paganos?

La razón es muy natural; detrás del velo de la mitología, un sabio percibe en seguida la marcha y las leyes de las sociedades nacientes, las ilusiones y las pasiones del corazón humano, los símbolos y el orgullo de la ciencia.

La mitología es la religión de la fantasía. Los poetas, deificando sus sueños, siguieron la pendiente natural de nuestro espíritu, que exajera su potencia hasta adorarse á sí mismo, porque ignora sus límites.

Todo esto es humano, todo está diciendo á voces: Soy la obra de las criaturas. Eso salta á la vista, todo es imperfecto, incierto, incompleto; las contradicciones hormiguean.

Toda esta maravilla de la Fábula alhaga á la imaginación, pero no satisface á la razón. No es con metáforas ni con la poesía que se puede esplicar á Dios, que se habla del oríjen del mundo ó que se revelen las leyes de la inteligencia.

El paganismo es obra del hombre.

Esos dioses tan mentados, esos legisladores griegos ó romanos ¿qué saben más que los demás mortales? esos Numa, esos Licurgo, esos sacerdotes de la India ó de Memfis, esos Confusio, esos Mahoma? Absolutamente nada. Han hecho un verdadero caos de la moral; pero hay alguno de entre ellos que haya dicho algo nuevo que se relacione con nuestro destino futuro, con nuestra alma, con la esencia de Dios y de la creación? Los teósofos no nos han enseñado nada de lo que nos conviene

saber, y no conservamos de ellos ninguna verdad esencial.

II

Problema: verdad primitiva que se remonta al origen del hombre, que se encuentra en todos los pueblos, escrita por el dedo de Dios en nuestra alma: la ley natural, de la que se deriva el deber, la justicia, la existencia de Dios, el conocimiento de que el hombre es un compuesto de un espíritu y un cuerpo.

Una sola religión acepta plenamente la ley natural, sólo una se apropia los principios, sólo una basa en ellos una enseñanza perpetua y pública. ¿Cuál es esa religión? El Cristianismo.

La ley natural era, por el contrario, desconocida á los paganos, desfigurada, modificada por el egoísmo, dependiente de la política, se la toleraba, pero no se la reconocía ningún carácter sagrado. Esta ley no tenía ni templos, ni sacerdotes, ni otro asilo que el lenguaje, donde Dios la conservaba por una sabiduría de su providencia.

La mitología es un templo consagrado á la fuerza, á los héroes, á la ciencia, á los beneficios do la naturaleza. Los sabios no tienen allí sitio; en efecto, los sabios son los enemigos naturales de esta idolatría que diviniza la materia.

Penetrad también en los santuarios; no encontrareis allí ni el orden ni la armonía, sino un verdadero caos, mil contradicciones, la guerra entre los dioses, la inmoralidad de la escultura, la división y

negación de la unidad, el desmembramiento de los atributos divinos, alterados ó negados en su esencia, los sofismas de la ignorancia y de la presunción, las fiestas profanas, el triunfo de la bacánal, adoradas la impureza y la abominación, todas las clases de corrupción entre espesas tini[illegible] trozo de madera podrida, el ídolo y sus sacerdo[illegible].. ¿Es acaso eso lo que glorifica á Dios ó lo que lo deshonra? ¿Y son esas las religiones y los dioses que se pueden comparar con el Cristianismo?

Lo que es por mí, digo que nó. Cito al Olimpo entero ante mi tribunal. Juzgo á los dioses, pero estoy lejos de prosternarme ante sus vanos simulacros. Los dioses, los legisladores de la India y de la China, de Roma y de Atenas, no tienen nada que puedan imponerme. No quiere esto decir que sea yo injusto para con ellos! nó, los aprecio, porque conozco su valor.

Sin duda alguna, los príncipes cuya existencia se fija en la memoria como una imagen del órden y del poder, como un ideal de la fuerza y la belleza, no fueron hombres ordinarios. Pero también es necesario tener presente en estos resultados la ignorancia en esas primeras edades del mundo.

Esa ignorancia fué grande, porque los vicios fueron adorados á la par que las virtudes; era tal el papel principal que la imaginación tenía en esta seducción curiosa! Así es que la violencia, la riqueza, todas las señales del orgullo del poder, el amor del placer, la voluptuosidad sin freno, el abuso de la fuerza, son los caracteres salientes de la biografía de los dioses, tales como la Fábula y los poetas

nos los presentan y que nosotros no hacemos sino una relación verídica.

No se ve en Licurgo, Numa, Confucio y Mahoma, sino legisladores que teniendo el primer puesto en el Estado, han buscado la mejor solución al problema social; pero no veo nada en ellos, que revele á la Divinidad; ellos mismos no se han elevado á pretensiones tan altas.

Es evidente que es solamente la posteridad la que ha divinizado á los primeros déspotas, héroes, príncipes de naciones ó institutores de las primeras repúblicas. Para mí, reconozco que los dioses y esos grandes hombres son de la misma naturaleza que la mía. Su inteligencia, con todo, no se distingue de la mía sino en cierta manera. Han desempeñado en su tiempo un gran papel, como lo he hecho en el mío. No hay nada en ellos que nos anuncie que son seres divinos; al contrario, veo que entre ellos y yo, existen muchas relaciones y descubro semejanzas, debilidades y errores comunes que les acercan á mí y á la humanidad. Sus facultades son las mismas que yo poseo; no hay más diferencia entre ellos y yo que el uso que hemos hecho de ellas, según los diferentes fines que nos hemos propuesto, y según el país y las circunstancias.

No sucede lo mismo con el Cristo. Todo en él me sorprende; su espíritu me abisma y su voluntad me confunde. Entre él y cualquier otro personaje del mundo no hay término posible de comparación. Es verdaderamente un ser aparte: sus ideas y sentimientos, la verdad que anuncia, su manera de convencer, no se explican ni por la organización humana ni por la naturaleza de las cosas.

Su nacimiento y la historia de su vida, la profundidad de su dogma que llega verdaderamente á la cima de las dificultades, y de las cuales es la más admirable solución su Evangelio, la singularidad de ese ser misterioso, su aparición, su imperio, su marcha al través de los siglos y de los reinados, todo es para mí un prodigio, no sé qué misterio insondable. . . . que me sumerge en un sueño del cual no puedo salir; misterio que está ahí, bajo mis ojos; misterio permanente que no puedo negar, y que tampoco puedo explicarme.

En esto no veo nada del hombre. Cuanto más me acerco á ello, cuanto más lo examino de cerca, todo está muy por encima de mí, todo es grande, pero de una grandeza que me anonada, y cuanto más reflexiono, menos me doy cuenta de nada . . .

Su religión es un secreto que le pertenece por entero y proviene de una inteligencia que ciertamente no es la inteligencia del hombre. Hay en ella una originalidad profunda que crea una serie de palabras y de máximas desconocidas. Jesús no toma nada de ninguna de nuestras ciencias.

No se encuentra sino en él absolutamente la imitación ó el ejemplo de su vida. No es tampoco un filósofo, puesto que procede por los milagros, y desde el comienzo sus discípulos son sus adoradores. Los persuade más bien por un llamado al sentimiento que por un explayamiento fastuoso de método y lógica; tampoco les impone ni los estudios preliminares, ni el conocimiento de las letras. Toda su religión consiste en creer.

En efecto, las ciencias y la filosofía no sirven de

nada para la salud, y Jesús no vino al mundo sino para revelar los secretos del cielo y las leyes del espíritu. Así es que él todo lo refiere al alma, y no se ocupa sino de ella, y es á ella solamente á quien ha traído su Evangelio. El alma le basta así como él basta al alma. Hasta que él apareció, el alma no era nada, la materia y el tiempo eran los dueños del mundo. Á su voz, todo entró en el orden. La ciencia y la filosofía no son sino un trabajo secundario. El alma ha vuelto á conquistar su soberanía. Todo el aparato filosófico ha venido al suelo como un edificio en ruina por una sola palabra : LA FE.

¡Qué Maestro, qué palabra, la que opera una revolución tal! ¡con qué autoridad enseña á los hombres la oración! ¡él impone sus creencias! y esto nadie puede contradecirlo, primero porque el Evangelio contiene la moral más pura, y después porque el dogma, en lo que es oscuro, no es otra cosa que la proclamación y la verdad de lo que existe allá donde ningún ojo alcanza á ver y á donde ningún raciocinio puede llegar.

¿Quién será el insensato que niegue al viajero intrépido que relate las maravillas de los picos nevados que sólo él ha tenido la audacia de visitar? El Cristo es ese viajero intrépido. Se puede seguir siendo incrédulo, sin duda alguna, pero no se puede decir: ESO NO ES ASÍ, *no es cierto.*

Consultad á los filósofos sobre esas cuestiones misteriosas que son la esencia del hombre y también la esencia de la religión; ¿cuál es su respuesta, cuál es el hombre de buen sentido que haya jamás com-

prendido nada en los sistemas metafísicos tanto antiguos como modernos, que no son en verdad sino una ideología vana y pomposa, sin ninguna relación con nuestra vida doméstica, con nuestras pasiones? Sin duda, á fuerza de trabajo y reflexionar, se llega á conseguir la clave de la filosofía de Sócrates y Platón; pero para ello se necesita ser metafísico, y á más de algunos años de estudios, es preciso tener una aptitud especial. Pero para llegar á comprender el Cristianismo no se necesita sino el buen sentido, el corazón, y un espíritu recto.

La religión cristiana no es ni una ideología ni una metafísica, sino una regla práctica que dirige las acciones del hombre, que lo corrige, le aconseja y lo ayuda en toda su conducta.

La Biblia ofrece una serie de hechos y de hombres históricos, para explicar el tiempo y la eternidad, de una manera tal que, ninguna otra religión ha llegado á ofrecer: si ella no es la verdadera religión, queda uno excusado al equivocarse de esa manera, porque todo ello es grande y digno de Dios.

Busco en vano en la historia alguien que se asemeje á Jesucristo, ó algo que se aproxime al Evangelio. Ni la historia, ni la humanidad, ni los siglos, ni la naturaleza me ofrecen nada con que compararlo ó explicarlo. En él todo es extraordinario; cuanto más lo considero, más me afirmo en la creencia que no hay nada en él que no esté por encima del orden de las cosas y no sea superior al espíritu humano.

Los impíos no han osado jamás negar la sublimidad del Evangelio, el que les inspira una especie de veneración forzosa.

¡Qué bienestar procura ese libro á los que creen en él! ¡cuántas maravillas admiran los que en él han meditado!

En él todas las palabras están unidas entre sí y son solidarias las unas de las otras, como las piedras de un mismo edificio.

El espíritu que liga las palabras entre sí es un cemento divino que á cada paso descubre el sentido ó la oculta al espíritu. Cada frase tiene un sentido completo, que demuestra la perfección de la unidad y la profundidad del conjunto; libro único donde el espíritu encuentra una belleza moral desconocida hasta entonces, y una idea de lo infinito superior á la misma que sugiere la creación! ¿Quién sino Dios podía producir ese tipo, ese ideal de perfección igualmente exclusivo y original, que nadie puede criticar, ni agregar, ni separar una sola palabra: libro diferente de todo lo que existe, absolutamente nuevo, sin igual que le preceda como tampoco igual que le suceda?

III

Hablais de Confucio, de Zoroastro, de Numa, de Júpiter y de Mahoma; pero hay entre ellos y el Cristo esta diferencia, que todo lo que él ha hecho ha sido obra de un Dios, mientras que por el contrario, no hay nada en ellos que no sea obra del hombre. La acción de los mortales fué circunscrita á su vida, y fué durante su vida que establecieron su culto, ayudados por las pasiones, por la fuerza y el favor de los acontecimientos políticos.

El Cristo espera todo de su muerte; ¿es esa acaso la invención de un hombre? Nó; por el contrario, es una marcha extraña, una confianza sobrehumana, una realidad inexplicable! Contando apenas con algunos discípulos idiotas, el Cristo fué condenado á muerte; su muerte es objeto de la cólera de los fariseos, judíos y del desprecio de su nación, abandonado y negado por los suyos.

¿Y cómo podía acontecer de otra manera á aquel que había predicho lo que sucedería?

Me prenderán, me crucificarán (decía él); seré abandonado por todo el mundo, mi primer discípulo me negará al comienzo de mi suplicio, dejaré que los malvados obren; pero después, habiendo satisfecho á la justicia divina, habiendo expiado el pecado original por medio de mi suplicio, la unión del hombre con Dios será renovada, y mi muerte será la vida de mis discípulos. Entonces serán más fuertes sin mí que conmigo, puesto que me verán resucitado; subiré al cielo y de allí les enviaré un Espíritu que los instruirá: el espíritu de la cruz les hará comprender mi Evangelio; en fin, ellos creerán en él, lo predicarán y lo harán aceptar por el universo entero.

Y esta promesa loca, tan bien llamada por San Pablo *la locura de la cruz;* esta predicción de un miserable crucificado, se ha llevado á cabo cumplida y literalmente. . . . Y la manera como se realizó es quizás más prodigiosa que la promesa.

No es ni en un día ni en una batalla que han decidido. ¿Es acaso la vida de un hombre? Nó; es una guerra, un largo combate de trescientos años,

empezado por los apóstoles y mantenido por sus sucesores y la falange sucesiva de generaciones cristianas. Comenzando por San Pedro, los treinta y dos obispos que le sucedieron en el primado fueron martirizados como lo fué él. Así es que durante tres siglos, la *cátedra* romana fué un cadalso que ofrecía la muerte al que fuera llamado á ella. Y con raras excepciones los demás obispos, durante este período de trescientos años, tuvieron un fin mejor.

En esta guerra se encuentran de un lado todos los reyes y todas las fuerzas de la tierra, y en el otro no veo ejércitos, pero sí una energía misteriosa, algunos hombres diseminados acá y allá, en todas las partes del mundo, no teniendo más signo de unión que una fe común en el misterio de la cruz.

¡Qué símbolo extraño! los discípulos se han armado con el instrumento del suplicio del Hombre-Dios. Llevan por el universo, la cruz, unida á su convicción, llama ardiente que se propaga de uno á otro polo. « El Cristo, Dios, dicen ellos, ha muerto por la salud de los hombres. » ¡ Qué lucha, qué tempestad levantan estas simples palabras en derredor del humilde estandarte que sirvió de suplicio al Hombre-Dios !

¡Qué cantidad de sangre derramada en ambas partes ! ¡qué encarnizamiento ! Pero de un lado están la cólera y todos los furores del odio y la violencia; del otro, la dulzura, el valor moral, una resignación infinita. Durante trescientos años el pensamiento lucha contra la brutalidad de las sensaciones, la

conciencia contra el despotismo, el alma contra el cuerpo, la virtud contra los vicios. La sangre de los cristianos corre á mares. Mueren besando la mano de quien reciben la muerte. El alma es la única que protesta, mientras que el cuerpo es entregado á todas las torturas. Por todas partes los cristianos sucumben, y por todas partes son ellos los que triunfan!

Vos hablais de Alejandro y de César, de sus conquistas y del entusiasmo que supieron despertar en el corazón del soldado para llevarlo consigo á expediciones aventuradas; pero es preciso reconocer ahí el precio del amor del soldado, el ascendente del genio y de la victoria, el efecto natural de la disciplina militar y el resultado de una dirección hábil y legítima. Pero ¿cuántos años duró el imperio de César? ¿Por cuánto tiempo mantuvo el entusiasmo de los soldados, Alejandro? Disfrutaron de estos homenages un día, una hora, durante el tiempo de su mando ó cuando más lo que duró su vida, según los caprichos del número y de la suerte, según los cálculos de la estrategia, en fin, según los percances de la guerra. . . . Y si la victoria infiel les hubiera abandonado, no dudeis que el entusiasmo hubiera desaparecido en seguida. Os pregunto: ¿la influencia militar de César y Alejandro se prolongó más allá de su tumba?

¿Concebís á un muerto haciendo conquistas con un ejército fiel y reconocido únicamente á su memoria? ¿Concebís un fantasma que tenga soldados sin sueldo, sin esperanzas en este mundo y que les inspire la perseverancia y el sufrimiento de todo

género de privaciones? ¡Ah! el cuerpo de Turenne estaba aún caliente y su ejército se desbandaba delante de Montecuculli.

Y á mí, mis ejércitos me olvidan aún en vida, como el ejército cartaginés olvidó á Aníbal. ¡Ved ahí nuestro poder, nosotros los grandes hombres! una sola batalla perdida nos abate, y la adversidad se lleva consigo nuestros amigos. ¡Cuántos Judas no he visto á mi alrededor! ¡Ah! si no he podido persuadir á esos grandes políticos, á esos generales queme han traicionado, si ellos han desconocido mi nombre y negado los milagros de un verdadero amor por la patria y aún la fidelidad. . . . á su soberano. . . . Si yo, á quienes amenudo conduje á la victoria, no he podido, viviendo aún, dar calor nuevamente á esos corazones egoístas, ¿cómo ó por qué medio, cuando me encuentre helado por la muerte, conseguiría hacer revivir y mantener su celo?

¿Llegais á concebir á César, emperador eterno del Senado romano, gobernando desde el fondo de su mausoleo, el imperio, y velando sobre los destinos de Roma?

Tal es la historia de la invasión y de la conquista del mundo por el Cristianismo, he ahí el poder del Diós de los cristianos y el milagro perpetuo del progreso de la fe y del gobierno de su Iglesia. Los pueblos pasan, los tronos se derrumban y la Iglesia permanece inmóvil!

¿Cuál es, pues, la fuerza que hace mantener de pie esta Iglesia combatida por el oceano furioso de la cólera y del desprecio del siglo? ¿Cuál es el brazo,

que desde mil ochocientos años hace, la preserva de tantas tempestades que han amenazado tragarla?

En cualquier otra existencia que no sea la del Cristo, ¡cuántas imperfecciones, cuántas vicisitudes! ¿Cuál es el carácter que no decae abatido por ciertos obstáculos? ¿Cuál es el individuo que no se ha modificado por los acontecimientos ó por los lugares, que no se resienta de la influencia del tiempo, y que no transija con las costumbres y las pasiones, con alguna necesidad que le entorpece?

Desafío á que se me cite ninguna existencia igual á la del Cristo, exenta de la menor alteración de ese género, que esté libre de esas mudanzas y de esas vicisitudes. Él es el mismo, desde el primer día de su vida hasta el último, siempre el mismo, magestuoso y simple, infinitamente severo é infinitamente dulce; en un comercio de vida, por decirlo público, Jesús no da jamás motivo para la menor crítica; su conducta sumamente prudente, es siempre la admiración del mundo por una mezcla de fuerza y dulzura. Que ya hable ú obre, Jesús es luminoso, inmutable, impasible. Lo sublime, se ha dicho, es un rasgo de la divinidad: ¿qué nombre se puede dar á aquel que reune en sí todo el ideal de lo sublime?

El mahometismo, las ceremonias de Numa, las instituciones de Licurgo, el politeísmo y aún la ley mosaica son más bien obras de legislación que de religión. En efecto, cada uno de esos cultos tiene más relación con la tierra que con el cielo. Se trata en ellas sobre todo de un pueblo y de los intereses de una nación. ¿Y no es evidente que la ver-

dadera religión no podría estar circunscrita á un solo país? La verdad debe abarcar al universo. Tal es el Cristianismo, la única religión que destruyo la nacionalidad, la única que proclama la unidad y la fraternidad absoluta de la especie humana, la única que sea puramente espiritual; por fin, la única que asigna á todos, por verdadera patria el seno de un Dios creador.

El Cristo prueba que él es el Hijo del Eterno, por el menosprecio que hace del tiempo; todos sus dogmas significan una sola y misma cosa: la eternidad.

De la misma manera el horizonte de su imperio se extiende y se prolonga á lo infinito! El Cristo reina más allá de la vida y más allá de la muerte! el pasado y el porvenir le pertenecen por igual; el reinado de la verdad no tiene ni podría tener, en efecto, ningún otro límite que la mentira. Tal es el reinado del Evangelio, que se extiende por todos los lugares y por todos los pueblos. Jesús se ha apoderado del género humano: ha hecho de él una sola nación, la nación de las gentes honradas, que llama á vida perfecta. Los enemigos del Cristo le pertenecen tanto como sus amigos, por la sentencia que impondrá á todos el día del juicio final.

IV

«Mahoma, sin duda, proclama la unidad de Dios; esta verdad es la esencia y el dogma principal de su religión, lo reconozco; pero todo el mundo sabe que él no lo afirma sino plagiando á Moisés

y á la tradición judía. Todos los otros dogmas del Coran son debidos al espíritu ó más bien á la imaginación de Mahoma, libro lleno de confusión y de oscuridad, debido á un innovador apasionado que se atormenta por resolver, con su genio, las cuestiones que están más elevadas que el genio, y no alcanza en verdad sino á las torpezas! Es tan cierto que ninguna persona, aún el hombre más grande, puede decir nada satisfactorio respecto á Dios, del Paraíso y de la vida futura, si Dios no le ha instruido de antemano! Así es que lo que encontramos en Mahoma de verdadero es únicamente en aquello en que se apoya en la Biblia y en el sentimiento innato de la creencia de un Dios.

En lo demás, el Coran no es verdaderamente sino un sistema atrevido de dominación y de invasión política.

Por todas partes encontramos en Mahoma al hombre ambicioso. Vil adulador de todas las pasiones más acariciadas por el corazón del hombre! cuán cariñoso es con la carne! cómo se rebaja en lo que se refiere á la sensualidad! ¿Es acaso hacia la verdad de Dios á donde quiere conducir al Arabe ó hacia la seducción de todos los goces permitidos como una esperanza y recompensa en la otra? Era necesario sublevar un pueblo, el llamado á las pasiones fué necesario, lo consiguió, en hora buena! pero la causa de su triunfo será el origen de su ruina. Tarde ó temprano desaparecerá del mundo y la cruz permanecerá en él! El sensualismo en definitiva mata á las naciones, tanto como á los individuos que tienen la locura de fundar en él la base de su existencia.

Aún hay más, ese falso profeta se dirige á una sola nación, y ha conocido que le era necesario desempeñar dos misiones: el papel político y el papel religioso. Consiguió efectivamente todo el poder del primero; en cuanto al segundo, si bien ha conseguido el prestigio, no lo tuvo en realidad. Jamás dió prueba alguna de la divinidad de su misión. Una ó dos veces que quiso ostentar un milagro, dió fiasco vergonzosamente. Nadie cree en sus milagros, porque el mismo Mahoma no creía en ellos, lo que prueba que no es tan fácil como se imagina el imponerse bajo este sentido.

Si el título de impostor se adapta tan fácilmente al nombre de Mahoma, repugna de tal manera al referirse al Cristo, que no creo que haya habido ningún enemigo del cristianismo que haya osado proferírselo! Y sin embargo no hay término medio: ó el Cristo es un impostor ó es Dios.

El Cristo no tiene ninguna ambición terrestre; se dedicó exclusivamente á su misión celeste. Le hubiera sido muy fácil, transformándose en un hombre político, ejercer una gran seducción junto con el poder; todo se prestaba y lo encontraba por delante, si lo hubiera querido!

Los judíos esperaban á un Mesías temporal, que debía subyugar á sus enemigos, un rey cuyo cetro atraería bajo su dominación al mundo entero. Ciertamente, había en ello una tentación difícil de rechazar, y un elemento natural y pronto para una gran usurpación. Jesús es el único que se atreve á atacar públicamente la interpretación errónea de las Escrituras.

Se esfuerza en demostrar que las victorias y conquistas del Cristo son victorias espirituales, que no trata sino de la represión de los vicios, de sujeción de las pasiones y de la dominación pacífica de las almas; y que si las Escrituras anuncian la sumisión sorprendente del universo, esta sumisión absoluta se refiere al acontecimiento posterior, que acontecerá al fin del mundo. Jesús tiene un cuidado particular en inculcar esta explicación enteramente espiritual á sus discípulos. Se quiere, en varias ocasiones, apoderarse de él para hacerle rey; separa la corona de su frente, no la quiere: prefiere otra que su madre la Virgen le ha preparado: la ceñirá el día del gran sacrificio.

Jesús no armoniza tampoco con las demás debilidades humanas. Los sentidos, esos tiranos del hombre, son tratados por él como esclavos hechos para obedecer y no para gobernar. Los vicios son el objeto de su odio inplacable. Mortifica sus pasiones, que son el elemento natural de los grandes acontecimientos. Habla como maestro á la naturaleza humana degradada, como maestro que exige una explicación. Su palabra, austera como es, se insinúa en el alma como un aire sutil y puro; la conciencia se penetra de ella y se persuade silenciosamente.

Jesús deja de un lado la política, que es cosa superflua para los verdaderos cristianos que adoran el dogma de la fraternidad divina.

Verdaderamente, ved ahí á un hombre especial, ved ahí á un pontífice y una religión que se separa de todas las otras; y en el inventor que dice

que en ninguna de ellas hay nada que se parezca á ella.

Es cierto que el Cristo presentó á nuestra fe una serie de misterios. Manda con la obligación de creer en ellos, sin dar otra razón que esta palabra terrible: soy Dios.

Lo declara! Qué abismo establece por esta declaración entre él y todos los hacedores de religiones! Qué audacia, qué sacrilegio, qué blasfemia, si no fuera cierto! Digo más, el triunfo universal de una afirmación semejante, si ese triunfo no fuera realmente triunfo de Dios, sería una excusa plausible y una prueba del abismo.

Por otra parte, el Cristo al proponer los misterios es consecuente con la naturaleza de las cosas, que es profundamente misteriosa. En efecto: ¿de dónde vengo? ¿qué soy? La vida humana es un misterio, en su origen, en su organización y en su fin. En el hombre y fuera del hombre, en la naturaleza, todo es misterio, y se pretende que la religión no fuera misteriosa! La creación y el destino del mundo son un abismo impenetrable, tanto como el destino y la creación de un solo individuo. El Cristianismo, por lo menos, no elude esas grandes cuestiones, las ataca de frente, y muchos dogmas son una solución para el que cree.

Los paganos no negaban que la naturaleza de las cosas no fuese misteriosa; los tenían de todas clases; misterios de Isis, misterios de bacanales, misterios de sabiduría y de infamia.

Es en este caso en el que se puede protestar de la noche impura y profunda que envolvía el santuario.

Qué amalgama heterogénea de principios contradictorios se encuentra en la teología caldea, griega y egipcia! qué oceano de ideas mal digeridas, unidas sin ligazón, ni gerarquía! qué muestra de lo sublime y absurdo! de lo sagrado y lo profano! En lo que se nota menos oscuridad es en lo que se relaciona con el origen de las sociedades, con su historia, y sobre todo con la de los primeros principios, mientras que el dogma se remonta á las mismas creencias ó más bien á los mismos errores de una tradición perdida! y el santuario pagano es en realidad el receptáculo tenebroso de las falsas alabanzas de los sentidos, la cita impura de mil delirios de la imaginación y el asilo consagrado de todas las locuras del corazón y de todas las aberraciones de los siglos.

¿Semejantes templos, y semejantes sacerdotes pueden ser acaso los templos y sacerdotes de la verdad? ¿Quién lo osaría sostener? Nó: los mismos paganos jamás lo creyeron seriamente.

Sólo el Cristianismo ha ostentado esta pretensión desde su nacimiento, y sólo él tiene el derecho de hacerlo, porque su dogma es consecuente y está de acuerdo con esta pretensión. El politeísmo cuando atacó con tanto furor al Cristianismo tuvo su presentimiento. La voz del Cristianismo fué oída como un grito poderoso de la ciencia, que venía á despertar la conciencia. Tan pronto como la idolatría se sintió atacada por su base, y, no teniendo nada que oponer al ataque de ese grito generoso; la idolatría, amenazada en su existencia, respondió con un grito de rabia. Esta rabia no era producida

por la convicción, sino por la desesperación de aquellos que iban á dejar de vivir, porque sus vidas estaban ligadas á la vida de su ídolo.

Tal es la actividad de la mentira, que no tiene en sí nada de fijo. ¿Cómo podría ser que sobre la rama movediza del error pudiera germinar una creencia, una convicción? Nó: los paganos no creían en el paganismo, y, en nuestros días, un herético no puede ni debe tener sino una falsa confianza en los errores que le separan del catolicismo; pero cree con la misma seguridad en los artículos comunes á las dos comuniones, y es la creencia común la que explica la duración de las herejías. No se puede explicar los resultados obtenidos por Lutero y Calvino sino debido á las pasiones de los hombres y al socorro que recibieron de la política de los príncipes y de los grandes, quienes se sirvieron de la herejía como de un arma contra el poder real y contra la autoridad eclesiástica. Pero, ¿cómo puede un hombre de buen sentido continuar siendo protestante en estos tiempos? El protestantismo existe hoy día más bien por sus conquistas pasadas que por su fuerza presente.

¿Cuál es la religión que sea absoluta, que aclare, que dirija y tranquilice la conciencia como la fe cristiana? Las falsas religiones dejan al espíritu, como un navío sin piloto, errar á la ventura. El mismo protestantismo muestra bien tristemente su origen por el abandono que hace del gobierno del alma!

Concibo que Lutero y Calvino hayan tenido miedo de esta carga.

Sí, concibo que un hombre retroceda siempre ante la dirección de las conciencias. Dios sólo ha podido tomarla como un cetro que sólo á él le pertenece!

Todas las religiones, salvo la religión cristiana, arrojan el alma en el comercio de la vida común. Confucio propone á los chinos la agricultura, Licurgo y Numa creyeron contener á sus ciudadanos por el sabio equilibrio de las leyes y por la armonía de una sociedad bien organizada, Mahoma impelió á sus discípulos á la conquista del mundo por el sable. Todas precipitaban al hombre hacia las cosas exteriores.

¿Qué relación hay acaso entre esta actividad y el sentimiento religioso? Veo en ello ciudadanos, una nación, un legislador, un conquistador, pero en ninguna parte un pontífce.

¿Y quién sino Dios podía afirmar, con esa certidumbre absoluta, capaz de tranquilizar la conciencia, verdades tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la creencia en el infierno, en el paraíso; esos dogmas que son la base y las premisas de todas las religiones? Cuando el Cristo los anuncia como la esencia de su doctrina, lo hace con todo el imperio y absolutismo propios de su carácter de *Hijo de Dios*....

V

Una vez admitido el carácter de la divinidad del Cristo, la doctrina cristiana se presenta con la precisión y la claridad del álgebra: es preciso admirar

en ella el encadenamiento y la unidad de una ciencia.

Apoyada sobre la Biblia, esta doctrina es la que mejor explica las tradiciones del mundo; ella las aclara, y los otros dogmas se le relacionan estrechamente como los anillos engarzados de una misma cadena. Convengo en que la existencia del Cristo, del principio al fin, es un conjunto misterioso; pero éste resuelve todas las dificultades que se encuentran en todas las existencias: rechazadlo, y el mundo es un enigma; aceptadlo, y tendreis una admirable solución de la historia del hombre y de la humanidad.

El Cristianismo tiene una ventaja sobre todas las filosofías y sobre todas las religiones: los cristianos no se hacen ilusiones sobre la naturaleza de las cosas. No se les puede echar en cara ni la sutileza ni el charlatanismo de los ideólogos, que han creído resolver el gran enigma de las cuestiones teológicas, con vanas disertaciones sobre estos grandes objetos. Insensatos, cuya locura se parece á la de un pequeñuelo que quiere tocar el cielo con la mano, ó que pide la luna para sus juegos, ó por curiosidad! El Cristianismo dice con sencillez: « Ningun hombre ha visto á Dios, sino Dios. Dios ha revelado lo que era. Su revelación es un misterio que ni la razón ni el espíritu pueden concebir; pero, desde que Dios ha hablado, hay que creer en ello. » Todo esto es de un gran sentido común.

No sé qué virtud secreta, qué eficacia posee el Evangelio, como un calor que obra sobre el entendimiento y que á la vez encanta el corazón; se experimenta al meditar en él lo que cuando se con-

templa el cielo. El Evangelio no es un libro, es un ser viviente, con acción y una potencia que invade todo lo que se opone á su ensanche. Ved aquí sobre esta mesa este libro por excelencia (que el Emperador tocó con respeto), no me canso de leerlo, y todos los días con el mismo placer.

El Cristo no varía, no trepida jamás en su enseñanza, y la menor afirmación que hace está marcada con un timbre de simplicidad y de profundidad que cautiva tanto al ignorante como al sabio, por poco que presten atención.

En ninguna parte se encuentra esta serie de bellos pensamientos, de bellas máximas morales, que desfilan como los batallones de la milicia celeste, y que producen en nuestra alma el mismo sentimiento que se experimenta cuando se considera la extensión infinita del cielo resplandeciente, en una hermosa noche de verano, cuando brillan los astros en todo su esplendor.

No solamente nuestro espíritu se preocupa con esta lectura, pero se deja dominar por ella. Una vez dueño de nuestro espíritu, el Evangelio nos ama con fidelidad. El mismo Dios es nuestro amigo, nuestro padre y verdaderamente nuestro Dios. Una madre no tiene más cuidados con el hijo á quien le da el pecho. El alma seducida por el Evangelio no es más dueña de sí, Dios se apodera enteramente de ella; dirige todos los pensamientos y todas las facultades; ella le pertenece por completo.

¡Qué prueba de la divinidad del Cristo! Con un imperio tan absoluto, no tiene sino un fin, el mejoramiento espiritual de los individuos, la pureza de

la conciencia, la adhesión á la verdad, la santidad del alma. Veo ahí verdaderamente una religión, y reconozco en él á un pontífice.

Y lo que encanta á la convicción, son todas las ventajas y el bienestar que se reportan de una creencia semejante. El hombre que cree es feliz. Y vos ignorais lo que es el creer! creer, es ver á Dios, porque se tienen los ojos fijos en él! Dichoso aquel que cree! No cree todo aquel que quiere! Tal es el Cristianismo, que satisface plenamente á la razón de aquellos que han aceptado su principio, que se explica por sí mismo por una revelación de arriba, y que explica naturalmente mil dificultades, que no tienen solución posible sino por la fe.

Finalmente, y es mi último argumento, no hay Dios en el cielo si un hombre ha podido concebir y ejecutar, con un éxito completo, el propósito gigantesco de atraerse á sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios. Jesús es el único que se ha atrevido, y es el único que ha dicho con toda claridad, afirmando sin perturbación de sí mismo: *Soy Dios;* lo que es muy diferente de esta afirmación. *Soy un Dios;* ó de esta otra: *Hay dioses.* La historia no menciona ningún otro individuo que se haya calificado á sí mismo con este título de Dios, en el sentido absoluto. La Fábula no establece en ninguna parte que Júpiter ó los otros dioses se hayan divinizado. Eso hubiera sido de su parte el colmo del orgullo y una monstruosidad, una extravagancia absurda. Ha sido la posteridad, han sido los herederos de los primeros déspotas quienes los han deificado. Siendo todos los hombres de una misma ra-

za, Alejandro pudo decirse hijo de Júpiter; pero toda la Grecia se sonrió de esta superchería; y aún las mismas apoteosis de los emperadores nunca fueron tomadas á lo serio por los Romanos. Mahoma y Confucio se hicieron pasar simplemente como agentes de la divinidad. La diosa Egeria de Numa no ha sido sino la personificación de una inspiración nacida en la soledad de los bosques. Los dioses Bramas de la India son una invención psicológica.

¿Cómo es, pues, que un judío, cuya existencia histórica ha sido más averiguada que cualquiera de las de los tiempos en que él vivió; él solo, hijo de un carpintero, se presenta ante todos como Dios, como el *ser* por excelencia, como el Creador de todo los seres? Se abroga toda clase de adoraciones. Forma su culto por sus propias manos, más no con piedras, sino con hombres. Uno se extasía con las conquistas de Alejandro! Pues bien, ved ahí á un conquistador que confiesa en provecho propio, que une, que incorpora á sí, no una nación, pero la especie humana.

¡Qué milagro! el alma humana, con todas sus facultades, viene á quedar rendida á la existencia del Cristo.

¿Y de qué manera? por un prodigio que sobrepasa á todo prodigio.

Quiere el amor de los hombres, esto es, lo más difícil que se puede obtener en el mundo, lo que un sabio exige en vano de sus amigos, un padre de sus hijos, una esposa de su esposo, un hermano de su hermano, en una palabra, el corazón; es eso lo que él quiere para sí, lo exige absolutamente, y

lo consigue de seguida. Reconozco su divinidad. Alejandro, César, Aníbal, Luis XIV, con todo su genio, no lo consiguieron. Conquistaron el mundo, pero no pudieron llegar á tener un amigo. Puede ser que yo sea el único en nuestros días que ame á Aníbal, César, Alejandro.... El gran Luis XIV, que esparció tanto brillo en Francia y en el mundo, no tenía un amigo en su reino y ni amor en su familia. Es verdad que amamos á nuestros hijos, porque obedecemos á un instinto de la naturaleza, á una voluntad de Dios, á una necesidad que aún las bestias reconocen y cumplen: pero, cuántos hijos hay que son insensibles á nuestros cariños, á tantos cuidados que les prodigamos; cuántos hijos ingratos? Vuestros hijos, general Bertrand, os aman? Vos los amais, y no estais seguro que se os devuelva ese cariño.... Ni nuestros beneficios, ni la naturaleza, no arribarán jamás á inspirarles un amor tal como el que los cristianos tienen por Dios! Si vos llegáseis á morir, vuestros hijos se acordarían de vos mientras gastasen vuestra fortuna, sin duda alguna; pero vuestros nietos apenas sabrán que habeis existido.... y vos sois el general Bertrand! Y vivimos en una isla, y no teneis otra distracción que la vista de vuestra familia.

El Cristo habla, y sin embargo las generaciones le pertenecen por lazos más estrechos, más íntimos que los de la sangre, por una unión más sagrada, más imperiosa que ninguna otra unión. Él inflama la llama de un amor que hace morir el amor de sí mismo, que parece sobre todo otro amor. En este milagro de su voluntad, ¿cómo no reconocer al Verbo creador del mundo?

Los fundadores de religiones no tuvieron siquiera la idea del amor místico, que es la esencia del Cristianismo bajo el bello nombre de Caridad......

Así es que el milagro más grande de Cristo, sin contradicción alguna, es el reinado de la Caridad. Sólo él ha conseguido levantar el corazón de los hombres hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo; sólo él, creando esta inmolación ha formado un lazo entre el cielo y la tierra.

Todos los que creen sinceramente en él se resienten de este amor admirable, sobrenatural, superior; fenómeno inexplicable, imposible á la razón y á las fuerzas del hombre; fuego sagrado, donado á la tierra por este nuevo Prometeo, al cual el tiempo, este gran destructor, no puede gastar la fuerza ni limitar su duración. Yo, Napoleón, es lo que más admiro, porque he pensado en ello amenudo, y es lo que prueba en absoluto la divinidad de Cristo!!!

He arrastrado á las muchedumbres que morían por mí. Líbreme Dios de hacer ninguna comparación entre el entusiasmo de los soldados y la Caridad cristiana, que son tan diferentes como sus causas.

Pero, era necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, una palabra mía; entonces alumbraba el fuego sagrado en sus corazones..... Ciertamente, poseía el secreto de ese poder mágico que eleva el espíritu; pero no lo podía trasmitir á nadie; ninguno de mis generales lo recibió de mí; tampoco tengo el secreto de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones y de obrar en ellos prodigios sin ayuda de la materia.

Ahora me encuentro en Santa Elena.... ahora que

estoy solo y clavado en esta roca, ¿ quién pelea y conquista los imperios para mí ? ¿Dónde se encuentran los cortesanos de mi infortunio ? ¿ Piensan acaso en mí ? ¿ Quién se interesa por mí en Europa ? ¿ Quién me ha sido fiel ? ¿ Dónde están mis amigos ? Sí: dos ó tres de vosotros, que vuestra fidelidad inmortalizará, me consolais en mi destierro. »

Aquí la voz del emperador tomó un acento particular de irónica melancolía y de profunda tristeza. Sí: nuestra existencia ha brillado con todo el esplendor de la diadema y de la soberanía, y la vuestra Bertrand, reflejaba este brillo, como la cúpula de los Inválidos dorada por nosotros, refleja los rayos del sol.... Pero han venido los reveses, el brillo poco á poco desaparece, la lluvia de la desgracia y de los ultrajes con que me abruman cada día se llevan los esplendores. Ya no somos más que plomo, general Bertrand, y pronto no seré sino tierra.

He ahí el destino de los grandes hombres! el de César y de Alejandro, y se nos olvida ! Y el nombre de un conquistador, así como el de un emperador, no llega á ser sino un tema de colegio. Nuestras hazañas caen bajo la férula de un pedante que nos alaba ó nos insulta.

Cuántos juicios dístintos se permiten sobre el gran Luis XIV! Apenas muerto el rey, fué dejado solo en el aislamiento de su cámara de Versalles.... olvidado por sus cortesanos y quizás objeto de risa. Ya no era su superior, era un cadáver, un féretro, una fosa y el horror de una descomposición inminente.

Pocos momentos más y vereis la suerte que me

tocará.... Asesinado por la oligarquía inglesa, muero antes de mi tiempo, y mi cadáver también será arrojado á la tierra para ser pasto de los gusanos.

Ved ahí el destino muy próximo del gran Napoleón....... Qué abismo se levanta entre mi miseria y el reino eterno del Cristo, predicado, amado, adorado, viviendo en todo el Universo !...... ¿ Es eso acaso morir ? ¿ No es acaso vivir ? He ahí la muerte del Cristo ! he ahí la muerte de Dios. »

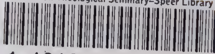
El emperador se calló y como el general Bertrand guardara igualmente silencio : « Si vos no comprendeis, repuso el emperador, que Jesucristo es Dios, me arrepiento de haberos hecho general !!.. »

Pues bien, diremos nosotros, si el lector después de haber meditado atentamente estas sublimes reflexiones de Napoleón, no ha desvanecido la duda de que Jesucristo no es un puro hombre, nos arrepentimos de haberle reputado capaz de comprender el genio del gran emperador.

M. Soler.

FIN

ÍNDICE


HS495 .S68
Catolicos y masones : la Masoneria y el
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00216 1018